

TERCERA PARTE

Sumario

La ‘quimera dañina’

- I. Del politeísmo al monoteísmo*
- II. Diversidad de las religiones*
- III. El dios bíblico*
- IV. El dios cristiano*
- V. Jesús el Nazareno*
- VI. Jesucristo*
- VII. La cristiandad*

Epílogo

LA ‘QUIMEERA DAÑINA’

“Un ateo es un hombre que destruye quimeras dañinas para el género humano, para hacer volver a los hombres a la Naturaleza, la experiencia y la razón”

(Holbach, *Sistema de la Naturaleza*)

En el año 2008 el Museo de Europa organizó una exposición itinerante sobre “La experiencia religiosa hoy”, que bajo el título genérico de *Dios(es): Modos de empleo*, tuvo como objetivo visitar las principales capitales europeas (Bruselas, París, Madrid, Berlín) para ofrecer una mirada sobre las religiones del mundo, haciendo hincapié en lo que cada una de ellas tiene de universal y de particular. Este objetivo culmina con la explícita conclusión de que “sólo la separación entre Religión y Estado garantiza la convivencia armoniosa entre las religiones”, exactamente lo contrario de lo que, desgraciadamente, ha ocurrido como norma general en la historia de la Humanidad, con rivalidades sangrientas entre familias, clanes, tribus, estados y pueblos, por motivos religiosos. La violencia, la intransigencia y la sangre han sido siempre la consecuencia más inhumana de las enemistades entre distintos credos, en especial, los monoteístas y todos los que quieren ‘imponer’ a su dios como el único verdadero.

Consideradas las religiones como hechos socioculturales, su actividad afecta a las civilizaciones del planeta, en especial a la occidental, tan cosmopolita y acogedora de la gran diversidad de creencias religiosas que conviven en ella, sin la virulencia de tiempos pasados. La salvación de Europa pasa, pues, por la convivencia entre distintos credos, con voluntad de comprensión, de tolerancia y respeto hacia todos, sin renunciar a los valores de libertad y solidaridad que hoy la caracterizan. Precisamente lo que defiende el *laicismo* religioso, la única solución para la convivencia en paz de todas las religiones. El debate, sin embargo, sigue abierto. Mientras unos pensadores, como el filósofo francés Marcel Gauchet, piensan que es irreversible la “salida de la religión” de la vida social, otros, como Régis Debray, sostienen que “toda sociedad necesita un

sistema de creencias que le sirva de cemento y le impida disolverse en un individualismo desenfrenado”.

La realidad es que la globalización propiciada por los medios de comunicación, con sus incesantes cambios técnicos de modernización, y el flujo humano de las crecientes inmigraciones, hacen que todas las religiones estén ya presentes en todas partes. Fenómeno que no se puede ignorar desde un punto de vista social, pero tampoco individual, porque la razón y el juicio crítico impulsan cada día más la inmersión personal en el inabarcable *misterio de la vida*. Porque todas las religiones suponen la existencia de un mundo del más allá, invisible, extraño y familiar a la vez. Pero no todas lo conciben de la misma manera. “Una de cada tres personas es cristiana; las otras dos pueden seguir cualquiera de las grandes religiones del planeta...o adorar a un pequeño ídolo. Todas tienen en común la vivencia de lo sagrado, unos preceptos morales y sus lugares particulares donde recogerse con la divinidad” asegura un antropólogo.

Las diversas religiones regulan el tiempo de sus fieles creyentes, tanto en su intimidad como en la colectividad. No podemos minimizar su influencia en la mayoría de las personas, angustiadas tanto por el presente como por el futuro. A pesar de la violencia, que nunca falta, millones de fieles de religiones distintas conviven en buena armonía, sin preocuparse excesivamente ni por la ideología ni por la teología. Pero es cierto que la paz siempre es precaria. Y que la religión todavía sigue siendo un poder, y como tal, encierra el conflicto en la misma medida que las nubes contienen la tormenta. “Paz o guerra, persecuciones o fraternidad: la religión lo permite todo, lo justifica todo. Los dioses proponen y los hombres disponen” es la teoría más difundida.

No obstante, el mensaje de paz se puede (y se debe) imponer al mensaje agresivo. Para ello no hay más que un camino: “Mediante la educación cívica, mediante la enseñanza ilustrada de la historia de las religiones y de las civilizaciones, y sobre todo mediante una ley laica” (*Dioses: Modos de empleo*, Museo de Europa, 2008). Yo añadiría algo que me parece de suma importancia: el acercamiento a la Ciencia, que poco a poco nos está levantando el velo de la ignorancia (muchas veces consentida) para acercarnos a una verdad demostrada, insospechada y que alumbrará al ‘hombre nuevo’, libre de ataduras religiosas que, en todo caso, debe reducirse al ámbito personal.

“La libertad de no creer es la primera libertad del ser humano”, es una sentencia muy conocida de Paul Kurtz, que se completa con esta otra: “Miles de años de fe ciega en lo sobrenatural parecen haber creado en el cerebro algo así como un ganglio religioso”. Estas palabras del premio Nobel español Santiago Ramón y Cajal (*Recuerdos de mi*

vida) remiten al cerebro toda reflexión que se haga sobre la vida espiritual. Afirmación que asume y reproduce el catedrático Francisco Mora en su estudio *¿Enferman las mariposas del alma? Cerebro, Locura y Diversidad humana* (Alianza Editorial, 2004) con estas otras: “El cerebro posee el sustrato último de toda experiencia, inefable o no, lo que incluye la propia experiencia religiosa”. Es decir, que a la teología de tiempos pasados, basada en “revelaciones” místicas, han de suceder en nuestros días las neurociencias o estudio fisiológico, biológico y psicológico del cerebro humano, donde se forjan y anidan todas las experiencias religiosas.

Para el *Diccionario de Neurociencia* (Alianza Editorial, 2004), la mente humana “es material y refiere a la expresión de la función cerebral. Para otros, muy pocos hoy, su naturaleza es espiritual, no-material”. La experiencia religiosa, por tanto “se coaliga con sentimientos, sean éstos de alegría, de amor o incluso de miedo y temor. Tanto en la soledad como en los ritos en donde se comparte la experiencia con otros, el ingrediente básico es emocional...Y es que nuestro propio cerebro, en su desmedido afán de supervivencia, nos eleva al infinito. Y construimos aquí, en nuestro mundo de todos los días, un nuevo mundo *más allá* en ese afán de querer seguir vivos” (*¿Enferman las mariposas del alma?*). Lo mismo ocurre con la sociedad, que ‘necesita’ un Dios (es decir, un guía que enseñe el camino), sea el que sea, para evitar el caos y la barbarie. “Al final del siglo XX, dice Paul Jhonson, la idea de un Dios personal continúa tan viva y real como siempre en las mentes de millones de hombres y mujeres de todo el planeta” (*La búsqueda de Dios. Un peregrinaje personal*, Planeta, 1997).

No hay apenas científico de los últimos cinco siglos que haya sido ateo militante o dudado siquiera de la existencia de un Dios Creador. Sus insignes aportaciones a la historia de la Ciencia no fueron obstáculo para una fe religiosa en ‘algo’ sobrenatural. Cuento entre ellos a Kepler, Copérnico, Newton (creencia compatible con su adscripción masónica), Linneo, Volta, Ampere, Gauss, Liebig, Mayer, Darwin (que no veía incompatibilidad entre fe y evolución, aunque sólo fuera para complacer a su piadosa mujer), Edison, Marconi, y otros de los siglos XVI al XIX, que desconocían los impensables avances de la ciencia empírica y bilógica actual. Aunque fallecidos en el siglo XX también dejaron constancia de su creencia en un Ser Superior, Eddington (1946), Plank, fundador de la fíica cuántica (1947), Millikan (1953) y Schrödinger (1961), físico estudioso de la mecánica cuántica. Incluso Einstein, el padre de la relatividad (1955) dejó escrito que admitía la existencia de un “espíritu superior”. Estos

y otros nombres circulan por Internet para apuntalar la dubitativa fe del hombre moderno. Desean, insensatamente, que la razón y la fe vayan siempre unidas.

Para los ideólogos del “diseño inteligente”, quienes niegan la veracidad de la evolución pretendiendo salvaguardar la idea de una divinidad ‘creadora’ y responsable de su creación, las tesis científicas contrarias no merecen el más mínimo respeto. Hay científicos que quieren, a toda costa, probar científicamente la existencia de Dios, como William Dembski, Philip Johnson o Hugo Ross, pero la palma de la osadía se la lleva Michael Behe, cuyo libro *La caja negra de Darwin* (Andrés Bello, 2000) es considerado como “la Biblia del diseño inteligente”. También ofrece una visión ‘creacionista’ el físico Frank Tipler en *La física de la inmortalidad* (Alianza Editorial, 2005). Pero ni la filosofía, ni la antropología, ni la ciencia física anterior a los últimos años del siglo XX, pueden tener los conocimientos que sólo llegan a la Ciencia en nuestros días, con un avance exponencial que derriba todos los prejuicios religiosos y se adentra en un mundo tan oscuro como emocionante para aclararnos, por fin, el misterio de la vida. En el cual la idea de un Dios, tal como se ha concebido hasta hoy, no tiene cabida.

Las polémicas entre filósofos y teólogos no han dejado de aflorar en la vida cultural de los hombres, al menos desde el nacimiento de la Filosofía quinientos años antes de Cristo. Pero eran disquisiciones o elucubraciones sin fundamento científico, basadas solamente en la Lógica, la Historia y las Escrituras, lo que permite arrinconar sus ideas en el baúl de los recuerdos. Al menos hasta 1776, año en que muere el filósofo escocés David Hume, el primer europeo que murió confesándose ateo impenitente. Pero las Neurociencias de nuestros días están obligando a dar un giro espectacular a la idea clásica del ser humano. Citaré un párrafo del libro editado por el Vaticano (*Neuroscience and the Person*, 1999), en el que se hacen unas reflexiones a favor de la ciencia que hubieran sido consideradas heréticas no hace muchos años. “¿Por qué negar la relación entre las neurociencias y la acción divina?” se pregunta el autor del libro.

La mayoría de los teólogos cristianos en la era moderna han seguido a René Descartes como anteriores teólogos lo hicieran con Platón y así han asumido una visión dual de la naturaleza humana (seres humanos constituidos por alma -o mente- y cuerpo). Hasta ahora, por tanto, la acción de Dios en la esfera humana podía interactuar libre y directamente con las almas (esferas del espíritu). Pero dado que las neurociencias actuales cada vez aportan más peso a los argumentos de la unidad del ser humano (un puro organismo físico), ello ha puesto en serio desafío a los comités teológicos, que ven que si Dios tiene algo que hacer con sus criaturas humanas debe hacerlo a través de la

interacción con sus cuerpos y más particularmente aún con sus cerebros”. Pero esta postura acomodaticia, interesada y contraria a la doctrina tradicional, es privativa de algunos teólogos, que ven cómo se desmorona el edificio total de la fe. La historia, sin embargo, es muy distinta, y a ella hemos de acudir para conocer la nuestra.

. (¡Qué humor negro se necesita para calificar de *sapiens* a quien todo lo ignora, mucho más cuando el adjetivo se duplica, para apartarnos a una más que prudencial distancia de los demás animales!) ¿Existe algún ser superior a mí, de infinitos atributos, a quien pueda culpar de mi existencia? ¿Cuál es mi destino? A estas preguntas responde, en forma poética, el reciente libro del físico catalán David Jou, que analiza las sucesivas respuestas de la historia humana a lo largo del tiempo, abordando el tema de las ‘dimensiones ocultas de las *supercuerdas*’ de la física cuántica, empeñada en descubrir el inefable misterio del origen de la vida, al margen de cualquier ‘diseño inteligente’ (*Reescribiendo el Génesis. De la gloria de Dios al sabotaje del universo*, Destino, 2008).

I

Del politeísmo al monoteísmo

El enfoque de esta Tercera Parte ha de ser forzosamente histórico, porque los dioses, aunque sean quiméricos, tienen también su historia. Sin perder de vista que el nacimiento de la religión no se puede entender sin el previo supuesto ilusorio de la existencia de los *espíritus*, ya que, según enseña Marvin Harris, “dondequiera que la gente crea en la existencia de uno o más de estos seres, habrá religión” y más adelante: “El alma explica el misterio de la muerte. Un cuerpo sin vida es un cuerpo privado de su alma para siempre” (*Nuestra especie*, Alianza, 1995). Si pretendemos bucear hasta encontrar el origen y la causa del sentimiento religioso, deberemos rastrear, por tanto, las huellas en el pasado de algo tan evanescente como la idea del *alma* en todo lo que el homínido primitivo observe como ‘animado’ en su entorno, comenzando por sí mismo. Estas huellas sólo pueden encontrarse en el estudio de la Arqueología, al que dedican su vida, con abnegación y paciencia dignas del mayor de los reconocimientos, cientos de investigadores que hunden sus manos en esa ciénaga de ilusiones perdidas que es la corteza terrestre, el cementerio donde reposan los misterios de la vida.

En octubre de 1996 se celebraron unas jornadas de estudio sobre “La evolución de los homínidos” en el Museo de la Ciencia de Barcelona, cuyas ponencias y discusiones fueron después publicadas con el título de *Antes de Lucy. El agujero negro de la evolución humana* (Tusquets, 2000). Millón más, millón menos, “hoy sabemos que los hominoideos como grupo se separaron de sus parientes cercanos hace unos 25 millones de años”, nos dicen estas páginas, para continuar marcando sus cortes genealógicos: “La separación entre los chimpancés y el género humano tuvo lugar hace unos seis millones de años” y “El homínido más antiguo bien conocido, con una edad de tres millones de años es el *Australopithecus afarensis*”, que era trepador y bípedo a la vez, como nos confirma el profesor Jordi Agustí. El representante de este primer primate bípedo y trepador encontrado en tierra africana es una hembra, “Lucy”, nombre que le dio su descubridor, Donald Johanson, en 1974. Pero hay quien establece la transición entre el animal y el hombre dos millones de años antes, con una evolución mucho más lenta (Herbert Wendt, *Del mono al hombre* (Bruguera, 1981), como se ha demostrado en recientes descubrimientos, según se ha dicho en la Segunda Parte de este libro.

Admitir que la evolución fuera lenta parece muy sensato, pero es que, además, resultó ser “revolucionaria”, como la califica Juan Luis Arsuaga: “Un primate bípedo es algo revolucionario y no representa tan sólo una ligera variante respecto de otros tipos hominoideos. Hay que descartar que todo el esqueleto se modificara drásticamente de una única vez; y por otro lado, no es fácil imaginar cómo se puede pasar de un cuadrúpedo a un bípedo poco a poco” (*La especie elegida. La larga marcha de la evolución humana*, Temas de Hoy, 1998). Es más,

Richard Dawkins, en su incesante polemizar con los ‘creacionistas’ no duda en afirmar, sin apenarse de su arrogancia irónica, que la evolución es “el mayor espectáculo sobre la Tierra”, una teoría científica plenamente demostrada (*Evolución*, Espasa, 2009), sin que se pueda limitar a los organismos animales, ya que también las plantas participan de este ‘cambio lento’ pero constante de todas las especies. Un proceso que tuvo principio y tendrá fin.

Lo verdaderamente importante para nuestro propósito es determinar el momento en que empezó el cerebro del homínido a elaborar conceptos abstractos y a ‘crear’ símbolos, que son las señas de identidad de la humanidad naciente, y de todo pensamiento religioso, ya que “la conciencia humana emergente exige explicaciones sobre el mundo” (Richard Leakey/ Roger Lewin, *Nuestros orígenes. En busca de lo que nos hace humanos*, Crítica, 1994). No sólo el cuándo, también el cómo ha ocupado muchas horas de investigación a los pacientes antropólogos. Algunos con sorprendentes conclusiones, como Oscar Kiss Maerth, quien, escribiendo en un monasterio chino, lanzó la idea del canibalismo como la que podría explicar esta aparición de la conciencia humana, con sus secuelas de ideas abstractas y pensamiento simbólico: “El canibalismo es la causa de la evolución del hombre”, escribió. Abandonar, en parte, la comida vegetariana del simio para comer “carne cruda” fue el paso decisivo, aunque ignorado, para la transformación evolutiva de los primates. Y este paso fue dado por un nacido de un cruce entre un mono antropoide africano y una mona asiática, según la teoría de Maerth, que conoció y difundió las ventajas de alimentarse de carne de sus semejantes.

Pero lo más sustantivo de esta teoría es que “los primeros hombres se convirtieron en caníbales por su obsesión del sexo”, ya que “el primer ser humano fue aquel mono que por vez primera consumió el cerebro fresco de un congénere” porque aumentaba su deseo sexual. El resultado fue un renovado impulso erótico, que le procuraba orgasmos desconocidos. Con razonable sorna podríamos decir que “se corrió la voz” y aquellos primates abandonaron los hábitos vegetarianos para comer la carne de sus congéneres, especialmente el cerebro. (Por supuesto, sólo se hicieron carnívoros los hombres, comenzando tal ‘hazaña’ en Mesopotamia). Concluye Maerth que “unas cien mil generaciones se han dedicado a comer cerebros”. El canibalismo, despojado de connotaciones imaginativas, ha pasado a ser una hipótesis aceptada.

También Salvador Moyá, geólogo mallorquín, admite que el género *homo* nació por pasar de una dieta vegetativa a otra carnívora (*Antes de Lucy*) necesaria para aumentar el tamaño del cerebro, pero añadiendo que “la aparición del género humano hace 2,5 millones de años fue debida a las nuevas presiones selectivas de la vida en la sabana”. Una de estas ‘presiones’ debió ser la lucha por el espacio vital en un lugar donde escaseaban los alimentos. Primero, entre clanes diferentes, luego entre los miembros de una misma familia. Recordemos las palabras de Arsuaga, al hablar de los huesos hallados en la Gran Dolina de Atapuerca: “los restos humanos de la Gran Dolina aparecen mezclados con los de animales, y bastante rotos. Algunos presentan estrías de corte producidas por el filo de un instrumento de piedra empleado con ánimo de

separar la carne del hueso. Está, pues, claro que fueron descarnados y consumidos allí mismo por otros humanos. Se trata de la evidencia más antigua conocida de este tipo de práctica” (*La especie elegida*, Temas de Hoy, 1998). Porque “el debate sobre el primer poblamiento humano de Europa (fijado en torno al medio millón de años) iba a cambiar para siempre en el verano de 1994 con los descubrimientos de la Gran Dolina en España”. Su antigüedad, calculada entonces en unos 780.000 años, supera ya el millón en la consideración de los investigadores de estas cuevas de la Sierra burgalesa de Atapuerca.

Pero debemos recordar que nuestra especie bípeda ni es única ni privilegiada. Sólo somos los ‘inquilinos temporales’ de este planeta, que convivimos con otros muchos inquilinos, y cuyos antecesores en esta misma vivienda desaparecieron como especie hace mucho tiempo (se dice que desaparecen unas 30.000 especies de seres vivientes cada año). Una de ellas, la más parecida a nosotros, los humanos modernos, fueron los ‘hombres de Neandertal’, los “primeros pensadores”, que eran miembros de “una humanidad paralela que evolucionó en Europa durante cientos de miles de años de forma independiente y separada de nuestro linaje”, aunque con un ancestro común (Juan Luis Arsuaga, *El collar del neandertal. En busca de los primeros pensadores*, Temas de Hoy, 1999). “Aunque originarios de Europa, sigue diciendo Arsuaga, los neandertales salieron de nuestro pequeño continente para poblar el Asia central y el Oriente Próximo. Toda esta época (entre hace 127.000 y 40.000 años) es el ‘tiempo de los neandertales’.

En esta última fecha, es decir, hace unos 40.000 años, aparecieron en la Península Ibérica y en Europa otros inmigrantes de origen africano, nuestros antepasados directos: los primeros representantes europeos de la especie *Homo sapiens*, conocidos popularmente como hombres de Cro-Magnon o “cromañones”. Después de convivir en el mismo espacio durante unos diez mil años, es decir, hace unos 30.000 años, los neandertales desaparecieron como especie por causas todavía no precisas. “Desde entonces, concluye el infatigable Arsuaga, somos los únicos humanos y los únicos homínidos sobre el planeta”. Última conclusión: los primates han vivido durante millones de años en el bosque, siendo trepadores. Solamente los humanos hemos poblado tierras con escasa o nula arboleda, por nuestra condición bípeda, hace escasos miles de años. (La suposición más admitida es que procedían de la actual Tanzania, en África central).

La Sierra de Atapuerca, en Burgos (España), es un depósito arqueológico único en el mundo. Aquí se han encontrado los fósiles más viejos de Europa; aquí se ha nombrado una nueva especie (*Homo antecessor*); aquí se ha descubierto el más antiguo caso de canibalismo; y aquí, finalmente, se han hallado restos de la más primitiva práctica funeraria. De “regalo envenenado” califica Arsuaga la capacidad intelectual con la que se enriquecieron estos humanos. No sabemos cuándo se alcanzó entre los últimos eslabones del género *Homo* la conciencia de la vida y de la muerte. Esta ‘conciencia’ es el “regalo envenenado” de que habla Arsuaga, porque “aquellos burgaleses de hace tantos miles de años deben ser admitidos como miembros de pleno derecho en la misma familia de seres atribulados a la que pertenecemos

nosotros”. En la llamada Sima de los Huesos se acumularon cuerpos, de hombres y animales, algunos todavía completos, “en un estado de conservación sorprendentemente bueno a pesar de los años transcurridos”.

Las prácticas funerarias descubiertas en Atapuerca tienen un enorme interés para rastrear los orígenes de la religión. De momento, se puede asegurar que las únicas criaturas que lloran a sus muertos y tratan con respeto a los cuerpos sin vida somos los humanos (con excepciones que confirman la regla). En la Sima de los Muertos no hay enterramientos, propiamente dichos, sino acumulación de cadáveres, “en un lugar especial”. Lo que ya indicaría una conciencia de ‘otra vida’ sería el hallazgo de cadáveres enterrados junto a cualquier objeto de su vida terrena. Esta costumbre podría estar ya asentada entre los neandertales de hace 60.000 años, como indican los registros fósiles. Pero, desde luego, eran habituales en la época del arte rupestre, de los adornos personales y de las figurillas femeninas que se han considerado como representación simbólica de las primeras diosas de la historia (hace unos 32.000 años). El culto a los antepasados, siguiendo la opinión de Herbert Spencer, “es la fuente y origen de la religión”. Idea que completa Marvin Harris, al tratar del *tótem* de los pueblos primitivos: “Gran parte de lo que se conoce como *totemismo* no es sino una forma de culto difuso a los antepasados” (*Nuestra especie*, Alianza, 1995). Pero el *tótem* no era más que un objeto sagrado, que ‘representaba’ el espíritu de los antepasados en cada tribu o clan familiar.

Por otra parte, “la invención de los dioses se debe fundamentalmente al miedo”. Esta frase de Petronio, que resume todo lo dicho con insistencia anteriormente, nos devuelve al origen del género *Homo*, y más concretamente al *Homo sapiens*, consciente ya de su propio miedo y de esos seres ‘sobrenaturales’, a los que debía acudir para eliminarlo. Pero transcurrieron muchos años hasta que ese sentimiento de impotencia ante el miedo dejara de ser individual y tribal para convertirse en colectivo y social, inaugurando la verdadera historia de las religiones. Durante el periodo *Epipaleolítico* (18.000-9.300 a.C.) los cromañones vivieron en cuevas y abrigos naturales, como cazadores y depredadores, consumidores casi exclusivos de carne, incluida la humana, pero ya con sensibilidad artística y simbólica, que dejaron documentada en las primeras pinturas rupestres.

Con el *Neolítico* (9.300-7.000 a.C.) llegaron los asentamientos, las agrupaciones sociales, los ‘castros’ o incipientes ciudades, la agricultura, la ganadería, la alfarería y la minería, además de la ‘invención’ de los espíritus y los cultos colectivos. Estas son las coordenadas temporales en las que se ha de encuadrar el nacimiento de las religiones, diversas aunque con un sustrato común: la angustia de la muerte y la ilusión de seguir viviendo ‘más allá’. También se puede aducir que la ciudad más antigua de Europa, Çatal-Hüyük, en los montes turcos de Anatolia, con una antigüedad de unos 7.000 años, contaba con algún palacio custodiado por animales imaginarios, símbolos de entidades sobrenaturales, muy anteriores a las figuraciones divinizadas de Egipto y Mesopotamia, sedes de las primeras civilizaciones.

La gran expansión urbana se produjo 4.000 años a.C. en Mesopotamia (“Mesopotamos”= “Entre ríos”), también llamada la “Tierra de los cinco Mares” (Mediterráneo, Caspio, Negro, Rojo y Golfo Pérsico) entre los Montes Zagros (actual Irán) y el desierto de Siria. Enorme extensión regada por los dos grandes ríos, Tigres y Eúfrates, donde se fueron formando durante miles de años grandes depósitos sedimentarios que favorecieron la agricultura. Estas fértiles llanuras fueron el escenario privilegiado del origen de las primeras religiones ‘ritualizadas’, en un entorno ciudadano en el que se inventaron, además de los dioses, la escritura, la rueda, el ladrillo, la cerámica, la fragua, la domesticación de algunos animales, las industrias del metal y de la construcción, las necrópolis y los templos. Sin olvidar la jerarquización de la sociedad, con sus reyes y su capital, Uruk (Erec) la más importante de la región durante casi cinco mil años (4.000 a.C.-siglo III d.C.), centro religioso de primer orden, con varios templos célebres, como Kullaba, donde se veneraba al dios An, ‘señor del Cielo’, y Eanna, donde recibía culto la diosa de los sumerios Inanna, la Istar de los acadios y la Astarté de los fenicios. En los templos mesopotámicos había siempre un altar para los sacrificios cruentos (Michael Roaf, *Mesopotamia y el antiguo Oriente Medio*, Ed. del Prado, 1992).

Los Imperios sumerios, babilonios y asirios cuentan con una historia ‘mítica’, con soberanos legendarios cuyos gobiernos superaban los veinte mil años. La más antigua inscripción que puede ser fechada se refiere al primer rey de la I Dinastía de Ur, unos 3.100 años a.C. Esta es, pues, la datación histórica que se puede considerar más segura en relación con los asentamientos urbanos de Mesopotamia, según indican las Tablas cronológicas del profesor Ernst F. Weidner, que se incluyen en el muy conocido libro, subtítulo “La novela de la Arqueología”, que se publicó en España con el título de *Dioses, Tumbas y Sabios* (Destino, 1953), del investigador alemán C.W. Ceram. En una de las tumbas reales de Ur, donde se hallaron más de mil sarcófagos de los siglos XVIII-XXIV a.C., con riquísimos ajuares funerarios, Sir Leonard Woolley encontró los adornos de oro y joyas pertenecientes a la más antigua reina de la que se tiene noticia, la sumeria Sub-ad, que vivió hace unos cinco mil años. Y hace pocos años cadáveres humanos de unos 4.000 años, se supone que sacrificados en honor de los dioses, asesinados mediante la introducción en el cráneo de un afilado clavo metálico.

El primer rey que consiguió unir bajo su cetro el vasto territorio comprendido entre Elam y el Tauro fue Sargón I (2.684-2.630 a.C.) quien, según la leyenda, había nacido de una mujer virgen y abandonado a orillas de un río. Hasta 2.225 a.C. aproximadamente la historia cultural y religiosa de este “país de los dos ríos” es sumero-babilónica, con sus dos capitales Ur y Babilonia. De esta historia solamente nos interesa su vida religiosa, con una divinidad distinta en cada ciudad, a las que se rendían cultos con derramamiento de sangre. (Marduck era el dios protector de Babilonia y se conserva una estela del siglo XXI a.C. en la que se aprecia al rey de Ur haciendo ofrenda a su dios, que rivalizaba en importancia con el de Babilonia). Los reyes se imaginaban ya como ‘representantes’ absolutos del dios principal, aunque se veneraban más de

cien, imposibles de distinguir al fusionarse los panteones sumerio y acadio. El rey acadio Naram-Sin (2254-2218 a.C.) al derrotar al vecino pueblo sumerio se hizo adorar como dios, siendo el primero que lo consiguió aún en vida, hace, pues, la friolera de cuarenta y cuatro siglos. (J.A. Black y A.R. Green, *God, Demons and Symbols of Ancient Mesopotamia*, Londres, 1990).

No tardaron mucho en seguirle otras sociedades jerarquizadas, como la egipcia y la india, que se habían formado a orillas de otros grandes ríos, en el Valle del Nilo (3.200 a.C.) y en el Valle del Indo (2.200 a.C.). Parece que la primera manifestación escrita de las preocupaciones religiosas, (aparte de las simbólicas pinturas y estatuillas totémicas de hace treinta o cuarenta mil años, que nada dicen de Dios, y los altorrelieves de las estelas), se ha encontrado en el antiguo Egipto. En el año 1881 fueron descubiertos en la pirámide de Pepi I, en Saqqara, los llamados *Textos de las Pirámides* (c.2345 a.C.), que son 759 fórmulas de plegarias para que fueran recitadas por el propio rey en su ‘viaje’ al Más Allá, donde aparece la primera mención al dios Osiris. Más tarde fueron hallados otros textos similares en otras pirámides, que constituyen los textos religiosos más antiguos de la Humanidad. En uno de los pasajes se hace alusión al “Himno caníbal”, que había de recitar el faraón difunto mientras devoraba la ‘carne de los dioses’. Con el tiempo, esta costumbre de las ‘fórmulas mágicas’ se hizo común a todos los sarcófagos para que el difunto supiera cuanto debía hacer “para no pasar hambre ni sed en el camino al Más Allá”.

La codificación de las ideas religiosas egipcias se expresa tanto en papiro (*Libro de los muertos*) como en las paredes de las estancias mortuorias, agrupados en los llamados *Textos de las Pirámides*, el “texto fundacional del Egipto antiguo”, como lo ha calificado Christian Jacq, su comentador más reciente (*El origen de los dioses. Claves para descifrar los Textos de las Pirámides*, Martínez Roca, 1999), quien añade que “el Egipto faraónico es nuestra madre espiritual”, la primera fijación escrita (por supuesto, en jeroglíficos) de una preocupación por una vida ultraterrena, además de una preocupación más ‘mundana’, la de mantener el orden y la armonía en la sociedad, función reservada al Faraón, hijo de Ra, la luz divina del Sol, que lo ha engendrado, cuya comprensión está negada al mortal.

La institución faraónica no es de origen humano, sino divino, según los *Textos*: “No hay en el Faraón ningún miembro vacío de Dios; el cuerpo de Faraón es el de Dios”. Lo sorprendente es que unos y otros, creadores o beneficiarios del mito, estaban convencidos de la verdad de sus ensoñaciones. Como dice J. Campbell: “Los Faraones del Egipto dinástico creían en su divinidad temporal, es decir, estaban locos. Además, estaban apoyados, enseñados, halagados y alentados en esta creencia por sus sacerdotes, sus padres, esposas, consejeros y súbditos, quienes también creían que eran dioses. Es decir, toda la sociedad había enloquecido” (*Las máscaras de Dios: Mitología oriental*, Alianza Editorial, 1991). Esta divinización de una persona concreta, por muy noble que sea, supera y sublima el concepto de la divinidad

(totémica) que poseyeron durante miles de años los hombres del Paleolítico, y que todavía conservan los indígenas actuales de regiones aisladas.

El panteón egipcio, desde la unificación del norte y el sur del país, que tuvo lugar en el año 3.000 a.C., queda constituido por dioses principales como Ptah, Seth, Amón, Horus, Isis, Osiris, Hathor, Anubis, Maat, Sober venerados en grandes templos, entre otros menos conocidos, que habitaban en santuarios locales, donde el pueblo llano presentaba sus ofrendas. (T. Gómez Cordero, *Diccionario de los dioses y mitos del Antiguo Egipto*, Océano Ámbar, 2003). Pero hay un solo Dios creador, principio de todas las cosas, incluido el Faraón: el dios Atum, que prolonga su propia creación cogiéndose el falo con la mano y masturbándose para dar origen con su semen creador a la pareja primordial (la Luz y el Fuego) y a los demás dioses, que protegen y veneran al Faraón, hijo predilecto del Creador, sagrado como El y encarnación viva de los dioses, a los que consagra majestuosos templos en ambas orillas del Nilo, atendidos por una casta sacerdotal que dominaba tanto la burocracia política como la religiosa. (S. Quirke, *La religión del Antiguo Egipto*, Oberón, 2003). En uno de ellos, el de Karnak, había relieves de jóvenes dioses mostrando sus largos penes erectos. Es la manifestación palmaria de que la vida, tanto de dioses como de hombres, tenía un origen sexual y nada espiritual, ‘grosera’ imitación de las potencias animales. Siglos más tarde, los cristianos, liderados por el anacoreta san Antonio, destrozaron las imágenes y derribaron parcialmente los templos. La rivalidad no perdona.

El antiguo Egipto es, por tanto, el mejor ejemplo de politeísmo, con sus más de 800 dioses, incluidos los incorporados del extranjero, cuyas representaciones estaban por doquier, en templos, tumbas, papiros, muebles, amuletos... Los había zoomorfos (toro, carnero, gato, vaca, cobra, buitre, oca, halcón, león, cocodrilo, chacal, ibis, babuino, etc.) que encarnaban a algún dios, antropomorfos o híbridos, con cuerpo humano y cabeza de animal. Esta multiplicación de los dioses y la divinización del rey es un proceso que se va completando durante unos cuatro mil años y que contagia a las demás monarquías del entorno, aunque algunas no pasaran de ciudades-estado. (H.R. Wilkinson, *Todos los dioses del Antiguo Egipto*, Oberón, 2003). Sumerios, elamitas, acadios, asirios, babilonios, persas, hititas, amorreos, ugaríticos, cananeos, fenicios y hebreos abrazaron el politeísmo, aunque con dioses diferentes. Esta diversidad culminó en la unificación, por motivos políticos, asumiendo sus reyes el carácter divino y el poder religioso, como indica E. Becker: “Al autoproclamarse dioses del imperio, Sargón y Ramsés trataron de realizar la unidad mística, el lazo que uniera a todos los pueblos de su imperio” (*La lucha contra el mal*, FCE, 1977). Es decir, la religión al servicio del poder.

La invención de los (sacerdotes) egipcios no se limitó a los ‘espíritus divinos encarnados’ en la naturaleza vegetal (palmera, sicómoro) o animal, sino que llegó a concebir un origen divino de los propios reyes –después faraones– desde los tiempos predinásticos. Según la estela conocida como ‘Piedra de Palermo’, grabada en diorita hacia el año 2.600 a.C. y después en el

‘Papiro de Turín’, se conservan legendarias listas de reyes egipcios doce mil años antes de la primera Dinastía, que comenzó con Menes en el año 2.900 a.C. Listas que después fueron recogidas y modificadas por el sacerdote Manetón, quien escribió la historia de los reyes de Egipto para el primer faraón de origen griego Ptolomeo, en el siglo III a.C. En su obra *Aegyptiaca* trata de los reyes de ‘sangre divina’, descendientes del dios Horus, hasta llegar a Menes, el primer ‘rey humano’ que gobernó Egipto después de los dioses. Bajo su reinado, tres milenios anteriores a nuestra era, la tierra del Nilo se convirtió en la primera nación-estado, donde los ‘inventados dioses’ convivían, en efígie, con los humanos. No con todos, por supuesto. Sólo con el faraón, su familia y sus sacerdotes. Al resto del pueblo llano le estaba vedado entrar en el ‘sancta sanctorum’ de los templos, reservado para la casta sacerdotal, cuyos poderes eran ‘mágicos’ (R. David, *Religión y magia en el Antiguo Egipto*, Crítica, 2004). Lo confirma, irónicamente, para todas las religiones el gran antropólogo Marvin Harris: “Sabemos que, en todo el mundo, los chamanes dominan un buen repertorio de trucos de prestidigitación para impresionar a sus clientes” (*Nuestra especie*, Alianza, 1995).

El mismo Harris añade que “la mayoría de los primitivos dioses creadores se abstendían de relacionarse con los seres humanos”, que se acercaban a ellos con mezcla de temor y ansiedad, sin amor ni simpatía, sólo para entregar sus ofrendas (que servían para ‘alimentar’ a los dioses) y pedir favores (“nuestra especie siempre ha esperado de los dioses y demás espíritus beneficios de algún tipo”, dice Harris). Había también en Egipto centros de peregrinación, como Abydos, y precesiones con imágenes del dios Amon-Ra, como las que anualmente se celebraban entre Karnak y Luxor, a la ida por tierra y a la vuelta en barco por el Nilo. Los templos de Karnak y Luxor, cerca de Tebas, se consideran los mayores complejos religiosos de todos los tiempos. El de Amon-Ra en Karnak estaba rodeado por murallas con nueve puertas, como una gran ciudad de 123 hectáreas. Había varios templos, estatuas colosales, residencias para sacerdotes y servidores, calculados en 20.000 personas, todo sometido a continuas ampliaciones. El templo de Luxor, a orillas del Nilo, es de la época de Amenofis III y Ramsés II. Tenía embarcadero propio y su entrada estaba flanqueada por dos enormes obeliscos (uno de los cuales se encuentra hoy en la Place de la Concorde de París). Los patios, la sala hipóstila y a continuación el Sancta Sanctorum: un recorrido inolvidable para el visitante, entre columnas colosales grabadas y pintadas, que debían, en su época, contribuir a la sensación de pequeñez del fiel devoto ante la magnificencia del gran dios ‘inventado’.

En este entorno politeísta, de pronto, sin explicación histórica, surge un faraón ‘hereje’ que arrincona a todos los dioses excepto a uno, el antiguo dios solar Aton-Ra, que coloca en lo más alto del panteón, como dios único, suplantando al dios Amón-Ra, que se veneraba en todo el país, pero principalmente en Tebas. Esto sucedía en el siglo XIV a.C. por obra del faraón Amenofis IV, que fue coronado en el año 1.352 a.C. cuando contaba algo más de 20 años de edad. En el cuarto año de su reinado renunció a su propio nombre y al dios Amón, para ser

llamado Aj-en-Atón, “el servidor de Atón”. Como no podía ser de otra forma, se enfrentó a los sacerdotes de Amón, abandonó el palacio real de Tebas y se hizo construir otra ciudad, El-Amarna, como centro del nuevo culto y de su residencia. Se trasladó con su esposa, la bella Nefertiti, sus hijos y sus demás esposas, su corte y sus propios sacerdotes, que cuidaban del Gran Templo de Atón, el único de la ciudad. Allí reinó durante 17 años, falleciendo (quizás por muerte violenta) a los 37 años de edad. A su muerte, el nuevo faraón Tut-ank-Amón (1.323 a.C.) restableció el culto politeísta, con los antiguos templos y sacerdotes, ordenando que no quedara vestigio histórico del ‘faraón hereje’. Los últimos años de la XVIII dinastía egipcia constituyen un fascinante mosaico cultural y religioso en cuyo estudio se han volcado cientos de investigadores, tanto por su dramatismo como por sus inesperadas consecuencias.

La tesis histórica aventurada por el gran psicólogo Sigmund Freud en el año 1937 de que el Moisés bíblico era un egipcio que transmitió al pueblo hebreo la religión de Atón (*Moisés y la religión monoteísta*, Losada, 1960) ha sido acogida por los historiadores como un campo interesantísimo para indagar en el verdadero origen del culto al dios único en suelo palestino. De momento, parece seguro que Moisés es nombre egipcio (Mosé=niño) y sus símbolos artísticos son los mismos (bastón, serpiente, cuernos y rayos). También parece evidente que el pueblo hebreo asumió la circuncisión como una costumbre impuesta por los sacerdotes de Atón. También es cierto, como se relata en el *Éxodo* bíblico, que los hebreos salieron de Egipto para ocupar las tierras de Canaán, sometidas al faraón. La última y más sugestiva obra de investigación relativa a este enigma histórico se debe a dos hermanos judíos, Roger y Messod Sabbah, quienes proponen la hipótesis de que los israelitas eran los habitantes de Tell-el-Amarna, expulsados después de la muerte del ‘faraón hereje’, el cual habría que identificar con el mismísimo Abraham de la *Biblia*. Su mujer Sara sería Nefertiti y Moisés el faraón Ramsés I (1307-1306). La expulsión de los hebreos se suele fechar en 1.330 a.C. que coincide con el reinado de Aj-en-Atón (1353-1335 a.C.) De hecho, ‘Is-ra-el’ sería la traducción hebrea de ‘hijo de Ra’. Demasiadas casualidades para no ser tenidas en cuenta. Y si se pudiera confirmar, sería la más viable de todas las explicaciones para entender la emigración masiva de un pueblo, su adopción de un dios único y su irrefutable dependencia de las doctrinas religiosas de Egipto.

Otras religiones de gran trascendencia en la historia de la Humanidad irán apareciendo, ajenas a la del “pueblo elegido”, pero politeístas como todos los pueblos mesopotámicos y casi todos los del Extremo Oriente. Excepto una, el *zoroastrismo*, la religión del antiguo Irán (Persia), del siglo XI a.C., que impuso la fe en un dios único, Ahura Mazda, “el Señor único”. Por su parte, el *hinduismo*, con su ‘trinidad’ divina, el *budismo*, del siglo VI a.C., o el *jainismo*, también del siglo VI a.C., no exigen derramamiento de sangre en los sacrificios. El *shintoisimo* japonés, anterior a las doctrinas de Buda, importadas de China, tiene un panteón de dioses venerados como ‘kami’, sinónimo de sobrenatural, pero que están ‘humanizados’, ya que les gusta la poesía, la música y la danza. La diosa principal es Amaterasu, “la que brilla en el cielo”,

símbolo del sol. En el *taoísmo* chino existen también numerosas divinidades, siempre presididas por el Emperador de Jade. Podrán ser ‘dioses’ muy diferentes los que reciben adoración entre los pueblos del Extremo Oriente, pero la variedad excluye el monoteísmo.

Es difícil determinar cuándo comienza la historia de la religión griega, aunque sabemos que los poemas homéricos, donde se invocan a los dioses venerados en Grecia, se escribieron en los siglos VIII-VII a.C. seiscientos años después de la Guerra de Troya, que es su principal argumento. En el Mar Egeo, entre los años 3.000 y 1.000 a.C. florecieron tres grandes culturas de la Edad del Bronce, con reminiscencias de carácter religioso: la cicládica, la minoica (isla de Creta) y la micénica (de Micenas). La primera procede de las Islas Cícladas, ricas en minerales, cuyos habitantes dejaron huellas de su paso con un arte estilizado, muy alejado del arte griego clásico. La isla central es Delos, que estuvo habitada desde el tercer milenio a.C. y donde, según la tradición, nacieron el dios Apolo y su hermana Ártemis, hijos de Zeus. Una vía sagrada, flanqueada por leones, conduce al viajero a los tres templos dedicados a Apolo y al templo dórico dedicado a las doce divinidades olímpicas. Otro recinto sagrado está dedicado a los dioses extranjeros, entre ellos el templo de la diosa Isis.

La isla de Creta, trampolín cultural y comercial entre el Medio Oriente y el mundo griego, carecía de grandes templos, ya que la vida religiosa se limitaba a la intimidad doméstica o a los lugares sagrados de las montañas, consagrados a la Diosa Madre, con numerosos exvotos que hablan de múltiples divinidades. Pero en los palacios descubiertos se han encontrado archivos civiles en tabletas de arcilla de 1.400 años a.C. (Cnosos) y ofrendas funerarias, con máscaras de oro, que indican un culto a los antepasados. En el archivo de Pilos se han descubierto, además, listas de los dioses cretenses. Los asentamientos humanos descubiertos en Creta demuestran que la isla estuvo ya habitada hace nueve mil años, con emigrantes procedentes del Oriente Próximo.

Las primeras tumbas micénicas, en el Peloponeso, datan de los siglos XVII y XVI a.C. con una máscara real en láminas de oro, de 1.500 años de antigüedad, y estatuillas religiosas de la Diosa Madre. En la península las ciudades-estado tenían cada una su dios protector, con grandes santuarios fuera de sus murallas. En la capital, Atenas, la acrópolis (“ciudad en lo alto”) dominaba la vida urbana ya desde el tercer milenio a.C. con edificios religiosos dedicados a Zeus, Dioniso, Asclepio, Temis, Apolo, Ártemis y el grandioso Partenón, en honor a la gran Atenea Partenos, esculpida en oro y marfil, como el Zeus de Olimpia, por mano del gran escultor Fidias. Otros santuarios famosos fueron los de Eleusis, en honor de la diosa Deméter; el ya citado de Olimpia, regado por el río Alfeo, con el colosal templo de Zeus, el padre de los dioses; y Delfos, al pie del monte Parnaso, donde el oráculo de Apolo respondía a las preguntas de los fieles que a él acudían, con el templo más rico y venerado de Grecia.

Pero, según el imaginario griego, sus doce principales dioses tenían su residencia (donde vivían adornados con los mismos vicios y virtudes de sus ‘inventores’ humanos) en el monte

Olimpo: Zeus, Hera, Apolo, Ártemis, Afrodita, Hermes, Ares, Poseidón, Hefesto, Atenea y Dioniso. También había templos para dioses extranjeros, bien acogidos por los griegos, como el babilonio Adonis y la egipcia Isis. El resultado final de siglos de creación y recreación de mitos fue una religión en la que no había iglesia, ni clero, ni dogma, ni textos sagrados, sólo leyendas mitológicas, narradas teológicamente por Hesíodo en la *Teogonía* (también del siglo VIII a.C.) la primera narración ordenada del origen de los dioses. “A la herencia oriental, dice García Gual, se une el anhelo de sistematización y de explicación, rasgos del pensamiento griego en sus inicios” (*La Grecia antigua: En la cuna de Occidente*, número monográfico de la revista *Muy interesante*, 2006).

Al carecer de sacerdotes, los griegos recurrieron a los oráculos, como el de Delfos, donde una pitonisa en trance transmitía el mensaje divino tras ingerir o inhalar un alucinógeno. Pero ningún griego, devoto o sabio filósofo, abrió las puertas al monoteísmo. Su panteón (“todos los dioses”) estaba colmado de divinidades ‘humanizadas’, humanos venerados como dioses, ninfas y héroes semi-dioses, frutos de la más fantasiosa imaginación, para intentar explicar el misterio de la vida y los secretos de la condición humana. La figura mayestática de Zeus, obra de Fidias, serviría siglos más tarde a los artistas para imaginar al dios Padre de los cristianos. Pensando en su influencia cultural, somos herederos del pensamiento griego, como se intitula una obra sintética de Meter Levi, *Grecia es la cuna de Occidente* (Ed. del Prado, 1992)

Pero la mitología europea no se acaba en Grecia. Tras ella, el pueblo etrusco, que habitaba en el siglo VII a.C. en las llanuras italianas comprendidas entre el Tíber y el Arno, tomaron de sus vecinos tanto la escritura como la religión. Era un pueblo supersticioso, cuyos ‘arúspices’ consultaban los deseos divinos examinando las entrañas de los animales sacrificados. Al principio, sus dioses eran objetos simbólicos, pero después, influenciado por Grecia y Fenicia, construyeron templos a la diosa fenicia Astarté y a los dioses griegos. Aunque su principal divinidad era el dios Voltumna, honrado cerca de Orvieto. Más tarde, el poder de Roma expande por el mundo conquistado las ideas y los dioses griegos, asumidos como propios para completar el panteón romano. Los restos arqueológicos han permitido comprobar establecimientos humanos en los alrededores de Roma hace unos 5.000 años, por asentamientos de pueblos venidos del norte de Europa. Basta consultar el *Diccionario de la Mitología griega y romana* (Labor, 1966) de P. Grimal, para darnos cuenta de que el pueblo romano, más guerrero que místico, supersticioso y práctico, prefiere asimilar a los dioses griegos, confundiéndolos con los propios, mediante el simple expediente de cambiar de nombre. Así, Zeus pasó a ser Júpiter; Hera, Juno; Afrodita, Venus; Ares, Marte; Hefesto, Vulcano; Atenea, Minerva; Crono, Saturno; Pan, Silvano; Poseidón, Neptuno; Dioniso, Baco. Algunos como el gran dios Apolo conservó su nombre, muy venerado en Roma.

La difusión de los cultos históricos, provenientes del Oriente, está atestiguada por los numerosos santuarios dedicados a dioses no romanos, como Cibeles, Jano, Isis, Serapis y Mitra,

el dios persa del Sol. El culto del dios Mitra, muy extendido por todo el Imperio, fue el gran competidor del cristianismo, condenado durante siglos a vivir en las catacumbas, por las persecuciones de los emperadores, hasta conseguir su aprobación por un edicto de Constantino (313 d. C.). La religión romana, a diferencia de otras antiguas, no era una religión revelada, ni sus dioses promulgaron jamás normas o mandamientos de conducta, como explica John Scheid (*La religión en Roma*, Ed. Clásicas, 1991), aunque recibían la veneración de sus fieles mediante actos rituales de oraciones y ofrendas, una especie de contrato entre los humanos y sus dioses protectores.

En el continente americano predominan hoy, entre las religiones indígenas, casi todas mezcladas con las ideas recibidas de Europa, el ‘sincretismo’ religioso, que consiste en la mezcla de todas ellas, para obtener una amalgama no sólo imaginativa y respetuosa con las creencias tradicionales, sino lo que parece más evidente, incapaz de resistir la más mínima crítica de la racionalidad. Se supone por los científicos que la llegada de los humanos al continente americano se produjo por el norte, cuando no existía casi el estrecho hoy conocido como de Bering, hace unos 14.000 años. Los grupos étnicos más conocidos en la antigüedad son: los *olmecas*, un milenio anterior a nuestra Era, que fueron absorbidos por los *mayas*, quienes dominaron América central durante seis siglos (desde el siglo IV d.C.) que veneraban a dioses violentos por todas partes, con grandes templos y sacrificios humanos para aplacarlos. También en México, aparecen la cultura de Teotihuacan, adoradores del Sol y de otros dioses celestiales (400 a.C.) y los *zapotecas* (200 a.C.) con decenas de dioses. En las Antillas se han encontrado huellas mucho más antiguas de pueblos politeístas, como los *taínos* (2.000 a.C.) y en el sur del continente, a orillas del Pacífico el grupo llamado de *Valdivia*, con registros fósiles de 3.500 años a.C., al oeste de Guayaquil, al mismo tiempo que se estaba consolidando el poder egipcio.

El fenómeno religioso más antiguo de Perú es la llamada “primera teocracia de los Andes”, según los restos milenarios encontrados en Chapín, Paracas y los enigmáticos surcos de Nazca, ya en Chile. En Bolivia la deidad máxima era el Sol, con la Puerta del Sol, en las ruinas de Tiahuanaco, que aún se conserva, de los primeros años de nuestra Era. De la misma época es la cultura *mochica* en Perú, que tenían por dioses al Sol, a la Luna y a las estrellas. Pero, sin duda, la civilización más avanzada fue la de los *incas*, también adoradores del Sol, asentados en Perú desde el siglo XII d.C. con su centro religioso y neurálgico en la ciudad andina de Machu Pichu, cerca de Cuzco. Generalmente, todos ellos eran guerreros a los que no asustaba la sangre, pero que, por sus creencias politeístas, quedaron asombrados con la llegada de los primeros colonizadores europeos, a quienes se subordinaron como a dioses llegados del Más allá, aunque después sufrieran la crueldad de los sanguinarios conquistadores.

Queda, por fin, el *judaísmo*, la religión incruenta y monoteísta que se supone nació en tierras palestinas, por obra de los egipcios expulsados de su país a causa de su monoteísmo. La

costumbre israelita no incluía los sacrificios humanos, pero sí los de animales, como ofrendas al dios único. Sabemos que, con motivo de la dedicación del primer templo de Jerusalén por el rey Salomón, se sacrificaron 22.000 bueyes y 120.000 corderos. Naturalmente, el motivo era muy especial y no creo que estos sacrificios se pudieran mantener cada año a ese nivel, pero indica que eran habituales en las fiestas religiosas los sacrificios, sobre todo de corderos. Los *hebreos* vagaron por el desierto de Canaán durante 40 años, hasta establecerse por la fuerza en un territorio que creían les pertenecía por la promesa de Yahvéh, su ‘dios inventado’, que los consideraba –asombrosa autosugestión- su “pueblo elegido”. Con este pueblo, destructor de ídolos y dioses extraños, comienza en realidad el auténtico monoteísmo bíblico, extendido después a otras creencias, como el cristianismo y el islamismo, exclusivistas, proselitistas y fanatizadas, que darán lugar a guerras sin cuartel, aunque conviviendo con religiones politeístas en todos los continentes.

Exceptuando el breve período de culto al dios único Atón, el politeísmo domina entre los pueblos durante miles de años. También fueron politeístas los caldeos, eslavos, celtas, germanos, iberos, galos, fineses, lituanos, griegos, etruscos y romanos en el continente europeo. En el asiático, los fenicios, persas, asirios, árabes, chinos y japoneses, con miles de dioses en el sintoísmo; eran politeístas los pueblos polinesios, y en el continente americano, los mayas de Tikal y Palenque adoraban a quince divinidades y hacían sacrificios de sangre para conjurar y aplacar a los dioses. En el mismo continente, los dioses aztecas tenían ansia de carne humana, sobre todo de corazones frescos, ya en siglos posteriores. Los dioses ‘imaginados’, fuesen cuantos fuesen, siempre tan soberbios y distantes, necesitaban el olor de la sangre. Al fin y al cabo, no eran más que la imagen viva del hombre, agresivo y sanguinario por naturaleza y por historia. Ni daban ni pedían amor, solamente obediencia y sumisión, respeto y fidelidad, engañando a sus criaturas con una promesa ilusoria de felicidad. Su mandamiento principal era el mismo para todos los humanos: “Cierra los ojos de tu razón y tu corazón no sentirá el aguijón de la duda”.

En este breve recorrido histórico, falta por considerar cómo la superstición religiosa ha ido siendo arrinconada por la ciencia, en su avance imparable hacia la Verdad. “Desde el principio de los tiempos, la espiritualidad y la religión se han utilizado para llenar los huecos que la ciencia no comprendía. La salida y la puesta del sol se atribuyeron a Helios y a un carro de fuego. Los terremotos y maremotos a la ira de Poseidón. La ciencia ha demostrado ahora que esos dioses eran ídolos falsos”. Esto dice Dan Brown en *Ángeles y demonios* (Umbriel, 2004), que continúa con estas palabras: “Las Sagradas Escrituras son cuentos...Leyendas e historias de la lucha del hombre por comprender su necesidad de encontrar un significado”. Para la Ciencia no hay más criterio de veracidad que la experimentación y el juicio crítico, tan ajeno a mitos y revelaciones, ensueño y alucinaciones, origen de las más absurdas creencias.

La gran masa de humanos, de aquende y allende el océano, de ayer y de hoy, generación tras generación, ha ido transmitiendo y asimilando como verdades evidentes lo que no son más que fantasías interesadas. Somos muy pocos los que nos percatamos, ahora y antes, de que ese “significado” no se puede encontrar de espaldas a la razón, la única ‘herramienta’ de que disponemos para emitir juicios de veracidad o falsedad. Ni las leyendas, ni los mitos, ni la fe en nocturnas ‘revelaciones’ nos pueden indicar el camino de la verdad. Podremos sentirnos muy satisfechos con esos ‘cuentos de hadas’, pero nuestra razón nunca dará su consentimiento a esas imaginaciones irreales, basadas más en sentimientos que en juicios de valor. Es mucho más fácil encontrar la felicidad en la senda trillada que nos marcan los ‘hombres de fe’, que en el ejercicio responsable de la reflexión, aunque para esto sea necesario enfrentarse dialécticamente con la opinión mayoritaria. La democracia nunca podrá imponer leyes ni dioses al más íntimo de los santuarios, la conciencia. Desde ella podré ver, con equidad y sinceridad, lo que ha significado para la humanidad el cúmulo casi infinito de creencias religiosas.

II

Diversidad de religiones

Los mitos ‘imaginados’ por el hombre responden a una íntima necesidad de explicar lo inexplicable. En la Mitología, la ciencia de los mitos, no todo es mentira. Son la respuesta del simbolismo a lo desconocido, el asombro de un niño que no entiende lo que ve a su alrededor. Dependen de cada grupo humano, que los va transmitiendo a los suyos, de generación en generación, como herencia ideológica, asumida como cierta. Son los *memes* culturales más penetrantes y eficaces, apólogos que enardecen a la mente infantil, en el salto evolutivo de la pubertad. El mito asumido como cierto se transforma en superstición, y ésta en convicción invencible, hasta que la razón, si no se la arrincona, viene a poner orden en la conciencia, buscando entre la niebla, como decía Antonio Machado, el dios de la Verdad científica, que es el único dios que no engaña.

No es posible, ni tampoco necesario, desarrollar con mayor extensión el falso mundo de los mitos, que resultan ciertamente un atractivo para una mente abierta a la belleza literaria. Hay suficientes páginas publicadas, incluso en la Red informática (www) para no tener que multiplicar innecesariamente lo ya dicho por tantos autores. Bastará una consulta, entre otros muchos que se pueden presentar como candidatos, a libros como el de Federico Carlos Sainz de Robles, *Ensayo de un Diccionario mitológico universal* (Aguilar, 1958), el *Diccionario de símbolos y mitos* (Tecnos, 1971) de J.A. Pérez Rioja, el *Diccionario de la Mitología clásica* (Alianza Editorial, 1980), *Mito y realidad* (Labor, 1991) de Mircea Eliade, *Los mitos de los dioses* (Seix Barral, 1994) o *Héroes y dioses de la Antigüedad* (Electa, 2003) de Lucía Impelluso, si se quieren visualizar los mitos y sus manifestaciones artísticas.

Las religiones están ancladas en los viejos mitos y si queremos profundizar en su origen, difusión y diversidad, no queda más remedio que plantear, aunque sea en síntesis, la historia de las religiones, que van anejas, en estrecha simbiosis, con las diferentes civilizaciones y culturas que se han consolidado entre los habitantes de este planeta (suponiendo que no haya extraterrestres entre nosotros). Buenos compañeros de viaje serán los estudios de Trevor Ling, *Las grandes religiones de Oriente y Occidente*, con una tabla cronológica (Istmo, 1968), de S.G.F.Brandon, *Diccionario de Religiones comparadas* (Ediciones Cristiandad, 1975), de E.O. James, *Historia de las religiones* (Alianza Editorial, 1990) y de Dennis Gira/Jean-Luc Puthier, *Religiones en el mundo* (Larousse, 2004). Para los más reticentes a la página impresa, se puede recomendar la sintética *Historia de las religiones*, del argentino M. Lauro, página muy visitada de la Red. Todos en lengua española.

Pero, sin duda, la más recomendable es la *Historia de las religiones*, en cinco tomos, del gran librero español Juan Bautista Bergua Olavarrieta (Madrid, 1892- 1991), digno de recuerdo

por su incansable trabajo a favor de la cultura hispánica, ya que tradujo las *Obras completas* de Platón, y otras de diferentes lenguas, hasta un total de 56 libros de filosofía, literatura, ciencia y religión, como *El Corán* (1929), *El Libro de los muertos* (1960), *La Vida de Jesús* de Renán, y autores clásicos como Homero, Petronio, Plutarco, Hesíodo, Xenofonte, Luciano, y los modernos Maquiavelo, Erasmo, Spinoza, Shakespeare, Voltaire, Marx y otros, en las Ediciones Ibéricas, de su propiedad, comenzadas en 1939, en la familiar Librería Bergua (1879), después Librería-Editorial Bergua (1927). El tema religioso, que le ocupó muchas horas en su vida, dio como resultado la publicación en 1958 de cinco tomos sobre las *Mitologías* (europeas, asiáticas, africanas, americanas y de Oceanía), y después otros cinco sobre la *Historia de las religiones* (Ed. Bergua, 1968-88), estudio no confesional, pero apasionado, con el equilibrio científico que nace de la documentación estudiada, así como de las numerosas lecturas en varios idiomas. Creo que no han sido valoradas como merece, tanto su personalidad como su obra. La tesis que domina todos sus estudios se resumen en una simple frase: “El hecho, curioso e innegable, de que continuamente aparezcan nuevas religiones, ha de entenderse siempre como una variante de una religión anterior”. En las ideas religiosas, como en la literatura, todo es una cadena, que comienza con la imaginación primitiva. No hay nada totalmente original.

Como ocurre en todos los aspectos de la vida, algunas religiones han desaparecido, otras han evolucionado, se han reformado o se han segregado de las anteriores. La aparición del monoteísmo no significó la desaparición del politeísmo, antes bien, se han multiplicado las opciones religiosas, se han sucedido hasta hoy mismo líderes y santones que fundaron sus propias religiones, con mayor o menor éxito. Hoy como ayer el ser humano se asombra ante lo incomprensible y misterioso, pero ya no se siente atado, como antes, a una determinada religión. Los lazos que le ataban a determinados dioses se han aflojado en las culturas modernas, de tal forma que hoy se puede cambiar de fe, en ciertas partes del mundo, como se cambia de coche o de casa. Sobre todo, en los Estados Unidos de América, que alguien ha calificado de “paraíso de las nuevas religiones”. Se ha perdido el sentido mágico de la religión, siendo sustituido por un sentido ‘comercial’ que todo lo inunda: *do ut des* (“doy para que me des”). El dios o los dioses lejanos, ‘inventados’ ya no dicen gran cosa al corazón del individuo moderno, para quien la religión es sólo un sentimiento, alejado de la realidad mundana, sin mayores compromisos ideológicos ni morales. No obstante, la humanidad sigue agrupándose en torno a ideas de salvación, sin preocuparse por conocer en profundidad las grandes diferencias doctrinales.

La fe religiosa, como todas las actividades humanas, tiene su asiento en el cerebro, y las últimas investigaciones neurológicas ya han encontrado las regiones concretas cerebrales que son las responsables de la espiritualidad, controlada por el lóbulo temporal, y por tanto, se puede estudiar como cualquier otra emotividad neurológica, según explica el neurólogo Jordan Grafman en uno de los últimos números de la revista *Proceedings of the National Academy of Science*. Sin precisiones experimentales ya lo habían insinuado otros científicos, como Hamer o

Richard Dawkins, que considera la fe como un ‘narcótico adictivo’ semejante al enamoramiento. Tiene, por tanto, que ver con el proceso evolutivo de los niños, que llegan a una determinada fe religiosa por la insistencia de los métodos educativos, tanto en la esfera familiar como en la escolar o parroquial.

La fe religiosa es el *meme* por excelencia. La regla más valiosa para un individuo inmaduro, que ha de ir formando su visión de la vida por las experiencias es la dictaminada por Dawkins: “Creer, sin dudar, cualquier cosa que tus mayores te digan. Obedecer a tus padres; obedecer a los ancianos de la tribu; confiar en los mayores. Más que cualquier otra especie, sobrevivimos por la experiencia acumulada de generaciones previas, y esa experiencia necesita trasladarse a los niños para su protección y bienestar”. (Richard Dawkins, *El espejismo de Dios*, Espasa Calpe, 2007). La consecuencia inmediata es que habrá tantas religiones como culturas, sin depender de ninguna verdad absoluta, que siempre será rebatida por el disidente. Pero que, seguida con fidelidad, más allá de la pubertad, no ‘fabricará’ más que autómatas. La edad del juicio crítico ha de plantearse la veracidad de todo lo aprendido, incluidas las ideas religiosas, sin claudicar ante la ‘autoridad’ de los mayores, que no son infalibles.

De todas las incongruencias que se pueden encontrar en las religiones, ninguna tan falaz y turbida como la del ‘idioma de los dioses’. ¿Qué lengua utilizaron Adán y Eva para entenderse con el Creador? ¿Hablaban ya por ciencia infusa? ¿En qué idioma habló Dios a Moisés en el Monte Sinaí? Dios, por supuesto, hablará todas las lenguas de los hombres, pero ¿también Jesús el Dios de los cristianos? ¿Entenderá Alá el inglés? ¿Y Visnú? ¿Y Viracocha? ¿Es que nadie se ha parado a pensar en tan insensata incongruencia? ¿O es que Dios se entiende con los hombres por telepatía? Esto parece lo más probable, dado que nos condenó a la ‘confusión de lenguas’ después de aquél ‘atrevimiento’ de la Torre de Babel. Sobre esto escribe el doctor Francisco Mora en la revista *El Cultural* (7/7/2005) que “si algún idioma Dios dio al hombre en sus orígenes es claramente el idioma de los gestos y el silencio...Dios, si existe, es silencio, y cualquier libro que hable de ese silencio, ha sido filtrado por el cerebro humano. Y esto nos lleva a comprender que la interpretación humana de ese silencio, su desciframiento y su traducción en forma de lenguaje, es tan individual como lo es cada cerebro en cada uno de los más de seis mil millones de habitantes que pueblan la Tierra”.

Consultando el más actualizado *Atlas del estado de las religiones* (Akal, 2000) podemos comprobar que el *homo religiosus*, lejos de haber recibido una sola ‘revelación’ espiritual, como se podía esperar de la Única Verdad Absoluta, creadora de cuanto existe, ha ido forjando a lo largo de su historia un sinnúmero de símbolos y mitos que han dibujado el mosaico más colorista y diverso que podía pensarse de la práctica religiosa. Nadie podrá defender, a la vista de tal mapa de las religiones, que ninguna supuesta divinidad ha manifestado al hombre una doctrina unitaria y válida para todos, como correspondería a un ‘creador’ que quiere la verdad para sus criaturas, apartándolas del engaño, previsto o fortuito. En la práctica, la identidad

religiosa va unida a la identidad cultural de una familia o de un pueblo, como al principio lo era de un clan o tribu familiar. Para mucha gente su fe no es una elección consciente, sino una herencia más, que orientará su espiritualidad durante el resto de su vida, a menos que por el proselitismo exitoso de las demás o por la sincera reflexión razonada, acepten la ‘conversión’ a otra fe, al agnosticismo, al ateísmo o a la indiferencia más absoluta. Un cambio de religión puede deberse también, en casos concretos, a un cambio de ideología política, pero esto lo que supone es la inautenticidad de ese fingido sentimiento religioso.

Un error en el que no se debe caer tampoco es el de identificar fe religiosa y práctica ritual, asimilando en las estadísticas a los creyentes ‘nominales’ con los realmente practicantes. (Se cuantifica el número de católicos por su asistencia a la eucaristía). Desde hace tres siglos, el proceso de secularización ha ido abriendo una enorme brecha en el mundo religioso, que parece hoy desviarse hacia nuevos movimientos espirituales, que poco o nada tienen que ver con las religiones y los ritos tradicionales. Acorde con los nuevos tiempos, la red de internautas cuenta ya con una importantísima presencia religiosa en Internet, superior en páginas al sexo y a la pornografía. Los servicios de búsqueda logran encontrar hasta seis millones de páginas con la palabra *Religión*. Señal inequívoca de que el tema, a pesar de las apariencias, interesa cada día más. Aunque carecemos de datos fehacientes sobre la sincera búsqueda de la verdad.

Desaparecidas las civilizaciones y las religiones pre-bíblicas, todas creyentes en el politeísmo, como el panteón mesopotámico-babilonio, el egipcio, el etrusco, las religiones místicas, olímpicas y órficas de Grecia y Roma, , a comienzos del siglo XXI el cómputo de las creencias mundiales aún vivas, incluidas las autóctonas de los territorios americanos, asiáticos y africanos, es casi infinito (Trevor Ling, *Las Grandes Religiones de Oriente y Occidente*, Istmo, 1968). Aunque sea brevemente, habrá que recordar esta diversidad de las creencias religiosas, que dividen a la Humanidad, a veces con odio inextinguible, que ha dado como resultado el derrame incesante de la sangre de los creyentes en la mayoría de las llamadas religiones del Libro. No se trata ya de la sangre derramada en sacrificios humanos que aplacaban la ira de los dioses, sino de creyentes monoteístas, caídos en defensa de su ideología única, enfrentada al dios contrario. Es el ‘mismo’ dios, pero incompatible en sus diversas versiones: Yahvéh, Dios, Alá. (¿Hay mayor absurdo en la sociedad que predica la necesidad de la convivencia? Mientras haya fanatismos, habrá sangre).

He aquí, para recordatorio de la inmensa mayoría, la síntesis de las principales creencias, comenzando, en orden descendente, por las llamadas “cinco magníficas”, las que más influyen en la sociedad actual, proporcionalmente a sus fieles seguidores. A saber, el *judaísmo*, con 14 millones de adeptos, que corresponde al 0,2% de la población mundial. El *budismo*, con casi 340 millones (6,0%). El *hinduismo*, religión que siguen, con variantes, 764 millones de fieles (13,5%). El *islamismo*, con más de mil millones de adeptos en todo el mundo (18,3%). Finalmente, el *cristianismo*, muy dividido, con casi dos mil millones de creyentes en el Cristo

judío (33,6%). Para completar el cuadro, hay que calcular que existen unos mil millones de personas no creyentes, es decir, agnósticos, ateos o indiferentes (16,3%). Perviven, aunque en cantidades exiguas, los cultos tribales, generalmente politeístas, en Nueva Zelanda (religión *maorí*), en Haití (culto *vudú*); en Benín, Togo y Nigeria, en la costa occidental africana, predomina el politeísmo (dioses *orishas*). En total, se calcula que las religiones tribales suman el 1,8% de la población mundial. Otro autor, con afán más didáctico, las clasifica en cinco grupos: étnicas, imperiales, nacionales, universales y modernas (Francisco Díez de Velasco, *Breve historia de las religiones*, Alianza, 2006). Pero la clasificación es lo que menos importa.

Si contemplamos el mosaico religioso por continentes, comprobaremos que Asia, el más poblado de la Tierra, cuenta con unas doctrinas tan variopintas como lo son sus propias gentes. En la India y sus países vecinos predomina la religión *hindú* (700 millones de personas) pero también hay otras comunidades religiosas, que se disputan a los creyentes, como el *islamismo*, el *cristianismo*, el *budismo* y el *jainismo*, que es una religión sin dioses. En China, la nación más poblada de la Tierra, conviven el *budismo*, el *taoísmo* y el *confucianismo*, que tampoco es una religión propiamente dicha. Hay tal cantidad de dioses en China que resulta difícil integrarlos en una sola práctica religiosa. La mayoría de los chinos adoran hoy a un dios y mañana a otro. Todo depende de lo que puedan conceder. En lo que sí están de acuerdo todos los chinos es en el culto a los antepasados, incluidos los cristianos, que viven perseguidos porque se les considera obedientes a una potencia extranjera (Vaticano), aunque hubo algunos ‘disidentes’ como un obispo, líder de una Iglesia Católica Nacional de China, que, a la vez, era miembro del buró político del partido comunista.

Entre las religiones observadas en Japón, aparte de la ‘religión del trabajo’, destaca el *sintoísmo*, con 50 millones de fieles, quienes, sin embargo, acuden a las propuestas budistas a la hora de morir, porque a diferencia de otras religiones, el shintoísmo no habla de la muerte o del Más Allá, es una ‘religión de la vida’. El segundo lugar en importancia lo constituye el *islamismo*, dividido en dos sectas, los *suníes* y los *shiíes*, los “dos brazos de Alá” (Javier Martín, *Suníes y Chiíes, los dos brazos de Alá* (Catarata, 2008) y la escisión del iraní Baha’u’llah, que busca la armonía y la paz mundial, por lo que tiene prohibido militar en partidos políticos. Por último, pero en primer lugar, se sitúan los seguidores de Cristo, *cristianos* con dos mil años de vida, pero divididos en grupos o sectas, que, a su vez, se dividen de nuevo, como los *protestantes* (luteranos, calvinistas, reformados, baptistas, menonitas, metodistas, evangélicos, Testigos de Jehová, anglicanos, ortodoxos, pentecostalistas, mormones, y otros, por citar sólo los que perviven hoy día). Pero no termina aquí la ‘diversidad’. Se calcula que solamente desde el final de la Segunda Guerra Mundial se han creado más de tres mil iglesias diferentes. No sé si hay que reír o llorar por tal cúmulo de frivolidades ante el único problema importante para el *homo sapiens sapiens*.

Además de la fe en lo sobrenatural, las diferentes creencias tienen algo más en común, que se pone de manifiesto en fechas señaladas. Me refiero a las *procesiones*, manifestación multitudinaria para venerar a sus divinidades en la vía pública, suplicar ayuda o dar gracias, haciendo patente la unidad de los creyentes, cuyo origen se remonta a prácticas paganas antiquísimas. La mayor del mundo es la de los *sadhus* o ‘guerreros de Shiva’ que desfilan en la Kumbhamela, que puede reunir a más de 70 millones de hindúes, que al final se sumergen en el río Ganges para obtener el perdón de sus pecados. En el Tíbet la capital budista de Lhasa atrae a millares de peregrinos en cada festividad. La Meca, en Arabia, es el centro de reunión de más de un millón de peregrinos musulmanes en el vigésimoséptimo día del Ramadán, para rezar en la Gran Mezquita. Los islamistas chiítas celebran la Ashoura, recorriendo las calles con un caballo ensangrentado, que simboliza el sacrificio del imán Hussein, nieto de Mahoma. En los valles andinos de Perú se celebran las procesiones de origen quechua llamadas “nieve de las estrellas” en la primera luna llena de junio. En el mes de agosto, la isla de Sri Lanka enloquece mientras miles de personas peregrinan a la famosa procesión del ‘diente de Buda’.

El cristianismo medieval fomentó las peregrinaciones a lugares santos, como Roma o Jerusalén, y el conocido “Camino de Santiago” que atrajo a miles de europeos durante siglos para llegar al ‘extremo de la Tierra’ (*Finis Terrae*) a venerar al apóstol de Cristo, Santiago, supuestamente enterrado en la ciudad española de Santiago de Compostela. Con posterioridad, la Iglesia Católica ha fomentado las procesiones populares en honor de santos patronos, de la Virgen María o del mismo Cristo Jesús, cuya Pasión y muerte es recordada en las procesiones de ciudades como Sevilla, Málaga, Valladolid, Zamora, Toledo, Madrid y tantas otras capitales de España. El mayor centro de atracción católica es, por supuesto, la ‘sede central’ del Vaticano, en Roma, para visitar la tumba del apóstol Pedro y admirar las maravillas arquitectónicas de Miguel Ángel y Bernini.

Estas son las principales religiones ‘inventadas’ por el *homo sapiens*, que una persona culta, interesada por los problemas espirituales, debe conocer:

JUDAISMO. Los textos del Próximo Oriente hablan, desde el siglo XX al siglo XII a.C. de unos pueblos nómadas de origen semita, de nombre *habiru* (hebreos), asentados en Mesopotamia (Larsa, cerca de Ur) en el año 1.900 a.C. donde vivían también los moabitas, edomitas y madianitas, nombres de las ciudades de su residencia. Pero los hebreos que emigraron a Egipto fueron expulsados en el siglo XIII a.C. por orden del faraón hacia las tierras palestinas de Canaán, por motivos no aclarados, pero que comentaristas modernos atribuyen a la ‘herejía’ monoteísta del faraón Aj-en-Aton. Los expulsos fueron acaudillados por Moisés (nombre egipcio) quien recibió la ‘visita’ (aparición) del dios único (¿Atón=Ra=Sol?), cuyo nombre impronunciable sería en adelante el de *Yhvh* (Yahvéh), el cual estableció una ‘alianza’ con ese pueblo exiliado y le entregó las Tablas de Ley, con los mandamientos que habían de cumplir para entrar en el ‘reino’ prometido. En adelante, ese pueblo sería Israel, el ‘pueblo

elegido' para una 'salvación' colectiva, cuya historia quedaría reflejada en la *Biblia*, que es, sin duda, el mayor éxito editorial de todos los tiempos, 'libro sagrado', aunque no pase de ser una historia 'novelada' que, no obstante, ha servido de base para la fe de otras comunidades religiosas, como el cristianismo y el islamismo, cuyos adeptos se cuentan por miles de millones.

Israel se constituyó en reino en el siglo X a.C. con Saúl, al que siguieron sus grandes reyes David y su hijo Salomón (965-925), ambos guerreros y grandes pecadores, pero venerados en el judaísmo, el primero como el conquistador de la ciudad yebusea de Jerusalén, que convertiría en la capital del reino, y el segundo como el constructor del gran templo dedicado a Yahvéh (2 Sm 6:12ss). La división del pueblo en dos reinos separados, Israel y Judá, que tuvo lugar a la muerte de Salomón, no llegó a destruir la conciencia religiosa de un pueblo unido a Dios por una 'alianza' o contrato de fidelidad, algo incomprensible para una mente razonable, que no puede concebir cómo el Ser Supremo podría rebajarse a 'pactar' con sus inconstantes y frágiles criaturas. A pesar de todo, Israel admitió a otros dioses en los santuarios de Dan y Betel, provocando la ira de Yahvéh, que se 'arrepintió' del pacto y de la misma creación de tan infieles súbditos.

La aparición de los 'profetas' que anunciaban grandes males a los idólatras, provocó en el siglo VII a.C. la purificación del sacerdocio, la destrucción de los ídolos y la centralización del culto en Jerusalén, cuyo templo fue destruido por primera vez en el año 586 a.C., por el rey babilónico Nabucodonosor. Tras ser autorizados a volver a su país por los persas, quienes conquistaron babilonia en el año 538 a.C. los descendientes de los hebreos –llamados judíos desde entonces, por ser habitantes de Judea– se reorganizaron basándose en la Ley de Yahvéh. Esdras creó un Estado judío teocrático, cuya autoridad era la *Torá* escrita, aunque en siglos posteriores se ha incrementado con los comentarios de los rabinos hasta formar el conocido *Talmud*, que ha mantenido su vigencia hasta el día de hoy. Conquistado en el año 63 a.C. por el romano Pompeyo, y destruido el templo de Jerusalén, por segunda vez, en el año 70 d.C. y la ciudad completa en 135 d.C., los judíos fueron expulsados definitivamente por el emperador Adriano del territorio de Israel, que los romanos llamaron Palestina.

En el judaísmo primitivo no hubo unanimidad de criterios, y se fueron formando escuelas y sectas, grupos diferenciados, como los saduceos (sacerdotes), fariseos (laicos piadosos), esenios (monacales de Qumrán), zelotas (independentistas) y mesiánicos (esperaban al Mesías). Después de la destrucción por segunda vez del Templo de Jerusalén (70 d.C.) por los romanos, los sacerdotes fariseos encabezaron la cohesión del judaísmo disperso como *rabinos* o intérpretes de la Escritura, en los templos o *sinagogas*, que carecen de altar y vienen a ser como un lugar de reunión, estudio y oración.”La *Torá* era el Libro, la Revelación que hablaba a todas las generaciones a través de sus intérpretes”, y que “sirvió para unir a la Diáspora y a sus diversos grupos y experiencias”, se dice en el *Diccionario de Religiones Comparadas* (Cristiandad, 1975). Los judíos actuales se rigen por los 613 mandamientos del *Talmud* y otros

textos venerables, como la *Mishne Torah* del judío-español Maimónides, que representa la cumbre del judaísmo medieval con sentencias místicas como “Dios no es débil, Dios no es ignorante”, que supone la negación de toda imperfección en el Dios judío. En el siglo XVIII Moses Mendelssohn (1727-1786) trató de reconciliar al judaísmo con la razón ilustrada, aunque sin abandonar la legislación ‘divina’ de la Torá, basada en la ‘revelación’, concepto fantasioso que siempre está presente en todos los comentaristas bíblicos.

En la actualidad, el judaísmo sigue siendo una religión, con millones de adeptos dispersos por todo el mundo, aunque en el Estado de Israel, que ocupa desde 1948 parte del territorio ‘otorgado’ por Yahvéh a ‘su’ pueblo, es imposible separar política y religión. Aunque hay facciones distintas que forman la base ideológica de los partidos políticos, con diferentes formas de entender el ensamblaje entre política y religión, todos se consideran servidores de su Dios, el Dios de Abraham, el Dios de Jacob, el Dios de Israel. El monoteísmo impregna toda la vida del judío, viva donde viva. Es un lazo de unión étnico pero ante todo religioso. La sangre es, quizás, lo que menos importa. La ‘conversión’ es posible para quien acepte los principios ideológicos, bíblicos, históricos y morales de la religión judía. Los adoradores del Dios único, por quien han sufrido persecución y martirio, expulsiones y exterminio, se mantienen en su fe inamovible: son los más tenaces en sus creencias religiosas, heredadas de sus antepasados, que las formaron con inexistentes ‘revelaciones’, mitos que no resisten la más pequeña reflexión

En la actualidad hay unos trece millones de personas que se identifican a sí mismas como adeptos al judaísmo, aunque no todos sean religiosos practicantes. Los ‘ortodoxos’ son los más fanáticos, defendiendo a sangre y fuego su pretendido derecho ‘religioso’ a la tierra palestina, que, como sabemos, fue conquistada a sangre y fuego, con exterminio de sus habitantes, en tiempos de Josué. En términos religiosos, judío es aquel cuya madre es judía y además vive según la ley y la Torah. El holocausto nazi (1939-1945) destruyó la cultura judía de Alemania y Europa oriental, pero se mantuvo en distintos puntos del planeta, sobre todo en los Estados Unidos de América, en Francia, Rusia, Argentina, y desde hace más de medio siglo en Israel. No hay religión más dispersa, pero al mismo tiempo más unida en su fe. La estrella de David, las candelas de la sinagoga y la *kipáh* que usan los varones en las reuniones, son los símbolos externos de esa unidad de creencias, que se concentran en los rollos de la Ley, cuidadosamente caligrafiados y ornamentados, que se guardan en armarios especiales de las sinagogas. Su texto es inalterable. Si hoy sería una blasfemia modificar su contenido, en la antigüedad este atrevimiento podía ser castigado incluso con la pública lapidación. La causa es tan evidente como insensata: el origen divino de tales textos, por muy extremistas y condenables que sean. La fe es ciega.

La Biblia, considerada como Antiguo Testamento, es un conjunto de libros de muy diverso contenido. Se encuentran en sus páginas ritos y salmos, plegarias y las leyes sagradas, relatos, historias y tradiciones, acontecimientos varios y profecías. En todo caso, son

considerados como ‘palabras de Dios’, algunas tan amorales, sanguinarias y abominables que repugnan al lector más avezado a la maldad de los dioses. Casi no hay página que no esté salpicada por la sangre de los ‘enemigos’ de Yahvéh, es decir, del muy devoto pueblo de Israel, que aún espera la llegada del Mesías, al final de los tiempos. De ella se hablará en capítulo aparte. El Estado de Israel, fiel a su condición de Estado confesional, donde impera la religión judaica, ofrece automáticamente el derecho de entrada y nacionalidad a cualquier judío de no importa qué parte del mundo. Si pequeño es su territorio y pequeña su filiación, el judaísmo está en el origen de la religiosidad monoteísta occidental, sin la cual no se entendería la historia del planeta en los últimos treinta siglos.

CRISTIANISMO. Prolongación sectaria del judaísmo, cuyos libros sagrados acepta como propios, fundamento del monoteísmo más intransigente. Cerca de dos mil millones de personas, repartidas por todo el mundo, pero en especial por Europa y América (conocido con poco fundamento como el Occidente terrestre) profesan la fe en Jesús el Cristo, judío histórico de la Palestina romana con el que comienza no sólo una nueva religión sino, además, una nueva era, una civilización y una cultura, que ha dado origen a la división de la Historia en dos etapas: antes de Cristo y después de Cristo. A comienzos del siglo XXI, una encuesta periódica reseñaba que el 67 % de los europeos creía en Cristo, con mayoría en los países mediterráneos.

En el siglo XV el cristianismo era una religión casi exclusivamente blanca y europea, pero se fue expandiendo gracias a los descubrimientos de nuevas tierras en las que el colonialismo fue decisivo para suplantarse a las religiones nativas autóctonas por el nuevo mensaje de ‘salvación’. Organizada en forma piramidal, la Iglesia Católica es la única que tiene un Estado propio, aunque minúsculo, en el centro de Roma, la ‘Ciudad Eterna’, con la Santa Sede instalada en el complejo Vaticano, donde ‘reina’ como soberano absoluto el Sumo Pontífice o Papa, sucesor como Vicario de Cristo, de Pedro, Príncipe de los Apóstoles y supuesto primer obispo de Roma. El Estado Vaticano se creó en febrero de 1929 por los acuerdos de Letrán, firmados entre la Santa Sede y el dictador italiano Mussolini. Se trata de un Estado de pleno ejercicio, con su moneda, su bandera y su peculiar ‘ejército’ de guardias suizas. La soberanía política del Vaticano sobre las 44 hectáreas de su superficie, constituye la garantía de la independencia espiritual del Papado, algo insólito en la historia mundial de las religiones (César Vidal, *Pontífices*, Península, 2007).

Su doctrina es unitaria, dogmática e intransigente, que se ha ido formando durante siglos, amparada en los ‘libros sagrados’ del Antiguo y Nuevo Testamento. Las discusiones teológicas, que comenzaron muy pronto, fueron estableciendo esa doctrina de fe, por obra de los teólogos y los llamados Santos Padres, que ha ido moldeando la cultura occidental durante la Edad Media, aunque ya en el siglo XI se desgajó del tronco común la Iglesia Ortodoxa de Oriente, con leyes costumbres y liturgia propias. Incapaz la Iglesia de Roma de mantener la disciplina universal, llegó la fragmentación del sistema doctrinal cristiano en varias ramificaciones nacionales, que

impusieron reformas no admitidas por la Santa Sede. Los pueblos ‘rebeldes’ del siglo XVI se organizaron en comunidades diferenciadas, bajo el rótulo común de *protestantismo*. Así nacieron en Europa los creyentes en Cristo, pero seguidores de Lutero, Calvino y otros disidentes, como el sádico rey de Inglaterra Enrique VIII. A esta ‘Reforma’ protestante se opuso la ‘Contrarreforma’ católica, que escindió Europa en dos (Norte y Sur), manteniendo férreamente sus posiciones ideológicas, que el catolicismo refrendó en el Concilio de Trento.

A estas Iglesias, Luterana, Calvinista y Anglicana, se unieron después la Iglesia Holandesa Reformada, la Presbiteriana, la Metodista, la Baptista, la Episcopaliana, la Evangélica, los Testigos de Jehová, la Iglesia de la Cienciología, y así hasta un total de 2.550 movimientos cristianos contabilizados sólo en los Estados Unidos de América (dato tomado de la *Word Christian Encyclopedia*, 1982). La norteamericana es una nación tan puritana como hipócrita, cuyos fundadores pertenecían a la masonería, pero que se dice ‘protegida por Dios’ al mismo tiempo que practica la pena de muerte y que no duda en masacrar pueblos enteros si así lo piden sus intereses. En junio de 2002, mientras un sesudo senador manifestaba que “esta nación es de personas creyentes, y el que no quiera quedarse en ella que se marche”, el propio presidente afirmaba muy convencido, que “nuestros derechos provienen directamente de Dios”. El Dios cristiano está presente en sus leyes y en su tradición. Esta firme creencia en la divinidad no es un caso personal, sino que el nombre de Dios preside el himno nacional (*God Bless America*), las instituciones políticas y judiciales (el Tribunal Supremo comienza todos los días sus sesiones con la frase *We Trust in God*), las escolares (cada día inicia sus tareas con una oración) y las financieras (en cada billete de dólar se registra la frase: *In God We Trust*).

Pese a tanta división, todos los movimientos cristianos, incluidas las Iglesias Ortodoxas generalmente de etnia eslava, en el este europeo, y las africanas de Etiopía, tienen como base doctrinal la creencia en Jesús como Hijo de Dios, creador y salvador del hombre, la veracidad de su fe, incompatible con las demás, y la esperanza en una vida ultraterrena más allá de la muerte, eternamente contemplativa del Dios único y verdadero. Esta religión (múltiple en sus interpretaciones) tiene poco más de dos mil años de vida, basada en los libros de la Biblia, fuente de ‘revelaciones’ divinas, no importa que sean inhumanas y contradictorias, como veremos. La fe no conoce barreras ni entiende más que lo que quiere entender, siempre en contradicción con la más elemental racionalidad, a fin de dominar las demás ideologías concebidas por los humanos (Gonzalo Puente Ojea, *Ideología e Historia. La formación del cristianismo como fenómeno ideológico*, Siglo XXI, 1974). Puente Ojea, en su duelo dialéctico con el filósofo Eugenio Trías, aclara que la razón no se propone consagrar verdades eternas, ni ha de ser ‘sacralizada’ como sustitutivo de la fe, ya que se define por su radical e incesante función *crítica*, enemiga de cualquier tipo de ‘revelación sagrada’.

A pesar de considerarse la cuna histórica del catolicismo, Europa está siendo superada por el resto de continentes, tanto por el número de fieles como por su influencia. América y

África constituyen actualmente los otros dos pilares de la Iglesia Católica. Desde el siglo XVI, gracias a la gran actividad misionera de los religiosos católicos (y protestantes), esta religión se expandió por todos los continentes, suplantando, a veces por la fuerza, a las religiones indígenas y autóctonas, arrollando con su predicación las creencias tradicionales, coartando la libertad de los ‘pobres ignorantes’, que no tuvieron la especial gracia de conocer al ‘verdadero Dios’. No ha faltado, desde luego, la buena fe y el entusiasmo de los misioneros, pero la causa no ha podido ser más desgraciada, porque el resultado ha sido una mixtificación de dioses y creencias que han falseado la doctrina original católica. Ese afán proselitista ha causado en las mentes más daño que beneficio. Pese a la ordenación de sacerdotes y obispos nativos, los ‘misterios’ de la doctrina cristiana no han suplantado, sino que se han mezclado, en la mayoría de los casos, con las religiones tradicionales, adulterando el mensaje original. Díganlo, si no, los católicos de Brasil, México, Venezuela y todas las repúblicas del Caribe, los de Filipinas, Indonesia o el África negra.

La intransigencia católica –coherente con su creencia en que el dios que predica es el único verdadero- ha sido la causante de los más sangrientos hechos en la historia de nuestra civilización. Ha desencadenado guerras teológicas, ha perseguido con saña a los disidentes, ha combatido a los ‘infieles’ en las Cruzadas medievales, en la moderna Inquisición y en las guerras civiles de nuestro tiempo. Son tres papas ‘Píos’ los que encabezan esta intransigencia: Pío V, el más activo enemigo de la reforma de Lutero; Pío X, famoso por sus excomuniones a principios del siglo XX; Pío XI, que envió al infierno a los comunistas, a los filósofos existencialistas y a los científicos. Desde el siglo IV, al menos, la atractiva doctrina de ‘salvación’ que predicaban los seguidores de Cristo, fue sustituida por una creciente ambición de poder y dominio sobre pueblos y príncipes, modificando, puliendo y ‘modernizando’ esa doctrina cuantas veces creyó necesario para sus fines ‘terrenos’ (Gonzalo Puente Ojea, *Fe cristiana, Iglesia, poder*, Siglo XXI, 1991).

La Iglesia Católica nunca fue amiga de las Ciencias, porque se apartan de la fe irracional y sólo confían en la razón y en la experiencia. Como dice Eduardo Punset, “nuestra cultura heredada es dogmática y fanfarrona. Nuestras clases dirigentes decidían quién tenía razón echando un pulso. La ciencia, en cambio, condiciona la existencia de Dios a la experimentación y la prueba”. Pero al final se impondrá la racionalidad y comprenderá que la razón también es un don de ese Dios que predicán, y que no se la puede humillar de ese modo, obligándola a someterse a la fe, que, al fin y al cabo, es un *meme* psíquico, es decir, creado culturalmente por la mente humana, sin más dependencia de Dios que la imposible ‘revelación’ durante el sueño de un profeta ‘iluminado’. Entre la fe y la razón existe un abismo infranqueable, pese a que la Iglesia actual diga lo contrario, como el papa Juan Pablo II en su encíclica *Fides et ratio*, donde se declara que “hay una profunda e inseparable unidad entre el conocimiento de la fe y el de la razón”. Toda doctrina que intente esta (falsa) unión estará condenada al fracaso, ya que la

verdad ‘dogmática’, basada en mitos, no tiene ninguna relación con la verdad ‘científica’, basada en pruebas ‘razonables’, que es la única verdad que la razón humana puede aceptar como tal. La verdad puede matar la ilusión, pero conduce a la verdadera felicidad.

ISLAMISMO. En la primera mitad del siglo séptimo de la era cristiana, un singular profeta semita, de nombre Mahoma, ‘animado’ del espíritu divino, predicó una nueva religión monoteísta a los pueblos árabes, cuya doctrina se recoge en el ‘Corán’, libro supuestamente inspirado por el único Dios, que toma el nombre de Alá en esta nueva doctrina. Mahoma (o Mohamed, el nombre más común), que nació en La Meca hacia 570 d.C. y falleció el 8 de junio del 632, está enterrado en la ciudad ‘santa’ que le vio nacer.

Lo mismo que Buda, Mahoma, camellero de profesión, gustaba de la meditación en soledad, para encontrarse con un Dios único, que superase en poder a todos los demás del politeísmo imperante en su época, incluso al Dios Supremo de judíos y cristianos, que ya habían abatido, en gran parte, el politeísmo pagano. Lo halló, por fin, en Alá, una deidad de La Meca (en santuario pagano anterior al Islam), entre tantas otras, pero cuya realidad fue haciéndose para él cada vez más evidente. ‘Imaginó’, pues, que Alá era el Dios único y verdadero, cuya religión había de extender por orden del arcángel Gabriel, ‘autor’ de esta ‘revelación’ que había tenido en sueños. Su poderosa imaginación no sólo fue la creadora de esas ‘divinas’ revelaciones, sino que, además, le ayudó a imaginar un ‘viaje’ al paraíso a lomos de una fantástica cabalgadura de nombre Buraq, que en nada tiene que envidiar al Clavileño de nuestro crédulo Sancho Panza.

Huido a la ciudad de Medina el 24 de septiembre de 622, (fecha de la *hégira* o era musulmana), Mahoma comenzó su predicación “con los ojos puestos en Alá y con un sentimiento de gratitud infinita por el don divino de la vida”. Impuso a sus fieles el lema de que “No hay otro Dios que Alá, y Mahoma es su profeta”, y les obligó a los cinco rezos diarios, a la práctica de la caridad, a respetar el mes del Ramadán, y a peregrinar a La Meca al menos una vez en la vida. No obstante su éxito como líder religioso y político, su vida íntima deja mucho que desear, ya que su pasión por las mujeres le llevó a desposarse hasta diez veces, primero con una viuda rica y después con una niña de ocho años; su pasión militar fue exterminar a sus enemigos políticos y a las tribus judías de Arabia. A su muerte en 632 comenzaron las disensiones entre los califas, sus sucesores, aunque todos mantuvieron la orden de extender el Islam mediante la ‘guerra santa’ contra quienes lo rechazaran

Ismael, hijo de Abraham y de la esclava Agar, es tenido por antepasado de los árabes, el Corán le atribuye el título de profeta, como a Mahoma, y es mencionado entre los que recibieron la revelación de Alá. A la muerte de Mahoma, su sucesor Abú Baker lanzó a los fieles de las tribus árabes a la conquista de otros territorios, convirtiéndolos en guerreros sanguinarios. Los ejércitos árabes tomaron Siria en 636, Jerusalén en 638 y Egipto en 642, conquistas que fueron preludio de una expansión cruenta por el norte hasta Turquía, Irán y la frontera china, y por el

oeste al norte de África y España. La enorme y rápida expansión de los ejércitos islámicos por buena parte del mundo habitado es un fenómeno tan sorprendente que desafía toda posible explicación lógica. El califato vivió siglos de esplendor, hasta que fue suprimido en 1924.

En la actualidad, Arabia saudí, Egipto, el Irán de los Ayatolás y Pakistán son la reserva espiritual del Islam, los grandes ‘exportadores’ de la fe musulmana por todo el planeta, con numerosas comunidades en América, Filipinas, Indonesia y Europa oriental. Los conflictos con la comunidad judía del Próximo Oriente, ocasionado por la creación del Estado de Israel en 1948, afectan especialmente a los musulmanes de Palestina, Líbano y Siria. Con los cristianos son, no sólo los más numerosos, con más de mil millones de creyentes, sino los más activos proselitistas: es la ‘yihad’ o el compromiso de propagar a todos los infieles la palabra de Alá, incluso por medios violentos (Pilles Kepel, *La Yihad*, Península, 201). Tienen su centro espiritual en La Meca (Arabia), donde veneran una piedra negra (en realidad, un meteorito), atracción de peregrinos de todo el orbe musulmán, aunque conservan en Jerusalén una de las más importantes mezquitas, superior en simbolismo religioso a las de Damasco, Estambul, Ispahan o Córdoba, entre las antiguas, y la deslumbrante de Bahrein, entre las modernas.

El templo o mezquita del Islam se compone de una estancia vacía, reservada para la oración, con el *mihrab* orientado a La Meca, y el *mimbar* o púlpito del predicador. La decoración, que carece de imágenes, se limita a las pinturas murales, con frases del Corán o elementos vegetales. En el exterior, el *alminar* es la torre, desde la que el *muecín* convoca a la oración. En el Corán se puede leer que “Se han de preferir los hombres a las mujeres, pues Alá otorgó a los primeros cualidades que negó a las segundas”. Ellas no tienen obligación de asistir a las mezquitas para la oración, y si lo hacen han de estar separadas de los hombres, a las que han de estar sometidas. Como se puede comprobar también en el tratamiento a la mujer, que ha de cubrirse desde la cabeza a los pies, incluso el rostro, en algunos países extremistas: (Desde el pañuelo o *hiyab* para cubrir el cabello, hasta la *niqab* o túnica que sólo deja al descubierto los ojos y las manos entre los suníes, pasando por el *burka* de Afganistán que cubre los ojos con una rejilla y el *chador* de los chiíes, que deja ver la cara). La mujer islamista vive inmersa en la consentida poligamia y en la consentida subordinación al varón, a quien su religión concede todos los derechos sobre todas y cada una de sus mujeres, incluso la muerte. Recientemente, un ‘enloquecido’ musulmán ha degollado a su propia hija de 18 años en Italia, por el gran ‘pecado’ contra Alá de haberse enamorado de un cristiano.

El Islamismo es una religión machista y conquistadora que se propuso extender sus dominios en la Edad Media y que retrocedió al ser expulsada por los ejércitos cristianos una y otra vez. Pero no desfallece y hoy parece que quiere intentarlo de nuevo, siempre al grito guerrero de “¡Alá es grande!” o con métodos más ocultos y sofisticados. Como en otros tiempos los cristianos, el Islam mata hoy en el nombre del Dios Clemente y Misericordioso a todo aquel que se oponga a su fe, compatible con las más sangrientas actuaciones, como la autoinmolación

por motivos políticos. Es la triste y nefasta consecuencia de todo monoteísmo intolerante. Pese a tanto fanatismo, el Islam (palabra que significa ‘sumisión’ a Alá), que está dividido en dos ramas, incompatibles entre sí (Javier Martín, *Sunies y Chiies, los dos brazos de Alá*, Catarata, 2008)), y cuyos mensajes son potencialmente violentos (Antonio Elorza, *Los dos mensajes del Islam*, Ediciones B, 2008), predica la bondad de las acciones, la inmortalidad del alma, la resurrección y el juicio universal, lo mismo que su eterna competidora, la religión cristiana, como que ambas se alimentan de la misma savia, el Antiguo Testamento judío.

Aunque el Corán se escandaliza de la fe cristiana en Jesús como “hijo de Dios” (Corán, 19:17-29,21-91), lo venera como profeta que inspira su propia búsqueda espiritual. Esta veneración no impide en la actualidad las persecuciones, porque, así como los islamistas son acogidos y respetados en los países democráticos occidentales, los cristianos sufren acoso, torturas y asesinatos en más de 50 países musulmanes. Excepto en Jordania, donde se disfruta de libertad religiosa, en Arabia saudí impiden no sólo la construcción de templos católicos, sino la exposición pública de la cruz. En Egipto los católicos carecen de opciones para practicar libremente su fe y se les niega la posibilidad de tener representación política. En Irán los conversos al cristianismo son perseguidos a muerte, y en Pakistán la minoría católica está tan humillada y escarnecida que el obispo católico John Joseph se suicidó en 1998 para protestar por la persecución y condena de sus fieles. (¡Una manera no muy católica de protestar!).

Sin embargo, no hay que considerar a todos los musulmanes como ideológicamente integristas, sino que de su seno, históricamente, han brotado personajes insignes por su caridad, su amor a la belleza, a las ciencias y a las artes, que fecundaron la barbarie europea medieval. En Andalucía (al-Andalus para los musulmanes) dejaron huella profunda después de casi ocho siglos de dominio del valle del Guadalquivir. Debemos a su cultura el maravilloso minarete almohade de la Giralda sevillana, la Alhambra de Granada y la inefable mezquita de Córdoba, desgraciadamente amputada por los reyes cristianos. Sin contar la herencia filosófica y científica, económica, medicinal, palaciega, gastronómica y sensual que ha beneficiado tanto a los pueblos de Occidente (J. Vernet, *Lo que Europa debe al Islam de España*, El Acantilado, 1999). Pero el respeto, la gratitud y la admiración –si las hay- no son recíprocas.

Unos y otros aseguran que nadie entrará en el paraíso hasta el Juicio Final, después de una aniquilación general que precederá a la resurrección de los cuerpos, perfectos e incorruptibles, que serán juzgados por Alá y sentenciados al infierno o al paraíso eternos. Paraíso que para los musulmanes es tan fantasioso y falaz como el cristiano: ríos de leche y miel para satisfacer el gusto y doncellas eternamente (?) vírgenes y efebos para satisfacer la sexualidad de los elegidos (¡siempre varones!) en un ininterrumpido gozo sensual. Lo más curioso de esta doctrina de ‘salvación’ es que a todos los elegidos les será concedida la gracia de que el ‘Altísimo’ los invitará a visitarle *todos los viernes* (?). No obstante, las diferencias doctrinales son tan grandes que nunca han logrado superar el antagonismo que ha llevado a esas

dos religiones monoteístas a enfrentarse en el pasado, con enorme derramamiento de sangre, y en la actualidad amparando la destrucción de Occidente, por obra del terrorismo fanático.

HINDUISMO. Si la mayoría de los habitantes de la India no se definen como hinduístas es porque esta religión es ecléctica, está constituida por un enorme conjunto de creencias distintas, deidades y tradiciones. Aceptan en general la visión cíclica del tiempo, algo sin origen ni final. Todo se reencarna, hasta los mismos dioses. Todo lo que existe es divino, reflejo de la imagen divina. Aunque no se conoce ningún ‘fundador’, sus doctrinas fundamentales proceden de los *Vedas* y los *Upanishads*, los libros sagrados de la India, que dieron origen a dogmas religiosos y costumbres sociales con una docena de ciudades sagradas y con ríos sagrados, como el Ganges, el Kaveri, el Jamuna y el Narmada, donde son arrojadas las cenizas de los difuntos para que su alma pueda comenzar su reencarnación. El origen de estas creencias, la más antigua de las actuales, se sitúa en el tercer milenio a.C. por la misma época de la cultura mesopotámica. Los Himnos Védicos, base de la religiosidad hindú, se terminaron de componer en el siglo IX a.C. evolucionando después hacia el *brahmanismo*, doctrina basada en los *Upanishads*, que se expandió más tarde hacia oriente durante los primeros siglos del cristianismo.

Los hinduistas, que son más de 800 millones, distribuidos por la India, Malasia y países limítrofes, aunque veneran un Gran Panteón en Both Gaya (India), creen en un solo Poder Divino, que adopta muchas formas. Las principales son: Brahma, creador del universo; Vishnú, su mantenedor; y Shiva, la diosa destructora, que permite el comienzo de un nuevo ciclo. Es la ‘Trinidad’ hindú, similar a la católica. La doctrina hinduista proclama que el destino de todo hombre está determinado por una serie indefinida de vidas y transformaciones (*karma*) hasta que con la liberación (*moksa*) cesa la sucesión de renacimientos (*samsara*). Con nuestras acciones en esta vida conseguimos un determinado ‘karma’, que será el determinante para que nuestra alma (*atmán*) ascienda en la escala de la reencarnación, alcance la liberación y pueda reunirse con el Ser Supremo. Existen miles de ‘gurús’ hinduistas (‘maestros iluminados’) que reflejan la gran variedad de enseñanzas en su magisterio, en el que no falta la devoción a la diosa Kali, con célebre templo en Calcuta. Parvati, hermana, madre e hija de Shiva, deidad de múltiples brazos, es la que recibe los sacrificios y la que enseña a los ascetas la penitencia y la meditación. Por otra parte, Krihsna, la octava reencarnación de Visnú, es el protagonista del *Mahabharata*, libro sagrado que narra sus aventuras amorosas, consideradas como el símbolo de la intimidad entre el devoto y la Divinidad. Cuenta en la actualidad con el seguimiento de unos 300.000 adeptos en la *Sociedad Internacional para la Concienciación Krishna*, una de las muchas ramificaciones del hinduismo en el mundo.

Una acusada característica del hinduismo es su ordenación de la sociedad bajo el rígido sistema de *castas*, que dependen del nacimiento. La religión domina a la sociedad civil de tal forma que se pertenece, por ley, a una casta privilegiada o a otra miserable (*parias*) que se ve obligada de por vida a los trabajos más humildes de la sociedad, sin posibilidad de promoción

social. Lo contrario es inconcebible porque la fe no es una elección consciente y libre. El alma, en cuya existencia creen firmemente los hindúes, ha de renacer en otra forma física, una o varias veces, hasta conseguir la reunión con el Ser Supremo, la Divinidad Única que reviste innumerables formas. La reencarnación es un dogma de fe aceptado por cerca de mil millones de personas, que hacen de la fantasía una parte de la realidad.. El misticismo hindú reconoce varios centros de fuerza psíquica en el cuerpo humano, los llamados *Chakras*, situados a lo largo de la columna vertebral. Entre los siete principales destaca el ‘Muladhara’, que representa el poder divino que late en el fondo de todos los humanos, y el ‘Sahasrara’, que permite al hombre comunicarse con lo trascendente. En la India antigua los seres fabulosos y las facultades maravillosas de los amigos de la divinidad dieron pie a los relatos novelescos que sorprendían – y encandilaban- al racionalismo occidental

BUDISMO. Su origen se remonta al s.VII a.C. cuando el príncipe indio Siddharta Gautama, nacido en 563 a.C. en una aldea india a los pies del Himalaya (su casa natal se ha descubierto hace poco en Nepal), perteneciente a una familia de guerreros y estudioso del *brahmanismo*, comenzó a predicar una novedosa doctrina, mezcla de filosofía y religión, que enseñaba la reencarnación de las almas en vidas sucesivas hasta que, por medio de la aniquilación del sufrimiento, se apaguen los deseos humanos, que son su causa. Con ello se consigue el *Nirvana* o meta ideal, liberando al alma de todo vínculo con la realidad material, sin necesidad de aceptar la existencia de un reino celestial, ni de un Dios creador del mundo. El príncipe Siddharta, conocido como Sakyamuni Buda, (en sánscrito, *Buddha* significa “quien ha despertado”) insatisfecho con su vida, decidió abandonar su condición para dedicarse a la búsqueda de la verdad capaz de liberar al hombre de manera definitiva. Practicó el yoga y el ascetismo, pero no consiguió la ‘iluminación’ hasta que tuvo una profunda meditación bajo un árbol, en la posición del ‘loto’, imagen muy difundida gracias a la expansión del budismo.

Desgajada del Hinduismo, fue la religión dominante en el norte de la India durante más de mil años, extendiéndose a los países vecinos, como China, Nepal, montañas del Tibet, sureste asiático y parte del Japón. La población mundial de adeptos al budismo pasa hoy de los 400 millones, aunque son tantas sus modalidades que bien puede hablarse de varios budismos, con sus peculiaridades nacionales. Los ritos más suntuosos eran los del budismo tibetano, en sus ricas pagodas. Sus centros de espiritualidad son los monasterios o escuelas budistas, donde los jóvenes aprenden sus enseñanzas de pobreza y celibato, además de las ‘cuatro nobles verdades’, y visten hábitos de color azafrán, uniformes en todos los monasterios, donde no falta la gran estatua sedente del Buda, como la majestuosa que domina el templo de Wat Sra-Si, en Tailandia, donde reside la Comunidad Mundial de Budistas.

El budismo *zen* carece de teología, de dioses o demonios y aunque tiene sacerdotes, estos no reivindican ningún tipo especial de santidad. (Dean Hamer, *El gen de Dios*, La Esfera de los Libros, 2006). La edificación más característica de la arquitectura sagrada asiática es la

estupa, templo que simboliza la mente despierta de Buda, en cuyo interior existe una ‘cámara secreta’, con reliquias del pasado budista. En la actualidad hay censadas unas 24.000 estupas en toda Asia (Tibet, China, Nepal, Bután, Mongolia, Birmania, Cambodia, Vietnam, India, etc) la mayoría abandonadas. Aunque algunos países los conservan y mantienen en espléndidas condiciones, como los espectaculares de la ciudad de Bangkok.

El budismo no se considera una verdadera religión, en el sentido normal del término, ya que no admite la idea de un dios creador personal, sino que ese Dios único se diluye en la realidad humana, que, por eso mismo, es divina. Su gran riqueza la constituye, precisamente, la diversidad de sus ideas, su ‘flexibilidad’, que le permite asimilar doctrinas ajenas, ya que se adapta a las necesidades espirituales de cada seguidor. La más ‘imaginativa’ de sus creencias es la supuesta existencia de mundos paralelos, que han existido y existirán siempre (La “Rueda del Drama” es su símbolo). Esta religión no-teísta enseña que habrá otros Budas en el futuro, tanto en el tiempo como en el espacio. El ‘despertar’ (*bodhi*) o la ‘iluminación’ se consigue gracias a un descubrimiento directo y personal de la realidad última, posibilidad que puede realizar cualquiera, porque todos los seres tienen la naturaleza de un ‘buda’, aunque no sean conscientes de ello, sin necesidad de recibir una revelación divina.

Un ‘Buda’ no es un dios, ni un ser sobrenatural, ni un mesías, ni un profeta. Sólo un hombre que sabe meditar, como el primer Buda, bajo la ‘higuera sagrada’ (*figus religiosa*) el árbol bajo el cual ‘despertó’ el fundador. (Me parece que este es un privilegio masculino, prohibido a la mujer). El budismo, cada día más presente en la sociedad occidental (“budomanía”), quiere construir un mundo feliz en la Tierra, no en el Más allá, mediante el *nirvana*, dominio absoluto de los sentidos. Sus fieles, que acostumbran a rezar con frecuencia, no creen en dioses implacables ni en castigos eternos. Pero sí esperan, como el cristianismo, la nueva venida del ‘salvador’ Buda, esta vez bajo el nombre de Maitreya, montado en un caballo blanco y con una espada fulgurante que acabará con la maldad en el mundo, al final de los tiempos.

Las persecuciones de la China comunista han obligado a la dispersión de los monjes budistas del Tibet, con el Dalai Lama o jefe supremo a la cabeza. En 1996 penetraron a la fuerza en la ciudad prohibida de Lhasa, en el Tibet y expulsaron a los monjes, episodio recordado en la película de J-J Arnaud, *Seven years in Tibet* (1997). Los viejos templos han sido destruidos, pero florecen por doquier los nuevos, revitalizados por las comunidades budistas que proliferan actualmente en las grandes ciudades occidentales, ‘moda’ religiosa que se ha visto beneficiada por la película *El Pequeño Buda*, de Bertolucci..

En el Japón se conocen hasta seis sectas budistas, segregaciones de la rama principal del Budismo Mahayana. En Myanmar, Laos y Cambodia, a pesar de la política comunista, han progresado en los últimos tiempos, mientras que en la vecina Tailandia el budismo es la religión estatal. Los budistas se acercan a los 800 millones en todo el mundo. En España los cálculos

estadísticos hablan de unos 5.000 budistas, pero esta cifra no refleja su verdadera importancia, ya que existen diecisiete centros españoles de budismo tibetano, y el monasterio de Oseling, en la Alpujarra granadina, es considerado como el mayor centro de retiro budista de Europa. Para estar al día, los seguidores de Buda, que son vegetarianos y rechazan todo tipo de violencia (sólo se han enfrentado a China para defender sus tradiciones), cuentan con un importante servicio informativo en Internet.

SIJISMO. También en la India, especialmente en el Punjab, florece esta religión, con más de treinta millones de seguidores, que se extiende por el archipiélago indonesio, hasta Australia, por los países musulmanes de Oriente Medio, y África oriental, hasta Zambia. En ellos se practica esta religión de los sijs en templos o centros de culto llamados ‘gurdwaras’, de los cuales hay medio centenar en Estados Unidos. El centro nuclear de la doctrina es la fe en un Dios que es el verdadero Maestro o Gurú, más allá de cualquier definición humana, y que sólo se manifiesta a quienes están preparados para recibirlo, siendo el creador de todo. Mediante la reencarnación, el creyente sij se libera finalmente de las ataduras de la vida terrena. Son monoteístas y estrictos en materia de moral y costumbres. Para ellos no existen las castas, ni diferencias de clase, raza, sexo o nacionalidad. Las mujeres tienen iguales derechos que los hombres y pueden celebrar los oficios religiosos, que son guerreros y tienen que ir siempre armados. Su libro sagrado es el *Gurú Granth Sabih*, que prohíbe las drogas, incluso el tabaco (Agustín Pániker, *Los sikhs. Historia, identidad y religión*, Cairos, 2007). No existe ninguna división doctrinal importante dentro del sijismo, pero su pretensión es lograr un territorio independiente al norte de la India, con el centro en la ciudad de Amritsar, donde se eleva el *Templo de oro*, que cada devoto de esta religión debe visitar al menos una vez en la vida..

CONFUCIANISMO. Es el conjunto de las enseñanzas de Confucio, pensador y político chino que vivió entre los años 551 y 479 a.C. Su doctrina ética y religiosa, postergada por la política comunista, está renaciendo en China, su lugar de origen, donde cuenta hoy día con poco más de cinco millones de adeptos, algo realmente minoritario en un país de casi 1.500 millones de personas. El confucianismo no es propiamente una religión, sino más bien la manifestación de un código moral, que obliga a practicar el bien, a trabajar mucho, ahorrar y no mostrar inclinación a la vida lujosa. Las principales virtudes son la lealtad, la prudencia, el esfuerzo y la obediencia, expuestas en sentencias recogidas por sus discípulos en el libro *Las conversaciones de Confucio*, se completan con la importancia de la piedad filial (*xiao*) que siempre ha caracterizado a la moral china y países del Oriente lejano, como Japón, donde convivió con el sintoísmo, predicando la buena educación, las relaciones respetuosas y los ritos de armonía social. La fuerza del pensamiento de Confucio se puede apreciar en cualquier comunidad china como aglutinante de las más diversas creencias, ya que se respeta la libertad individual en materia religiosa, y en una misma familia puede haber practicantes católicos, budistas, protestantes o taoístas, sin que aparezca el conflicto religioso.

A pesar de los esfuerzos de la Revolución Cultural, cuyo máximo componente era la doctrina atea del comunismo, el ideario de Confucio permanece como un profundo componente milenario de la cultura china, que no se ha expandido por otros continentes. No tiene dioses, ni revelaciones, ni reliquias, ni templos ni ciudades santas, pero se respetan los lugares sagrados de otras religiones, especialmente las montañas taoístas o budistas del este de China. La tumba de Confucio, que murió pasados los 70 años de edad, está situada en el cementerio de la ciudad china de Qufu, visitada anualmente por millones de personas, fieles o turistas.

TAOÍSMO. Convive en China con el confucianismo desde el siglo V a.C. y sigue la doctrina expuesta por Lao-Tsé en el texto *Tao-Te-king*, o libro del *Tao*, naturaleza única y eterna, ser universal, indeterminado e inefable, del que todo deriva y al cual todo vuelve; con él se alcanza la paz perfecta y la inmortalidad. Los taoístas no creen en un único Dios supremo, sino en miles de dioses y en las fuerzas de la Naturaleza (*Yin* y *Yang*) que, mediante la tensión creadora que existe entre ellas, logran mantener el equilibrio y el movimiento del universo. Este par de fuerzas existe eternamente y no fue creado por ser alguno. No hay que esperar un fin del mundo, sino el viaje personal hacia la inmortalidad, mediante sucesivas reencarnaciones, doctrina similar a la del budismo. Al morir, el alma es juzgada por un tribunal de dioses y después de ser purificada por un castigo, renace de nuevo. Una de las fiestas más celebradas es el Festival de los Fantasmas Hambrientos, o liberación de las almas en pena, ya que la reencarnación puede llegar a ofrecer al cuerpo humano la inmortalidad, considerada como un estado de no corrupción, que se alcanza mediante la práctica continuada de una moral no beligerante ni activa.

Taoísmo y Confucianismo constituyen las dos caras de un mismo mundo. Opuestos, pero a la vez complementarios, como el *yin* y el *yang*, el primero representa la espontaneidad y la trascendencia, el segundo el clasicismo y la tradición. La vida del buen taoísta ha de tener como lema el “no hacer nada para alcanzarlo todo”. Las doctrinas de Tao y de Confucio son seguidas por más de 700 millones en el continente asiático. Su influencia se ha extendido a, Malasia, Australia y Estados Unidos de América.

SHINTOÍSMO. El *Shinto*, religión originaria del Japón, carece de dogmas, de libros sagrados, de afán proselitista y de sacerdotes. No tiene fundador, ni doctrinas, mandamientos o preceptos, no enseña ni la salvación ni el pecado, pero busca ‘purificar’ almas y cuerpos, para entrar en contacto con los *kami* (divinidades espirituales, héroes y hombres famosos, objeto de veneración y culto, sinónimos de sobrenatural). Son deidades del hogar, de la región, que habitan en las montañas, en los ríos, en los árboles, en los animales...que presiden toda actividad humana. El *shintoisimo* carece de organización y de ídolos, aunque predica el culto a los antepasados y un cierto ‘animismo naturalista’ con una antigüedad muy anterior a la llegada del confucianismo chino. Cada persona siente a su modo el misterio de la vida en el país o “Tierra del Sol Naciente”. En la actualidad hay en Japón más de 80.000 santuarios o ‘lugares

sagrados' cuya entrada está marcada por el *torii* (esquema de 'puerta sagrada' con sólo dos jambas, que sostienen un dintel curvado hacia arriba) y cerca de 6.000 *kannushi* o maestros del *Shinto*.

Los creyentes sintoístas son tres millones y medio de japoneses, que toman aspectos sustanciales de su doctrina del budismo indio y del confucianismo chino, pero poniendo en la clave de esa religión político-filosófica la figura endiosada del emperador, cuyos antepasados descendían directamente, según la creencia popular, de Amaterasu, la Diosa del Sol, la principal deidad del shintoísmo. Mientras el pueblo hebreo vivía su peculiar peregrinación en busca de la Tierra prometida por Jahvéh, en el oriente brillaba con luz propia el imperio japonés, cuyos emperadores descendían de los dioses, y vivían en el aislamiento lujoso de su divina condición. Con la derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial, el emperador renunció explícitamente a su carácter divino, pasando de Jefe del Estado a 'símbolo del Estado'. A pesar de todo, al acceder al trono en 1989, el nuevo emperador Aki Hito cumplió con la ancestral ceremonia de dialogar con su antepasada la diosa Amaterasu. El sintoísmo es una religión politeísta, no proselitista, con numerosas variantes, que puede convivir con otras religiones, como el budismo, el confucianismo y el taoísmo, y que considera como su lugar sagrado el Monte Fuji. Sus fieles creyentes suman unos 110 millones.

RELIGIONES MINORITARIAS. Sumando todos los adeptos a las religiones mayoritarias, en la actualidad los creyentes pasan de los cinco mil millones de personas. El resto, hasta los seis mil millones en que se computa la totalidad de la población mundial a comienzos del siglo XXI, está repartido entre los ateos y agnósticos, las religiones tribales y las nuevas religiones. En este concepto de 'nueva religión' hay que incluir tanto a las de nueva creación como a las llamadas *sectas*, que son 'secciones', movimientos o ramificaciones 'separadas' de una doctrina principal, muchas de ellas con intenciones exclusivamente políticas, tema del que se ha ocupado P. Rodríguez en *El poder de las sectas* (Ediciones B, 1989). Si el mundo fuera una aldea de mil habitantes, 323 serían cristianos, 192 musulmanes, 137 hinduistas, 57 budistas, 26 partidarios de las religiones orientales, 22 adeptos de las 'nuevas religiones', 21 tradicionales o indígenas, 4 sijs, 3 judíos, a los que habría que sumar 42 ateos y 171 indiferentes (Tom Jacobi, *Wo Gott wohnt* (Donde habita Dios), Ed. Hirmer, 1998).

Entre las minoritarias, las más antiguas son las creencias tribales, algunas de las cuales difícilmente podrían ser consideradas una verdadera religión. Sin embargo, son consustanciales a la cosmovisión de tribus indígenas, en regiones poco o nada civilizadas de África, Asia y América. Regiones donde todavía no ha entrado la mal llamada 'civilización occidental', o si lo ha hecho ha sido para intentar destruir las creencias ancestrales de los nativos, con la excusa (política disfrazada de religiosa) de llevarles la 'salvación' de sus almas. Poblaciones autóctonas con sus chamanes, brujos, o gurús que mantienen a los ignorantes nativos en las supersticiosas

creencias de sus antepasados, casi siempre basadas en el *espiritismo* como doctrina que venera a los ‘espíritus’, sean cuales sean sus diferencias culturales o litúrgicas.

Quizás la ‘religión’ más conocida de estas tribales sea el ‘Vudismo’ o práctica del ‘vudú’, imperante, por ejemplo, en las Indias Occidentales y en Haití, país en pleno Mar del Caribe, habitado casi en su totalidad por descendientes de esclavos africanos. Sus costumbres litúrgicas incluyen el fetichismo, el culto a las serpientes, los sacrificios rituales y el empleo del trance como medio para comunicarse con sus ‘dioses’. Esta religión, bastante bien organizada, cuenta con un pastor supremo o ‘papa’, cuya predicación se resume en unos cuantos puntos básicos: “El alma no muere. Vivimos dieciséis veces, en sucesivas reencarnaciones del alma, cuyo único objetivo es la purificación y el conocimiento. Después de este proceso, todo el mundo sin excepción se integra en Dios, y comienza una existencia eterna para cuidar de las cosas vivas del universo”. Con estas simples ideas, tan fantasiosas, han vivido en paz durante siglos.

Aparte de las herejías y desmembraciones ya citadas, de las que hay ejemplos en todas las religiones mayoritarias, no faltan las sectas consolidadas con el tiempo, cuyos fieles alcanzan un número respetable, tanto entre los hindúes (*Hare Krishna*, *Misión de la Luz Divina*,) o los budistas (*Jainismo*), como entre los musulmanes (*Ashasins*), judíos (*Kabalistas*) o cristianos (*protestantes* en sus numerosas facetas), hostiles al catolicismo. Este es el caso del llamado *Antoñismo*, por su fundador, Louis Antoine, que la estableció en Bélgica en 1865 y cuenta hoy con dos mil templos y más de un millón de adeptos. Más conocidos son los ya citados protestantes *Luteranos*, *Calvinistas*, *Anglicanos*, *Mormones*, *Cuáqueros* o los más recientes *Testigos de Jehová* (16 millones en el año 2000) en los Estados Unidos de América, el ‘paraíso de las nuevas religiones’. La *Iglesia del Cristo Científico* nace en Boston en 1879 por una mujer de nombre Mary Baker Eddy, que cuenta con canales de televisión, radios y periódicos tan influyentes como el *Christian Science Monitor*, ganador de siete premios Pulitzer. Otras son *The House of David*, *The Monitor Science Temple of America*, *Father Divine*, y la *Iglesia de la Cienciología* que fue fundada en 1954 por un predicador de nombre L.R. Hubbard, no tan numerosa, pero ya instalada en cerca de doscientos países, entre ellos España. Luc Jouret (1947-1994) fundó diez años antes de morir la *Orden del Templo Solar* para preparar a la humanidad al ‘tránsito a Sirio’, mediante el suicidio colectivo. Tan extravagante como *La Iglesia de la Unificación del Cristianismo Mundial*, fundada en 1954 por el coreano Sum Myung Moon, que se suma a muchas otras de dudosa filiación cristiana.

Hay que detenerse un poco en los llamados *Testigos de Jehová*, con reconocido afán proselitista, que poseen en España cerca de mil sedes o “Salones del Reino”, y más de cien mil seguidores. Su nombre original, en tiempos del fundador Charles T. Russell (1874), fue el de “Estudiantes de la Biblia”, amalgama entre el judaísmo y el evangelismo protestante, que era predicado “puerta a puerta”, afirmando que el Jesús bíblico volvería el 1 de octubre de 1914. Pero sus fieles siguieron creyendo en esa doctrina después de la muerte del fundador, en 1917,

pese a no ver cumplida la profecía. Hay que volver a recordar que la fe es ciega. Como se puso en evidencia años más tarde al anunciar su sucesor, Joseph F. Rutherford, que en 1925 serían testigos de la resurrección de los profetas, como preludio del fin del mundo, y construyó una enorme mansión para alojarlos. En ella murió en 1942. Detrás vino el ‘gran inquisidor’, Nathan Horner Knorr, que señaló el camino de la perfección especificando las prohibiciones de la secta:, cuya sola lectura manifiesta la esquizofrenia de todos los ‘testigos’.

En ella se prohíbe: mencionar a Dios, participar en loterías o juegos de azar, usar Internet, oír radio o ver la televisión, leer novelas de ficción ni prensa mundana, ser deportista (porque crea nacionalismo), amar a una patria, hacer regalos, dejarse barba y bigote o pelo largo los hombres, pantalones las mujeres, casarse con quien no sea de la secta, romper un compromiso matrimonial, cazar o pescar por deporte, dar limosna a los mendigos, organizar fiestas sociales, fumar o jugar al ajedrez, participar en Olimpiadas (porque son fiestas paganas), llevar algo de oro ni vestir de luto, no alimentarse con nada que tenga sangre. Pero la más dramática de todas las prohibiciones es la de acceder a una transfusión de sangre, ni en peligro de muerte. Por supuesto, no hay salvación fuera de la secta. A pesar de tanta locura, los *Testigos de Jehová* han sabido conquistar la mente de millones de incautos, que compran la revista *Wach Tower* (Atalaya), la de mayor tirada del mundo, con quince millones de ejemplares cada 15 días.

De origen también extranjero, pero muy implantadas en España, son: la asociación mexicana de los *Legionarios de Cristo*, hoy desprestigiada por los pecados de su fundador, la argentina *Nueva Acrópolis*, con ideología neonazi, las americanas *Iglesia Evangélica*, la ya citada *Iglesia de la Cienciología*, uno de cuyos ‘sumos sacerdotes’ es el actor Tom Cruise, la *Iglesia de Filadelfia* y los *Adventistas del Séptimo Día*. Así hasta 899 entidades reconocidas y enumeradas en la *Guía de Entidades religiosas de España*, publicada en 1999 por la Dirección General de Asuntos Religiosos. Esta cifra, se aumenta a 152 grupos de sectas o agrupaciones para-religiosas en todo el mundo, si se consulta la Red de Internet: IGA = *Instituto Agnóstico de Antropología* (Chile), ILE = *Asoziacione degli Orijas* (Afro-americana), IFA = *Asociación de Santeros*, Rosacruz = *Antigua y Mística orden de Amorc*, los *Illuminati del siglo XXI*, *Gran Hermandad Siraita* (Escuela Tântrica), OCIRO = *Orden Caballeresca Iniciática La Rosa de Oro*, FFT = *Militia Christi*, JICA = *Religión de la Madre Tierra, Guerreros de la Luz*, SUD = *Santos de los últimos días*, y muchas otras agrupaciones que culminan con la *Orden Soberana y Militar del Templo de Jerusalén*, de vieja raigambre, hoy resucitada, al parecer, lo mismo que las diversas ramas de la Masonería.

Según los últimos datos, en Estados Unidos, hay más de diez millones de *satanistas* y en Francia se calcula que operan más de 150 sectas satánicas, casi todas ellas conectadas entre sí a través de la *Inneer Sanctus Occult Net*, una red de conexiones mundiales dedicada a las ciencias ocultas, el satanismo y las ‘ciberrreligiones’. La primera Iglesia que rendía culto público a Satán, cuyo advenimiento ‘salvador’ se fija en el llamado “Tiempo del Caos”, coincidente con

la desaparición del cristianismo, se fundó en 1966 en los Estados Unidos, por un individuo llamado Antón La Vey con el nombre de *Iglesia de Satán*, que ha tenido gran implantación en Europa, con derivaciones y desviaciones ‘sectarias’, como la italiana *Niños de Satanás*, ocultista y esotérica, donde se practica la promiscuidad sexual y los ritos satánicos. El satanismo ha influido en la orientación musical moderna, sobre todo en las composiciones de *rock duro* y *heavy metal*. La música es compañera insustituible de cualquier tipo de liturgia. Detrás de algunos ‘misterios’ sociales no desvelados (raptos, asesinatos, sacrilegios, profanaciones de tumbas, etc) se pueden hallar las huellas de las perversiones satánicas (Francisco Contreras Gil, *Enigmas pendientes*, Espejo de Tinta, 2006).

Más antiguo es el *espiritismo*, o comunicación con las almas de los difuntos, una creencia muy extendida, de origen ancestral, como las tribales citadas, que cuenta en Brasil con más de cuarenta millones de seguidores. En 1875 fue fundada la *Sociedad Teosófica* de Helena P. Blavatsky, que predica la venida del Gran Maestro de Sabiduría, Maitreya, avatar de Buda, impulsor de una nueva Edad de Oro, caracterizada por un cambio radical de la Humanidad, imaginado ya por los profetas bíblicos. Más recientemente, han proliferado algunas sectas de carácter más político que religioso que se ocultan sibilinamente entre los pliegues más oscuros de la sociedad, con intenciones muy lejos de la espiritualidad. Así, se citan el *Centro esotérico de Investigaciones*, de inducción a la prostitución, *Edelweis*, condenada por corrupción de menores, la *Iglesia Universal del reino de Dios*, acusada de estafa y evasión fiscal, la secta *Nonsiamosoli*, del contactado Eugenio Siragusa, de finalidad ufológica, entre otras. También son consideradas sectas peligrosas, dentro del catolicismo, grupos como *Lumen Dei*, *Verbum Dei*, *Renovación carismática* o la extremista *María Mensajera*, que ensalzaba la figura del General Pinochet como un salvador enviado por la Divinidad (Antonio Luis Moyano, *Sectas. La amenaza en la sombra*, Nowtilus, 2002).

En los últimos tiempos han aparecido nuevas comunidades espirituales, desconectadas de la idea religiosa y apoyadas en las nuevas realidades sociales, ya sin conexión con la emoción de lo sagrado, el simbolismo del mito o la relación con la divinidad. Bastarán un par de ejemplos. El francés Raël, piloto de Fórmula 1, elaboró en 1974 una doctrina de salvación, basada en ‘revelaciones’ de extraterrestres, que cuenta hoy con unos 40.000 miembros. Su fe básica reside en la eficacia de la ‘clonación’ para conseguir la vida eterna, en la que creen firmemente. Han construido en Montreal (Canadá) un Parque Temático, bautizado como *UFO Land* (La Tierra de los Ovnis). Los *raelianos* han decidido pasar su tiempo en la Tierra en unas reconfortantes y muy espirituales orgías sexuales. El activismo de los ‘seres extraterrestres’ no se conforma con la simple ‘inspiración’ sino que se ha decidido a actuar como religión propia desde 1988, año en que comenzaron a ‘motivar’ a la vidente Bárbara Marciniak. Su manual de doctrina ha sido publicado por ella en tres libros: *Tierra*, *Mensajeros del alba* y *Familia de luz*. Los creyentes en esta nueva religión han tomado el nombre de *pleyadianos*, del sistema estelar

de las Pléyades, de donde proceden estos benefactores de la humanidad. Uno de ellos, incluso, tuvo la suerte de ‘viajar’ a las Pléyades donde tuvo visiones estremecedoras que un tal P. Moon nos narra en un libro fantasmagórico (*Encuentro en las Pléyades*, Ediciones Obelisco, 2002).

Corría el año 1973 cuando José Luis de Jesús Miranda, un ex convicto heroinómano de Puerto Rico, recibió en sueños la ‘visita’ de Jesús, que le proclamó como el Anticristo, y le incitó a fundar su propia iglesia, de tintes satánicos, entre los ‘hispanos’ de Florida. En el año 1990, el entrenador de fútbol americano Bill McCartney fundó en la Universidad de Colorado (EE.UU.) una nueva religión, *Promise Keeper*, el grupo religioso de mayor crecimiento en la actualidad, con su Iglesia Matriz, construida en Denver (Colorado). Naturalmente, esto es sólo una pequeña muestra de la ‘locura religiosa’ que invade a las modernas sociedades, incapaces de instalar un nuevo altar a la diosa Razón, esa divinidad que nos distingue como especie ‘pensante’, a la que sólo veneran pequeñas tribus de librepensadores, mientras el resto de la humanidad vive ‘atrapada’ en la red de sueños ideales, imaginaciones fascinantes y alucinaciones hipnotizantes.

Es sabido que las religiones mayoritarias actuales nacieron como nuevos movimientos religiosos escindidos de tradiciones más antiguas: el budismo nace del brahmanismo, el cristianismo del judaísmo y el sijismo del hinduismo. Como en toda evolución, han salido favorecidas las que han sabido adaptarse a las necesidades sociales o pactar con la autoridad civil para constituirse en religión oficial de un estado o comunidad, necesitada de una cohesión religiosa para alcanzar la unidad política. Religión y Política han ido de la mano en numerosas ocasiones, aunque en otras ha corrido la sangre en abundancia. Pero solamente han luchado espada en mano las religiones monoteístas, para defender al dios único, frente a los ‘atrevidos avances’ de los dioses rivales.

El Trono y el Altar han sabido beneficiarse mutuamente, sobre todo en los regímenes monárquicos y autoritarios. Por el contrario, las creencias politeístas, acostumbradas a unos dioses nada intransigentes, como que tenían que convivir entre ellos, repartiéndose el poder y la veneración de los fieles, no han conocido las guerras de religión a gran escala. Ocurre lo mismo con las que practican la no violencia (no veremos empuñar las armas a los budistas, por ejemplo) y quienes no son partidarios de hacer prosélitos, la gangrena más evidente de los monoteísmos. ¿Qué cristiano de fe profunda no se avergonzará de su historia, repleta de hechos violentos, conversiones forzadas, torturas inquisitoriales, eliminación física del disidente? Todavía hoy existen Estados que apoyan una determinada religión. Sin embargo, la tendencia actual es la no confesionalidad estatal, y por tanto la libertad religiosa de los ciudadanos. El futuro será, sin duda, del *laicismo*, doctrina respetuosa con todos los credos, basada en el respeto a las creencias individuales, como derecho de toda conciencia libre (Henri Peña-Ruiz y C. Tejedor de la Iglesia, *Antología laica*, Universidad de Salamanca, 2009).

El artículo 18 de la *Declaración universal de los Derechos humanos* (aprobada en 1948) dice así: “Cualquier persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión, lo cual implica la libertad de poder cambiar de religión o de convicción, así como la libertad de manifestar su religión o convicción en solitario o en grupo, tanto en público como en privado, mediante la enseñanza de las prácticas, el culto y la realización de los ritos”. Parece que la humanidad, por fin, ha entrado en la mayoría de edad, que supone la absoluta libertad de pensamiento, sin someterse a ninguna autoridad ideológica que no haya pasado la prueba de aptitud en el tamiz de la propia razón. Las nuevas generaciones vivirán en guardia contra el síndrome de Peter Pan, en el que ha consistido la tradicional educación religiosa: “Si no os hicieréis como niños no entraréis en el reino de los cielos” (Mc: 10,15).

La multiplicidad de religiones que pueblan la Tierra (tanto si son monoteístas como si son politeístas) sólo se pueden contemplar bajo dos supuestos: o bien todos los dioses adorados por los hombres son verdaderos, o todos son falsos. No es posible que tantos ‘entes’ eternos puedan ser verdaderos a la vez., por tanto, la falsedad es manifiesta. O tienen existencia real fuera de la materia, a la que crean ‘de la nada’, o no la tienen, y son pura ilusión virtual. Si lo primero, como defiende el *creacionismo*, sería indiferente el pertenecer a una u otra religión; la polémica sería exclusivamente ‘partidaria’ entre politeísmos y monoteísmos, primero, y entre las religiones de un solo dios, después, para dilucidar cuál de ellos es el único y verdadero. Si la respuesta es la ‘virtualidad’ de los dioses, es decir, su inexistencia real, ya que sólo viven en la imaginación del *homo sapiens*, se ha de reconocer que la humanidad ha vivido en un engaño permanente, subyugada por la idea de que esta vida terrena, tan desgraciada, se ha de continuar en otra, más placentera. Mi razón me dice que esto es pura ilusión.

Si la falsedad es consustancial a todas las religiones, hay que clamar, aunque sea en el desierto, contra esa múltiple, continuada y fanática alienación que adormece las conciencias, impidiendo ver con claridad el camino para salir indemne de tan loca servidumbre. Algo que solamente podrá llevar a cabo la reflexión imparcial y profunda, el sometimiento de los sentimientos al juicio crítico y a la razón, huyendo como de la peste de la fe impuesta y propagada por los falsos profetas, que suelen presentarse bajo el rótulo engañoso de la ‘auctoritas’. (No admito más ‘autoridad’ que mi propia conciencia, de donde nace mi propia dignidad). Cuando el delirio se adueña de la mente humana, deja de ser racional para someterse a las exigencias de la emoción delirante. Al hombre racionalmente sano le basta y le sobra con su razón bien informada para dilucidar sobre la verdad de las cosas, sin necesidad de seguir ningún ‘criterio de autoridad’, aprendido en las escuelas del ‘pensamiento único’, donde nadie enseña a vivir y pensar en libertad, que es el marchamo interior que me distingue del animal, y que debe guiar todas mis acciones.

La primera reflexión que se presenta a la consideración humana, por tanto, es la de sustanciar si existe un solo Dios, diversificado, o si todas las religiones son iguales, o mejor,

igualmente falsas. En este supuesto, ninguna ha de ser preferida si admite la *utilidad* como el único criterio válido de la fe. Tesis muy práctica, pero egoísta, además de incompatible con el sentido de la espiritualidad. Siguiendo la idea de Freud de que la religión es una ilusión necesaria, sin la cual el hombre no podría sobrellevar las calamidades de la vida, escribió Antonio Gala (1995) que “todas las religiones son innecesarias, pero mientras una religión aquiete al hombre, lo mantenga en paz con sus semejantes y ordene su espíritu para que se sienta acompañado, sea bienvenida”. Idea recogida también por Fernando Savater, al exponer en una entrevista que “cualquier mitología alegremente asumida cuenta con mis simpatías”. Este ‘utilitarismo’ individual pasa a ser ‘políticamente correcto’ cuando la misma sociedad lo acoge como propio: es la paz colectiva la que está en juego. Se admite la religión en tanto en cuanto ‘sirve’ al proyecto político de la comunidad.

Pero esta postura acomodaticia atenta contra la dignidad del pensamiento humano. No importa que los fundamentos religiosos sean absurdos ni que sus dogmas anulen la razón y la libertad. Por encima de todo, dicen los ‘utilitaristas’, por encima del ser humano individual, se impone la ‘razón de Estado’. Es preciso que el amor a la verdad se someta al sosiego social, como ha ocurrido a lo largo de los siglos. ¿Por qué, si no, han protegido siempre las autoridades civiles las crueldades de la cristiandad contra los disidentes y aun los meros sospechosos a los inquisidores de la fe? ¿Por qué admiten los seguidores del Islam la pena de muerte contra el adulterio y la homosexualidad? Más aún, ¿por qué las autoridades musulmanas obedecen el mandato coránico de “matar a los que no creen en Alá” (Corán, s.IX.v.28)? ¿No es la creencia religiosa el aglutinante violento y agresivo del nuevo Israel? Para un observador imparcial, resulta incomprensible que estas tres religiones recen al mismo Dios y busquen, por medios tan diversos, la unidad política y la salvación eterna para sus fieles creyentes. En vez de la razón, la esquizofrenia es la enfermedad que parece dominar al hombre.

Quienes consideran que la ‘veracidad’ de una fe depende del número de adeptos, yerran también escandalosamente, porque un consenso generalizado no prueba que una creencia sea cierta. En el colmo del ‘utilitarismo’, se propugna una solución tan ‘diplomática’ como poco efectiva para salvaguardar la dignidad de la razón, es decir, una mezcla de todas ellas, un ‘sincretismo universal’, un ‘consenso’ generalizado entre las autoridades religiosas, como hacen los políticos, aunque ello supusiera ceder en sus fundamentos doctrinales. Incomprensiblemente, para algunos filósofos, tenidos por sensatos, como Eugenio Trías, “la única religión verdadera sería aquella que fuese capaz de sintetizar las existentes” (*Pensar la religión*, Destino, 1997). Como ya dijo, años antes, con similares palabras, Raimon Panikkar, en *El silencio de Buda*, al propugnar una “fecundación mutua” de las religiones, porque ninguna está en posesión de la verdad absoluta. (*Buda. 53 sutras y cartas de meditación para el silencio y la paz interior* (Edaf, 2004). Se hallará la paz interior, pero no la verdad.

El Concilio Vaticano II, que reunió a las autoridades eclesiásticas católicas en 1965, al reconocer (doctrina ‘novedosa’ en el seno de la Iglesia) la *libertad religiosa* como uno de los derechos humanos fundamentales, promovió un proceso ecuménico de unión doctrinal de todas las religiones (al menos las monoteístas) por motivos ‘utilitarios’ de beneficio espiritual para hombres y comunidades. Idéntica finalidad a la que tuvieron en 1986 los representantes de las principales religiones en la basílica italiana de Asís, “para orar en común”. Este sincero movimiento de diálogo inter-religioso será un excelente y eficaz medio para promover la paz y la justicia social entre los pueblos, pero nunca la solución al problema de la diversidad religiosa. Lo único que podría demostrar es la falsedad de todas las religiones y de todos los posibles dioses.

La misma Iglesia Católica está dividida, a pesar del Papa y de los Concilios. El cardenal Carlo María Martini, un eterno ‘papable’, sostiene que “la salvación es posible al margen de cualquier Iglesia, si cada uno sigue la gracia de Dios y la conciencia moral”. Por su parte, la Congregación para la Doctrina de la Fe, presidida por el entonces cardenal Joseph Ratzinger (ahora Benedicto XVI), hizo pedazos el proceso ecuménico iniciado por Juan XXIII, al publicar en el año 2000 la Declaración vaticana *Dominus Iesus*, firmada por Juan Pablo II, en la que se sostiene, como era doctrina tradicional desde San Cipriano, obispo de Cartago (siglo III), que “fuera de la Iglesia Católica no hay salvación”. Idea que fue refutada inmediatamente por casi cien teólogos, los más pertenecientes a la corriente moderna que se intitula “Teología de la Liberación”. Para los ultraconservadores cristianos, por el contrario, quien piense que todas las religiones son iguales, cae en el autoengaño y comete el triste pecado del ‘indiferentismo’. En otras palabras, “quien no está conmigo, está contra mí”, según el conocido adagio evangélico, que puede respaldar cualquier doctrina integrista, de dominio absoluto, sea civil o religiosa.

Nunca se ha educado a nadie ‘en’ la libertad y ‘para’ la libertad de pensamiento, que es lo único que debe interesarle a cada persona. Porque siempre se ha confundido ‘religión’ con ‘moral’, idea defendida, por ejemplo, por un profesor laico de ética, como Aranguren, y rechazada por otro, el rector Unamuno, siempre angustiado por la reflexión religiosa, para quien la “ética (o moral) es una cosa, y religión otra. No es lo mismo ser bueno que hacer el bien” (*La agonía del cristianismo*). Ser bueno es perfectamente compatible con la falta de fe. Una persona de bien puede ser un agnóstico, un ateo o un indiferente en materia de religión. Incluso un no creyente como el materialista Eugenio Trías puede ser un escritor excelente, que pone en la ética su ‘filosofía del límite’, al mismo tiempo que defiende como ideología una especie de ‘materialismo sagrado’ (*La edad del espíritu*, Destino, 1994). Porque la religión no se puede reducir a una moral, ni al misticismo, ni a la filosofía, ni a la poesía, aunque todo ello forme parte de su entorno. Su estructura básica es una doctrina de ‘salvación’, que no puede estar reñida con la ética o moral, con la que se confunde. Como dice José Antonio Marina, “la ética acaba marcando el camino a la religión” (*Dictamen sobre Dios*, Anagrama, 2002).

La religión moldea a la persona en su infancia, pero después cada una es responsable de su compromiso religioso, sin tener que seguir, a modo de borrego, el cayado del pastor, como canta el salmista: (“Tú guiaste a mi pueblo, cual rebaño,/ por la mano de Moisés y de Aarón”. Sal 77, 21). Es lo que suele ocurrir cuando se nace en el seno de una familia piadosa, de una sociedad confesional, circunstancia determinante para el futuro del creyente. Una religión se hereda, como una propiedad, y para constituirse en persona racional y libre es preciso, al llegar a la mayoría de edad, decidir si se acepta o se rechaza, eventualidad que queda abierta hasta la última hora. Pero la reflexión inteligente y crítica con lo recibido ha de enfrentarse a menudo con una tradición agobiante, que empuja con fuerza en una dirección determinada. Esto permite hablar de la religión ‘colectiva’, que se asume como un valor familiar y comunitario que hay que preservar y defender ante la influencia proselitista de otras religiones, siempre miradas con recelo. Y quizás con mayor motivo se recela de la ‘conversión’ intelectual, de la apostasía de la fe recibida, que puede dañar la ‘comunidad’ salvadora del grupo, tanto si se da el paso hacia otro sistema doctrinal, como si se termina abrazando el agnosticismo, el ateísmo o el indiferentismo.

Quien haya nacido en el Extremo Oriente, probablemente será budista o sintoísta. Si su patria fuera el Medio Oriente, su dios sería Alá y su gran ilusión sería peregrinar a La Meca. Si hubiera llegado al mundo entre los indígenas de la selva americana o africana, lo más probable es que sus creencias no se apartarían de la religión natural, sin hacer caso de más iglesias ni dioses antropomórficos, y seguirían sacrificando seres humanos a sus dioses invisibles para conseguir su protección, como la más santa de sus costumbres. Pero si el inevitable destino quiso que abriera los ojos en una sociedad confesionalmente católica, así sería su educación y su ‘circunstancia’, como diría Ortega. Esta ‘circunstancia’ vendría marcada por las ideas de quienes se recibe el amor, la instrucción y la fe religiosa.

Pero también por la geografía, la historia, el arte y el mismo sistema lingüístico en el que se desenvuelve la personalidad. ¿Cómo no tener en cuenta las impresiones recibidas en los viajes, el testimonio de una historia manipulada, de unos tesoros artísticos que con preferencia nos hablan de temas religiosos? En todos los pueblos, por pequeños que sean, un templo siempre domina el caserío. Acá y acullá, en las grandes ciudades catedrales y basílicas, iglesias y conventos, monasterios en los más retirados y bellos rincones naturales. Por todo el mundo, iglesias, mezquitas, sinagogas, pagodas, templos de las más variadas confesiones, las más de las veces lujosos hasta la extenuación. El viajero deduce que la religión –cualquiera- es tan natural como el paisaje. Aunque la palabra ‘religión’ evoque espíritus invisibles, materializados en edificios grandiosos, imágenes edulcoradas y liturgias sugestionables, el *homo sapiens*, autor de todo, sea piedra, color o creencia, todo lo admite como auténticamente verdadero gracias a su poderosa fantasía, que anestesia su potencial raciocinio. La razón seguirá siempre dominada por la imaginación, y ésta por la pereza intelectual. Porque las religiones han ido abandonando, a lo largo de su historia, el carácter ‘sagrado’, el misterio simbólico de sus inicios, para convertirse

en una institución social más, y su liturgia, para la inmensa mayoría, en ritos mecánicos, sin vida interior ni capacidad de alumbrar en el corazón la febril emoción de la virginidad espiritual, perdida en la trepidante vida moderna.

La historia, escrita casi siempre por los vencedores y por los líderes de masas, no hace sino justificar todas las crueldades en nombre del Dios de la Victoria, sin hablar del Dios de la Misericordia; se magnifican las obras misioneras, siempre admirables en su labor altruista, pero muy equivocadas al predicar dioses tan diferentes. El idioma en que nos entendemos, por su parte, cumple a las mil maravillas el objetivo de seducir las conciencias con el uso constante de los términos religiosos, y sobre todo la palabra *Dios*, enquistada en lo más profundo de la conciencia lingüística, en modismos y expresiones habituales. El arte, sufragado en todos los siglos por el dinero eclesiástico, ha conseguido sus obras maestras al tratar los temas religiosos. El cristianismo, sobre todo desde el siglo IV, ha sabido emplear sabiamente sus fondos, crecientes desde que supo atraerse a la nobleza y a los acaudalados, en la protección y mecenazgo de los grandes artistas, fuesen arquitectos, escultores, pintores, orfebres o músicos hasta conseguir el patrimonio más impresionante de la humanidad, siempre al servicio de su ‘divina causa’, traicionada por su ambición de poder, como ha descrito con múltiples ejemplos el historiador Antonio Castro Zafra (*Los círculos del poder. Apparatus Vaticano*, Editorial Popular, 1987).

Pero no ha conseguido la obediente sumisión de la ciencia, que no admite ‘revelaciones’ ni dioses inventados por la neurastenia, la angustia o el miedo. Antes bien, la ha perseguido y anatematizado en tantas ocasiones que J. William Draper pudo publicar un extenso estudio de esa rivalidad histórica, en su *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia* (1885). Es más, los más eminentes científicos de hoy, por más que les pese, no tienen más remedio que dar la espalda a las incongruentes y absurdas doctrinas religiosas, forjadas por quienes nada sabían de genes, bacterias ni neurociencias. Con claridad meridiana lo ha manifestado hace unos meses en una entrevista periodística el sabio bioquímico español Santiago Grisolia: “El hombre fue quien hizo a Dios”, para rematar sobre el sentido último de la vida que “no hay ningún plan. Sólo bacterias”. Un resumen insuperable de esa “ilusión trascendente” en que consiste la religión (todas las religiones) se puede encontrar en *Ateísmo y religiosidad* (Siglo XXI, 1997), de Gonzalo Puente Ojea, gran propulsor del debate religioso desde las más recientes proposiciones de la filosofía y de la ciencia.

III

El dios bíblico

Las tres grandes religiones monoteístas se fundamentan en las páginas ‘reveladas’ de la *Biblia*, un conjunto de ‘Libros sagrados’, escritos por ‘inspiración divina’ casi siempre nocturna, como se ha visto en la Segunda Parte de este libro. Es decir, por imágenes contempladas durante el sueño, o por un enteógeno (sustancia que induce la manifestación de lo divino en la conciencia del usuario, como lo define Fernando Sánchez Dragó –“quien lo probó lo sabe”- añadiendo que es un “fármaco sacramental”, prácticamente inocuo) estudiado por Antonio Escohotado en su *Historia general de las drogas* (Alianza Editorial, 1998). Una de ellas, la *burundanga*, productora de alucinaciones, es también ladrona de voluntades, bien conocida sobre todo en América hispana, donde se usa, bebida o inhalada, para culminar una violación. Por otra parte, las drogas endógenas son unas sustancias naturales generadas por el cerebro y otros órganos corporales para ayudar a responder a algún estímulo externo, inhibir el dolor y calmar los nervios. Toda clase de sustancias alucinógenas pueden degenerar en esquizofrenia y anulación de la personalidad, que cada vez se aleja más de la realidad material para vivir en su ‘realidad onírica’. “Los enfermos, dice el psiquiatra español Carlos González Juárez, oyen una voz en su cabeza que les da órdenes”. Son episodios psicóticos, delirios extravagantes de los que el sujeto está convencido, y que pueden durar toda la vida. Incluso los conocidos como “viajes astrales” pueden hoy ser inducidos en el laboratorio mediante una desconexión momentánea de los circuitos cerebrales.

Insisto una vez más en esta valoración de las imágenes soñadas, porque es una inestimable ayuda para la comprensión de la ‘realidad imaginada’ que, según nos dicen los psicólogos y psiquiatras, puede sobreponerse en un individuo a los requerimientos de la razón. Más recientemente, las neurociencias nos han ayudado a descubrir el poder de nuestra imaginación y las relaciones, casi siempre conflictivas, entre nuestra razón y nuestras emociones, ambas en el cerebro, que no es más que “un conglomerado de neuronas”, según Eduardo Punset, quien añade que “casi todos los seres humanos compartimos unas creencias concretas, pero cuando ascendemos en la categoría de las ideas abstractas en la jerarquía del córtex, las creencias difieren. Cada religión, por ejemplo, tiene un conjunto diferente de creencias distintas, y no todas pueden ser correctas” (*El alma está en el cerebro*, Aguilar, 2006). Todos los ‘libros sagrados’ que se escribieron al dictado de una ‘revelación divina’ son producto de una imaginación desenfrenada, por escribas que creían en la veracidad de sus visiones y que, quizás con buena fe, quisieron transmitir a sus coetáneos, que los proclamaron ‘profetas’ o pregoneros de los deseos de la divinidad. No los descalificaré como fraudulentos, pero sí como visionarios y emocionalmente desequilibrados. En especial los autores bíblicos.

Escrita a lo largo de más de diez siglos (VIII a.C.-II d.C.), traducida, copiada y recopiada en los monasterios medievales, la *Biblia* fue el primer libro impreso en Europa, el más demandado y del que más ediciones se han hecho en las diversas lenguas y dialectos. Resulta impresionante la visita a bibliotecas especializadas, como la Vaticana de Roma o la Augusta de Wolfenbüttel, donde se conservan espléndidas colecciones bíblicas de todo tiempo y lugar. Con sus miles de comentaristas que, desde el prejuicio de la fe, han intentado salvaguardar para la posteridad el estimado como “depósito de la revelación divina”. Revelación que dan por cierta, magnificando el mensaje de virtud, amor y esperanza, pero ocultando las múltiples ocasiones en que el mensaje se transforma en moral depravada de los héroes bíblicos o, peor aún, del propio Yahvéh. Es lo que ocurre, por ejemplo, en la más conocida publicación de hermenéutica bendecida por la Iglesia Católica, excelente, por otra parte, como introducción histórica a la transmisión secular del texto sagrado (Julio Trebolle Barrera, *La Biblia judía y la Biblia cristiana*, Trotta, 1993).

Los tres pilares sobre los que se asienta el fenómeno religioso son la autoridad, la tradición y la experiencia. Ignorando este último, ya que forma parte de la intimidad personal, una mente verdaderamente libre no puede conformarse con lo que predique una autoridad que se ha constituido a sí misma, al margen de toda racionalidad. La aceptación de un texto pretendidamente ‘revelado’ (como los dos ‘Testamentos’, el Antiguo y el Nuevo en la religión cristiana) ha de fundamentarse en un juicio crítico de valor, no en piadosas creencias ni en exégesis interesadas de los propios comunicadores de una fe excluyente, siempre impuesta y nunca sujeta al debate de la razón. (Un paréntesis para aclarar que la palabra ‘Testamento’ fue una mala traducción, primero de los griegos, que tradujeron la palabra hebrea *berit*, que significa ‘alianza’, por *diathéke*, ‘disposición testamentaria’, traducida más tarde al latín por ‘testamentum’, que es el término que aparece en la versión *Vulgata*), oficial de la Iglesia Católica desde el Concilio de Trento, en 1546).

En su citado libro, el profesor Trebolle incluye un capítulo dedicado a la hermenéutica y a la crítica textual, en el que claramente expone que “los profetas se inspiraban en tradiciones antiguas para interpretar los acontecimientos de su época” y que “sus discípulos no hicieron más que continuar este proceso interpretativo, creando y recreando el texto”. Al encontrar nuevos significados del texto sagrado, “la interpretación de la Biblia se convirtió en verdadera revelación, a través del trabajo exegético”. He aquí un nuevo significado del verbo ‘revelar’ que excluye la ‘visión’ de la que nos venían hablando todos los profetas. Es, sin duda, una mera ‘interpretación moderna’ de los teólogos para sacudirse el yugo de la letra, por muy profética que sea. Es más, justifica con la mayor naturalidad las modificaciones, que expone con múltiples ejemplos, de las Sagradas Escrituras, ya que “durante la época persa, e incluso en una época posterior, la Escritura estuvo abierta a toda clase de interpolaciones y reelaboraciones”.

Nadie, pues, debe escandalizarse ni rechazar como impías las acusaciones de falsificación de los originales bíblicos, como ocurre, por otra parte, con toda la literatura antigua.

Dada la vulnerabilidad de sus argumentos y la pudorosa resistencia de los creyentes ante las barbaridades e inmoralidades contenidas en el Antiguo Testamento, la Iglesia Católica no ha tenido más remedio, a fin de acallar comentarios peligrosos, que declarar como dogma de fe la ‘revelación divina’ de la *Biblia*. Así lo establece la constitución dogmática *Dei Verbum*, del Concilio Vaticano II, donde se puede leer que “la Santa Madre Iglesia, según fe apostólica, tiene por santos y canónicos los libros enteros del Antiguo y Nuevo Testamento con todas sus partes, porque, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor”. Los escribas elegidos por Dios se vieron limitados y determinados en su redacción, porque escribieron “todo y sólo lo que Él quería”. Así, pues, concluye el texto: “hay que confesar que los libros de la Escritura enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las Sagradas Letras para nuestra salvación”. Al leer estas palabras, me pregunto sobre la salud mental de los padres conciliares: ¿Es una ‘ceguera voluntaria’ o un cinismo condenable sin paliativos?

Contra esta interpretación de los sesudos varones que intervinieron en la discusión y redacción de esta constitución dogmática, he de poner de manifiesto, haciendo uso solamente de mi pobre raciocinio y juicio crítico mi rechazo más absoluto, primero, a que ningún ser humano pueda imponer a otro dogma alguno de verdad supuestamente ‘revelada’, y segundo, a tamaña sarta de incongruencias, expuestas sin soporte racional. El primer y único pasaje de la *Biblia* en que se afirma la inspiración divina -ajena a la profética- salió de la pluma de Pablo de Tarso, en una de sus cartas (2 Tim.3:16-17), ya avanzado el siglo II de nuestra Era. Tesis que han aprovechado hasta el máximo los teólogos de todos los tiempos y que fue recogida formalmente por el Papa León XIII, declarando que la *Biblia* era, no sólo un venero de verdades históricas, sino de enseñanza moral conducente a la salvación (Encíclica *Providentissimus Deus*, 1893).

Y más recientemente, se ha escrito que “El Antiguo Testamento es una parte de la Sagrada Escritura de la que no se puede prescindir. Sus libros son libros divinamente inspirados y conservan un valor permanente, porque la Antigua Alianza no ha sido revocada” (*Catecismo de la Iglesia católica*, 1992, 121). Con estas palabras, tan esclarecedoras, nadie debe llamarse a engaño: La *Biblia* completa, con sus enormes atrocidades inhumanas, que no se pueden ocultar a ningún lector, es aceptada como ‘palabra de Dios’ íntegramente, en todas sus páginas. No hay mayor incongruencia en los dogmas religiosos. Yahvéh, el sangriento dios bíblico, es el Dios de los judíos, pero también de los cristianos. Pero su ‘inventada’ personalidad no merece ni el reconocimiento, ni la adoración de unos ni de otros.

Resulta incomprensible que desde los más primitivos cristianos (exceptuando a Marción y a los gnósticos del siglo II) se haya aceptado sin más contrariedad la tesis del origen sagrado de la *Biblia*, pozo de sabiduría y bondad en unos casos, pero también sentina de maldad en otros.

Es evidente que, en nuestros días, la infalibilidad y aun la historicidad de la Sagrada Escritura se ha derrumbado ante la verdad de tantos descubrimientos históricos y científicos que la desmienten. No es posible ya aceptar, si no es por la fe irracional, la condición de ‘palabra de Dios’ con que se ha pretendido sacralizar popularmente un libro tan lleno de errores, falsedades, interpolaciones y desviaciones morales. Mayor asombro causa que tal aceptación la hayan mantenido, sin separar el grano de la paja, sabios teólogos y analistas de las tres religiones que aceptan la *Biblia* como fundamento de su religiosidad, sin mayor escrúpulo de conciencia. ¿Tal ceguera produce la fe, repito, cualquiera que esta sea? ¿No habrá demanda posible contra el asesinato impune de la razón?

Basándome en mi propia experiencia religiosa, quiero levantar mi voz para denunciar el engaño de los defensores de las excelsas virtudes de la ‘palabra de Dios’ contenida en las Sagradas Escrituras y proclamar, con citas del Antiguo Testamento, que hay ‘otra’ *Biblia*, no predicable, que también ha de ser considerada ‘palabra de Dios’. Ejemplos múltiples de inmoralidad y de crueldad, incompatibles con la presumible santidad del Ser Supremo adorado por los creyentes. No soy el primero que lo hace, ni seré el último en sumarme a la minoría que, sin dejarse embaucar por seductoras y mentirosas palabras de consuelo, persigue con denuedo la verdad como supremo fin de los seres racionales. Por los datos existentes, y los estudios de los más imparciales, se pueden sacar unas conclusiones totalmente opuestas a las habitualmente aceptadas. Comenzando por el inicial paganismo del pueblo de Israel, ‘contaminado’ por las idolátricas creencias de sus vecinos, en especial del pueblo egipcio (Richard.Ambelain, *Los secretos de Israel*, Martínez Roca, 1996).

Pero habrá que profundizar un poco más en el horror que destilan las páginas ‘históricas’ de lectura obligada para el supuesto ‘pueblo elegido’. Entre otras muchas páginas ‘virtuales’ de Internet que tratan el tema bíblico, resulta de especial interés, por la racionalidad valiente de su autor, la encabezada como elhorror.net, “site antibíblico de MiltonAsh”, que trata a la Biblia como “el libro más espantoso jamás escrito, el gran fraude, engaño y mentira de Occidente”. No es posible quedar indiferente a su lectura. Se cuentan por millares los comentaristas adversos a estos imaginados ‘libros sagrados’, por lo que resulta imposible siquiera un resumen. Pero diré algo de lo que pienso y siento personalmente del contenido bíblico, tan leído (mal leído) y venerado (mal venerado) durante treinta siglos por los creyentes judíos, cristianos y musulmanes.

Al analizar la *Biblia* llegamos a la conclusión primera de que los personajes más representativos del Antiguo Testamento son grandes pecadores. He aquí algunos ejemplos: Adán, el padre del género humano según el relato bíblico, fue expulsado del paraíso por desobediencia y soberbia (Ge 3:23). Caín, su hijo, fue un cobarde fratricida (Ge 4:8). Abraham mintió al faraón y le entregó a su esposa Sarai, para recibir a cambio grandes mercedes (Ge 12:15-16) y poco después copuló con su sierva egipcia Agar, que parió a Ismael, despojado de

su primogenitura por ser hijo de una esclava (Ge 16). Lot, el sobrino de Abraham, cometió incesto con sus dos hijas (Ge 19:30-38). Moisés, que liberó al pueblo hebreo de la esclavitud, asesinó a un egipcio y huyó de la justicia durante cuarenta años (Ex 2:11-15).

Saúl, el primer rey de Israel, se suicidó con su propia espada (1 Sam 31:4-6). Su sucesor, el rey David, el héroe más admirado de la tradición judía, cabeza del linaje mesiánico, compró como esposa a Micol, hija de Saúl, por el precio de cien prepucios de filisteos (1 Sam 18:25-28) y ordenó asesinar a Urías para cometer adulterio con Betsabé, madre de Salomón (2 Sam 11:24-27). Amnón, hijo primogénito de David, cometió incesto con su hermana Tamar (2 Sam 13:1-22) y fue asesinado por su hermanastro Absalón (2 Sam 13:28-29). El rey Salomón, esposo de una princesa egipcia, que reinó sobre Israel durante cuarenta años (970-930 a.C.), fue un monarca iracundo, que ordenó la muerte de su hermanastro Adonías, y lujurioso, con más de mil mujeres en su harén, que le indujeron a la idolatría (1 Re 11:1-13). Los reyes Manasés y Amón fueron impíos, que dieron culto a la ‘consorte de Yahvéh’ la diosa Aserá (Ex 18). El profeta Elías, preferido de Yahvéh, hizo degollar a casi medio millar de seguidores del dios Baal (1 Re 18:40). Por la maldición de otro profeta, Eliseo, dos osas descuartizaron a cuarenta y dos jóvenes que se habían burlado de su calvicie (2 Re 2:23-25). Para que no falte la casta sacerdotal, traeré finalmente el ejemplo del sacerdote Matatías, que degolló a un oficial extranjero en el mismo altar del sacrificio (1 Mac 2:24).

Como las citadas, casi todas las páginas del Antiguo Testamento están teñidas de maldad y de sangre. Y no es de extrañar, tratándose de la historia de un pueblo que, desde la esclavitud de Egipto, hubo de irse abriendo camino hacia la libertad y la independencia política en un mundo hostil, contra todo tipo de adversidades y enemigos: cananeos, filisteos, moabitas, hititas, amorreos, asirios, jebuseos y demás pueblos belicosos del Oriente medio. Estas circunstancias, unidas a la condición humana de los personajes, podrían hacernos disimular acciones depravadas que son compañía inseparable del asentamiento geográfico por la fuerza de la guerra. Pero es que la tan divinizada *Biblia* no es sólo la narración histórica de un pueblo nómada que compite con otros por la hegemonía y posesión de un territorio.

Es algo más, completamente singular: la historia novelada de una colectividad que, para conseguir la unidad de tribus y caudillajes diversos, acude a la religión ‘inventando’ un único Dios antropomorfo de su exclusiva propiedad, que, sin nada que lo justifique, y con su propia voz, sella un pacto de filiación con este pueblo de esclavos hebreos, al que se dirige como su ‘pueblo elegido’. Así, como enseña la historia, lo que al comienzo fue un grupo de mercenarios, alquilados al mejor postor en las fértiles tierras de Mesopotamia, y después unos hombres vencidos y tratados como esclavos por el faraón egipcio, llegaron a constituir, al cabo de algo más de un milenio, un pueblo cohesionado, servidor de un Dios único, Yahvéh, tan innombrable como inexistente, ‘imaginado’ y forjado, con todos sus atributos, más humanos que divinos, por los sucesivos redactores de la *Biblia*.

Porque estos dirigentes hebreos tuvieron el acierto, más que ningún otro pueblo, de dejar constancia por escrito de todo lo realizado a través de los siglos para conseguir la unidad del culto y el sentimiento patriótico de ‘pueblo elegido’ por Yahvéh. Este ‘supuesto’ Dios les dio normas de vida, estableció una casta sacerdotal, la tribu de Leví, para que perpetuamente le sirviera en los actos del culto y fue renovando el ‘pacto’ de protección, pese a las continuas infidelidades de los volubles israelitas. Prometió a Noé que no volvería a destruir el mundo con un nuevo diluvio (Ge 9:8-17). Bendijo al patriarca Abraham y a su posteridad (Ge 15:4-6). En el monte Sinaí, según un texto, y en el monte Horeb, según otro, entregó a Moisés las Tablas de la Ley, con diez mandamientos (Ex 20:2-17 y De 5:6-21). Aseguró a los hijos de Israel su bendición si observaban sus mandamientos (De 14:13,23). Al rey David le prometió un trono eterno (Sal 89:20-30). Para mantener el privilegio de ‘pueblo elegido’, los israelitas debían vivir sin mezclarse con los demás pueblos, a fin de evitar la contaminación de la idolatría, el más grave pecado a los ojos de Yahvéh (Le 20:23) y las costumbres inmorales, que se presentan siempre como inseparables del culto a otra divinidad (Jos 23:7,12 y 1 Re.11:2). Pese a las transgresiones, Yahvéh se congratulaba de poder contar en la Tierra con un ‘pueblo santo’ que le rindiera adoración (De 4:34 y 14:2).

Transmitidas estas ideas de padres a hijos, generación tras generación, a la vez que iban aumentando los ‘libros sagrados’, iba progresando el sentimiento de pueblo ‘aparte’, con un grado notable de xenofobia, robustecido cuando las victorias fueron sustituidas por las derrotas y la independencia por el sometimiento a la tiranía de otros pueblos. Fue entonces cuando los profetas anunciaron la aparición futura de un Mesías que, como rey de Israel, les devolvería la perdida grandeza de la monarquía davídica. Como garante de tal promesa, la ‘Palabra de Dios’, siempre dispuesta, en boca de los profetas, a alimentar la esperanza en la restauración del Reino. Eso sí, a cambio de la fidelidad más absoluta a los mandatos divinos, es decir, a la casta sacerdotal que los inventó. Lo que no tuvieron estos ‘inventores’ fue la originalidad necesaria para ‘fabricar’ un dios nuevo, distinto de los múltiples que adoraban sus vecinos idólatras. Un verdadero Ser Supremo, con los atributos de Infinitud, Eternidad y Omnipotencia que se pueden derivar fácilmente de su condición de Autor de todo lo creado, sin posibilidad, no sólo de hacer el Mal, sino de permitirlo, con una moral hecha a imagen y semejanza de sus mezquinas criaturas.

A decir verdad, para el lector del Antiguo Testamento, la figura antropomórfica de Yahvéh no se diferencia gran cosa ni de los dioses ni de los soberanos mortales de su entorno. Es una creación ingenuamente humana, puesta al servicio de un fin utilitario, como es la unidad nacional, por medios inconfesables y dictatoriales. Al fin y al cabo, muchos reyes y ejércitos han manipulado también el nombre de Dios para justificar los baños de sangre. Con un Dios único por bandera y el fanatismo creyente como arma de combate, el pueblo judío se asentó en Canáan, aborreció los cultos idólatras y fue creciendo con el sentimiento de ‘pueblo elegido’,

sin querer percatarse de la condición ‘demasiado humana’ del dios que regía sus destinos y que, por último, los llevaría a la destrucción y a la diáspora.

Los textos bíblicos ‘históricos’ se presentan llenos de contradicciones, ultracorrecciones, interpolaciones y repeticiones durante los ocho siglos que se necesitaron para su culminación, a causa de las múltiples manos que en épocas tan alejadas y distintas entre sí pretendieron ir completando la ‘revelación’ sobre la ‘Alianza’ del dios único con su pueblo ‘elegido’, como se ha visto. El Antiguo Testamento es, desde un punto de vista literario, la epopeya novelada de los fundamentos históricos del pueblo de Israel. Mezcla de nimias normas legales, sabios consejos y órdenes criminales, del texto bíblico se pueden extraer los más opuestos juicios sobre las enseñanzas de Yahvéh, el Dios Único que impone su fe por el miedo, sin más propósito que hacer visible su poder frente a los dioses paganos y tener a todo un pueblo -no a toda la humanidad, como se ha querido demostrar interesadamente- a su exclusivo servicio.

Veamos brevemente cómo es esa Suprema Divinidad dibujada en las páginas de la *Biblia*, según sus propios testimonios, que todos los exégetas quisieran hacer desaparecer de los textos, porque invalidan la teoría del Dios santo y bueno que nos predicán desde la infancia. Por el contrario, con palabras de su propia boca, la figura resultante no es nada halagüeña. Ser tan vicioso y criminal es incompatible con la Infinita Bondad que se supone ha de ser la esencia de Dios. Por exigencia de esta Esencia, su Existencia ha de estar exenta de maldad. Precisamente la maldad y la inmoralidad con que nos lo presenta la misma *Biblia*. Así es Yahvéh, el Dios de los judíos, y posteriormente de los creyentes en Cristo:

CELOSO. El Yahvéh que se imaginan los patriarcas es un Dios obsesionado por ser el único en recibir la adoración de los suyos: “Quien ofrezca sacrificios a los dioses -excepción de solo Yahvéh- será anatema” (Ex 22:19). La orden es severa: “No invoquéis el nombre de dioses extraños” (Ex 23:13) y contundente: “No te prosternarás ante sus dioses ni los servirás...sino que los aniquilarás por completo” (Ex 23:24). Además, él mismo confiesa sin ambages su debilidad: “Yo, Yahvéh, tu Dios, soy ‘El celoso’” (De 5:9). Y amenaza finalmente con el castigo: “No iréis en pos de otros dioses...no sea que la cólera de Yahvéh se encienda contra ti y te exterminare sobre la faz de la tierra” (De 6:14-15). Este Yahvéh es un dios que sufre de celos, sin tolerar desviaciones afectivas, que prohíbe del modo más estricto las demás creencias e incluso el trato con los infieles. Si alguno te incita a la idolatría, ordena, “le lapidarás con piedras hasta que muera, porque ha tratado de apartarte de Yahvéh, tu Dios” (De 13:11). Porque, “ved cómo Yo soy el solo y único Dios, y cómo no hay otro fuera de Mí” (De 32:39). Muy inseguro debía estar de Sí mismo cuando insiste una y otra vez, con amenazas y órdenes asesinas, que, en vez de apoyar sus palabras, denuncian lo vicioso de su condición.

En definitiva, estas ‘divinas palabras’ lo único que ponen de manifiesto es una lucha sin cuartel en el Olimpo semítico durante los siglos de consolidación del Estado israelita. Un verdadero Dios no se rebajaría a tener celos de unas figurillas de barro, de piedra o incluso de

oro, ni siquiera se sentiría ofendido por su mera existencia. Tampoco se atraería a los humanos por el temor o la promesa de conquistas terrenales. No hay más que una explicación para tanta insensatez: Yahvéh es pura invención de la casta sacerdotal o patriarcal, secundada por visionarios y profetas de escasa credibilidad, tanto hoy como ayer. Moisés, el caudillo asesino y prófugo, según la misma Biblia describe, se pone al frente de los miles de esclavos que buscan la libertad en la huída, y redacta las leyes que cree oportunas para mantenerlos a todos unidos en una misma idea patriótica y una misma religión monoteísta, prometiendo continuas victorias sobre sus vecinos, con la ayuda del Dios inventado. Pobre ayuda, puesto que hubieron de malvivir en el desierto durante cuarenta años, antes de pisar la tierra prometida. Como en la historia de cualquier pueblo, hubo derrotas y victorias hasta la consecución del objetivo final, pero la continua invocación a Yahvéh consiguió mantener mientras tanto el sentimiento racial y patriótico, bajo la cobertura de una espiritualidad ficticia, aunque a veces muy sincera en los corazones de los fieles hebreos.

CODICIOSO. No sólo de su gloria y de la exclusividad de su culto, sino también de los bienes materiales, en favor de la casta sacerdotal. Lo primero que hace Yahvéh, en el *Exodo*, es reclamar para sí las primicias de cada semilla, ya fuese humana: “Al primogénito de tus hijos me has de entregar” (Ex 22:28), animal o vegetal: “Un primogénito del ganado, que como primogénito pertenece a Yahvéh, nadie lo podrá consagrar” (Le 27:26); “Todo diezmo de la tierra, ya de las semillas de la tierra, ya de los frutos de los árboles, pertenece a Yahvéh” (Le 27-30). En definitiva, “nadie se presente ante Mi con las manos vacías” (Ex 23:15). La codicia de Yahvéh se impone como mandato religioso a todo judío: “No prestarás con interés a tu hermano, sí al extranjero” (De 23:20). ¡Qué bien lo han cumplido a lo largo de la historia!

El Dios de Israel abomina de los ídolos de oro, pero cuando dispone la decoración del Tabernáculo, ordena que se usen los más lujosos materiales, con preferencia el oro. De este metal precioso eran hasta los corchetes que unían las cortinas, los anillos y escarpas, varales y columnas, así como el interior y el exterior del Arca de la Alianza. Igualmente debían ser de oro el propiciatorio, el candelabro de los seis brazos, las siete lámparas y los dos querubines alados que protegían el Arca (Ex 36,38). A los sacerdotes o intermediarios, como eran imprescindibles para el culto, también les tocaba algo de tan lujoso aparato decorativo. Sus ornamentos eran de ricas telas, recubiertas de metales y piedras preciosas. La tiara destacaba, especialmente, por su ostentación: “Después hicieron la lámina de la diadema de santidad en oro puro, sobre la cual escribieron una inscripción a modo de grabado de sello: “*Consagrado a Yahvéh*” (Ex 39:1-43).

La consagración específica de los sacerdotes se extendía metafóricamente a todo el pueblo judío, en cuanto ‘propiedad’ divina, como queda escrito en el segundo discurso de Moisés: “Porque tú eres un pueblo consagrado a Yahvéh, tu Dios; a ti te ha escogido Yahvéh, Dios tuyo, para que vengas a ser para El, pueblo de su personal propiedad entre todos los pueblos que existen sobre la haz del suelo” (De 7:6). ¿Cómo se puede deducir de tan claras

palabras la paternidad de Yahvéh sobre todos los mortales, la universalidad de la Iglesia que en él cree? La codicia de un Ser Todopoderoso, que se basta a Sí mismo, no se entiende sin la explicación de la argucia nacionalista de sacerdotes, patriarcas y profetas, ‘inventando’ un Dios que sirviera de unidad a su pueblo con el manifiesto engaño de la ‘elección’ privilegiada. Codicia que también defendieron para sí los propios dirigentes sacerdotales que, mediante impuestos injustos (como los del rey Salomón) lograron llenar sus bolsillos, con la excusa de la grandeza del Templo y del culto a Yahvéh. Incluso durante la monarquía, los israelitas fueron gobernados en realidad por el Sumo Sacerdote, máximo representante de un régimen de teocracia absoluta, como se comprueba simplemente leyendo un libro bíblico, el *Levítico*.

FALIBLE. Si hay, en cualquier concepto que se tenga de la divinidad, algún atributo que le sea más propio, después del “ser per se”, es, indudablemente, el de la omnipotencia, que arrastra consigo el de la sabiduría infinita y, por ende, la imposibilidad de equivocación. De aquí la insistencia de los teólogos en la inerrancia de la *Biblia*, como palabra revelada por Dios, que “no puede equivocarse ni equivocarnos”. No obstante, como se puede constatar fácilmente, el Antiguo Testamento está plagado de errores y equivocaciones, siendo algunas de las más llamativas meros tropiezos del mismo Yahvéh, que varias veces confiesa arrepentirse de lo que ha hecho en el trato con sus criaturas. La primera puede leerse en el Génesis: “Viendo Yahvéh que era mucha la malicia del hombre en la tierra...dijo: Borraré de sobre la haz del suelo al hombre que creé, desde los hombres a las bestias, los reptiles y las aves del cielo inclusive, pues estoy arrepentido de haberlos hecho” (Ge 6:5-7) ¿Es que el Dios de Israel ignoraba, en el momento de la creación, que sus criaturas no iban a responder a sus expectativas de bondad y obediencia? Si era realmente Dios, lo era no sólo en el presente sino también en el pasado y en el futuro, la misma cosa para el Ser eterno. Por otra parte, ¿qué culpa tenían los animales de la “malicia” del hombre?

En otra solemne ocasión, “Yahvéh se arrepintió de haber constituido a Saúl Rey de Israel” (1 Sam 15:35). Del mismo modo se arrepintió de haber consentido una plaga de langosta: “Yahvéh se arrepintió de esto. No será, dijo Yahvéh” (Am 7:3). Pero tampoco supo prever las consecuencias de la peste que, como castigo, había enviado a su pueblo, en la que murieron setenta mil hombres: “Yahvéh se arrepintió de la desgracia” (2 Sam 24:16). A tal punto había llegado la infidelidad de los israelitas que la paciencia divina llegó al límite, manifestando: “Estoy cansado de compadecerme” (Jer 15:6) ¿Es que puede suponerse “cansancio” en Dios? Y en otra ocasión, finalmente, su arrepentimiento alcanza nada menos que a sus propios propósitos no cumplidos: “Si esa nación contra la cual había Yo hablado se convierte de su maldad, Yo me arrepiento del mal que había pensado hacerle” (Jer 18:8) ¿Cabe mayor disparate en un Ser omnisciente e invariable en su eterna voluntad? Este Dios ‘inventado’ de la *Biblia* se equivoca, tropieza y se arrepiente de sus actos, y aun de sus pensamientos, como cualquier mortal. No puede darse más lastimoso modelo de divinidad imaginada, torpe y falible,

pequeña en su grandeza milagrera y grande en su pequeña mezquindad, como sus propios ‘creadores’.

Además de falible, el dios de Israel peca continuamente de ignorancia. Todas las referencias geográficas de la Biblia se remiten al mismo espacio geográfico, como si no conociera la existencia de otras tierras en el globo terráqueo, a las que no menciona jamás. Cree en una Tierra plana y en un Sol que gira a su alrededor (lo mismo que sus ‘creadores’ humanos). De ignorancia supina se puede calificar cuanto nos cuentan de la leyenda del diluvio universal, cuya universalidad es imposible para todo el planeta, por mucho que lloviera. En cambio, de inundaciones parciales están llenas las páginas de la historia, con sus desastrosas consecuencias. Imposible, ni aun para un dios omnipotente, meter en un mismo barco a ‘todas’ las especies animales de la Tierra. (Calculan los científicos que sólo los insectos, con sus millones de especies, pesarían más que el mismo planeta). Pero, además, vuelve a arrepentirse, porque “raeré de sobre la faz de la Tierra a todo ser viviente que hice”. ¿Qué culpa tenían los pobres animales de la maldad de los hombres? En todo caso, si no fuera de forma milagrosa, me resulta inconcebible ver a Noé recogiendo ‘todas’ las plantas y semillas del planeta. Para colmo de fabulaciones, el *Génesis* afirma que entonces Noé tenía seiscientos años (¿Cuántos tendría su mujer, y sus hijos y nueras?). Es decir, que de esas pocas parejas humanas nacería una nueva humanidad, que se multiplicaría velozmente para expandirse por todos los continentes, haciendo inútil toda la repoblación de los descendientes de Adán. ¿Habrá mayor ignorancia, falibilidad y falta de previsión del errático dios bíblico?

Al profeta Isaías le comunica con suficiencia, pero con error incomprensible en un dios omnipotente y sabio, que “antes de mí no fue formado otro dios, ni después de mí lo habrá” (Is 43:10b). Ignora lo que ocurre en Sodoma y Gomorra, por lo cual “baja personalmente para averiguarlo” Gn 11:5). No está clara la intención de Dios al crear al hombre. Primero dice que lo hace para que domine a los animales (Gn 1:26-28), después para que cultive y guarde el Edén (Gn 2:15), más adelante, para servirle y darle gloria (Salm 50:23). Cuando condena al hombre a comer el pan con el sudor de su frente, Yahvéh se contradice: “porque eres polvo, y al polvo tornarás”. ¿Qué hay entonces de la resurrección? Y si proclama el pecado original, que cubrirá con su sombra a toda la humanidad por los siglos de los siglos, se desdice ante el profeta Ezequiel: “El hijo no pagará la culpa del padre” (Ez 18:20).

La mentira acompaña al dios hebreo en múltiples ocasiones, como cuando ordena “pasar por el fuego a todo primogénito, a fin de infundirles horror, para que sepan que yo soy Yahvéh” (Ez 20:26) poco después de haber dicho que “Yo no me complazco en la muerte de nadie, sea quien fuere” (Ez 18:32). Por último, Yahvéh cambia el nombre de Jacob por el de Israel: En adelante no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has sido fuerte contra Dios y contra los hombres, y le has vencido” (Gn 32:28-29) pero pronto se olvida del cambio y le sigue

llamando Jacob (Gn 46:2). No hay excusa posible: el dios bíblico no es omnisciente ni sabio, se equivoca y tiene fallos como cualquier mortal, es decir, como sus propios ‘inventores’.

CRUEL Y VENGATIVO. Quizás sea la crueldad el atributo de Yahvéh que se puede comprobar con más facilidad en las páginas del Antiguo Testamento, donde el Dios de Israel se muestra bastante peor que su pueblo. Para Él, la vida humana carece de valor en sí misma. No reconoce la igualdad de todos los nacidos, ni el derecho universal a la salvación. La liberación de ‘su’ pueblo, después de cuatrocientos treinta años de esclavitud, fue precedida por la matanza muy calculada y fríamente llevada a la práctica de todos los primogénitos de la tierra egipcia (Ex 12: 12-13). La ley por Él impuesta obligaba a la destrucción de todo lo extranjero, ajeno al ‘pueblo elegido’ y, por lo mismo, idólatra: “Debéis destruir por completo todos los lugares donde han dado culto a sus dioses las naciones que vais a desposeer” (Dt 12:2).

El Dios de Bondad para los cristianos resulta ser el legislador que introduce la pena de muerte en el código mosaico: “El hombre que hiera mortalmente a cualquier persona humana, será muerto sin remisión” (Lv 24:17). Asimismo, la lapidación hasta la muerte está ordenada en varios casos de mala conducta: a la mujer que no llegare virgen al matrimonio (Dt 22:2), a los adúlteros (Dt 22:22), a los violadores (Dt 22:25), a los hijos desobedientes y libertinos (Dt 21:21), a los que cometieren pecado de bestialidad (Ex.22:18), a los adivinos (Lv 20:27) y hechiceras (Ex 22:17), a quienes hicieran el acto sexual durante la menstruación (Lv 20:18) y genéricamente, al incircunciso (Gn 17:14).

Finalmente, la venganza se convierte en la primera ley de la convivencia social: “No tendrás consideración: vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie” (Dt 19:21). La sentencia divina es sorprendente por su claridad: “Cuando yo afile el rayo de mi espada...tomaré venganza. Mi espada se saciará de carne y de sangre de muertos y cautivos” (Dt 32-41-43). Pero el salmista no se sorprende y suplica a su Dios: “Yahvéh, Dios de la venganza, aparece!” (Salm 94:1). En estas y otras múltiples ocasiones el Dios de Amor somete a su pueblo por el miedo: “Si camináis según mis leyes...estableceré mi Alianza con vosotros...Pero si no, os impondré como castigo el terror con la consunción...Comeréis la carne de vuestros hijos...y mi alma os aborrecerá” (Lv 26:1-45). Aparte de la maldad que ponen de manifiesto tales ‘divinas palabras’, resulta inexplicable oír a Dios hablar de su propia ‘alma’. Lo que parece evidente es que Yahvéh pretende conseguir la obediencia por el temor que inspira su Palabra: “Les haré oír mis palabras para que aprendan a temerme cuantos días vivan sobre el suelo y las enseñen a sus hijos” (Dt 4-10).

Por lo demás, sus prohibiciones son muy concretas, basadas en el miedo que inspira el secreto y la autoridad interpuesta. Por ejemplo, prohíbe, so pena de muerte, tocar la montaña del Sinaí (Ex 19:19), la profanación del sábado (Ex 31:14), del Tabernáculo (Núm 1:51) o del propio nombre de Yahvéh (Núm 15:30). También la muerte será el castigo para “el hombre que procediere con altanería, sin atender al sacerdote establecido allí para servir a Yahvéh, tu Dios”

(Dt 17:12). La posible misericordia divina desaparece, especialmente, ante la idolatría. Así, a la tribu de Leví, la única que le había permanecido fiel, le ordena sin contemplaciones: “Pasad y repasad por el campamento de puerta en puerta, y matad cada uno al propio hermano, al propio compañero, al propio pariente” (Ex 32:27). Según el documento bíblico, en esta ocasión murieron tres mil hebreos. Pero cuando murmuraron contra Moisés y Aaron, la muerte llegó para unos quince mil de los ‘elegidos’ (Núm 17:6-15). ¡Curiosa manera de mostrar la predilección!

Pero la ira de Yahvéh llega a destruir ciudades enteras, como Sodoma y Gomorra, sobre las que “hizo llover azufre y fuego” (Gn 19-24). Sabido es que, arrepintiéndose de su creación, quiso borrar del mapa a casi toda la humanidad por medio del diluvio (Gn 7:17-20). Su crueldad, testimoniada en su cólera, aparece confundida con la justicia: “Adonai está a tu derecha: machaca a los reyes el día de su cólera, hace justicia a las naciones, amontona cadáveres, machaca las cabezas sobre un inmenso territorio” (Sal.110:5-6). No caben, ante tales palabras, interpretaciones alegóricas o simbólicas. Todo responde a una realidad histórica bien comprobada, en la que el ‘Pueblo de Dios’ con un nacionalismo enfervorecido por la ‘palabra santa’, asoló la mayor parte de Canaán, la tierra ‘prometida’ por Yahvéh (en realidad por los imaginativos patriarcas). Josué conquistó amplios territorios, hasta Gaza, venciendo a cinco reyes, que ofrendó a Yahvéh colgándolos de cinco árboles, “se apoderó de todas las ciudades; las pasaron a filo de espada y consagraron al anatema a todos los seres vivientes que había en ella, sin dejar uno solo con vida, como el Dios de Israel le había ordenado (Jos 10:28-42).

Fue una ‘guerra santa’, en la que no cabían blanduras ni componendas, sino el puro exterminio del enemigo, por orden expresa de Yahvéh, el Dios cruel y vengativo. (De 20:10-18). Venganza extremada e injusta, ya que proclama, sin avergonzarse de su más injusta sentencia: “Castigo la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación” (De 5:9). Si llega a maldecir por sus pecados a un ‘elegido’, le pronostica: “Loco te volverás ante el espectáculo que tus ojos han de contemplar” (De 28:15-35). Y si se trata de enemigos, como los filisteos, clama en voz alta: “Ejecutaré en ellos grandes actos de venganza...y sabrán que Yo soy Yahvéh, al llevar Yo a efecto mi venganza en ellos” (Ez 25:17). La actitud vengativa de Yahvéh, que admite sacrificios humanos (“Comeréis la carne de vuestros hijos”, Lv 26:29; “Les haré comer la carne de sus hijos”, Jer 13:13), queda aplacada tras la muerte de los hijos de Saúl.

Cuando Elías ordena degollar a los sacerdotes de Baal, la Escritura añade que: “La mano de Yahvéh estaba sobre Elías” (I Re 18:46). A veces la mano justiciera es de un ‘ángel exterminador’, como en el II Libro de los Reyes: “Aquella misma noche el Ángel de Yahvéh avanzó y golpeó en el campamento asirio a ciento ochenta y cinco mil hombres: al amanecer todos eran cadáveres” (II Re 19:35). En otra ocasión, la crueldad del pueblo de Israel se convierte en sevicia, al procurar a los enemigos capturados la peor de las muertes: “Los hijos de

Judá apresaron a otros diez mil y llevándolos a la cumbre de una peña, los precipitaron desde allí, quedando todos ellos reventados” (I Cro 25:11-12). Toda la sangre derramada en la Biblia, sea de propios o extraños, es consecuencia de órdenes del Dios bíblico.

Sobran los testimonios. ¡Cuántas criaturas humanas han dado muestras de una condición mucho más virtuosa que la de su propio Creador! El Dios bíblico, sanguinario y cruel, no merece la adoración de sus fieles, ni los de ayer ni los de hoy. Tal Dios carece, por supuesto, de Bondad, pero hay que negarle la misma Existencia real, admitiendo sólo la ‘imaginada’, es decir, fabricada ‘a imagen y semejanza’ de su ‘creador’, el hombre, saco de maldades, que no respeta la vida de ningún semejante, sobre todo si se opone a su egoísmo personal o colectivo. Es absolutamente imposible que exista un Creador omnipotente, bueno y amoroso con tales atributos de maldad. Lo primero excluye lo segundo. El lector imparcial se horrorizará de tales hechos sangrientos, y verá en la *Biblia* una ‘novela de terror’ que debe producir rechazo y condena a toda persona que se deje guiar por su razón, el polo opuesto de la fe.

Cuando el rey David canta sus salmos a Yahvéh, lo hace recordando la historia de su pueblo, con alusiones al país de Egipto, de donde fueron expulsados: “Una viña de Egipto arrancaste/ expulsaste naciones para plantarla a ella/ le preparaste el suelo/ y echó raíces y llenó la tierra” (Sal 80: 9-10). Pero un poco más adelante es el propio dios bíblico el que menciona a Egipto, al hablarle así a su pueblo: “No haya en ti dios extranjero/ no te postres ante un dios extraño/ Yo, Yahvéh, soy tu dios /que te hice subir del país de Egipto” (Sal 81: 10-11). Nadie extraña este recordatorio, ya que, efectivamente, el pueblo hebreo había estado en Egipto, primero en tiempos de Abraham y su familia, emigrados a Egipto en tiempos de Hatshepsut, debido a una gran sequía y hambruna en su país, en el norte de Mesopotamia (Jarán), y siglos después como pueblo esclavizado, de donde salió capitaneado por Moisés, el interlocutor ‘egipcio’ de Yahvéh.

Pero algunos historiadores han sacado agua del pozo bíblico, que ya se creía seco, sin mayores posibilidades de extraer una gota más de la realidad histórica. Aunque con antecedentes bibliográficos de seriedad académica, (Albert Sloman, *El Libro de los muertos*, 1979; Ahmed Osman, *Moisés, Faraón de Egipto*, Planeta, 1992; J. Assmann, *Moses the Egyptian*, Harvard University Press, 1997), la actual tesis del español Alexandre Herrero Pardo, Diplomado en Egiptología, tampoco ha sido tomada en cuenta entre los exégetas bíblicos, por la sencilla razón que, de ser cierta, sería preciso renovar completamente la historia de Israel. Su obra, publicada por el Museo Egipcio de Barcelona (1999), tiene un título tan impactante como los citados: *Faraones de Egipto, Reyes de Israel*, y un subtítulo aclaratorio: *La identificación de los Patriarcas hebreos entre los nobles egipcios*. La parte más sorprendente de la tesis, que sigue los pasos de los dos citados, sobre todo del primero, que ya había reconocido a Yuya como el Patriarca José (1988), no es otra que la de identificar al faraón ‘hereje’ Aj-en-aton (Amenofis IV) con el bíblico Moisés, quien suprimió el politeísmo egipcio para dar culto al dios

único, el Sol (Aton) durante los 17 años que le quedaban de vida en el trono. Pero la tesis va mucho más allá, suponiendo que la historia de los patriarcas hebreos se confunde con la de los mismísimos faraones y nobles egipcios desde que el futuro faraón Turmosis III, hijo de la reina Hatshepsut, se enamoró y se casó con Sara, la hermanastra (y esposa bíblica) de Abraham.

Al llegar la hora de la sucesión, Hatshepsut obligó a su hijo a desposarse con otra mujer, de sangre real, lo que no impidió que Tutmosis III tuviera un hijo con Sara, al que pusieron por nombre Isaac (significa en egipcio “la divinidad sonríe”). De esta paternidad no se hacen eco las Escrituras, aunque también es cierto que, fuera de la Biblia, no se mencionan en ningún sitio los nombres hebreos de Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y demás patriarcas. Según esta tesis, la familia de Abraham, con Sara y el pequeño Isaac, fue expulsada por orden real a tierras de Canaán, donde Abraham se estableció con el favor del faraón como su Gobernador, cargo que ocupó el resto de su vida. Mientras tanto, Isaac se casó en Jarán con Rebeca, que le dio dos hijos gemelos, Edom y Jacob, quien heredó el derecho de primogenitura al trono de Egipto (con trampas, como saben los estudiosos de la Biblia) aunque le correspondía a su hermano. A éste, Edom, el faraón le nombró más tarde Gobernador de las tierras de Edom, entre el Mar Muerto y Arabia, cambiando su nombre por el de Esaú, lo mismo que hizo con Jacob, al nombrarle Gobernador de Jarán y cambiar su nombre por Israel (nombre egipcio que significa “Corazón de la Majestad de Ra”) ya que por sus venas corría sangre real de Egipto. La primera mención de Isra-El aparece, muchos años más tarde, en una estela de la época de Merneptah, conservada en el Museo de El Cairo, y referida a su pueblo: “Isra-El ha sido destruida; su descendencia ya no es”. Merneptah, como su padre Ramsés II, fue un perseguidor del pueblo hebreo.

En los años de Jacob, el faraón, que ya lo era su primo Amenofis II, siguió protegiendo a toda la familia de Abraham, lo mismo que su sucesor, Tutmosis IV, el cual reconoció a Jacob como su representante y Gobernador de Canaán y Fenicia, colonias egipcias. Su hijo predilecto, José, fue vendido por sus envidiosos hermanos, como también se relata en la Biblia, a un comerciante madianita quien, a su vez, lo vendió como esclavo a un capitán de la guardia real del faraón. Al descifrar satisfactoriamente los sueños enigmáticos de Tutmosis IV (recuérdense las siete vacas flacas y siete gordas de la Biblia), José se convirtió en servidor indispensable del faraón, quien le cambió el nombre por el de Yuya, le nombró Grande de Egipto y le fue otorgando diversos títulos hasta el número de cuarenta, que son los que quedaron registrados en su tumba. De esos años es un escarabeo conmemorativo en que se habla por primera vez de *Atón*, el “dios de las batallas que protege al Faraón”. Es decir, que ese dios ya existía y su culto estaba vigente años antes de que Amenofis IV lo eligiera como “dios único”, excluyendo a todos los demás, con la esperada rebelión del poderoso clero de Amón-Ra, que le obligó a él y a toda su familia y corte a instalarse en un nuevo palacio y ciudad, El-Amarna, entre cuyas ruinas se encontró el conocidísimo relieve de Aj-en-atón y su esposa (y hermana) Nefertiti, en acto de adoración al Sol radiante, Atón, el “Señor”, nombre egipcio para el dios único.

Amenofis IV (1379-1362 a.C.) que cambió su nombre por Aj-en-aton, para hacer pública su ‘conversión’ al dios único, queda, pues, identificado con Moisés, el patriarca bíblico, que tenía sangre real egipcia, por ser descendiente de Isaac. Su historia posterior resulta bastante enrevesada, puesto que no murió (contra lo que dicen los egiptólogos) sino que hubo de exiliarse a Horeb, en el Sinaí, donde recibió la ‘visita’ de Dios, que le ordenó regresar a Egipto, para rescatar a su pueblo de la esclavitud (No se ha encontrado todavía el sepulcro con la momia de Aj-en-aton ni la de Moisés, que sería la misma según esta teoría). En la tumba egipcia de Ay se ha encontrado la primera oración al Dios único, que el autor de esta obra traduce y transcribe íntegra. La historia del pueblo de Israel es, por tanto, parte de la historia de Egipto, y la de sus patriarcas la historia de nobles y faraones del Nilo, historia que debía ser ocultada a los hebreos, como reconoce el profeta Ezequiel: “No debemos contar al pueblo toda la verdad acerca de las remotas historias de nuestros orígenes. Eliminaremos nuestra estrecha relación con Egipto y sus faraones”. Los hebreos son los Ab-Ra, familia noble de Egipto, cuya historia se escindió al atravesar el Mar Rojo, para instalarse definitivamente en tierras de Canaán. Y el padre o patriarca de todos los hebreos era nada menos que el faraón Tutmosis III.

El nombre de Yahvéh es el mismo Yahw de los madianitas, un dios local que los hebreos huidos de Egipto unificaron con el nombre egipcio al unirse tras el éxodo con el pueblo de Madián, que habitaba en los alrededores de Sinaí. Yahvéh es citado por primera vez en la Biblia al relatar el ‘encuentro’ del Sinaí con el dios ‘refulgente’ en la zarza ardiendo, símbolo del Sol. Los hebreos anteriores a Moisés no se referían a Dios como Yahvéh, sino con la fórmula *El Sadday*, que viene a significar “Dios de la Montaña”, y que sería uno de los apelativos divinos más antiguos de la Biblia, sin personificar. Por su parte, el Atón egipcio se transformó en *Adonai*, que se traduce por “mi Señor”. Los antiguos masoretas, que fueron los que vocalizaron los textos hebreos, sólo escritos con las consonantes, añadieron a Yhwh las vocales de Adonai, dando lugar a un nombre ficticio, Yehowah, que nunca existió. Al preguntar Moisés a Yahvéh cómo debería llamarle su pueblo, éste contestó: “Yo soy el que soy” y añadió: “Así dirás a los israelitas: Yahwéh, el dios de vuestros padres, el dios de Abraham, el dios de Isaac, el dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación”. La discusión sobre esta respuesta aún no ha concluido (Jack Miles, *Dios. Una biografía*, Planeta, 1996). Pero, siempre según este autor, los tres patriarcas citados tenían sangre real egipcia, y el propio Moisés era un destronado faraón de Egipto y su lengua nativa era el egipcio, la misma en la que Dios le hablaría, no en hebreo.

Durante el destierro en Babilonia los textos antiguos hebreos fueron reescritos y quizás manipulados para eliminar el pasado en tierras del Nilo y establecer su propia identidad. El dios bíblico, nacido en el complicado panteón egipcio, salió victorioso en duras batallas, políticas y religiosas, a la zaga de un faraón ‘hereje’, habló en lengua egipcia y sufrió, con su pueblo fiel, el destierro y la animosidad de propios y extraños. La identificación de Moisés con el faraón

‘hereje’ explica muchas páginas de la historia, pero añade incredulidad y dudas razonables a la ya de por sí sangrienta, soberbia y horrorosa historia del pueblo ‘escogido’, según se narra en ese abigarrado conjunto de libros ‘revelados’ que conocemos como *Biblia*. Alexandre Herrero, buen conocedor de la historia de Egipto hace una excursión atrevida, siguiendo senderos trillados por otros académicos, por los orígenes de la religión hebrea, con los que se puede estar muy de acuerdo. Pero tiene dos fallos que, a mi ver, impiden el acuerdo completo. Uno es la forma novelada y coloquial que da a su, por otra parte, interesantísima investigación, basada en documentos fidedignos. Otro es la escasa confrontación cronológica entre la historia de Egipto y la de Israel, que impide la aceptación plena de su tesis. Como él mismo confiesa: “Mis teorías si no son correctas, acabarán por desacreditarse a sí mismas”.

Esta devota sumisión a la ‘palabra de Dios’ escrita por los visionarios de otros tiempos, no se limita a su inicial destinatario, el pueblo judío, sino que se transmite intacta a ‘hijuelas’ monoteístas, el cristianismo y el islamismo, con sus inevitables variantes. Todos la veneran como manantial de la ‘verdad’ trascendente, por más que choque frontalmente con las advertencias en contrario del juicio razonable. La Iglesia Católica incluye textos ‘escogidos’ de esa palabra ‘divina’ en sus ritos litúrgicos, pero ignora aquellos textos que no le convienen. Los protestantes, en todas sus ramificaciones, mantienen como base de su doctrina la ‘justificación por la fe’ y el ‘sometimiento a los dictados de la Biblia’. Incluso en la atrasada África, la Biblia es objeto supremo de adoración para la Iglesia cristiana de Etiopía, que cuenta con seis millones de creyentes, y cuyos popes la llevan en procesión, como si se tratara del mismo Dios.

Si causa sorpresa contemplar en las televisiones americanas la exaltada predicación de los numerosos ‘telepredicadores’ que anuncian sus descabelladas doctrinas, no menos sorprendido resulta el huésped de cualquier hotel de los Estados Unidos de América cuando encuentra en la mesilla de noche de la habitación un ejemplar de la *Biblia* como reclamo publicitario. Una de esas ‘nuevas religiones’ americanas, la *Sociedad para la Investigación de la Creación*, organización dirigente del movimiento creacionista, requiere a sus miembros firmar un documento que especifique su fe en las Sagradas Escrituras, del tenor siguiente: “La Biblia es la Palabra escrita de Dios, y porque creemos que toda ella es inspirada, todas sus afirmaciones son histórica y científicamente verdaderas en todos los autógrafos originales. Para el estudioso de la Naturaleza esto significa que el relato de los orígenes en el Génesis es una presentación factual de simples verdades históricas. Todos los tipos básicos de criaturas vivientes, incluyendo al hombre, fueron hechas directamente por actos creadores de Dios durante la Semana de la creación tal como se describe en el Génesis. Cualesquiera cambios biológicos que hayan ocurrido desde la Creación han constituido solamente cambios dentro de los tipos originales creados”. No puede quedar más en evidencia la ceguera que produce la fe, al rechazar cuanto enseña la ciencia y aprueba la razón. Es el *homo sapiens* degenerado abrazando amorosamente la ignorancia.

Si, como decía Lutero, “quien quiera ser cristiano debe arrancarle los ojos a la razón”, no cabe duda de que la autoridad del Antiguo Testamento queda invalidada cuando se abren bien los ojos de la razón. La ‘Palabra de Dios’ que se predica en el culto cristiano, y por supuesto en el judío, no tiene nada que ver con esa otra ‘palabra’ de la maldad ‘divina’ escondida en la *Biblia*, cuya veracidad queda testimoniada documentalmente, pero que las sinagogas y las iglesias cristianas tienen a bien ocultar a sus fieles. La coherencia no es la virtud de los exégetas. Por eso no es de extrañar que un doctor en Sagrada Escritura haya escrito no hace mucho cosas como estas: “El Antiguo Testamento no debe ser norma absoluta de conducta para el cristiano, ni tampoco motivo de escándalo” o que “si existe algo evidente en la historia de Israel es la certeza de que Dios ama a su pueblo” (*Conceptos fundamentales del cristianismo*, Trotta, 1993, 34 y 37). ¿Puede aceptarse tal inconsecuencia, sobre todo, si se conoce a fondo la Escritura? La exégesis bíblica de todos los tiempos, comenzando por los Santos Padres, no es más que una secuencia de actos voluntaristas que intentan escamotear la verdad, ocultando cuanto pueda dañar la imagen prefabricada de un Yahvéh inexistente.

Ni exégesis ni hermenéutica. Ni biblistas ni teólogos. Nadie necesita intermediarios para leer un libro, por muy ‘revelado’ que se suponga. Lo que la lectura de la *Biblia* está pidiendo a gritos a todo ser humano digno de tal nombre es una gran dosis de sentido común y de racionalidad, tanto si se los considera libros históricos, como si se los lee como obras literarias o simbólicas. (En este último caso, si todo es metafórico, ¿de qué pecado, de qué salvación están hablando las Sagradas Escrituras?). Ni una interpretación psicoanalítica de la *Biblia*, como la de los judíos argentinos Daniel Schoffer y Elina Wechsler (*La metáfora milenaria*, Paidós, 1993) ni la sensacionalista propuesta de Harold Bloom, insinuando que la parte más antigua del Antiguo Testamento fue escrita por una mujer (*El libro de J*, Interzona, 1995), pueden distraernos de nuestra sustancial conclusión: Para ser ateo no es preciso ser marxista. Basta tener un juicio medianamente crítico y libertad de pensamiento. La verdad es incompatible con la superstición, con la mentira y con los mitos, ficciones novelescas con que están adornadas las páginas históricas de las Sagradas Escrituras. Así lo asegura Gary Greenberg, Presidente de la Sociedad Bíblica de Nueva York en su libro *101 mitos de la Biblia. Cómo crearon los escribas los relatos bíblicos* (Ed. Océano, 2002).

Me detengo un momento en mis reflexiones y vuelvo a leer lo escrito, comprendiendo que mi pasión por la Verdad ha ahogado muchos sueños de infancia. Pero me siento en paz conmigo mismo. Ni he mentido ni pretendo engañar a ningún incauto. Me limito a exponer, sin prejuicios, lo que he podido encontrar en el Antiguo Testamento que hiera frontalmente mis sentimientos o mis principios éticos, sin distorsiones, ni sacando las frases fuera de contexto. Todas las citas, ‘Palabra de Dios’ para los teólogos, están tomadas literalmente de la más actualizada edición castellana de la *Biblia*. De ellas deduzco una divinidad celosa, codiciosa, falible y cruel. Y me pregunto, sorprendido: ¿Cómo es posible que tales palabras hayan sido

escamoteadas durante más de veinte siglos a la casi totalidad de los creyentes de tres religiones? Todavía más: ¿Cómo ha podido crecer la espiritualidad con el alimento envenenado de la mentira religiosa? Yo mismo, ¿cómo he podido vivir engañado tantos años? ¿Y mis amigos? ¿Y mis seres más queridos? ¿Cómo las diferentes confesiones religiosas han podido embaucar a tantos durante tanto tiempo?

No soy agresivo ni beligerante. A nadie quiero apartar de sus fuentes de felicidad, aunque considere que son engañosas. Pero no tengo más remedio que proclamar la verdad que se ha abierto camino en mis razonamientos, sin tapujos de falso pudor: Yahvéh, el Dios de la *Biblia*, el Dios de los judíos, cristianos y musulmanes, tal como aparece dibujado en el Antiguo Testamento, es una falsedad manifiesta, un ente de ficción, una leyenda piadosa, un mito inventado hace treinta y tantos siglos. A mi razón no le satisfacen las interpretaciones que magnifican unas palabras, en detrimento de las más comprometidas, aunque sea con la excusa de una lectura 'simbólica' o 'alegórica'. Además, según la cronología y la arqueología, muchos de los sucesos narrados en la *Biblia*, en los que el Dios bíblico habría participado, "simplemente no existieron, salvo quizá en la imaginación de sus autores" (R.L. Fox, *La versión no autorizada. Verdad y ficción en la Biblia*, Planeta, 1992).

Las falsedades, incongruencias y manipulaciones de la *Biblia* no tendrían mayor importancia si no fuera porque se trata de *libros sagrados*, que siguen influyendo, después de treinta y tantos siglos, en millones de personas, incautas y crédulas, ansiosas de agarrarse a un clavo ardiendo para ahogar sus dudas de intrascendencia, por el horror que les produce la vuelta irremisible a la nada de donde proceden. A este respecto, hemos de agradecer sus estudios críticos a los biblistas que se han atrevido, sobre todo desde el siglo XVIII, a dinamitar la creencia en la inerrancia de estos escritos, poniendo de manifiesto sus evidentes errores, y con mayor énfasis sus falsedades, interpolaciones y contradicciones, para intentar curar la ceguera de sus lectores, enfermedad que calma la angustia y el miedo al más allá. Porque, como intitula este libro, OJOS QUE NO VEN, CORAZÓN QUE NO QUIEBRA.

El más reciente comentarista bíblico, sin más títulos para la exégesis que su racionalidad, su gran erudición y un gran acopio de amor a la verdad y al duro trabajo de la reflexión madura, es un español ya citado, escondido tras el seudónimo de MiltonAsh, nombre con el que dirige una página web en Internet (elhorror.net), y con el que va publicando, en varios tomos, *La Biblia ante la Biblia, la Historia, la Ciencia y la Mitología* (Libros en Red, 2005), es decir, breves comentarios a todos los versículos bíblicos, con apoyatura bibliográfica de los propios textos cristianos (*Biblia de Jerusalén, Vulgata Latina, Biblia de Nácar-Colunga* y la protestante de *Reina-Valera*, todas ellas con comentarios de "ilustres exégetas de la más pura ortodoxia"). Como era de esperar, comienza afirmando que "el estudio moderno de estos libros ha evidenciado diferencias de estilo, repeticiones y desorden en las narraciones, que impiden ver en el *Pentateuco* una obra que haya salido íntegra de la mano de un solo autor", algo ya reconocido

por teólogos como Treballe. De hecho, las últimas páginas del tomo I se dedican a las contradicciones halladas en el *Pentateuco*: en una primera lista llegan a 636 las contradicciones, desde el *Génesis* al *Deuteronomio*. Una segunda lista, de 28 entradas, se dedica a poner de manifiesto las contradicciones insalvables entre los textos bíblicos, la historia y los conocimientos razonables del *homo sapiens sapiens*.

Ejemplo de creencias irracionales son los primeros capítulos del Génesis, más propios de una mente infantil que de un adulto reflexivo. Los personajes bíblicos, salvo contadas excepciones, carecen de refrendo histórico, y buena parte de los hechos que cuenta son verdades ‘imaginadas’. Corroborado también por la ciencia filológica y arqueológica, el dios bíblico no es único y singular, privativo del pueblo hebreo, sino uno de tantos adorados por los pueblos de Oriente Medio, escogido y apropiado por Abraham, que lo transformó en el Yahvéh de la *Biblia* promotor del pacto con el pueblo de Israel. El presunto contenido espiritual es totalmente contrario a lo esperado, como lo es el dios imaginado: sanguinario, xenófobo, misógino, macabro, anticientífico, vengativo, ignorante y falso. También son falsas las profecías, formuladas cuando el suceso ya se había producido. La ‘alianza’ de Yahvéh se hizo con personajes paganos, politeístas, como Abram. Moisés, personaje legendario, tampoco conocía a Yahvéh (Ex 18). Los padres de la nación hebrea son hijos del incesto, todos consanguíneos (Abraham y Sara eran hermanastros, de procedencia pagana; Isaac y Rebeca eran primos, y tío y sobrina; Jacob y Raquel eran tío y sobrina). En la *Biblia* es total el desprecio por la vida humana, ya que se predica constantemente la ‘guerra santa’ para ocupar los territorios vecinos. También es notable, en medio de perversiones consentidas, la aversión al sexo, presentándolo como pecado, y a la mujer como inductora al pecado. Se legaliza la esclavitud, la pena de muerte, la poligamia, el adulterio.

En definitiva, la ‘palabra de dios’ no es más que un fraude, un montaje de los sucesivos escribas, basado en historias ajenas, trasladadas oralmente de generación en generación. Ese Dios inventado, ‘escogido’ entre otros dioses y promovido a la exaltación de Ser Supremo y Único, no conoce la palabra *amor*, tan predicada para todos los seres humanos, pero sólo aplicada a los ‘elegidos’ de Yahvéh, en un contexto singular y escasamente representativo (Lv 19:18). El Dios-Creador de los hebreos es un dios parcial, que solamente piensa en ‘su’ pueblo, y en los vecinos a los que se debe exterminar, desconociendo la propia existencia de otras tierras y otros hombres también criaturas suyas, si se ha de dar crédito a las palabras ‘inspiradas’ del Génesis (Gn 12:3). No es posible resumir cuanto se comenta en los tomos de *La Biblia ante la Biblia, la Historia, la Ciencia y la Mitología*. Sólo cabe la recomendación de su lectura, el único estudio completo existente, “análisis crítico de toda la Biblia cristiana”, como reza el subtítulo. No hay más que exégesis crítica, no laudatoria como suelen ser los comentarios de autores creyentes, es decir, irracionales, que se guían por su fe, no por su razón.

En su *A History of Israel* (1987), John Bright, citado por Milton Ash, escribe que “No podemos atribuir a los patriarcas la fe del Israel posterior. Históricamente no es exacto afirmar que el Dios de los patriarcas fue Yahvéh. El ‘yahvismo’ comienza con Moisés... Cualquiera que sea el origen del culto a Yahvéh, no se han encontrado todavía indicios de él antes de Moisés”. Este legendario personaje (fuese quien fuese) escogió entre los existentes de la Mesopotamia bíblica un dios terrible, que se hiciese temer, para poder llevar a su pueblo a la conquista de Canaán. No necesitaba un dios amoroso, misericordioso, blando en definitiva. Yahvéh era un dios-demonio, responsable del exterminio de los enemigos, el único que podía servir para tal empeño conquistador. Responsable del Bien y del Mal, capaz de establecer un ‘pacto’ con su pueblo, aunque fuese derramando la sangre de los suyos en la circuncisión. El propio Éxodo afirma que antes de Moisés los israelitas no conocían a Yahvéh (Ex 3:13-15), porque es un ‘dios quenita, no hebreo’, al que adoraron después de salir de Egipto, según el profeta Oseas: “Pero yo, el Señor, tu dios desde Egipto” (Os 12:10) y “Yo te conocí en el desierto, en la tierra ardiente y seca” (Os 13:5-6).

Este es el dios bíblico, de corto pasado, ya que tiene sólo tres mil años (muchos menos que otros dioses más antiguos), pero de gran futuro, gracias al fanático judaísmo y a su primitiva ‘secta’, el cristianismo. Un dios, cuyos fervientes servidores han sabido ‘instalar’, sin apenas resistencia moral, su culto y adoración, en la conciencia de millones de personas, incapaces de reaccionar racionalmente ante tanto engaño. La ignorancia solamente podrá ser vencida por la ciencia, como se constata a principios del siglo XXI. Con este libro en la mano nadie podrá encontrar en sus páginas alimento de verdad, de bondad y de amor, para alimentar una mente racional. Pondré como ejemplo las recientes declaraciones de un joven pero reconocido director de cine, Alejandro Amenábar, que ha manifestado textualmente: “mi falta de fe se la debo a la *Biblia*”. Basta leer ese ominoso conjunto de maldades inconfesables de un pretendido dios, que condenarían a un pobre humano, para que una mente sana reconozca su equivocación y vuelque su corazón a la verdad que, a día de hoy, solamente se puede encontrar en la Ciencia.

IV

El dios cristiano

Para los cristianos, la *Biblia* primitiva del judaísmo se prolonga con los libros del Nuevo Testamento, cuyos primeros textos se redactan unos veinte años después de la muerte en Jerusalén de Jesús de Nazaret, el cual, perteneciendo por derecho propio al ‘pueblo elegido’, es condenado por los Sumos sacerdotes, aunque aceptado y aplaudido por algunos de los judíos de su época como el Mesías prometido a Israel en el Antiguo Testamento. Mesías que fue anunciado por los profetas como “el gran libertador del pueblo” (Jer 23:5), que “establecerá para siempre el trono y reino de David” (Is 9:5). Es decir, la comunidad cristiana fue, en sus comienzos, una rama o secta desgajada del judaísmo yahvista (J. Monserrat Torrents, *La sinagoga cristiana. El gran conflicto religioso del siglo I*, Muchnick Editores, 1989). Es Pablo de Tarso, que comienza a escribir sus famosas *Cartas* varios años antes del primer *Evangelio*, quien pone los cimientos de la nueva doctrina: Jesús de Nazaret no es solamente el previsto rey o mesías -fracasado- del pueblo judío, sino que es, sobre la evidencia de su humanidad, el Dios que ama y se sacrifica por ‘toda’ la humanidad. Es el ‘dios cristiano’.

Presentando su vida y su enseñanza de una forma alegórica, Pablo extiende la idea de que “su reino” no es de este mundo, ya que, siendo Hijo de Yahvéh, se encarnó como hombre para redimir de sus culpas a toda la humanidad, no solamente al pueblo de Israel. Ampliaba así, consciente y fraudulentamente la noción exclusivista de ‘pueblo elegido’, escribiendo a los gentiles: “Si vosotros sois de Cristo, ciertamente sois linaje de Abraham y herederos según la promesa” (Gál 3:29). Se había consumado la gran mixtificación: la palabra de Jesús también era ‘Palabra de Dios’. Y para predicarla y extenderla por todos los confines era necesario sustituir la teocracia judía por otra organización universal de sacerdotes, intermediarios ante la Divinidad. Pero si Yahvéh era una invención fantástica del Antiguo Testamento, el Jesús ‘divinizado’ era tan ‘imaginado’ como aquél. Su atrayente humanidad ha conmovido durante veinte siglos a los creyentes, que, embaucados por una ética sentimental, no han sabido captar el mensaje desengañado que transmiten los doloridos ojos del crucificado.

Ni siquiera la interpretación midráshica del obispo episcopaliano J. Shelby Spong (*La resurrección ¿mito o realidad?* Martínez Roca, 1996) permite salvar la ‘realidad’ objetiva de la *Biblia*, mejor del Nuevo Testamento, donde se acumulan falsedades y errores, la mayor parte de las veces intencionados, con tal de ‘ajustar’ la vida de Jesús a las profecías bíblicas. Estas son sus palabras: “Hemos analizado los propios textos bíblicos, y han demostrado ser poco fiables, si lo que andamos buscando son hechos objetivos”. Pero, “hemos buscado y encontrado una nueva lente, la lente del midrash, con la que leer nuestros relatos sagrados”. Completa el teólogo protestante aclarándonos que “el midrash era mitología vinculada a tradiciones religiosas y

temas universales”. Es decir, la *Biblia* no es propiamente historia real, sino relación novelada basada en tradiciones religiosas del pueblo hebreo.

La construcción de la nueva doctrina religiosa de salvación, estructurada en dogmas inamovibles, es obra de una Iglesia nada ‘divina’ que, reunida en sucesivos Concilios y asambleas, ha venido anatematizando durante veinte siglos a quienes predicaban algo distinto a sus ‘inventadas’ creencias. La historia de la Iglesia de Roma se puede reducir a la historia de las herejías que ha condenado, ya que el tronco original tuvo tantas ramificaciones como intérpretes de las ‘divinas palabras’. Todo comenzó, como he dicho, cuando Pablo de Tarso, un judío epiléptico que no conoció al Jesús de Nazaret histórico, lo divinizó, proclamándolo el Redentor de la Humanidad, algo ajeno a la *Biblia* del ‘pueblo elegido’ (Robert Ambelain, *El hombre que creó a Jesucristo*, Martínez Roca, 1985). Es, pues, una rebelión ideológica, de judíos contra judíos.

La doctrina paulina se construyó con materiales del Antiguo Testamento, que defendía una religión monoteísta, frente al politeísmo existente, lo mismo que el mundo greco-romano en el que hubo de crecer y desarrollarse el naciente cristianismo. Pero el hecho de reducir el panteón pagano a un solo dios no es garantía de veracidad. De un lado, porque el dios del Antiguo está trufado de maldades sin cuento, similares a los dioses paganos pero incompatibles con la santidad que se presumía para la nueva religión. El Nuevo, por su parte, aunque avanza en la moralidad de sus preceptos, no está exento de errores y contradicciones, además de aceptar como patrimonio doctrinal los libros bíblicos del pueblo judío. (No podía ser de otro modo, si todos ellos eran judíos y no pretendían suplantarlo sino perfeccionar la religión de Israel).

El mensaje de Jesús de Nazaret, transmitido en tantas recopilaciones como grupos de creyentes, quedó mutilado en los siglos posteriores a su muerte, por quienes decidieron mutilar de forma implacable los textos que hacían referencia a la vida y la obra de Jesús, ‘canonizando’ como los únicos ‘revelados’ a los tres *evangelios* sinópticos y al cuarto, de Juan, excluyendo otros sesenta relatos que no ‘casaban’ con estos cuatro. Quedaron así, fuera del canon neotestamentario los llamados ‘apócrifos’, que hoy día, por fortuna, podemos consultar (Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos*, BAC, 1956), aunque siguen siendo considerados ‘heterodoxos’, dignos de estudio pero no de creencia, y en cierto modo heréticos, como los textos ‘gnósticos’ (Elain Pagels, *Los evangelios gnósticos*, Crítica, 1982).

Por más que se esfuercen los teólogos católicos, mientras supediten su recto juicio a su fe, nunca podrán dar una interpretación creíble de los textos bíblicos como doctrina de salvación. Ni siquiera el Nuevo Testamento, en su conjunto, con sus emotivas páginas de amor y misericordia, puede ser más que un testimonio de fe que hace aguas por todas partes en cuanto se intenta estudiarlo desde un punto de vista histórico o científico. Si enorme es su interés cultural y sociológico, su interés religioso sólo tendrá validez íntima para los ya convencidos por la autosugestión de la fe. Para un científico, como afirma Antonio Piñero en su sintética

Breve introducción al estudio del Nuevo Testamento (Ediciones Clásicas, 1994), “el NT redactado originalmente en lengua griega, forma parte del acervo de la literatura griega antigua, y puede y debe ser estudiado como una parte de ella”. Desde luego, de sus páginas nadie podrá deducir, mediante exégesis racional, una posible o probable ‘revelación’ de ninguna divinidad. Por eso naufragan en su empeño de hacer creíble el contenido ‘sagrado’ de la *Biblia* los más distinguidos teólogos de nuestros días, aun cuando se apoyen mutuamente en el loable intento (*Conceptos fundamentales del cristianismo*, Trotta, 1993). Sus esfuerzos son tanto más patéticos cuanto más inútiles y bien intencionados.

Ya no es suficiente el anticlericalismo de nuestros antepasados para denunciar la falsedad de la religión cristiana. Es preciso ir más allá, olvidarse de los eclesiásticos y de su interesado magisterio moral, para proclamar a los cuatro vientos que los fundamentos doctrinales de la religión -de cualquiera religión- no se sostienen en pie a la luz de la razón. Desde Hobbes, Spinoza y la más crítica Ilustración europea, hay que estar libre de todo prejuicio teológico para enfocar el tema religioso. Aunque las nuevas tendencias de la exposición teológica se preocupen más de la *Biblia* como texto literario, que no literal, lo único que se consigue es soslayar el problema. Una mente libre, como la de Gonzalo Puente Ojea, (*Ateísmo y religiosidad*, Siglo XXI, 1997) ha de aceptar “la crítica radical que niega toda pretensión de verdad a la religión, a sus dioses y a los conceptos metafísicos en los que se apoya”. La ‘crítica radical’ es más humana cuanto que rechaza la falsedad y admite sólo la verdad racional y científica.

La *imagen mítica* del dios bíblico, al correr de los tiempos, fue presentando para el ‘pueblo cristiano’ seis *caras* diferentes, correspondientes a otros tantos símbolos de la divinidad (Creador, Providente, Juez, Padre, Hijo y Espíritu Santo). Su estudio, como sabemos, dio origen a una ciencia singular, la Teología, cuya misión no es investigar en el abismo del Misterio, sino afianzar la creencia en el Mito. (El único misterio posible, por supuesto, es el de la existencia, cuya causa se busca). Con el agravante de que esa causa -llamémosla Dios- sólo es accesible a la emoción de la conciencia individual, muy alejada de la investigación teológica. Como sentencia Paul Diel, “La vida humana sólo tiene sentido y valor en la medida en que la emoción ante el Misterio calma la angustia metafísica” (*Los símbolos de la Biblia*, FCE, 1989). Y en otro lugar, más explícitamente: “El error capital de la metafísica especulativa es considerar a las figuras metafísicas, incluso a la Divinidad, como personajes realmente existentes. Dios no es una ilusión, sino un mito” (*Dios y la Divinidad*, FCE, 1986).

En este mito, creado superconscientemente por el hombre para calmar su angustia y dar respuesta a su emoción ante el misterio de la existencia, podemos apreciar, al menos, seis caras o facetas simbólicas, desarrolladas por los ‘servidores del altar’ cristiano a lo largo de la historia, tratando de superar la imagen del ‘dios demoníaco’ del Antiguo Testamento, como hace A. Torres Queiruga en *Recuperar la creación* (Sal Terrae, 1997) intentando aproximar el Antiguo y el Nuevo Testamento, para conseguir lo imposible: que ambos sean el mismo Dios.

El bíblico, asumido por los cristianos en sus facetas menos demoníacas, se transforma en manos de los teólogos hasta configurar un Ser bien distinto, con unos atributos ajenos al Dios de Moisés, del que apenas se salvan para la posteridad no judía sus diez Mandamientos. Estas son las ‘seis caras’ que, como en un caleidoscopio, observamos en el Dios cristiano:

DIOS CREADOR. La *Biblia*, de cuya lectura y veneración se ha alimentado el monoteísmo cristiano, comienza con la sencilla y sublime declaración de que “Al principio creó Elohim los cielos y tierra” (Gn 1:1). Esta inicial afirmación bíblica de una divinidad múltiple (“Elohim”) quedó invalidada, o modificada, cuando Moisés, al finalizar su primer discurso monoteísta, mostró al pueblo de Israel las leyes o decretos ordenados por Yahvéh, “para que sepas que Yahvéh es Ha-Elohim, y no hay otro fuera de El” (Dt 4:35). El nombre de Yahvéh, según teólogos de la talla del P. Lagrange, era conocido entre los semitas con mucha anterioridad, referido a una divinidad distinta. Pero Moisés le dio un significado nuevo y lo elevó a nombre específico del Dios de los israelitas, como es sabido. El mito, consolidado por obra de Moisés, supone que el Universo ha sido creado por un único Dios, personal y todopoderoso, el cual, siendo increado y eterno, en un determinado momento, dio existencia y vida a todo el cosmos, por el solo poder de su palabra.

En el Nuevo Testamento no se vuelve a tratar explícitamente el tema, dando por bueno el relato bíblico, que ha sido recogido fielmente por la doctrina cristiana, cuyo *credo* comienza por la primera afirmación de fe, a saber, la existencia de un Dios “Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible”, tal como dijo el profeta Isaías (Is 40:22-28). Pero esta aceptación presupone el reconocimiento de la *Biblia* como libro revelado por un ser cuya existencia es, como se ha dicho, una creencia mítica, que excluye cualquier tipo de comunicación real con el hombre, ya que su operatividad es meramente simbólica. La imagen metafísica *Divinidad creadora* no corresponde a ninguna realidad, salvo a la emoción humana ante lo inexplicable del mundo. Quienes se imaginaron a uno o varios dioses-creadores, mucho antes de Moisés, quisieron simbolizar en ellos la Omnipotencia, término comparativo con la impotencia del ser humano, sobre todo ante lo inevitable de la propia desaparición.

Sin embargo, en el Nuevo Testamento se aprecia una novedad, repudiada por los judíos: se diviniza a Jesús, el Cristo, que, además de creador, es salvador. La idea dominante en Pablo de Tarso es que el mundo ha sido creado ‘por’ y ‘para’ Cristo (1 Cor 8:5-6). Como afirma el *Apocalipsis* de Juan, “Cristo es el alfa y omega, el principio y fin de todas las cosas” (Ap 1:17; 22:13). Frente a la doctrina mosaica del *Génesis* se alza la apocalíptica de Juan. El autor del capítulo sobre la “Creación” en *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Juan Luis Ruiz de la Peña, se pierde en un lenguaje que quiere aparentar una gran profundidad teológica, y termina perdiéndose en frases incoherentes y difícilmente asumibles, como que “según la fe cristiana, el mundo es creación de Dios, pero también co-creación del hombre, imagen de Dios”, o esta otra

que devalúa el misterio de la vida: “La fe en la creación no es tanto una tesis sobre el origen del mundo cuanto una interpretación religiosa de lo mundano” (Trotta, 1993).

Si, como afirmaba la ciencia en el siglo XVIII, “la masa total del universo permanece siempre la misma en un sistema cerrado” (Lavoisier, 1789), su confirmación vino medio siglo después con la primera ley de la termodinámica, la cual establece que “la cantidad de energía del universo permanece inalterable, ni se crea ni se destruye, únicamente se transforma” (von Helmholtz, 1847). En consecuencia, el concepto de un Dios-Creador queda invalidado, sin conexión alguna con la creencia tradicional. No solamente sin rostro ni figura humanizada, sino tampoco imaginado como ‘alguien’ con personalidad propia, ajeno al mundo, aunque sea en otra dimensión. Además, desde que la ciencia admitió como válida la teoría de la relatividad propuesta por Einstein (1909) damos por cierta la no existencia del Espacio-Tiempo fuera del universo que conocemos, en contradicción con las afirmaciones de la *Biblia*.

Según resumen de P.C.W.Davies, “imaginar a un Dios como reinando en una fase anterior del cosmos, y siendo motivado para *causar* al universo, es un desvarío resultante de atribuir a la deidad una categoría hiperantropomórfica. La creación del universo no puede haber sido causada por una motivación previa; esto es una contradicción lógica” (*El Espacio y el Tiempo en el universo contemporáneo*, FCE, 1982). Es decir, que la citada como ‘primera ley de la termodinámica’, la más básica de todas las leyes de la naturaleza, invalida la fe de millones de personas crédulas a cuyo cerebro no ha llegado nunca la noticia de esta ley o se han mantenido tercamente en su vencible ignorancia. Entre ellos, cuantos cristianos asumen la creencia en el *dios bíblico*, pertenezcan a cualquiera de las innumerables ramas que veneran a Cristo, supuesto Hijo del Dios Creador.

DIOS PROVIDENTE. El rumano Mircea Eliade, catedrático de Historia de las Religiones en la Universidad de Chicago, que falleció en 1986, se dedicó al estudio de los mitos y de los símbolos sagrados de las culturas ‘primitivas’, tema sobre el que publicó varios libros. En uno de ellos, *Mitos, sueños y misterios* (Grupo Libro 88, 1991), después de reconocer que en esas religiones ‘primitivas’ existe siempre la idea de un Dios omnisciente y todopoderoso, creador de todas las cosas, la creencia más repetida es la de un Ser Supremo que, acabada su tarea creadora, se desentiende de sus criaturas “para retirarse a lo más alto del cielo” y llevar desde entonces, una vida ociosa y descansada. “En su lugar, dice Eliade, el creador ha dejado a sus hijos o a sus mensajeros, o a otra divinidad que les está subordinada y que continúa en cierto modo ocupándose de la creación, perfeccionándola y manteniéndola”, mientras el auténtico Creador se alejaba, como sin importarle gran cosa, de todo lo creado, con los seres humanos en primer lugar. Lo que no impide que éstos, al sentir una gran desgracia y una angustia extrema, vuelvan su rostro hacia Él para implorar su auxilio.

Por el contrario, al acto creador de Dios sucede, en la mitología cristiana, la Providencia divina, que cuida ‘amorosamente’ (es un decir) de todo lo creado. Es la creación misma,

continuada eternamente por el mismo Dios-creador, ahora convertido en Dios-providente, al que nada de su creación le deja indiferente, según doctrina confirmada por el papa Pío XII en su encíclica *Humani generis* (1950). La Sagrada Escritura admite que Yahvéh se sirve de lo creado solamente para la realización de sus fines (Is.7:8), porque “Nuestro Dios en las Cielos y en la Tierra todo cuanto le place lo realiza” (Sal 115:3) y “Hay muchos proyectos en el corazón del hombre, pero sólo el plan de Dios se realiza” (Pr 19:21), sin especificar ninguna “providencia” a favor de la humanidad. Pero en el Nuevo Testamento la Providencia divina ocupa ya lugar preferente, al quedar vinculada a la imagen de un Dios preocupado por sus hijos (Mt.5:45 y 6:25-34). Pero sin olvidar las enseñanzas bíblicas: es Dios “quien obra en vosotros el querer y el obrar, como bien le parece”, como dijo Pablo a los filipenses (Flp 2:13) y a los corintios (1 Co 12:6). En todo caso, la voluntad de Dios anula la libertad del hombre, al que deja libertad solamente para “cooperar” con sus propósitos: “Dios no solamente da la existencia, da también al hombre la dignidad de actuar por sí mismo, y de cooperar así a la realización de su designio”, enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica* (306).

Porque, para admiración del lector no avisado, “la creación tiene su bondad y perfección propias, pero no salió plenamente acabada de las manos del Creador”, como asegura el *Catecismo* (302). ¿Cómo pudo crear el Ser Perfecto algo imperfecto? Los teólogos se enredan con las palabras para sacar a flote una doctrina a todas luces incongruente con la divinidad que predicán. Así, a renglón seguido, definen como Divina Providencia “las disposiciones por las que Dios conduce la obra de su creación hacia esta perfección”. Evidentemente, ni el más tradicional de los teólogos puede aceptar que el Creador hizo un mundo “perfecto”, ni física ni moralmente. La única salida al absurdo es que lo creado ‘tiende’ a su perfección, que aún está inacabada. ¿Hasta cuándo? Cuando, al final de los tiempos, premie o castigue a todos los humanos ¿qué hará con el ‘resto’ de la creación? ¿Dónde irán a parar galaxias, soles y planetas? Algo tan demencial como toda la mitología sagrada.

La pregunta que más agobia al teólogo, como es natural, es la de la existencia de tales imperfecciones. ¿Por qué existe el mal? (*Catecismo*, 309). Como le desborda el problema, el teólogo responde sin empacho: “No se puede dar una respuesta simple”. Si la Providencia divina pretende el bien de sus criaturas, seguimos preguntando: ¿por qué consiente tantas maldades? Si es Dios quien todo lo hizo, ¿también es autor del mal? La única respuesta posible desde la teología está en la libertad de la criatura, que puede hacer el mal, porque Dios lo permite, según doctrina de san Agustín y santo Tomás, recogida en el *Catecismo* (311). La doctrina se aplica también a los ‘imaginados’ seres angélicos: “Los ángeles y los hombres, criaturas inteligentes y libres, deben caminar hacia su destino último por elección libre”, ya que Dios, “en su Providencia todopoderosa, puede sacar un bien del mal causado por sus criaturas”. El cómo es un misterio, que sólo se desvelará el día del Juicio final, cuando veamos a Dios “cara a cara”, como dijo Pablo de Tarso. ¿Cómo será la cara de Dios, si no es antropomórfico?

¿Cómo será mi cara ‘descarnada’? ¿Con qué ojos veré la ‘invisible’ e ‘inefable’ divinidad?
¡Cuánto alimento indigesto ha de tragarse el ingenuo creyente!

Otras consecuencias de ese atributo providente del Dios cristiano son las sociales, ya que el orden social está confiado a la custodia de los ángeles (j) (Dt 4:19), que ni Satán podrá controlar, ya que la Divina Providencia “con fuerza y dulzura dirige la historia del hombre y del mundo” (*Catecismo*, 395). ¿En qué mundo vivirán estos ilusos hijos de la Iglesia Católica? Para mayor escarnio, el mismo libro añade que “los gobernantes deben comportarse como ministros de la Providencia Divina” (1884), que “la actitud cristiana justa consiste en entregarse con confianza en las manos de la Providencia” (2115) y que “la propiedad de un bien hace de su dueño un administrador de la Providencia” (2404). ¡Cuánta necedad en tan pocas palabras! Ese mundo soñado ni existe ni podrá existir, mientras persista la condición humana, tan miserable como engañada por ese mismo supuesto Dios, Creador y Providente.

Esta imagen simbólica de la Divinidad era necesaria, de una parte, para remitir a una instancia superior todos los sucesos, buenos o malos, que afectan al diario transcurrir de la vida humana; y de otra, para tranquilizar la conciencia del hombre pecador. La idea de un Dios providente otorga, por tanto, consuelo en la adversidad y esperanza en la restauración del bien perdido. Pero en ninguna página sagrada se explica cómo es posible que la acción providencial sea compatible con la libertad y la responsabilidad del hombre, ni mucho menos con el mal y el dolor que le acechan en cualquier recodo de la vida. El *Catecismo* es papel mojado. Aún más, si hemos de atender a las palabras de un devoto amante de Jesús, el Cristo, el ‘auténtico’ judío de Galilea: “O se echan al fuego los Evangelios o se echa al fuego el nuevo catecismo. Ni siquiera un creyente convencido puede afirmar sin más que el actual Catecismo católico habría sido firmado por Jesús de Nazaret” (Juan Leita, *Autopsia del Nuevo Catecismo Católico. La Iglesia contra el Evangelio*, Martínez Roca, 1993).

Pese a todo, es tal la necesidad del mito providencial para la indefensión del pobre ser humano que esta ingenua imagen ancestral ha resistido todos los embates de la lógica y de la continuada propia experiencia, aflorando siempre en los momentos de mayor desamparo. La ayuda providencial es el último recurso de quien, a la postre, se siente absolutamente inerme ante la precariedad de su naturaleza. Sin embargo, lo que ven cotidianamente nuestros ojos es precisamente lo contrario de una amorosa providencia divina: clamar a Dios es clamar en el desierto. La única respuesta a la petición de ayuda, para nosotros o para nuestros prójimos, es el silencio o la ‘ilusión’ de una esperanzada contestación. La esperanza religiosa es flor de un momento, que se cultiva en el fondo de la mente, aun a sabiendas de su efímera fragancia.

La conciencia libre y sensata se da cuenta muy pronto de la terrible contradicción: ¿Cómo va a liberarme del mal ese mismo Dios a quien atribuyo también la creación del mal? La idea cristiana de Providencia como atributo de un Dios que interviene en los más nimios detalles de la existencia, incluidos los dolorosos y sangrientos, es de tal crueldad que resulta incompatible

con los demás atributos de Bondad, Justicia y Misericordia que se predicán de Él con absoluta falta de lógica. Únicamente se puede aceptar el carácter mítico (irreal) de tal Providencia, sin existencia más real que la del Dios-Creador, imágenes ambas producidas en la mente humana por la angustia existencial en que nos encontramos sumergidos desde que alcanzamos el pleno uso de nuestro raciocinio crítico. Ignoro la razón por la que la palabra ‘Providencia’ no está recogida en el libro colectivo *Conceptos fundamentales del cristianismo*.

DIOS JUEZ. Al tener conciencia de la existencia del mal en sus deseos subconscientes y en las relaciones tribales o sociales, el homínido transformado ya en hombre consciente tuvo también necesidad del símbolo Dios-juez, que recompensa y castiga, a fin de restaurar el sentimiento original de justicia, que separa a los humanos del reino animal. Como pronto se hizo evidente, no era posible conseguir plenamente la justicia en este mundo, por lo que el hombre hubo de soñar con otro, en el que cada uno recibiera el pago a su conducta en los pocos años de su vida en el planeta Tierra. Así, el miedo al castigo o la esperanza de la recompensa se convirtieron en el fundamento de la ética. Esta doctrina exige, por supuesto, la existencia de un Ser justiciero, a quien se encomienda la Justicia en una vida ultraterrena, con el atributo de Juez, estrictamente justo en sus decisiones, pero inclinado también a la benevolencia para con sus frágiles y atribuladas criaturas.

Sin embargo, el pueblo judío, obcecado por una soberbia colectiva, alimentada desde Abraham por profetas visionarios, se imaginó a su mítico Yahvéh como un Dios violento y colérico, cuya justicia, meramente terrenal, consistía en destruir sin misericordia a los enemigos del pueblo elegido y en exigir la adoración y obediencia plena a su Omnipotencia. Pero el dios del Antiguo Testamento, como hemos visto, es un Ser Sabio y Todopoderoso que comete errores, que se arrepiente de sus obras, que experimenta celos o envidia, que destruye lo mismo a justos que a pecadores, que no conoce más justicia que la que va acompañada de la venganza, y que no pocas veces deja incumplidas sus promesas. No se comprende cómo, siglo tras siglo, se le sigue invocando por grandes masas de la población (judíos y musulmanes, que rechazan la figura amable de Jesús) como al Dios de la Venganza, de la estricta Justicia, y al mismo tiempo, de la Bondad y de la Misericordia.

Se da por supuesto que, para que exista esta justicia extraterrena, ha de admitirse una nueva vida inmortal, tras la resurrección de los muertos. Esta idea, de origen no judío, negada en el Eclesiastés, presupone también que la justicia *post-mortem* ha de ser individualizada, a cada uno de los mortales, como había sido afirmada por Zaratustra y divulgada por los pitagóricos en el mundo heleno anterior a Cristo. Del Yahvéh-Juez solamente habla el salmista, pero en unos versículos poco explícitos, en los que ve a Dios “sentándote en tu trono, cual juez justo” (Sal 9:5) para juzgar a un pueblo, no a un individuo: “Él juzga al orbe con justicia/ a los pueblos con rectitud sentencia” (Sal 9:8-8). Pero los profetas no basaron sus exigencias morales en ninguna

promesa de recompensas ultraterrenas. Incluso, los saduceos no creían en ninguna vida futura ni, mucho menos, en la resurrección de los muertos.

Para el Nuevo Testamento, la justicia absoluta no se conseguirá hasta la inimaginable audiencia pública del Juicio Final, magníficamente simbolizado en la parábola de la cizaña (Mt.13:40-43), donde Cristo aparece como juez (Mt. 25:31-36), tal como se encargan de predicar los apóstoles (Act.10:42). La doctrina cristiana sobre la figura del Dios-Juez se basa en el *Apocalipsis de Juan*, “un producto netamente literario y artificial”, de fines el siglo I d.C., como subraya el catedrático Antonio Piñero, cuyas profecías no se cumplieron. Dice del autor que no puede ser el apóstol Juan, porque murió 50 años antes, ni el evangelista Juan, porque su estilo es muy diferente, al explicar la génesis de su obra, debida a un éxtasis” (1:10). En otras muchas ocasiones confiesa abiertamente que lo que narra son ‘visiones’. (Precisamente, *Apocalipsis* es una palabra griega, que significa revelación). El ‘vidente’ escribe, según dice, por ‘mandato divino’, inspirado por el Espíritu Santo. Desde luego, en todo el *Apocalipsis de Juan* impera la más desbocada fantasía, que ha atraído durante siglos a grandes artistas. Su argumento principal es la batalla entre el Cordero (Jesús) y la Serpiente (Satán), que, como era de esperar, culmina con la victoria del primero, el cual terminará haciendo justicia a todos los mortales. Esta es la base del dogma de la *salvación*, consolador pero incompatible con la razón.

Yahvéh, que renuncia a su derecho como juez de sus criaturas, a favor de su muy amado Hijo Jesús, el Cristo de Judea (Jn 5:22) le entrega el ‘Libro de los siete sellos’ que contiene el destino final del mundo, es decir, el reinado eterno del Hijo, después de innumerables calamidades anunciadas por las trompetas del Juicio Final. Es el momento glorioso del triunfo, espléndidamente pintado por Miguel Ángel en la Capilla Sixtina de Roma, con la resurrección de los muertos, la glorificación de los creyentes y el castigo para los infieles en el “lago de fuego y azufre” (Ap 20:11-15). Doctrina similar a la predicada por Pablo años antes (Rom 8:19) y por el evangelista Juan: “El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha entregado al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre, y le ha dado poder para juzgar porque es Hijo del Hombre” (Jn 5:22-27). El *Catecismo de la Iglesia Católica* lo resume con estas palabras: “El pleno derecho de juzgar definitivamente las obras y los corazones de los hombres pertenece a Cristo, como Redentor del mundo” (679). ¿Sabrán estos ‘santos padres’ del siglo XXI que el corazón es un simple músculo, sin responsabilidad? ¿Acaso se refieren al alma, de cuya existencia ha de creerse por un ciego acto de fe?

Aunque lo parezca, este libro carece de originalidad, ya que está compuesto “a base de textos escritos anteriores” (Antonio Piñero, *Guía para entender el Nuevo Testamento*, Trotta, 2007) y se refiere sólo a la justicia espiritual, personal e intransferible, a la que debe enfrentarse cada persona, por el mero hecho de haber nacido, haya conocido o no, la ‘doctrina de salvación’. Esta es una de las grandes innovaciones del Nuevo Testamento, que da la espalda al Antiguo, con la ‘alianza’ divina en beneficio del ‘pueblo elegido’. Ahora es Jesús quien toma el

relevo y enmienda la plana a su Padre, una vez obtenido el poder de juzgar ‘a vivos y muertos’. En la visión apocalíptica ya ha desaparecido Yahvéh: “Vi, dice, sobre la nube sentado uno como Hijo de hombre, que llevaba en la cabeza una corona de oro y en la mano una hoz afilada” (Ap 14.14). Ya el Hijo ha sustituido al Padre. Se sienta en su trono, cubre su cabeza con la corona, símbolo de soberanía, y enarbola la hoz, símbolo de poder para juzgar y segar la vida de eterna felicidad a quienes no se presenten como suyos, y no estén inscritos en el libro de la Vida. Un estudioso de la religiones ha dejado escrito que, contra todo sentimiento de piedad mal entendida, “la justicia social no significó gran cosa para Jesús o para Pablo” (W. Kaufmann, *Crítica de la Religión y de la Filosofía*, FCE, 1983). Es lo que cuantos artistas interpretaron la visión apocalíptica, sobre todo en el medievo, mostraron gráficamente al pueblo iletrado en paredes, tímpanos y vidrieras de iglesias y catedrales. Me basta con recordar, además de las ya citadas, a las esculturas y relieves de la puerta sur de la abadía benedictina de Moissac (siglo XIII) en la ‘cristianísima’ Francia.

Es asombroso comprobar cómo los mismos ‘visionarios’ que construyeron el andamiaje bíblico, presentando a un Dios único de extrema crueldad, incitador del asesinato (mejor sería decir genocidio) de pueblos enteros, después lo presentan como Juez inapelable de sus pobres criaturas, sin voluntad suficiente para negarse a sus malas inclinaciones, por otra parte, causadas por ese mismo Creador. ¿Cómo puede ser ‘juez’ un criminal? ¿Con qué autoridad puede ordenar “no matarás” en el quinto mandamiento, el mismo Dios que ordena la aniquilación de todos los enemigos de Israel? No lo entiendo, a no ser que, como ya hemos visto repetidamente, esas imágenes de la divinidad carezcan de realidad ontológica, y sean meros símbolos de unos atributos criminales muy humanos. El simbolismo mítico sigue funcionando hasta nuestros días como la última esperanza del fiel creyente, ayudándole a soportar con entereza las injusticias de la vida presente. Esperanza que contribuye, no menos, a la convivencia social, sin las cuales hace mucho tiempo hubiera desaparecido la raza humana. La creencia en un Dios de justicia, en gran medida, ha hecho posible la evolución de la Humanidad. Pero, al ser todo lo dicho puro simbolismo mítico, el hombre no ha de olvidar que el único juez de sus actos es su propia conciencia.

DIOS PADRE. Aunque el profeta Isaías llama al futuro Mesías “Padre Eterno” (Is.9:6) y Malaquías está convencido de la existencia de un Padre común (Mal. 2-10), lo cierto es que la paternidad divina no es manifestada públicamente hasta la predicación de Jesús, el cual se dirige a sus discípulos proclamando en el momento de la ascensión a los cielos: “Subo a mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios” (Jn. 20:17). Aunque esta frase fuese una interpolación posterior, no cabe duda de que el simbolismo fue asumido plenamente por la doctrina cristiana, sobre todo, en la plegaria del *Padre nuestro*, recogida por los evangelistas Lucas y Mateo, que hacen decir al *Catecismo de la Iglesia Católica* algo tan falaz como que “El Padre que nos da la vida no puede dejar de darnos el alimento necesario para ella” (2833). ¿Estará pensando el autor

en los miles de niños que mueren de hambre cada día? “Abandonarse en manos de Dios Padre , dice en otro capítulo, libera al hombre de la inquietud por el mañana” (2547). ¿Por qué, entonces, del Papa abajo, toda la jerarquía católica vive tan preocupada por los ingresos que les han de permitir una vida económica sin tropiezos? ¿No es una superchería seguir hablando del “amor del Padre”? ¿Quién es el ‘Padre’, Yahvéh o Jesús, que clama pidiendo su ayuda en la cruz, y que, como se ha dicho, siempre habla de ‘mi’ Padre y ‘mi’ Dios?

Jesús de Nazaret (o quienquiera que fuese el escriba interpolador) pide a los suyos un ‘abandono’ filial en manos del ‘Padre’ celestial, que (en teoría) cuida de las más pequeñas necesidades de sus hijos. Son conocidas y repetidas sin cesar las enseñanzas que recoge Mateo: “No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis... Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?...Observad los lirios del campo, cómo crecen: no se fatigan, ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?.... Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura” (Mt 6-31-33). Frases conmovedoras, desde luego, pero que resulta difícil cargarlas al haber de Jesús, que no podía desconocer la vida licenciosa y nada modélica de Salomón, a quien pone como ejemplo, ni la realidad de tanta miseria como acompaña al ser humano, incluidos los hombres de fe.

Esta ‘cara’ simbólica del mito divino es, con toda evidencia, analógica invención del evangelista, que presentó así la doctrina liberadora de Jesús en un marco antropológico y sentimental, propicio para la religiosidad popular. Al imaginarse las facciones del Padre, cualquier cristiano, de ayer o de hoy, traslada en grado superlativo al Dios-creador los mismos sentimientos paternos que son propios de su naturaleza animal. Dios-Padre me ama, me necesita, quiere mi felicidad, se desvive por hacerme bien. Es la simbología sentimental del mito, ya totalmente ‘humanizado’ y preparado para la aparición del dogma de la Trinidad, o mejor dicho, para la filiación divina en la persona del Jesús histórico, primero, y en todos los nacidos de mujer, después de la redención. El hombre y la mujer, como el mismísimo Jesús, son ‘hijos de Dios’. ¿Todos? ¿Los fetos no nacidos también? ¿Los criminales que lo rechazan sin paliativos? ¿Los enfermos mentales que nunca han llegado al uso de la razón?

Esta faceta del mito no puede ser más trágicamente falsa, jugando con los más íntimos sentimientos del ser humano. Porque esta ‘cara’ mítica supone que Dios no es el Ser Absoluto imaginado, sino un Dios menesteroso, necesitado de recibir algo externo, aunque ese algo sea tan maravilloso como el amor de sus hijos. De la misma manera, es incongruente que el Dios-Padre, infinitamente Poderoso y Amante, pueda ‘perder’ el reconocimiento, el amor o la gratitud de la más pequeña de sus criaturas. El comportamiento de Dios en el Antiguo Testamento no es precisamente el de un amoroso Padre que ama, cuida y defiende a ‘todos’ los hombres, sino el

de un 'líder' carente de escrúpulos que no duda en destruir a todos cuantos se opongan a sus divinos designios con respecto al pueblo de Israel. Tampoco el Dios del Nuevo Testamento se prodiga en actos verdaderamente paternales, cuando mantiene a sus hijos en la ignorancia, la pobreza, la desesperación y el dolor en esta vida, amenazándoles, para mayor escarnio, con una eternidad de calamidades en la otra, si se desvían de sus mandamientos. Ningún padre terrenal haría lo mismo con un hijo de sus entrañas, por muy criminal que fuese.

Despreciando las sutilezas filosóficas lo mismo que las sensatas deducciones del sentido común, el cristianismo nunca ha renunciado a la creencia de que Dios es a un tiempo el Creador del Bien, 'permisivo' con el Mal, dueño absoluto de sus criaturas, pero 'respetuoso' con su libertad, en cuyas manos amorosas de Padre está el destino feliz o desgraciado de sus hijos, el que dicta las leyes naturales, pero a cada momento las suspende para causar 'admiración' a los suyos con milagros incomprensibles. Una incongruencia tras otra. Pero los creyentes fanáticos no hacen caso de incoherencias. Aunque la lógica salte por los aires. Les basta con soñar el futuro. Al morir alguien querido, afirman con firme convicción: "Se ha ido a la Casa del Padre".

Nada puede sustituir al sentimiento consolador producido en la conciencia de quien, en momentos de angustia, eleva los ojos al cielo y se dirige confiado a ese Padre invisible de quien espera todos los bienes. Sabe que nunca le contestará, que su plegaria se perderá en el infinito, pero nadie podrá quitarle el consuelo de sentirse hijo de un Ser Todopoderoso que, según le han enseñado, le ama y está dispuesto a sacarle del atolladero. Estoy hablando por propia y amarga experiencia. Desde ella abrazo y envío un sentido mensaje de cariño y comprensión a los millones de cristianos sinceros que creen y aman tiernamente al Dios-Padre (del pueblo judío, cuya paternidad fue posteriormente ampliada a toda la Humanidad), como el mito sentimental por excelencia, propagado sin cesar por los apóstoles del sentimentalismo.

Mito que funciona medianamente bien en la imaginación de quienes disfrutan, en mayor o menor grado, de los beneficios de una sociedad opulenta. Pero que resulta un escarnio para los marginados, los enfermos incurables, los hambrientos de pan o los sedientos de justicia, que nunca llegan a sentir la cercanía cariñosa del Padre. Hoy día resulta imposible sustraerse a las imágenes de sufrimiento, soledad, atraso cultural y cívico, de tantos millones de seres humanos que ni conocen, ni conocerán en su corta vida, más padre que el carnal, que en tantas ocasiones ni se ocupa de ellos. ¿Cómo van a creer en un Padre 'invisible', que ni les da de comer ni les acaricia? ¿Qué cotempla indiferente cómo los huracanes, terremotos o inundaciones les privan de sus pobres pertenencias, de sus amigos y familiares, incluso de la propia vida?

DIOS HIJO. Según el dogma cristiano, Dios-Padre, irritado contra Adán y sus descendientes, que han recibido el estigma del pecado original, solamente puede reconciliarse con el hombre mediante un sacrificio sangriento. En consecuencia, Dios mismo, en la persona de su Hijo, desciende al planeta Tierra, después de muchos miles de años de evolución humana, para ofrecerse a sí mismo en holocausto redentor. El dogma afirma que, a consecuencia de la

muerte infligida injustamente al Hijo, una gracia superabundante quedaría a disposición de la Iglesia jerárquica, a fin de repartirla entre los fieles mediante las ceremonias del culto. Tal doctrina señala a Jesús de Nazaret, un judío nacido hace dos mil años, como el “Hijo y enviado de Dios Padre, que muere por el pecado del mundo”. Tal afirmación, raíz de toda la dogmática cristiana, analizada en miles de libros durante los veinte últimos siglos, obliga a un estudio crítico en profundidad sobre la figura de Jesús como hombre y como supuesto miembro de la Trinidad divina, misterio incomprensible, admitido sin réplica por los cristianos. Pero rechazado de forma contundente por los judíos, que siguen esperando al ‘auténtico’ Mesías, y por los musulmanes, según consta al final del *Corán*: “Dios es uno. Es Dios a quien todos los seres se dirigen en sus corazones. No ha engendrado a ningún hijo ni ha podido ser engendrado. No tiene igual”.

La doctrina católica sobre este delicado tema quedó fijada en el Concilio de Nicea (año 325), donde se redactó el comienzo del *Credo* (casi trescientos años después de la muerte del Nazareno), la profesión de fe asumida y confesada desde entonces por la Iglesia: “Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, y en un solo Señor, Jesucristo...verdadero Dios, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre”. Esta fue la suprema decisión del emperador Constantino, que había convocado el Concilio, y que lo presidió en su propia residencia de verano, para dirimir de una vez por todas las diferencias teológicas que obstaculizaban la unidad del Imperio. Y consta que el emperador no estaba, ni siquiera, bautizado...Pero algo falla. Si el Hijo es ‘consustancial’ al Padre, debe tener necesariamente todos y los mismos atributos esenciales de la naturaleza divina, incluidas la omnisciencia y la sabiduría infinita. Además, la eternidad de su esencia le impide aceptar y protagonizar la farsa de su propia muerte. ¿Dejaría de ser ‘dios’ en las horas que corren entre su muerte y su resurrección? El Hijo sería, en todo caso, una víctima propiciatoria (el ‘cordero’ del sacrificio cristiano) para el éxito de los planes del Padre, no para la salvación de la humanidad.

Hasta veinticuatro veces se encuentra la expresión “Hijo de Dios” en los evangelios sinópticos, puesta en boca del Padre, de Satán, de los posesos, pero nunca en labios de Jesús mismo, que sólo se creía predestinado para reinstaurar en Israel el reino de Dios, ya inminente según todas las profecías. Como afirma sin dudar el catedrático Antonio Piñero, los títulos de *Hijo de Dios, Señor, Mesías / ungido*, “expresan la opinión y la interpretación que de la figura de Jesús hicieron sus seguidores tras las vivencias pascuales, no lo que pensaba Jesús de sí mismo” (*Orígenes del cristianismo*, El Almendro-Universidad Complutense, 1991). Jesús el Nazareno, hijo de un modestísimo carpintero, es el personaje histórico sobre el que más se ha escrito, siempre en tono respetuoso y admirativo por su predicación ética, pero con posturas diametralmente opuestas sobre su pretendida filiación divina y como Cristo-Redentor del linaje humano. Frente a la constante apologética de la Iglesia, siempre se alzaron voces críticas contra la veracidad de los evangelios o sobre la manipulación posterior de sus palabras e intenciones,

hoy actualizadas en obras como las de Gonzalo Puente Ojea (*El Evangelio de Marcos. Del Cristo de la fe al Jesús de la historia*, Siglo XXI, 1992).

Para una mente juiciosa, la historia de la Redención del género humano por el Dios-Hijo no es más que un disparatado relato, que toma como base la existencia trágica de un Jesús de Nazaret que, como líder político-religioso del pueblo de Israel, no tuvo más intención que liberar a su pueblo del yugo romano y regir sus destinos por los senderos marcados por la Ley y los Profetas, según expone ampliamente Robert Graves en su conocido libro *King Jesus* (1946). La transposición que realiza Pablo de Tarso del relato evangélico al plano cósmico y universal convierte al histórico Jesús de Nazaret en un mito con apenas dos mil años de antigüedad. El fanatismo de los teólogos y la sensibilidad artística de pintores y escultores, puesta al servicio de la Iglesia, han hecho lo demás, hasta conseguir grabar a fuego en la imaginación del pueblo sencillo la imagen mítica de un Dios humanizado que sufre y muere para propiciar la salvación eterna de los pobres y angustiados humanos.

Entre los millares de estudios sobre la vida y obra de Jesús de Nazaret, resulta tarea casi sobrehumana destacar alguno, sobre todo, porque es imposible leerlos todos, incluso para los teólogos consagrados a esta tarea inabarcable. Naturalmente, los hay a favor y en contra, muy pocos imparciales en estos veinte siglos de hermenéutica apologética. Entre los últimos publicados habrá que señalar, como mejor intencionados la *Última noticia de Jesús el Nazareno* (Destino, 2007) del teólogo catalán por la Universidad Gregoriana Luis Busquets, y *Jesús, aproximación histórica* (PPC, 2007) del teólogo vasco José Antonio Pagola, Director del Instituto de Teología y Pastoral de San Sebastián, los cuales se apartan bastante de la interpretación del Pontífice católico Benedicto XVI, en su libro *Jesús de Nazaret* (La Esfera de los Libros, 2007)

La teología sobre este ‘Hijo de Dios’ depende del dogma incomprensible de la Santísima Trinidad, que es una ‘experiencia de fe’ antes que un concepto teológico. Así lo afirma Joseph Vives, profesor de Dogmática en la Facultad de Teología de Cataluña: “La Trinidad es experimentada, creída y vivida antes de ser propiamente pensada y conceptualizada”. Añadiendo sin rubor que, “si Dios en su acción salvífica actúa trinitariamente, Dios es Trinidad” (*Conceptos fundamentales del cristianismo*, Trotta, 1993). No le importa al teólogo cristiano que esta ‘verdad’ intuita esté en contradicción con el monoteísmo doctrinal, ya que el ‘misterio’ solamente viene a confirmar que el único Dios “se comunica” con los hombres (de hoy, se entiende) a través de su Hijo y su Espíritu, que “pertenecen al ser de Dios”. Lo expresó Tomás de Aquino con palabras similares, que después sentaron cátedra: “El misterio de Cristo no se puede creer plenamente si no se cree en la Trinidad, porque en el misterio de Cristo se incluye que es el Hijo de Dios el que tomó carne y que es por la gracia del Espíritu Santo como se renueva el mundo” (*Suma Teológica*, II/II). “Dicho teológicamente, prosigue el doctor Vives, la

doctrina de la Trinidad surge de la necesidad de proteger la soteriología cristiana”, es decir, la misión de Jesús como Redentor y Salvador, que no lo podría ser sin formar parte de la Trinidad.

Esta ‘necesidad’ teológica es la que ha convertido al líder político Jesús de Nazaret en el mismísimo Hijo de Dios. El pobre Yahvéh ni siquiera sabía que tenía un ‘hijo’, con un futuro prometedor por delante. Lo dice el propio Vives: “El Dios del Antiguo Testamento todavía no se revela explícitamente como Dios trinitario; pero puede decirse que es el mismo Dios preparando su autorrevelación trinitaria”. ¡Qué sutilezas lingüísticas para explicar lo inexplicable! Cuando recuerdo al crucificado, con su cuerpo desnudo, en altares y retablos, presidiendo los actos litúrgicos de una fe ‘inventada’, no puedo dejar de sentir una inmensa conmiseración por mis hermanos que creen estar delante del segundo miembro de la Santísima Trinidad católica, capaz de crear al hombre razonante, y a la vez engañarle con tantas falsas leyendas. Creer en un Dios Hijo es un insulto a la inteligencia.

DIOS ESPIRITU SANTO. En la mayoría de los pasajes bíblicos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, el ‘espíritu de Dios’ es una fuerza operante que motiva a los humanos, en función santificadora. No hay un solo lugar en los sinópticos que designe de manera inequívoca al Espíritu Santo como persona de la Divinidad, a no ser en un texto tardío en que Jesús, ya resucitado, ordena a sus discípulos bautizar “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt. 28:19). Es la primera mención explícita del misterio de la Trinidad, usual en las religiones orientales (como en el hinduismo) y ausente de los textos sagrados judíos, donde sólo se menciona el “espíritu de Yahvéh” como fuerza actuante, idea que se recoge en el Nuevo Testamento como fuerza sobrenatural que ayuda a los creyentes, y que gobierna la comunidad por medio de los apóstoles en el primer cristianismo (Act 1:8; 13:2; 15:28; 20:28).

La efusión del Espíritu Santo en la primera Fiesta de Pentecostés (Act 1:8) fue la señal de que actuaba también como “fuerza santificante” (1 Cor 1:2) y como principio de vida eterna (Jn 3:5-8). El Espíritu Santo es, también, el “Espíritu de Cristo” para la cristología de Pablo (Rom 8:9). En las epístolas paulinas, el Espíritu Santo intercede por nosotros (Rom 8:26) y habita en los cristianos (1 Cor 3:16 y 14:25). Por el bautismo se recibe el Espíritu Santo, que convierte al nacido en miembro del ‘cuerpo’ místico de Cristo (1 Cor 12:13). Para los cristianos protestantes, la primera obra del Espíritu en el hombre es, según la doctrina de Juan, convencerle del pecado (Jn 16:8-11). Sin esta convicción, nadie puede sentir la necesidad de un ‘salvador’, pero este es un ‘don’ que se recibe por la fe (Jn 7:39) y que hay que pedir (Lc 11:13).

La imagen del Dios-Espíritu es claramente mítica, ya que, o bien es una simple redundancia, o una emanación energética de Dios. Si ya es impensable una ‘persona’ que sea solamente espíritu, mucho más lo es el concepto mismo de Espíritu Santo (o de Verdad, como dice Jesús), idéntico al Padre, y que ‘obedece’ las órdenes del Hijo. Todo es tan demencial que la Teología cristiana no encuentra más salida que el acatamiento por la fe. Pero es que, sea Uno o sea Trino, tampoco Dios puede ser un Espíritu (por muy ‘puro’ o ‘absoluto’ que se le

imagine), ya que, fuera del simbolismo, la existencia real de un espíritu incorpóreo es inconcebible, como afirma Bertrand Russell (*Religión y Ciencia*, FCE, 1951). Además del calificativo “Santo”, y del “Espíritu de Verdad” (Jn 16:13), se encuentran en Pablo otros apelativos: “Espíritu de la Promesa”, “Espíritu de adopción”, “Espíritu de Cristo”, “Espíritu del Señor”, “Espíritu de Dios”, simbolizado en ocasiones por el fuego, el agua, la nube, la luz, la paloma, que invade la mente y el corazón de algunos predestinados, como Juan el Bautista, “lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre” (Lc 1:15).

La misteriosa doctrina de la Santísima Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo) que se incluye entre los dogmas del Cristianismo desde el Concilio de Nicea, fue formulada por primera vez en el siglo III d.C. por Tertuliano, a quien se atribuye el *credo quia absurdum* (“creo porque es absurdo”) precisamente como defensa de lo indefendible, momento en el cual “la teología cristiana abandona definitivamente el terreno de la lógica y el sentido común”. como afirma taxativamente un escritor italiano, catedrático de Lógica en la Universidad de Turín (Piergiorgio Odifreddi, *Por qué no podemos ser cristianos, y menos aún católicos*, RBA, 2008). Siendo ambos el mismo Dios, resulta patente que el Espíritu ha sido minusvalorado en competencia con el Hijo, tanto en la bibliografía como en la práctica. Quizás por una razón muy humana: al Hijo se le puede ‘ver’, mientras que el Espíritu es invisible, y necesita ser simbolizado por una paloma, para que el creyente lo ‘visualice’.

Según dice el *Catecismo*, “el misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana” (234). La fe apostólica relativa al Espíritu fue reafirmada en el segundo Concilio ecuménico, reunido en Constantinopla en el año 381, al establecer que “creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre”. Posteriormente, en el de Toledo, año 638, la Iglesia católica reconoció al Padre como “la fuente y el origen de toda la divinidad”. Pero en el año 1438 el Concilio de Florencia se vio obligado a completar la fe, al sentenciar que: “El Espíritu Santo tiene su esencia y su ser a la vez del Padre y del Hijo, y procede eternamente tanto del Uno como del Otro, como de un solo Principio”. ¿En qué quedamos? ¿No es Dios eterno? Entonces, ¿cómo puede tener ‘principio’? Por otra parte, ¿cómo es posible que María conciba a su hijo ‘por obra del Espíritu Santo’? ¿Es Dios al mismo tiempo hijo y padre? Otra duda. Según citas repetidas de Pablo, Jesús resucitó por la acción del Espíritu (Rm 6:4; 2 Co 13:4; Flp 3:10; Ef 1:19-22 y Hb 7:16). ¿Cómo se puede entender, entonces, que Jesús dijera: “Doy mi vida para recobrarla de nuevo...Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo”? (Jn 10:17-18) ¿Tenía ese poder, o necesitaba la cooperación del Espíritu?

Sin acudir a la tesis del politeísmo, la doctrina trinitaria resulta para cualquiera, incluidos los teólogos, un misterio insondable, del que nadie puede dar cuenta minuciosa, porque es absolutamente ajeno al raciocinio del que todos los humanos nos debemos enorgullecer, ya que si la fe es un ‘don’ divino, mucho más y muy anterior lo es la razón, atributo específicamente humano, del que ningún ser vivo debe renegar como propio de su especie. De nuevo habrá que

acudir a la psicología para explicar, en lo que cabe, la ‘incursión’ de los espíritus, por muy santos que sean, en nuestra vida terrena.

Si la Trinidad es el misterio teológico por excelencia, la crucifixión de Jesús es el misterio cercano y emocional para los creyentes, que no entienden de sutilezas politeístas. Pero el Jesús clavado en la cruz es también un misterio inabarcable para las mentes sencillas, que sólo ven allí un hombre que sufre (aunque no haya sido el único ni el que más ha sufrido en la historia), pero que, según sus creencias, es también el Hijo de Dios. No saben -o no desean saber – que esta idea es también un *mito*. En pocas palabras lo explica Gonzalo Puente Ojea: “la fe fanática de unos pocos de sus seguidores comenzó la tarea de transformar radicalmente a un artesano galileo, ofuscado por las promesas del Reino, en el Hijo de Dios, consustancial y coeterno con el Padre, cuyo sacrificio redimiría un pecado original a fin de aplacar la cólera de un Dios vengativo e implacable. Esta absurda leyenda generó muy pronto una enigmática dogmática trinitaria que implicaba una doctrina sacrílega y blasfematoria del estricto monoteísmo bíblico, creando un abismo insondable entre Cristianismo y Judaísmo: el mito de Cristo” (*El mito de Cristo*, Siglo XXI, 2000).

El dios cristiano ya no se llama Yahvéh sino Jesús. El “arquitecto” de este mito, como lo califica Puente Ojea, fue un idumeo converso y circuncidado, que no conoció a Jesús, Pablo de Tarso, el “apóstol de los gentiles”, cuya muerte en Roma tuvo lugar treinta años después de la crucifixión de Jesús. En lengua española circuló hace un cuarto de siglo un libro, ya citado, escrito en francés en 1972 por el Gran Maestre de la Masonería Robert Ambelain, *El hombre que creó a Jesucristo. La vida secreta de san Pablo* (Martínez Roca, 1985), superado por los mejores argumentos del profesor Hyam Maccoby, cuya obra se encuentra traducida a varios idiomas menos el español (*The Mythmaker. Paul and the Invention of Christianity*, Harper, 1986). Pero, de momento, no es Pablo quien interesa, sino el Nazareno, transmutado por la predicación paulina, oral y escrita, en el Dios cristiano, Redentor y Salvador, no solamente del pueblo judío, sino de toda la humanidad, contaminada por la desdichada herencia bíblica del pecado original.

Quizás resulte desconocido para muchos que la cruz era un símbolo religioso para otras religiones anteriores, como la cruz de Anu, dios de la mitología babilónica, o la egipcia, símbolo de la Vida. Para los frigios (Turquía) el dios Atys era el ‘Hijo único de Dios’, el ‘Salvador’, representado como un hombre clavado en un árbol, teniendo un cordero a sus pies. Siglos después, cuando los misioneros católicos llegaron al Nuevo Mundo quedaron pasmados al encontrar entre los indígenas la cruz en la que había sido ejecutado Bacab, el ‘Hijo de Dios’, cuyas representaciones se pueden ver en varios códices de la Biblioteca Vaticana. Tampoco es muy conocido que durante el primer siglo de nuestra Era, los delincuentes que sufrían pena de cruz se contaban por millares en el Imperio Romano. Flavio Josefo, el historiador, señala que en

el año 70, mientras la ciudad de Jerusalén estaba sitiada por el general Tito, “faltaba espacio para las cruces, y cruces para los condenados”.

Esto quiere decir que la crucifixión de Jesús no tenía nada de extraordinario para los hombres y mujeres de aquella época. Era natural el dolor de su madre, sus amigos y apóstoles (supuestamente) presentes en el Calvario, pero la compasión de los demás no veía en aquel cuerpo cubierto de llagas y moribundo a ningún dios, Creador y Redentor, como sucedió posteriormente. Ni siquiera sus más directos discípulos que sólo vieron, hundidas sus esperanzas, a un hombre bueno fracasado en su empeño de ser el Mesías, el pastor tantas veces anunciado del pueblo ‘elegido’ en las horas finales de la historia humana. Todos abandonaron a Jesús y huyeron cuando lo arrestaron. El mismo Pedro negó conocerle tres veces seguidas. Sólo Juan, María y algunas mujeres le acompañaron en la agonía, según Mateo (Mt 25:26).

Tal como narran las sagradas Escrituras, todo cambia cuando se corre la voz de que Jesús ha resucitado. Primero las mujeres (la Magdalena, en primicia) y después las sucesivas ‘apariciones’ a los suyos, en el camino de Emaús (Lc 24:27-31) o en Galilea (Mt 28:16-20), los diferentes relatos posteriores (Mt 2:3-4) y sobre todo, la ‘ascensión’ o levitación hasta que “una nube le ocultó a sus ojos” (Hch 1:9-11) los afianzó en su fe, de tal forma que ya el ‘Maestro’ era visto realmente como el Hijo de Dios, encarnado, muerto y resucitado. Lo reverencian, quizás lo temen, sobrecogidos por el misterio, pero lo reconocen como a un Dios. No faltaron las discusiones teológicas entre los primeros cristianos sobre la manera de entender el mensaje del Maestro, ya que no dejó nada escrito y sólo se conservaban las tradiciones orales, que no anunciaban ninguna nueva religión. Como tampoco había dejado dicho nada sobre la salvación de los gentiles, que según la interpretación de Pablo cambiaría drásticamente la doctrina de Jesús, incidiendo sobre todo en predicar que era realmente Dios, y que había venido al mundo para lograr la ‘salvación de todos los hombres’. El final llegó con la ruptura entre Pedro y Pablo en Antioquia (Gál 2:11-14) omitida, a propósito, en los *Hechos de los Apóstoles*, que la Iglesia cristiana ha tratado de ocultar durante veinte siglos, colocándolos uno al lado del otro, en los retablos, pinturas, fiestas y preces litúrgicas.

Los siglos II y III son muy ‘animados’ teológicamente, porque en ellos se va desarrollando toda la dogmática cristiana, en primer lugar, la verdadera naturaleza de Jesús, el Cristo. Los agrupados en el *docetismo* pensaban que el cuerpo de Jesús era mera apariencia. Los *ebionitas*, que era un hombre de carne y hueso, adoptado o divinizado. Los *marcionitas* no tenían reparo en admitir que Yahvéh era un ser perverso, mientras que Jesús es la ‘proyección’ o ‘revelación’ de otro Dios, eterno como Yahvéh, pero bueno con las criaturas, a las que envía su Hijo/Salvador. Los *gnósticos*, que decían tener fe por una especial revelación divina, enseñan que la divinidad es única pero compleja, de la que ‘emana’ hacia fuera, un Hijo Salvador. Pero esta doctrina estaba destinada sólo a unos pocos, los ‘elegidos’ que pudieran entenderla, y se

subdivide en ramas distintas: El ‘gnosticismo carpocratense’, el ‘setita’, el ‘simoniano’ y el ‘valentiniano’. (Leonard George, *Enciclopedia de los herejes y las herejías*, Robin Book, 1998)

Durante cuatro siglos continuaron las discusiones sobre la divinidad de Jesús, porque no todos los cristianos la veían de igual modo. Ante la herejía de Arriano, en el siglo IV, el Concilio de Nicea (325) proclama a Jesucristo “Hijo de Dios, consustancial con el Padre”. Otra herejía, la de Nestorio, patriarca de Constantinopla, quien dudaba de que Jesucristo pudiese unir en una sola persona la naturaleza divina y la humana, se sustanció en el Concilio de Calcedonia (451) que dejó establecido que Jesús es “verdaderamente Dios y verdaderamente Hombre”, es decir, tenía dos naturalezas distintas en una sola persona. Como se ve, las disensiones sobre ‘verdades’ mal llamadas teológicas se resuelven en reuniones asamblearias, por votaciones mayoritarias, en los llamados Concilios, como si la verdad pudiera quedar establecida por mayoría de votos...a menos, como aseguran los creyentes, que fuese el mismísimo Espíritu Santo quien guiase la mano del votante, como en los cónclaves de elección papal ¡Siempre los espíritus dominando al pobre hombre, necesitado de ilusiones sobrenaturales!

Así como el Antiguo Testamento tenía la finalidad de recordar al pueblo hebreo que existía un Dios (Yahvéh) que había pactado con ellos una ‘alianza’ por la cual les prometía una vida eterna de felicidad si le reconocían y adoraban como el único dios, en el Nuevo Testamento, todos sus textos se encaminan a considerar que un judío del pueblo llano, sin reconocimientos académicos, políticos o religiosos, de nombre Jesús el Nazareno, era realmente el Hijo de Dios, el Mesías prometido por las Escrituras, el mismo Dios encarnado, ajusticiado como salvador y redentor de la humanidad (aunque al principio se pensaba sólo en el pueblo ‘elegido’) que prometía a los suyos otra vida de felicidad perpetua, después de ésta, llena de miserias. En una sociedad tan convulsa como la Palestina del siglo I, sometida al poder de Roma, encontrarse con el ‘auténtico’ Mesías, que los conduciría al Reino prometido, debió ser un acontecimiento tan emocionante como inesperado.(Gérard Bessière, *Jesús, el Dios inesperado*, Ediciones B, 1999). Podemos imaginar a las masas enfervorizadas de entonces, si vemos lo que ocurre hoy con los artistas y músicos de fama ¡que no necesitan hacer milagros!

Pero no todo es tan simple. Los cristianos aplican la palabra *mesías* a Jesús, como el *ungido*, que en griego se dice *cristo*, pero para los judíos son palabras sin sentido, ya que nunca lo han reconocido como el *mesías* bíblico, al que todavía están esperando. Cualquiera que se identifique como *mesías* debe reunir una serie de requisitos indispensables, que lo harán diferente de los demás en la doctrina judaica. Uno de estos requisitos era el de “ser rey de Israel, un auténtico rey de un reino davídico legítimo, reconocido por el Sumo Sacerdote legal (que también haya sido ungido con un óleo especial), con aprobación de todos los judíos, con el Sanedrín al frente”. Estas y otras afirmaciones del mayor interés se pueden encontrar en el libro de Milton Ash *Jesús, el falso mesías. La mentira de las profecías mesiánicas cumplidas por Jesús* (Vision Libros, 2007). Así, la tesis principal demuestra con numerosos pasajes bíblicos

que la mayoría de las profecías “fueron escritas después de que se produjese el acontecimiento que profetizan”. El dios cristiano, por tanto, como el resto de los dioses, es hijo de la imaginación humana, aunque ‘humanizado’ para darle emotividad a una idea falaz que pudiera conquistar el corazón de los más crédulos.

Como ha sucedido con otros tantos ‘dioses salvadores’. Porque, digámoslo claramente, la doctrina salvadora de Cristo es tan poco original como el propio “Salvador cristiano”. Como tantos otros, Salvador Freixedo resume las curiosas y extrañas coincidencias entre el Jesús Nazareno y varios predecesores que también eran considerados por los suyos ‘hijos’ de algún dios. (*Parapsicología y Religión*, Quintá, 1985). La fecha del nacimiento, 25 de diciembre, sabemos que es supuesta, la cual también se dice de Khrisna, Buda, Mitra, Horus, Osiris, Baco, Adonis y algunos más, por ser el día del solsticio de invierno. ¿Fue la fecha cristiana un plagio intencionado? Estos y otros ‘dioses’ nacieron de una madre virgen, fecundada por algún dios supremo. En el nacimiento, fueron ‘visitados’ por pastores o gentes humildes, pero también por sabios y reyes. El caso más notable es el de Mitra, el redentor persa, ‘mediador entre Dios y los hombres’, que fue adorado por unos magos que le ofrecieron oro, incienso y mirra. Todo esto mucho antes del nacimiento de Jesús. (Habría que añadir que la mejor escultura del dios Mitra, el ‘competidor’ del dios cristiano, se encuentra en el Museo Vaticano)

Las semejanzas, sin embargo, se acumulan al tratarse de Khrisna (nacido unos 1.500 años a.C.) y de Buda (650 a.C.). Los tres, aunque nacidos en circunstancias humildes, eran legendarios descendientes de reyes. La vida de los tres, en su primera infancia, fue amenazada por los poderosos y tuvieron que huir. Los tres fueron de inteligencia precoz, capaces de disputar con los doctores del templo en su temprana pubertad. Los tres apoyaron su predicación con numerosos milagros. Los tres, ante el pasmo de las presentes, ascendieron a los cielos una vez cumplida su misión. Los tres volverán al final de los tiempos para ‘juzgar a vivos y muertos’. Los tres son considerados en sus respectivas Escrituras Sagradas el “principio y fin de todas las cosas” (Cristo es “Alfa y Omega”). En su doctrina, los tres predicaban la renuncia al mundo y sus vanidades. En el caso de Buda, también, como Jesús, fue tentado por el demonio, fue bautizado con agua y reconocido por el Santo Espíritu, se ‘transfiguró’ en personaje resplandeciente en una montaña de Ceilán, recibió sobre sí los pecados del mundo, basó su doctrina en el amor a todos los semejantes y el eje central de su predicación fue “establecer un Reino de los cielos”. (¿Cuántos cristianos conocen estas verdades históricas?).

En el caso de Khrisna, tuvo también un precursor llamado Rama, murió crucificado, fue atravesado por una flecha, y en ese momento “el sol se oscureció a mediodía y el cielo llovió fuego y cenizas”, después de su muerte descendió a los infiernos, resucitó de su tumba, y en su predicación, como dios, ‘perdonaba los pecados’. Son demasiadas coincidencias para que nos preguntemos por la ‘realidad mesiánica y divina’ de Jesús, cientos de años después de estos dos ‘precursores’. ¿No será todo una pura ‘invención’ plagada de lo sucedido con estos hombres

extraordinarios, venerados en el hinduismo como dioses? Todos ellos, no obstante, son deudores de un mito muy anterior, el de Osiris, el dios-hombre de los misterios egipcios. “Al igual que Osiris-Dioniso, Jesucristo también es Dios encarnado y Dios de la resurrección. También promete a sus seguidores el renacimiento espiritual si participan en su divina pasión” (Timothy Freke y Peter Gandy, *Los misterios de Jesús*, Grijalbo, 2000). Esta afirmación está rematada por otra igualmente clara: “El cristianismo, como los misterios de Jesús, nació y se extendió por el mundo antiguo exactamente de la misma manera que antes hicieran los misterios de Mitra, los misterios de Dioniso, los de Atis, los de Serapis y los de los demás dioses-hombres místéricos que mueren y resucitan”.

El nombre que más debemos recordar, sin embargo, es el de Apolonio de Tiana, un turco de vida intachable, filósofo pitagórico, gran viajero y predicador, cuyas curaciones tenidas por milagrosas rivalizaban con las de Jesús, su estricto contemporáneo. La anécdota que le disparó a la fama fue, según lo cuenta Porfirio en su *Vida de Pitágoras*, que tras ser detenido, acudió a las plantas del emperador y después de pronunciar un discurso en su defensa, *desapareció* de su presencia, en un acto sorprendente de magia. Los papiros sobre su vida y sus hechos fueron destruidos por los seguidores de Cristo, pero se salvó de la quema *La vida de Apollonius de Tyana*, escrita por Flavio Filóstrato a comienzos del siglo III d.C. En ella, no solamente no se hace mención a la posible existencia de Jesús, o del cristianismo, sino que se presenta a Apolonio como “el maestro más grande aclamado en este primer siglo, reverenciado de un extremo a otro del Imperio”. Aunque la Iglesia católica haya tenido tanto empeño en ocultarlo, lo cierto es que “ningún otro libro ha levantado tanta pasión y debate durante tanto tiempo...hasta nuestros días”: un autor considera a Apolonio “el director espiritual de aquel primer siglo” (Xavier Musquera, *El triunfo del paganismo*, Espejo de Tinta, 2007). El dios cristiano, por consiguiente, ni es el primero ni es único, ni original. Es un *mito*, como los demás, debidamente aderezado por los evangelistas que, muchos años después de su muerte, dejaron por escrito lo que oyeron, lo que supusieron, lo que encajaba con la doctrina que se intentaba difundir. Lo demás, acaso inconscientemente, lo hicieron los traductores.

Ningún dios puede anidar en la conciencia de los creyentes sin el apoyo de unas Escrituras sagradas. Pasó con Yahvéh y pasó con el dios cristiano. Sin los textos del Nuevo Testamento, Jesús de Nazaret no hubiera sobrevivido en la conciencia colectiva como Hijo de Dios y Redentor del género humano. La memoria es frágil y ningún individuo ni suceso, por grande que sea, puede remontar el abismo del olvido sin la constancia escrita, aunque sea en tablillas de barro o en rollos de papiro, los primeros ‘soportes’ gráficos, antes de la invención del papel. (El escrito más antiguo que se conoce, en tablillas de barro y escritura cuneiforme, data del siglo XXXV a.C. en Mesopotamia. Los pueblos sumerios y acadios, al correr de los siglos, ‘inventaron’ a Nabu, el ‘dios de la escritura’, cuya efigie se conserva en el Museo Británico, mientras que las excavaciones arqueológicas han descubierto en aquella región de

Níve la primera gran biblioteca –siempre en tablillas de arcilla– perteneciente al rey Asurbanipal, del siglo VII a.C.). Nunca estaremos bastante agradecidos a esos humanos ingeniosos, pero anónimos, que inventaron la escritura, y los sucesivos sistemas de soporte, básicos para la historia de nuestra especie, la única que disfruta del privilegio de la comunicación, sin la cual no hay ni humanidad, ni cultura, ni progreso. Ni dioses que lo bendigan.

La historia del nacimiento del cristianismo es la historia de un movimiento religioso que se promueve dentro del judaísmo, porque, como dice Antonio Piñero, “el Nuevo Testamento es heredero de ideas que vienen directamente del Antiguo Testamento” (*Guía para entender el Nuevo Testamento*, Trotta, 2006). “No representa aún plenamente la ortodoxia de la Gran Iglesia”, dice Piñero, en referencia a la ‘secta’ mayoritaria que “se va formando poco a poco y tardaría siglos en imponerse”. Sus autores fueron todos judíos del siglo primero, de la segunda generación de discípulos de Cristo, y por tanto, estos textos pertenecen de pleno derecho a la literatura judía. Pero, curiosamente, se escribieron en griego, por lo que también pertenecen a la literatura griega. Como Jesús no dejó nada escrito, el primer texto cristiano es la primera carta de Pablo a los tesalonicenses, que se escribió en el año 51 d.C., y el primer *evangelio* fue el de Marcos, fechado entre el año 70 y el 71 d.C. Por tanto, los primeros textos de los cristianos fueron *cartas*, escritas en papiros, de las que sólo se conservan copias. Hasta el siglo III d.C. no se sustituyó el rollo de papiro por el códice, en forma de libro.

La importancia cultural del Nuevo Testamento (recordemos: “Nueva Alianza”) no es discutible, tanto en tiempos pasados como en la actualidad, en que se venden quince millones de ejemplares cada año. Son en total 27 ‘obras’ de hace casi dos mil años, redactadas por personas muy ajenas al mundo de hoy, pero cuya influencia ha sido para Occidente, al menos, de una trascendencia evidente. Los *evangelios* se conservan en unos 2.400 manuscritos, las *epístolas* en 660, las *cartas* de Pablo en 880 y los *Apocalipsis* en 300, no siempre coincidentes entre sí. Antonio Piñero contabiliza medio millón de ‘variantes’ en los diferentes textos, de las cuales unas 200.000 afectan al sentido de lo escrito, porque “existía cierta libertad entre los copistas para alterar el texto, según sus convicciones”. (Menos del 3% de los textos procede de los cinco primeros siglos de la Iglesia; la mayoría se escribieron en la Alta Edad Media). El embrollo es de tal categoría que Piñero no duda en afirmar que “Sobre esta cuestión de qué texto es el auténtico no se ha definido nunca la Iglesia y probablemente no se definirá jamás”. Hasta 1514 no se editó una versión compulsada y correcta, en varios idiomas, por primera vez en griego, en Alcalá de Henares (España), conocida como la *Biblia Políglota Complutense*. El texto actual del Nuevo Testamento es ‘fiable’ en un 95%, gracias al Instituto, radicado en la ciudad alemana de Münster, para el estudio y reconstrucción científica de los textos bíblicos.

Pero, como se sabe, no todos los textos alcanzaron la ‘bendición’ eclesiástica de la ‘Gran Iglesia’. Los ‘no benditos’ fueron sellados con el marchamo injurioso de textos *apócrifos*

(“oculto, secreto”). A finales del siglo I d.C. la ‘Gran Iglesia’ depuró el Antiguo Testamento de algunos textos que no se consideraron ‘sagrados’ porque no ‘encajaban’ con los demás aprobados. Así, desaparecieron del ‘canon’ los *Salmos de Salomón*, la *Oración de Manasés*, la *Plegaria de José*, la *Vida de Adán y Eva*, la *Vida de los profetas*, el *Martirio de Isaías*, varios *Apocalipsis*, los *Oráculos sibilinos* y los *Testamentos de Adán y de Moisés*. Respecto al Nuevo Testamento, la mayoría de los textos ‘rechazados’ se escribieron entre los siglos II y IV a.C., cuando ya estaba casi formado el ‘canon’ de los ‘aceptados’ como verídicos (y válidos). Pero este rechazo, fuese por motivos doctrinales o legendarios, no ha impedido que muchas de estas secuencias apócrifas hayan dado vida a obras de arte, a tradiciones populares, incluso hayan sido admitidas en la liturgia y la piedad cristianas. Respecto a los *evangelios* Piñero nos hace ver que “los cuatro evangelios canónicos no son más que una pequeña muestra de la literatura evangélica” (Antonio Piñero, *La Biblia rechazada por la Iglesia*, Esquilo, 2008). Los no canónicos se continuaron leyendo, a pesar de su prohibición en el siglo II d.C. por la ‘Gran Iglesia’, que los intentó destruir, sin conseguirlo del todo, ya que fueron conservados, fragmentariamente al menos, los referidos a la natividad e infancia de Jesús, los de su pasión y resurrección y otros, como el “evangelio de los nazarenos”, que se conocen por citas de autores posteriores.

Sin duda, los más importantes se descubrieron en 1945, por dos pastores egipcios en las cercanías de Nag Hammadi (Alto Egipto), con trece códices en papiro, escritos en lengua copta, que contenían multitud de textos, fundamentalmente gnósticos, editados hace poco (A. Piñero, F.G.Bazán y J.Monserrat, *Textos gnósticos. Biblioteca de Nag Hammadi*, Trotta, 2008), pero que habían sido ya comentados teológicamente años antes por Elaine Pagels en *Los evangelios gnósticos* (Crítica, 1982). Destacan entre ellos *El evangelio de la Verdad*, *El evangelio de Tomás*, *El evangelio de Felipe*, *El protoevangelio de Santiago*, *El evangelio del Pseudo-Mateo*, *El evangelio del Pseudo-Tomás*, *El evangelio de Bartolomé*, y las *Actas de Pilato*. Años después, en 1978, fue descubierto, también en Egipto, a orillas del Nilo *El evangelio de Judas*, cuyas primeras palabras son: “Palabras secretas de la revelación que Jesús habló con Judas Iscariote durante ocho días...”, según la edición de Antonio Piñero y S. Torallas (Vector Libros, 2007), aunque fue ya editado anteriormente (Salvat, 1975). El texto pertenece a la secta gnóstica y pretende convencer al lector de que, en realidad, Judas no era el discípulo traidor, sino el preferido del Redentor, a quien se revelan misterios que ningún otro conoce. Fue escrito en griego, a mitad del siglo II d.C. Aunque es una novela, se podría incluir aquí *El Evangelio de Barrabás* (Algaida, 2007), de Francisco Galván.

Los evangelios apócrifos (más de sesenta), escritos a partir del año 150 d.C. carecen de valor para reconstruir la auténtica biografía de Jesús, porque están plagados de leyendas fantasiosas, ideas incompatibles no sólo con una doctrina religiosa, sino con la verosimilitud. Se exceptúan los textos agnósticos, que compitieron con los cristianos ‘ortodoxos’ en los primeros

siglos, de escaso apego a la realidad ‘histórica’ de Jesús, aunque los especialistas reconocen su influencia en textos canónicos, como el Evangelio de Juan. Todos los *evangelios* conocidos, tanto apócrifos como canónicos, escritos y copiados desde la mitad del siglo I hasta el siglo X d.C. han sido traducidos últimamente de sus lenguas originales y publicados por el infatigable catedrático Antonio Piñero (*Todos los Evangelios*, Edaf, 2009). En ninguno de ellos aparece un Jesús veterotestamentario, es decir, que condene con violencia ninguna de las religiones de su época. Ni habla de los dioses paganos ni condena a los creyentes fervorosos de la ley judía, sólo a quienes no la cumplen. Predica la inminente llegada del ‘Reino de Dios’ y habla con firmeza y autoridad, de sí mismo y de su doctrina: “Quien no está conmigo, está contra mí” (Mt 12:30).

Lo escrito me sugiere una conclusión deprimente: La imaginación humana nos lleva por caminos insospechados y distintos, a metas igualmente diferentes, en un caótico mosaico de creencias que mal nos pueden conducir a la verdad. ¿Es creíble que si Jesús de Nazaret fuera realmente un dios iba a dejar que sus criaturas se perdieran en este laberinto de ideas, fundamentales para conseguir la salvación, esparcidas en tantos y tan diversos *evangelios*? No podemos fiarnos de todas y cada una de las páginas de estos textos interesadamente ‘sagrados’, que fueron escritos y después manipulados para presentar una imagen ‘prefabricada’ del líder religioso más conocido de la historia. Lo cual nos conduce a otra pregunta decisiva: ¿Quién era realmente Jesús de Nazaret, o mejor, Jesús el Nazareno?

V

Jesús el Nazareno

La pregunta, obligada, sobre la existencia real y la identidad humana de Jesús, la responden varios historiadores del cristianismo, reunidos en un curso de verano de la Universidad Complutense de Madrid, después editados en forma de libro por Antonio Piñero: *¿Existió Jesús realmente? El Jesús de la historia a debate* (Raíces, 2008). La respuesta afirmativa es contundente, a pesar de los pocos datos históricos que se conservan sobre su vida, exceptuados, naturalmente los textos neotestamentarios. Cosa distinta es la interpretación de su figura y de su obra. Algunos relatos son legendarios (p.e. los milagros ‘contra natura’), otros míticos (sobrenaturales) dependientes de una fe, sin base histórica. La encarnación, el pecado original, la redención, la resurrección, la ascensión o su divinidad, que forman parte del dogma cristiano, son *mitos* para judíos y musulmanes. Muchos teólogos cristianos defienden el Nuevo Testamento como una mezcla de historia, leyenda y mito, mediante el cual “no podemos saber casi nada sobre la vida y la personalidad de Jesús, porque no muestran ningún interés en ninguna de las dos cosas” en opinión del conocido profesor de estudios del Nuevo Testamento de la Universidad de Marburgo, quien, además, reconoce que el Jesús de los tres evangelios sinópticos no es idéntico al del cuarto evangelio (R. Bultmann, *Teología del Nuevo Testamento*, Sígueme, 1997).

La realidad histórica de Jesús, aunque mezclada con invenciones y leyendas, se puede concretar en unos pocos hechos, corroborados por los textos conocidos: nacimiento, predicación y muerte en la cruz. Vida oscura de un judío palestino, según los evangelios sinópticos, hasta el comienzo de la llamada ‘vida pública’, cuando su fama entre los judíos del siglo primero se hizo notoria, a consecuencia de los hechos prodigiosos que realizó, generalmente admitidos por los comentaristas como ciertos, si bien “no milagrosos” por la simple razón de que ‘el milagro no puede existir’. Algunos de los fenómenos que se cuentan de Jesús son invenciones obvias (caminar sobre el agua, multiplicar los panes y los peces). La mayoría de los hechos descritos son posibles si prescindimos de las ‘explicaciones’ que los convierten en milagros. Jesús no pudo expulsar los demonios, porque, como vimos, los demonios tampoco existen. Pero sí pudo calmar la ansiedad de los ‘lunáticos’ y tranquilizar las mentes atormentadas. En todo caso, y aceptando las dudas que sobre su historicidad comenzaron a plantearse en el siglo XVIII, “aunque se terminase por probar su existencia, sería la de un hombre, y no la de una divinidad” (Milton Ash, *La Biblia y 156 de sus personajes*, Visión Libros, 2009).

Millares de libros se pueden contabilizar sobre la biografía de Jesús, por lo que resulta casi imposible resumir opiniones múltiples y radicalmente contradictorias. Para uno de esos comentaristas, hoy sigue siendo un “gran desconocido” (Juan Arias, *Jesús, ese gran desconocido*, Maeva, 2001). Hasta llegar a la madurez, la vida de Jesús es conocida para

nosotros sobre todo por los fantasiosos relatos de los evangelios apócrifos, escritos por apologetas populares a los que no interesaba la verdad de los hechos, sino la emoción de la fe. Así, podemos ir sumando relatos grabados en la mente de los fieles durante siglos, pero que son pura ficción, sólo relatados por los apócrifos. Por ejemplo, los nombres de los padres de María, Joaquín y Ana, su presentación en el templo y su ascensión a los cielos. En cuanto al nacimiento de Jesús, la estampa del ‘portal de Belén’, que provoca tantos sentimientos de simpatía y compasión, es, en el mejor de los casos, una estampa ‘trucada’.

No hay concordancia en los evangelios sobre si tuvo lugar en una cueva, en una gruta o en un pesebre; es falsa la presencia de la mula y el buey; no pudo nacer en diciembre, porque en invierno no pastan las ovejas al relente (el 25 de diciembre, como se ha dicho antes, es una fecha convencional, para hacer coincidir su nacimiento con el de Mitra, el hombre-dios en el que creían muchísimos paganos de la época); no hubo ni reyes ni magos que se llamaran Gaspar, Melchor y Baltasar; por último, no pudo nacer en Belén (nunca se le llama ‘Jesús de Belén’ sino ‘Jesús de Nazaret’), contra lo que dicen Mateo (2:1) y Lucas (2:4). “Jesús nació en Nazaret con toda seguridad, y sólo después, cuando se creía que era el Mesías, se compuso la historia de su nacimiento en Belén”, escribe Piñero (*Guía para entender el Nuevo Testamento*). Pero hay que salvar un escollo: Nazaret no aparece nombrado ni en la Biblia ni en los historiadores judíos. “Sólo sabemos por las excavaciones arqueológicas que era un lugar de asentamiento humano desde la Edad del Bronce, de tradición agrícola, y que en época de Jesús pudo tener todo lo más unos mil quinientos habitantes” (Antonio Piñero, *Jesús. La vida oculta según los evangelios rechazados por la Iglesia*, Esquilo, 2007). También es inverosímil la noticia evangélica del censo que obliga a los padres de Jesús a trasladarse de Nazaret a Belén, ya que no hubo tal censo en época de Augusto. Y está demostrado que nació cinco o seis años antes de la fecha aceptada desde el siglo VI.

Una ‘invención’ posterior para dignificar la ascendencia davídica de Jesús fue la de incluir en sus respectivos evangelios, tanto Mateo (1:1-17) como Lucas (3:23-38), la genealogía de Jesús, con tan mala fortuna que no coinciden en casi nada. “Fueron pergeñadas, dice Piñero, separadamente con la intención teológica de emparentar a Jesús con David una vez que la creencia en que aquel era el Mesías fue absolutamente firme entre sus seguidores”. Otra ‘invención’ similar, para enaltecer su figura y ponerla al mismo nivel que otros ‘hombres-dios’ de la historia (como Zoroastro, Buda, Khrisna, Mitra y otros hombres destacados como Pitágoras, Platón y Alejandro Magno), fue la de su concepción sobrenatural, que Mateo y Lucas incluyen en sus textos, así como la no-virginidad de su madre después del parto, ya que ambos aluden con normalidad a los ‘hermanos’ de Jesús, incluso con sus nombres propios: Santiago, José, Simón y Judas (Mt 12:46; 13:55, Mc 3:31-35, 6:3). El primero, Santiago, gobernó la primitiva Iglesia de Jerusalén. En cuanto a la ilusoria concepción ‘por obra del Espíritu Santo’ no entró en la doctrina como ‘dogma de fe’ hasta siglos después. La virginidad

de María, algo tan sensible para las mentes cristianas, es una ‘invención’ tardía, ya que ni siquiera Pablo la menciona, ni al hablar de la concepción (Rom 1:3) ni del nacimiento de Jesús (Gál 4:4) y no se proclama que fue “virgen y exenta de pecado” hasta el Concilio de Éfeso (431 d.C.). Los cristianos creen que Jesús fue concebido milagrosamente, sin semen de ningún humano, sino por ‘obra’ del Espíritu Santo. La Iglesia católica considera que esta ‘concepción virginal’ es el signo de que Jesús es verdaderamente ‘Hijo de Dios’ (*Catecismo*, 495).

Sobre el tema del sexo los comentaristas cristianos andan como de puntillas, sin atreverse a profundizar en las relaciones sexuales, tanto de Jesús como de sus familiares y discípulos. Si Jesús era un hombre completo, debía tener las mismas necesidades y deseos que los demás mortales. Pero fue muy recatado, tanto en sus palabras como en sus actos, a tenor de lo que dicen las Escrituras. Nunca habló de masturbación, ni de homosexualidad, ni del placer del amor carnal, aunque veladamente se insinúa que tuvo trato con varias mujeres. Tampoco existe en todo el evangelio una apología a favor de la familia. Sí, por el contrario, se da a entender que siempre fue célibe, aunque no habría problema en que estuviera casado, según las costumbres de la época, ya que el judaísmo (y Jesús, según casi todas las hipótesis, era un judío ferviente) consideraba la sexualidad y el matrimonio como una bendición. Sin embargo, los esenios, con los que Jesús tiene tanto en común, renunciaban al amor carnal, abrazando el celibato, según testimonio de Flavio Josefo y Filón de Alejandría. Un libro reciente (Marisa Azuara Alloza, *El signo de Salomón*, Amares, 2005) afirma, entre otras noticias sorprendentes, que tuvo dos esposas, Salomé y Susana, pero no la Magdalena, que era, hasta este momento, el blanco predilecto de los eruditos.

El supuesto matrimonio con María Magdalena, a la cual los apócrifos llaman “consorte” de Jesús, quedó afianzado por algunas insinuaciones del evangelio de Juan, sobre todo la misteriosa frase *Noli me tangere* (“No me toques”) después de la resurrección (Jn 20:17), que ha inspirado a pintores de la talla de Fra Angelico, Correggio, Tiziano o Mengs. Desde un punto de vista sentimental y feminista, esta unión amorosa es sumamente atrayente para artistas de la talla de Rodin, que lo plasmó con gran emotividad en su escultura *Cristo y la Magdalena*, de 1905, en la que ella se abraza al cuerpo muerto de su amado. Aunque la mayoría de los estudiosos rechazan la idea de este matrimonio, que ha llenado las páginas de muchos libros, otros la defienden con argumentos basados en indicios históricos no desdeñables, siguiendo la estela de Rafael Hereza (*El desvelamiento de la Revelación. La identidad del discípulo amado y de María Magdalena*, La Rama dorada, 1981), como Manuel García Viñó, (*La nueva Eva. El principio femenino de la era postcristiana*, Libertarias, 1993), Margaret Starbird (*María Magdalena ¿esposa de Jesús?*, Martínez Roca, 1994) y Ramón Hervás (*Jesús o el gran secreto de la Iglesia*, Robinbook, 2004).

Lo mismo hacen Michael Baigent, Richard Leigh y Henry Lincoln en *El enigma sagrado* (Martínez Roca, 1986) y varios más, de los que sólo cabe mencionar los últimos: Francesco

Arcucci y Katia Ferri, *Cristo, Nerón y el secreto de la Magdalena* (Algaida, 2003), Juan Arias, *La Magdalena. El último tabú del cristianismo. El secreto mejor guardado por la Iglesia: las relaciones entre Jesús y María Magdalena* (Aguilar, 2005), quien se pregunta: “¿Sería una blasfemia decir que el judío Jesús de Nazaret fue padre?”. Y el de Lluís Busquets Grabulosa, *La historia oculta. María, madre de Jesús, y María Magdalena* (Destino, 2009), quien trata del controvertido viaje y estancia de la Magdalena en la Provenza francesa. La enigmática y atrayente figura de la Magdalena, fuese o no su pareja sexual, hubo de tener sobre el Jesús hombre una influencia decisiva, sobre todo en lo relativo a la doctrina gnóstica, como se advierte en el recientemente descubierto *Evangelio de María Magdalena* (Obelisco, 2004), del que su editor habla como el único “evangelio metafísico”. La especulación en este campo tiene un nuevo defensor, Laurence Gardner, autor de *Nuevos hallazgos sobre la descendencia de Jesús* (Martínez Roca, 2006), obra en la que propone nuevas respuestas a este asunto, delicado para los creyentes, que completaré al final del capítulo.

Los evangelios son, en realidad, obras anónimas en las cuales todo, sin excepción, se escribe con letras mayúsculas, sin epígrafes, sin divisiones en capítulos, o versículos, y prácticamente sin puntuación ni espacios entre las palabras, precisiones estilísticas que no se introdujeron hasta la Edad Media. Ni siquiera se escribieron en arameo, el dialecto judío, sino en griego. El más antiguo se atribuye a Marcos, que da muestras de una lamentable “ignorancia de la geografía de Palestina” (Wilson) y los demás, que siguen sus huellas, no se preocupan por la verdad histórica, sino por la transmisión de una fe. En estas condiciones, resulta fácil, incluso comprensible, que los diferentes copistas hayan introducido modificaciones o interpolaciones que, según su criterio, y sin tener conciencia de la falsificación, apoyaran una idea teológica propia. “Incluso los estudiosos también saben que secciones enteras de los evangelios se añadieron más tarde” (Timothy Freke y Peter Gandy, *Los misterios de Jesús*, Grijalbo, 2000). Pronto los más críticos hubieron de poner fin a toda esperanza de encontrar un Jesús ‘histórico’ en los evangelios, escritos sin intención de atenerse a una realidad científica.

Pero tampoco en otros textos. Ni las cartas o epístolas de Pablo, ni el *Apocalipsis* ni los *Hechos de los apóstoles* se ocupan del hombre Jesús de Nazaret, sino de la doctrina que debían predicar. Pablo se ocupa sólo del Cristo crucificado y resucitado, cuya importancia es exclusivamente mística. Nunca conoció al Jesús de carne y hueso, ni recibió la nueva doctrina por la predicación de los apóstoles, sino directamente del mismo Cristo, en una o varias ‘sesiones alucinatorias’, como confiesa con orgullo: “Pues yo no lo recibí ni aprendí (el evangelio) de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo” (Gál 1:12). Además, Pablo imparte sus enseñanzas éticas en nombre propio, sin mencionar a Jesús como fundador de una iglesia y creador de una doctrina. ¿Cómo es posible, entonces, que sin la fuerza carismática de un fundador del que se conocieran todos los detalles biográficos, se propagase esta doctrina por todo el mundo antiguo? Contestan los autores de *Los misterios de Jesús*: “El cristianismo, como

los misterios de Jesús, nació y se extendió por el mundo antiguo exactamente de la misma manera que antes hicieran los misterios de Dioniso, los misterios de Mitra, los de Atis, los de Serapis, y los de los demás dioses-hombres místicos que mueren y resucitan”. Jesús es uno más en la lista.

Pero esta transformación ‘mística’ en el Cristo mesiánico no se realiza hasta el comienzo de su predicación. Mientras tanto, han de transcurrir tres décadas de ‘vida oculta’, sobre la cual no dicen nada los textos ‘sagrados’. Antonio Piñero la reconstruye, parcialmente, a partir de los textos ‘no sagrados’, es decir, no reconocidos por el cristianismo, en su obra *El otro Jesús. Vida de Jesús según los Evangelios apócrifos* (El Almendro, 1993) reeditado en *Jesús. La vida oculta según los evangelios rechazados por la Iglesia* (Esquilo, 2007). Vida que está sembrada de sucesos inverosímiles. El *Evangelio armenio de la infancia* cuenta que los tres reyes de Oriente traían un séquito de doce mil hombres, y el *Evangelio árabe de la infancia* que la estrella que los guió hasta el portal era en realidad un ángel que había asumido la forma de estrella. Para el primero, la matanza de Herodes en busca del recién nacido segó la vida de trescientos sesenta niños, y para el segundo, la circuncisión de Jesús tuvo lugar en la misma cueva del nacimiento, por obra de la partera, que guardó el prepucio en una redoma de nardo. Estas y otras fantasías se prolongan con milagros y encantamientos durante la estancia en Egipto, huyendo de Herodes. Los autores de tales leyendas no dudan en presentar a un niño Jesús destructor de templos y santuarios paganos, aunque ello supusiera la muerte de cientos de personas. Vuelta la Sagrada Familia a Nazaret y después a Cafarnaún, según los apócrifos, Jesús llevó una vida recatada hasta el comienzo de su vida pública, que se puede reducir a un año y medio, según Piñero. Su ‘vida oculta’ duraría, por tanto, alrededor de los 33 años.

Pero la imaginación es libre y varios eruditos han hecho uso de esa libertad, siempre basándose en indicios y ‘pistas’ históricas, para armar una estructura razonable, aunque objetable, sobre la verdad de esos años ‘oscuros’ del Jesús histórico. Unos lo imaginan viajando a Persia y a Japón, otros a la India, no tanto por las similitudes de su doctrina con la budista (Ramiro A. Calle, *Parábolas de Buda y de Jesús*, Heptada, 1991) y sánscrita (Fida M. Hassnain, *La otra historia de Jesús*, Robinbook, 2001) cuanto por la creencia tradicional de que su sepulcro está en Cachemira (Andreas Faber-Kaiser, *Jesús vivió y murió en Cachemira*, Ate, 1976).

Para Baigent, sin embargo, lo más probable es que la Sagrada Familia se trasladara, tras las revueltas populares contra el rey Herodes, al norte de Egipto, donde había una gran colonia de judíos. De hecho, las fronteras entre Egipto y Judea fueron inexistentes entre el año 302 a.C. y el 198 a.C. Pudieron elegir como residencia una pequeña población en las afueras de Alejandría, donde vivían los llamados *terapeutas*, secta similar a los *esenios*, pero que admitían a las mujeres, y no eran ni guerreros ni dependientes del culto en el templo. Su misticismo pudo impregnar la mente del Jesús adolescente que, para Mateo, era un bebé que huía de la

persecución herodiana. “Es imposible –dice Baigent– entender a Jesús, sus enseñanzas y los sucesos acaecidos durante el siglo I en Judea sin comprender la experiencia judía en Egipto” (Michael Baigent, *Las cartas privadas de Jesús*, Martínez Roca, 2007). ¿Qué habrá de verdad en todo esto? Quizás nunca lo sepamos.

Lo más probable es que la lengua materna de Jesús fuese el arameo, aunque con conocimientos del hebreo y del griego. Pudo aprender en Nazaret el oficio paterno (los evangelios sólo afirman que era un ‘artesano’) aunque, por el estilo de su predicación posterior, sus conocimientos materiales provenían de la agricultura y de la pesca. Su cultura ‘humana’ era extensa para su época y su lugar, a juzgar por las discusiones en el templo con escribas y fariseos, a los doce años, lo que ha provocado varios intentos de explicar los ‘orígenes’ de su formación. No perteneció a la casta sacerdotal, sino que fue un laico muy religioso, preocupado por los pobres, los enfermos y el cumplimiento de la Ley mosaica. Se ha discutido su pertenencia a la secta de los fariseos (Hyam Maccoby, *Jesús, the Pharisee*, SMCPress, 2003) basándose en algunas referencias evangélicas, ya que comía y discutía con ellos de cuestiones religiosas, pero sin fundamento sólido, sobre todo teniendo en cuenta, como ocurrió con el fariseo converso Pablo, las duras rivalidades posteriores (Hacia el año 100 d.C. los fariseos introdujeron una maldición contra los cristianos en la oración diaria que se rezaba en sus sinagogas, según comenta Morton Smith).

Se ha discutido también su aspecto físico, basándose en las profecías bíblicas. Isaías decía del Mesías que “no hay hermosura en él”, idea que retomaron los comentaristas Justino, Tertuliano, Comodiano y san Ireneo, que llegó a calificar a Jesús de “informe” y de “indecoroso”. Por el contrario, el salmo 45 lo aclama como “el más hermoso de los hombres”, idea que agrada a la mayoría de los teólogos. Los pintores suelen representarlo con barba y larga melena, ya adulto, nunca como un joven imberbe. De todas formas, parece lo más probable que los artistas, a partir del siglo IV que es cuando aparecen las primeras representaciones personales, tomaran como ejemplo para el Cristo Redentor, Pantocrátor, la imagen majestuosa del Zeus olímpico de Fidias. (John y Elizabeth Romer, *Las siete maravillas del mundo*, Serbal, 1996). En cuanto a la efigie del crucificado, la primera vez que aparece es en un relieve en marfil de siglo V d.C. que se conserva en el British Museum.

Es precisamente en Londres donde se vio por primera vez el rostro posible de Jesús, ‘reconstruido’ digitalmente a partir del estudio informático de calaveras judías del siglo I, en una emisión seriada de la BBC en el año 2001, con el título de *The Son of God* (“El Hijo de Dios”). “No es el rostro exacto de Jesús, confirmó la emisora, pero nos da una idea de su aspecto real, según la información científica de que disponemos”. Pero hay más. En el verano de 1999 los medios de comunicación dieron la noticia del hallazgo de 56 monedas de bronce con la efigie de Jesús, halladas en las cercanías del lago Tiberíades. Salidas de alguna ceca cristiana, entre los siglos X y XI, muestran a Jesús de pie, con la cruz detrás de él, y al reverso se puede

leer, en griego, en unas “Jesús, el Mesías, Rey de Reyes” y en otras, “Jesús, el Mesías, el Vencedor”. Las monedas se pueden ver en el departamento de Arqueología de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Con la reserva de que esas imágenes dependen de la imaginación de un artista que la ‘inventó’ mil años después, lo mismo que los demás pintores y escultores de la historia antigua.

Después de la anécdota de su enfrentamiento dialéctico con los doctores en el Templo, a sus doce años, José, el padre ‘putativo’ de Jesús desaparece de la historia. No está ya presente en las bodas de Caná de Galilea (Jn 1) ni en los relatos de su vida pública, donde sólo encontramos en alguna ocasión a su madre y sus hermanos. Jesús es, por tanto, huérfano de padre cuando se decide a seguir una vida de predicador itinerante, comenzando por los pueblos de Galilea. De María, su madre, tan idealizada por los pintores cristianos, sabemos poco, pero su imagen de ternura, bondad y amor ha servido a los católicos para mostrarla como el modelo máximo de belleza y santidad. De ella se han dicho muchas tonterías, empezando por san Agustín, quien afirmó que parió a Jesús “per auream” (por la oreja), ignorancia supina envuelta en un recato infantil, que la Iglesia ha mantenido durante siglos, por temor a un acto tan natural como emocionante, la llegada al mundo de una nueva vida. La más razonable defensa de María, como mujer, la ha hecho un obispo episcopaliano, John Shelby Spong, en su libro *Jesús, hijo de mujer* (Martínez Roca, 1993).

Propuesta como dechado de todas las virtudes, María sería una muchacha judía como otras tantas, deseosa de amar y ser amada, hasta el punto de que tuvo seis hijos, tal como se deduce de algunos textos cristianos. Es impensable, por tanto, que hiciese alguna distinción entre el primogénito –Jesús–, concebido ‘milagrosamente’, y sus hermanos, nacidos por ‘obra de varón’. Si fuera así, ¿podríamos imaginar siquiera, el sufrimiento de esta madre, sabiendo que su hijo mayor era distinto de los otros, y al que no podría ni adoctrinar ni regañar, aunque todos habían mamado la misma leche? ¿Fue realmente, el Jesús niño tan distinto de sus hermanos, o de los demás niños de su entorno? ¿Se mostró superior a ellos? ¿No hizo travesuras? ¿No sintió el reclamo del deseo amoroso? La oscuridad más absoluta nos envuelve, porque no podemos fiarnos de las simplezas que nos cuentan los evangelios apócrifos. ¿Y María? ¿Cuál fue su vida de viuda con hijos a los que alimentar? ¿No se ensoberbeció al pensar que era la ‘madre de dios’? Como no quiero destruir su imagen de humildad y recato, creo que el evangelio de Lucas pone en su boca palabras que nunca dijo: “Desde ahora, todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha obrado en mí maravillas aquel que es todopoderoso” (Lc 1:48-52). Son palabras de un teólogo cursi, no de una humilde judía.

Nada sabemos con certeza tampoco de los viajes que se le atribuyen a Jesús en esos años de juventud y madurez, aunque son muchas las elucubraciones que se hacen, con mayor o menor fundamento. Podría haberse quedado en casa, como hijo mayor, para ayudar a su madre en la dura tarea de educar y alimentar a sus cuatro hermanos y dos hermanas. Podría haber

viajado por el extranjero, como apuntan otros, hasta conseguir una cultura superior (mágica, según veremos). O simplemente, llevar una vida retraída y solitaria, dedicado a la oración y la caridad, con visitas esporádicas a la comunidad esenia de Qumrán, al norte del Mar Muerto. Lo que parece cierto es que hasta sus 33 años no hay constancia de que se hiciera notar por sus palabras o mensajes mesiánicos, ni por sus curaciones milagrosas, si exceptuamos las excentricidades apócrifas. Fue un joven y un adulto normal, sin especiales señas de identidad, pero muy versado en las Escrituras, que llegó a saber de memoria.

Esta realidad, que desborda cada una de sus palabras, ha suscitado la idea de que el joven Jesús de Nazaret hubiera vivido y aprendido durante los años de su ‘vida oculta’ en el desierto de Qumrán, como un miembro más de la comunidad de los *esenios*, amigo y discípulo predilecto del Maestro de Perfección. “Según todas las trazas, fue la escuela teológica y moral donde aprendió a leer los Libros Sagrados y a reanimar su espíritu”, afirma Balbontín, siguiendo a Renan (José Antonio Balbontín, *Jesús y los rollos del Mar Muerto*, 1986). Si fuera verdad, explicaría muchas cosas del Jesús histórico, no del Jesús de la fe, que para tantos cristianos poseía desde su concepción toda la Sapiencia Divina, contra lo que se dice en el evangelio, tras su vuelta a Nazaret, es decir, que “crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría” (Lc 2:40). La misma teoría es defendida por el gran especialista en el tema, Edmond B. Székely, editor en cuatro volúmenes del *Evangelio de los Esenios* y autor de varios estudios sobre los rollos del Mar Muerto, entre las que debemos destacar *Jesús, el esenio* y *Las enseñanzas de los esenios* (Sirio, 2000).

Nada se sabe del fundador de los *esenios*, pero sí de sus normas y reglas de vida, sobre todo después del esencial descubrimiento de los ‘rollos’ en las cuevas del desierto, en 1948. Tras las derrotas de Jerusalén (70 d.C.) y Masada (74 d.C.) desaparecieron de la escena tanto los esenios como los saduceos y los zelotes. Lo que parece cierto es que estos manuscritos “no son literatura cristiana” (Geza Vermes, *Los manuscritos del Mar Muerto*, Muchnik Ed. 1984). Aunque existen los paralelismos, entre los esenios había unos elementos de intolerancia, rigidez y exclusivismo, que se apartan de la doctrina, mucho más humana, de Jesús de Nazaret. Sin embargo, queda el interrogante: ¿habría convivido Jesús con los estrictos esenios durante algunos años de su ‘vida oculta’? Su extenso conocimiento de la Biblia ¿se debería a esos años de retiro y estudio? Nadie puede responder, hoy por hoy, con certeza absoluta.

Una de las enseñanzas bíblicas más arraigadas en el pueblo judío era la próxima llegada del Mesías prometido, que habría de regir a Israel, tras el final de la dominación extranjera. En los primeros años de su tercer decenio de vida, Jesús tuvo noticia de que cerca de allí, a orillas del Jordán, un ‘hombre santo’ anunciaba esa llegada y bautizaba en nombre del “Reino de Dios”, que estaba ya muy próximo, predicando el arrepentimiento y el perdón de los pecados. Humillándose ante Juan, Jesús de Nazaret se sometió a su bautismo y al salir del agua tuvo una experiencia mística, imposible de conocer, pero que el Bautista explica como una ‘visión’: “He

visto al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se quedaba sobre él” (Jn 1:32). Una vez más, una alucinación o visión alucinatoria (y por tanto, carente de realidad) pone la base roqueña de una creencia trascendental. Proclamar esta ‘visión’ era tanto como admitir que ese Jesús recién bautizado era el Mesías anunciado por los profetas. Pero sabiendo que la expectativa judía no identificaba a Jesús con el Mesías, ni al Mesías con Dios, idea incompatible con el monoteísmo judío, sino como su enviado, su ‘Hijo predilecto’, sucesor en el trono de David a título de Rey. No lo identifica con Dios (Joseph Klausner, *Jesús de Nazaret. Su vida, su época, sus enseñanzas*, Paidós. 2006).

Contra la apreciación del gran biblista Geza Vermes, quien defiende que los títulos de Mesías y de Hijo de Dios le fueron aplicados por sus seguidores, podemos aceptar con otros estudiosos, como Schonfield, la absoluta sinceridad de Jesús al creerse el Mesías prometido. Aún más, que detrás de él había un activo “grupo secreto” con motivaciones políticas y aspiraciones religiosas, recogidas en un desaparecido “evangelio secreto de Marcos”, con enseñanzas esotéricas. “La correcta comprensión de Jesús empieza por tomar conciencia de que él se identificaba a sí mismo con la realización de la esperanza mesiánica”. Únicamente sobre esta base adquieren toda su inteligibilidad las tradiciones que rodean su figura, con suficientes indicios de que, paulatinamente, fue anidando en su cerebro la idea de ser el líder o mesías que anunciaban los profetas para liberar al pueblo de la dominación romana.

No era ningún charlatán que tuviera la intención de engañar voluntaria y deliberadamente a su pueblo, o que supiera que presentarse como Mesías era un acto fraudulento. No existe la menor sospecha de fraude por su parte. Al contrario, nadie puede estar más seguro de su vocación que el propio Jesús, y ni siquiera la amenaza de una muerte inminente mediante la horrible tortura de la crucifixión logran hacerle negar su mesianismo” (Hugo J. Schonfield, *El complot de Pascua*, Martínez Roca, 1987). Esto refuerza el hecho de que el cristianismo posterior pusiese todo el empeño en ‘asumir’ que Jesús de Nazaret era el Mesías anunciado en la Biblia. Mesías que, como sabemos, aún siguen esperando los judíos ortodoxos, porque ser el Mesías es una profunda convicción, pero falaz, del propio Jesús, prolongada en la doctrina cristiana, cuyos fundamentos son inestables, fruto de la imaginación en sus comienzos, y fraude reiterado en los apologetas del cristianismo posterior al identificar ‘mesías’ con ‘redentor’.

Bautizado ya, y emocionado por la experiencia mística, de la que salió convencido de ser ‘Hijo de Dios’ (uno más en la historia) Jesús el Nazareno guió sus pasos al desierto (¿Qumrán?), donde, como es sabido por los evangelios, hizo penitencia y ‘recibió’ la visita de Satanás, dispuesto a que también se humillara ante él, sin conseguirlo (Mc 1:12-13). A continuación marchó a Galilea, donde escogió a los pescadores Simón y Andrés como sus primeros discípulos, comenzando su ‘vida pública’ de predicador itinerante, con el mensaje bíblico (idéntico al de los esenios): “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1:14-17). Mateo y Lucas siguen a Marcos y dejan por escrito

que Jesús recorrió los pueblos y aldeas de Galilea, Judea, Decápolis y Transjordania predicando en las sinagogas y curando a los enfermos, a los poseídos por el demonio, a los lunáticos y paralíticos. Más que sus palabras, sus hechos prodigiosos atraían a la muchedumbre, que le pedían más y más milagros.

Así durante todo el tiempo de su ‘vida pública’, de poco más de un año, sin casa propia, alojándose y aceptando el sustento que le daban sus admiradores (“el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza”, Mt 8:20), siempre acompañado por sus doce discípulos, que, según los teólogos, representaban a las doce tribus de Israel (Mc 3:16). Pero también sabemos que el número doce era mítico, repetido en las mitologías paganas (Horus, Buda, Dionisos, Mitra y otras divinidades solares), o incluso en la mitología celta (Doce son los caballeros del rey Arturo). Todos son simbolismos de los signos del Zodiaco y de los meses del año. También pudo ser un ‘invento’ evangélico el dejar establecido que fueron doce los discípulos de Jesús.

A diferencia de Juan el Bautista, Jesús no bautizaba. Ni pretendía fundar una nueva religión, como se verá más adelante. Sólo predicaba el cambio de vida, porque el Reino de Dios estaba próximo (Mc. 1:15; Lc 10:9; Mc 11:9-10). Esta idea del Reino, conforme a las promesas de la Alianza, era el mensaje fundamental que ocupaba la actividad ‘misionera’ de Jesús. Aunque nunca dijera explícitamente en qué consistía ese “Reino”, todos entendían que aspiraba a la liberación político-religiosa del pueblo judío. El no cumplimiento de esta profecía, que sólo advirtieron las generaciones posteriores, ha distorsionado de tal manera el mensaje de Jesús, que el cristianismo paulino sustituye la idea de un reino material y temporal (exclusivo de la tierra de Israel) por la dominante después del reino celestial y eterno. Es una de las mistificaciones de la doctrina evangélica que marcan a perpetuidad la evolución de la nueva religión (ya no secta judía) cristiana.

Con la mirada fija en los próximos acontecimientos escatológicos (el final del mundo) Jesús proclama una ética de ‘imposible cumplimiento’, como afirma Piñero, porque, de cumplirse, la humanidad “quedaría aniquilada”, ya que predica la hostilidad contra los bienes materiales, la marginación del trabajo y la creatividad, y finalmente el poco aprecio de los vínculos familiares (Mc 3:31-35). Pregonaba la radicalidad más extrema: “Si alguno viene a mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lc 14:26). El matrimonio y la familia no serán necesarios en el nuevo Reino: “los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen”. No hay que respetar a los difuntos, ni honrar a los padres: “Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos” (Mt 8:21-22). Con otras palabras: ‘Esto se acaba’. Vivid sólo para conseguir un puesto en el “Reino”, cerca de Dios. Como anota el profesor Piñero, “una comunidad estable no puede regirse por estas normas propugnada por Jesús. Ponerlas en práctica con todas sus consecuencias significaría el fin de cualquier sociedad organizada”. Menos mal que los

anacoretas, que hicieron caso de estos consejos, ni fueron muchos ni su influencia se dejó notar en las grandes masas de la sociedad.

“Desde la vuelta del Exilio (siglo V a.C.) –escribe Piñero– se había ido formando en Israel la concepción de que un reinado de Dios era incompatible con el hecho de que el pueblo elegido estuviera dominado por príncipes extranjeros” (*Guía para entender el Nuevo Testamento*, Trotta, 2007). Esta idea explica la sutil negativa de Jesús a pagar el tributo al César (Mc 11:17), y la reacción acusatoria de sus enemigos, ya que “anda amotinando a nuestra nación, oponiéndose a que se paguen tributos al César” (Lc 23:2). Los romanos vieron en él un peligro político para Roma y por eso lo ejecutaron como un rebelde (Mc 15:27). Sin embargo, la postura de Jesús no exigía una victoria militar, ni hizo nada por reclutar un ejército o plantar cara al poderío de Roma. Lo que no impide ver muestras de violencia en su conducta en determinadas ocasiones, como la expulsión de los mercaderes del Templo o la incitación a comprar una espada (Lc 22:36). En todo caso, el eje central y más atractivo del mensaje de Jesús, según Mateo (5:1-12) son las Bienaventuranzas y los ‘nuevos mandamientos’ de la mansedumbre, de la reconciliación, la paz y el amor (Sermón de la Montaña, Mt 5:38-48), algo que se ha predicado como la seña de identidad de los cristianos, con escaso éxito, por cierto, durante veinte siglos.

En realidad, el lector de los evangelios notará que existen dos ‘imágenes’ de Jesús, contrapuestas. De una parte, el Jesús bondadoso de las Bienaventuranzas, amigo del perdón, que comprende las flaquezas humanas, y compasivo con los enfermos y menesterosos. De otra el Jesús airado y radical en sus posturas. “Ese Jesús, que no profiere sino maldiciones, anatemas y amenazas; ese Jesús que ha venido a ‘arrojar un fuego sobre la tierra’ está a mil leguas de distancia del dulce Jesús de los libros de primera comunión y las vidrieras de las iglesias. Pero es indudable que reside en los textos del Nuevo Testamento” (Gérard Mordillat y Jérôme Prieur, *Jesús contra Jesús*, Algar, 2002). Jesús no habla por hablar. No vive una vida nómada y sacrificada por su propia comodidad. Tanto si presenta su perfil más compasivo, como si se muestra airado, o incluso violento, siempre responde a una personalidad humana muy concreta de profunda fe mesiánica, de cuyo liderazgo está convencido. A ese Jesús nunca le vemos reír, ni siquiera sonreír, casi nunca llora ni bromea, no duda ni vacila, no se desvía de su camino. Este Jesús ‘histórico’, si prescindimos de la fe, nunca se creería un Dios, cosa impensable en un fervoroso judío monoteísta. Así lo presenta el catedrático Antonio Piñero, que revela la (intencionada) manipulación en el evangelio de Marcos, después copiada en Lucas y Mateo, al pasar de la expresión “Hijo de Hombre” usada por Jesús, a “Hijo del Hombre”, que es título mesiánico, involucrado en el Juicio Final.

Sin embargo, se trate de política o de moral religiosa, la figura de Jesús es la de un ‘libertador’. Por eso ha fascinado a tantas generaciones. Curiosamente, nunca predicó el ‘heroísmo’ ni el ‘martirio’, ni siquiera el sufrimiento, contra lo que se ha ‘vivido’ después en el

seno del cristianismo. Pero sí predicó la liberación física y espiritual del hombre, la liberación del poder político corrompido, que esclaviza y pisotea la dignidad humana. Por eso, Jesús ha sido respetado y venerado por todos los parias del mundo y por (casi) todos los movimientos revolucionarios. Entre los cientos de milagros que se le atribuyen, no realizó ninguno a favor de un poderoso. No obstante, su ‘misión’ no puede entenderse solamente en un plano religioso. Para el pueblo de Israel la política y la religión son las dos caras de una misma moneda. Yahvéh no sólo es el dios único, al que adorar y obedecer, sino también el soberano que ha de guiar a su pueblo a la salvación de la mano del Mesías. Pero no todos lo entendían de la misma forma.

Flavio Josefo (*Antigüedades de los judíos*) afirma que existían cuatro grupos que vivían la religión mosaica con más intensidad. Los *saduceos*, casta sacerdotal adinerada, encargada de garantizar el culto en el Templo de Jerusalén, que no creían en la inmortalidad del alma, ni en la resurrección de los muertos, y no esperaban premios o castigos en otra vida, conforme a las ideas más arcaicas del Antiguo Testamento. Para ellos, según afirma Piñero, “La Ley, quedaba reducida a los diez mandamientos y poco más. Era, por tanto, un judaísmo más bien ritual y cómodo”. Ideas que se oponen a las de los *fariseos*, que eran más influyentes en el pueblo, y que defendían una Ley ‘oral’ revelada también por Dios a Moisés, lo mismo que la escrita. No eran sacerdotes, pero predicaban la importancia de los ritos y de las Sagradas Escrituras. Los *esenios* no son nombrados en el Nuevo Testamento, a pesar de su importancia. Eran laicos ascetas, estudiosos de las Escrituras, que vivían en ‘comunidades’ por toda Judea. Luchaban contra la implantación del helenismo en la cultura judía y estaban convencidos de la inminencia del fin del mundo y de la llegada del Reino de Dios anunciado por los profetas. Por su parte, los *zelotas* eran más políticos, defendiendo, incluso por la violencia, la liberación y la independencia de Israel. Vivían en continua y tensa actitud contra la dominación de Roma. Después de la muerte de Jesús se convirtieron en auténtico partido político. Contra lo defendido por otros autores, Piñero enseña que Jesús no perteneció a ninguno de estos grupos, ni siquiera al de los esenios, o a los zelotes, aunque sean muchas las concomitancias. “Si alguna vez perteneció a la secta, debió de retirarse de ella” (Piñero).

No tiene, pues, nada de extraño que en este ambiente enrarecido la predicación de Jesús fuese vista como una posición más, contraria a los dioses paganos y a la colonización política del pueblo de Roma. Incluso, como una bandera de rebelión levantada por un ‘hacedor de milagros’, los cuales confirmaban su actuación como representante de Yahvéh. La región en que Jesús empezó a predicar su mensaje fue en su nativa Galilea, entre gentes que estaban en la vanguardia de los movimientos de rebelión. Eligió como ‘cuartel general’ a Cafarnaúm, una pequeña ciudad a orillas del mar de Galilea, centro comercial no particularmente religioso. Comenzó allí a predicar una doctrina de amor y caridad, desconocida para los hombres de su tiempo, y reclutó a sus primeros ‘discípulos’ (‘¿guardia pretoriana?’ ¿novicios esenios?) para que propagasen esas mismas enseñanzas, de un lugar a otro, ligeros de equipaje y sin ánimo de

lucro. Allá donde fuese siempre le seguían los ‘espías’ encargados de relatar sus palabras y sus hazañas a los vigilantes sacerdotes de la Ley mosaica, quienes, a la postre, consiguieron su eliminación física.

A partir de su bautismo, Jesús se dedica a la predicación de sus ideas, a fin de conseguir que llegara a todos los creyentes de corazón la fe en un ‘mundo nuevo’, presidido por el Mesías propugnado por Yahvéh que abriera el camino para la implantación del ‘Reino de Dios’, preludio de la eterna felicidad. Como bien explica Schonfield “fue una empresa singular, fantástica y heroica, aunque perfectamente comprensible a la luz del extraño espíritu apocalíptico de la época. Ello exigía una intensa fe mesiánica, una aguda capacidad de percepción, una voluntad de hierro, y un nivel de inteligencia muy elevado”. Sus intenciones religiosas, tanto como su arrogante enfrentamiento con el estamento sacerdotal unieron en su contra a la casta intelectual que alimentaba la llama de la tradición. Era un líder aclamado por la multitud y sus supuestas aspiraciones mesiánicas podrían poner en peligro todo el entramado religioso que vivía alrededor del Templo de Jerusalén. Pero “si no se hubiera presentado como aspirante al trono de Israel y como una amenaza contra la seguridad nacional, habría sido completamente ignorado por el Sanedrín” (Hugo J. Schonfield, *El complot de Pascua*, Martínez Roca, 1987).

Efectivamente, hubo un ‘complot’ contra su vida (y su obra, por supuesto) pero no del pueblo judío, sino de sus dirigentes. Es lo que intenta defender este autor, judío que se formó en Cambridge, para librar a los judíos, en su conjunto, del sambenito de ‘pueblo culpable’ de la muerte de Jesús, idea extendida por el cristianismo posterior. La entrada en Jerusalén, a lomos de una borriquita, entre los vítores de sus paisanos galileos, no hizo más que acelerar ese ‘complot’, hasta su prisión por los soldados romanos (los clérigos acusan pero no quieren mancharse las manos de sangre, entonces como siempre) con traición y nocturnidad. A la pregunta concreta de Pilato (“¿Eres tú el rey de los judíos?”) contestó afirmativamente, sin convencerle de su culpabilidad.

El novelista Robert Graves lo presenta como heredero legítimo del trono de Israel en su conocida obra *Rey Jesús* (Edhasa, 1984) ampliando imaginativamente los datos evangélicos, sin omitir que los Sumos Sacerdotes insistieron en su denuncia, para doblegar la voluntad del gobernador: “Solivianta al pueblo, enseñando por toda Judea, desde Galilea, donde comenzó, hasta aquí” (Lc 23:3-6). De todas formas, un juez español ha demostrado que el juicio a Jesús de Nazaret, por muy sumarísimo que fuera, fue a todas luces “ilegal”, con testigos falsos, sin defensa posible, sin deliberación, siendo Caifás juez y parte en el proceso judío, y sin pruebas, con falta de competencia entre Herodes y Pilato, con más que probable prevaricación en el proceso romano (José Raúl Calderón, *Proceso a un inocente*, Liberman, 1999). Existiese o no el (ilegal) juicio sumarísimo, sobre el que difieren los evangelistas, lo cierto es que a Jesús le llegó su hora y fue condenado a morir en la cruz, como tantos otros malhechores. Pero su culpa

no fue entendida como religiosa (en cuyo caso habría sido lapidado) sino política. Así el castigo fue romano: muerte en la cruz, con un letrero en hebreo, griego y latín, donde se leía: “Jesús el Nazareno, Rey de los judíos”.

Para el profesor Schonfield, que ha consagrado toda su vida académica a estudiar la figura del Jesús histórico, no hay ninguna duda de que, como han señalado tantos otros estudiosos, Jesús de Nazaret no pretendió fundar ninguna nueva religión. Era un judío que proclamaba, como el Bautista, el arrepentimiento de los pecados y la próxima llegada de la esperanza judía: el Reino de Dios. Sería ingenuo pensar en una nueva religión si esta llegada del ‘Reino’ era inminente. No fue, por tanto, el fundador del cristianismo, tal como se ha enseñado hasta la fecha, sino un devoto judío, que hablaba a los judíos sobre una próxima liberación político-religiosa. Así lo entendían las masas enfervorizadas que le aclamaban como el Mesías esperado. Este mensaje no tiene nada que ver con la idea de un Dios encarnado, redentor y salvador del género humano, que proclaman las iglesias cristianas.

Su mensaje se dirige a unos oyentes judíos, fomentando la idea de una liberación. Jesús no siguió el modelo de los grandes fundadores de religiones: no dictó ninguna ley, ni un conjunto doctrinal detallado y sistematizado. Como sabemos, no dejó nada escrito, ni construyó templos que compitieran con los judíos o con los paganos. Sus enseñanzas siempre fueron orales, y nunca habló de una ‘institución’ de carácter religioso, de la que él se sintiera un líder o ‘fundador’. ¿Cómo es posible, entonces, que se haya propagado durante siglos esta falsa idea? Porque esta falsedad era inconfesable. Sin ella se hundiría el edificio completo. Escribe Schonfield: “Sería una píldora muy difícil de tragar el que una institución que se confiesa de origen divino y que afirma ser guiada por el Espíritu Santo tuviera que confesar ahora haber vivido en un grave error durante diecinueve siglos”. (Hugo J. Schonfield, *Jesús ¿Mesías o Dios?*, Martínez Roca, 1987). Como veremos, la fe cristiana se basó, años más tarde, en una imagen divina que participaba de las características del antiguo paganismo.

Tras la muerte de Jesús, la ‘Iglesia primitiva’ de Jerusalén se organizó alrededor de su hermano menor, Santiago, extendiendo la idea de que el muerto-resucitado era el Mesías anunciado por Moisés. “Dicha organización fue conocida comúnmente como los nazoreanos...y tenía mucho más que ver con la historia judía que con la historia cristiana”. Estos ‘cristianos’ originales, con los apóstoles y los ancianos, capitaneados por Santiago, constituían un ‘partido’ de carácter político-religioso. “Únicamente esta personalidad santa, pero muy decidida, pudo haber mantenido unidos los entremezclados y diversos ingredientes del movimiento nazoreano, que comprendía a los zelotes, los fariseos, los esenios y otros...La religión de los nazoreanos era judaica, en una forma que enfatizaba la estricta observancia de las ordenanzas mosaicas...Lo que distinguía a los nazoreanos era su creencia de que Jesús había sido nombrado Mesías por Dios...Los sacerdotes que se unieron al partido nazoreano siguieron siendo sacerdotes judíos, continuaron cumpliendo con sus obligaciones en el Templo”. (Hugo J. Schonfield, *El partido de*

Jesús, Martínez Roca, 1988). La tablilla infamante de la cruz no admite discusión: “Jesús el Nazareno, Rey de los judíos” (Jn 19:19). Y Pedro, en el patio del Sumo Sacerdote es acusado: “Tú también estabas con Jesús, el Nazareno” (Mc 14:67).

El término “nazoreano” me ha llamado la atención, porque me era desconocido. A Jesús se le conoce en varios pasajes de los evangelios como *nazoraïos*, vocablo griego que algunos derivan de Nazaret y otros de una etimología ideológica. He buscado en el diccionario bíblico católico y sólo aparecen las formas “nazareno” y “nazireo” (Serafín de Ausejo, *Diccionario de la Biblia*, Herder, 1987). Tampoco en el protestante, donde se recogen “nazareno” y “nazareo” (Vila Escuin, *Nuevo diccionario bíblico ilustrado*, Clie, 1990). El “nazareo”, según este diccionario, era una persona, hombre o mujer, consagrada a Dios, sin apartarse de la vida social. Este voto temporal le prohibía consumir vino, cortarse el cabello o tocar a un difunto. Era una institución bíblica que tuvo entre sus miembros a Sansón y Samuel, y quizás también a Juan el Bautista. El diccionario católico propone la voz “nazireo”, del hebreo *nazîr*, con el mismo significado de “consagrado”. En todo caso, el partido “nazoreano” no tiene nada que ver con Nazaret, ya que sus miembros eran de diferentes partes de Judea y Galilea. Puede quedar la duda de si el letrero de la cruz aludía al nacimiento de Jesús o al ‘partido’. No se ponen de acuerdo los lingüistas, mientras que la mayoría cristiana prefiere entenderlo como oriundo de Nazaret. Decisión más piadosa que científica, puesto que muchos dudan de la propia existencia de Nazaret, siguiendo la *Enciclopedia Judaica*, donde se lee que “la primera mención de Nazaret aparece no antes del siglo III d.C.”

En los *Hechos de los Apóstoles* (24:5) tampoco se aclara la cuestión, ya que varía según las traducciones. Para la *Biblia de Jerusalén*, Pablo es acusado ante el Sanedrín de ser “el jefe principal de la secta de los nazoreos”. Para la *Sagrada Biblia* de la BAC, es “el caudillo de la secta de los nazarenos”. En ambos casos se habla (correctamente) de una “secta” judía y de la jefatura de Pablo, pero se traduce mal el título de la secta, que, en ningún caso se relaciona con Nazaret. Es inverosímil, por tanto, buscar la etimología en una minúscula (si es que existiera) población de Galilea. Piñero, obviando la versión de la *Biblia de Jerusalén*, se inclina decididamente por la palabra “nazareno”, con que eran conocidos los primeros seguidores de Jesús, aunque también se decían “mesianistas”.

No tenían Escrituras propias, sino que se regían por las propias del Antiguo Testamento. Cuando la nueva fe se extendió fuera de Palestina, “en concreto, en Antioquia, de Siria, alguien inventó el nombre de cristianos”, derivado del griego *christós*, que significa el ungido, el mesías (Antonio Piñero, *Guía para entender el Nuevo Testamento*, Trotta, 2006). Pero tampoco este título es original, ya que en Egipto el dios Horus, el hijo de Isis, era conocido también como KRST, el “ungido”. “El nuevo grupo, sigue diciendo Piñero, pensaba que los demás judíos habían abandonado de hecho la Alianza con Dios, ya que rechazaban al Mesías enviado. Y si los cristianos eran el verdadero Israel, no necesitaban nuevas Escrituras”.

Jesús, como se ha visto, no cuestionó nunca la identidad judía. Admitió todas las normas y observancias dictaminadas por la Ley mosaica. Fue un circunciso devoto que se sabía de memoria las Sagradas Escrituras y que se creía llamado por Dios (nunca se menciona a Yahvéh) a sacar a su pueblo del marasmo político y de la corrupción religiosa en que estaba sumido, proclamando que Dios y su Reinado absoluto estaban ya cerca. Utiliza para su predicación pasajes del Antiguo Testamento, dándoles nuevo sentido, pero sin romper con la tradición y el espíritu de la Ley. Para Piñero, “Es sólo el cristianismo posterior a Jesús el interesado en presentar al maestro como superador de la Ley en un momento en el que las disputas entre judíos y el incipiente cristianismo eran muy tensas”. Para el historiador S.G.F. Brandon (*The Fall of Jerusalem and the Christian Church*, 1951) no hay duda de que Jesús fue “ejecutado por sedición” ya que “era un miembro del grupo *zelote*, y fue crucificado entre dos terroristas *zelotes*. Incluso tuvo un discípulo denominado Simón el Zelote” (Lc 16:15). La teoría subversiva llega al extremo de admirar a Jesús, como lo hace el comunista español José Antonio Balbontín, por ser el “padre del comunismo”. El ideal de la revolución Francesa, -Libertad, Igualdad, Fraternidad-, concluye Balbontín en el libro citado, “parece inspirado en la esencia viva del Evangelio”.

Hasta su muerte, la vida de Jesús de Nazaret podía pasar como la de otros muchos judíos de su época, visionarios idealistas y levantiscos patriotas, que se creían investidos de la legitimidad mesiánica para anunciar la proximidad del reino de Dios (Juan el Bautista). En esa época, el corazón de los judíos rechazaba no sólo la dominación romana, sino también la odiada dinastía herodiana, que tantos crímenes había cometido antes del siglo I. En el año 37 a.C. Herodes el Idumeo, al frente de un ejército romano, había conquistado Jerusalén y ejecutado a medio centenar de ancianos del Sanedrín. El último rey de los judíos, Antígono, murió decapitado. En su lugar, Herodes el Grande se proclamó rey, asesinó a su esposa (princesa judía) y a sus dos hijos y antes de morir dio orden de quemar vivos a unos fariseos por haber derribado el águila romana que había colocado en el muro del Templo. Arquelao, su sucesor, provocó miles de muertos en las honras fúnebres y crucificó a unos dos mil galileos por haber incendiado su palacio en Jericó. De hecho, Galilea fue un centro de la ‘resistencia’, capitaneada por Judas de Galilea (Hch 5:37). La venganza político-religiosa era el alimento cotidiano de las gentes durante la infancia de Jesús, el ‘contexto histórico’ en el que se desarrolló la Sagrada Familia.

¿Finalizó la vida mortal de Jesús en el suplicio de la cruz? El ‘sedicioso’ Rey de los judíos ¿murió crucificado? La respuesta depende, por supuesto, de la fe. A ningún seguidor de Cristo se le puede insinuar siquiera esta posibilidad. Si no murió, no pudo resucitar, y por tanto “vana es vuestra fe”. Pero hay historiadores que, desde una óptica puramente histórica, insinúan que pudo no haber muerto en aquella circunstancia. Por ejemplo, Michael Baigent, quien imagina un ‘complot’ de Pilato y un miembro del Sanedrín, José de Arimatea, para simular la muerte

mediante un fuerte analgésico, que le haría llegar vivo a la tumba, de la que saldría después de un tratamiento: “Jesús no había muerto, pero parece que precisaba tratamiento médico urgente”. (*Las cartas privadas de Jesús. Últimas investigaciones y documentos reveladores sobre la muerte de Cristo*, Martínez Roca, 2007). Es una tesis parecida a la de Schonfield en *El complot de Pascua*. Algún médico forense, como el español Miguel Lorente, en su libro *Análisis forense de la crucifixión y resurrección de Jesucristo* (Aguilar, 2006), defiende la tesis de que Jesús no murió en la cruz, sino que sufrió un coma superficial o “muerte aparente”.

En cualquier caso, cierta o simulada la muerte, los evangelistas no dicen en qué lugar estuvo exactamente el sepulcro, aunque “María Magdalena y María la de Josef se fijaban dónde era puesto” (Mc 15:47), excavado en la roca, cerrado con una piedra redonda. “Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamarlo” (Mc 16:1). Misterio sobre misterio, que no aclaran los evangelistas. ¿Se puede “embalsamar” un cadáver de dos días? Si era la Pascua, y el sábado era festivo, ¿dónde consiguieron esos aceites aromáticos? ¿Y cómo iban a tocar, contra las leyes judías, un cuerpo en proceso de descomposición? Además, ¿no sabían que Pilato había puesto guardias en el sepulcro? Demasiadas dudas para creer en la veracidad del relato, que parece inverosímil.

Según Mateo (28:15) corrió la versión de que sus discípulos habían robado el cadáver. Fuese cierto o no el soborno de los guardias que relata el evangelista, la realidad es que la noticia del ‘robo’ del difunto por parte de los discípulos se corrió entre la gente, hasta el punto de que Magdalena se queja: “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto” (Jn 20:2). La respuesta de Lucas es equívoca: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?” (Lc 24:6). No excluye el robo, la huída, ni la ‘supuesta’ resurrección. En ambos casos la importancia del Santo Sepulcro era entonces muy secundaria para los discípulos. Tampoco lo fue para los primeros cristianos, que no se preocuparon de él hasta el siglo VI, siendo así que el judaísmo profesa gran veneración por las tumbas de los patriarcas.

“Paradójicamente, era necesario el duelo para que la resurrección no pareciese una ilusión de los sentidos, el fruto de la imaginación y la desesperación de quienes saben que su maestro ha muerto, pero no saben qué ha sido de él” (Gérard Mordillat y Jérôme Prieur, *Jesús contra Jesús*, Algar, 2002). Este mismo autor subraya, algo inadvertido y sorprendente: que el evangelio de Marcos termina de forma abrupta, al referirse a las mujeres, que hallaron el sepulcro vacío, “y no dijeron nada a nadie porque tenían miedo”. ¿De qué o de quién? ¿De encontrarlo vacío? ¿Acaso del ángel, que les anunció “no está aquí, ha resucitado”? Mateo aclara que corrieron a contarlo “con miedo y gran gozo”, porque aún vivía (28:8). La mención del sepulcro indica, desde luego, que allí estuvo depositado el cuerpo de Jesús. ¿Por cuánto tiempo? ¿En qué condiciones?

Según Mateo, “José de Arimatea tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en su sepulcro nuevo” (27:59). También Marcos y Lucas dicen que Arimatea compró una

sábana y con ella envolvió el cuerpo. En cambio, Juan escribe que “lo envolvieron en vendas con los aromas, conforme a la costumbre judía de sepultar”. Pero después agrega que, al llegar Simón Pedro “ve las vendas en el suelo y el sudario que cubrió su cabeza, no junto a las vendas, sino plegado en un lugar aparte” (Jn 20:7). ¿Por qué esta descripción minuciosa? ¿Qué podía significar que el sudario estuviera doblado? ¿Por qué los demás evangelistas no mencionan las vendas? Todo favorece la explicación del ‘robo’ del cuerpo –inconsciente o muerto- porque se necesitaban al menos dos personas para el traslado, y quizás una tercera, muy cuidadosa, para doblar el sudario. Las vendas, en cambio, manchadas de sangre, habían sido tiradas al suelo por ser impuras para un judío. La noche y la soledad favorecieron la operación. Hay que precisar que, según la ley judía, un ajusticiado no podía compartir con otros cuerpos el sepulcro para no contaminarlos, como comenta la *Biblia de Jerusalén* para justificar la frase evangélica.

En realidad, sobre el lugar de la primera sepultura sólo caben conjeturas. Los discípulos, que no se ocuparon del cadáver según los evangelios, nada sabían del lugar. “Al parecer, tampoco lo sabía la primera comunidad. Pues, a la vista del significado de las tumbas de los santos, se puede presuponer que, de haber conocido la tumba de Jesús, los primeros cristianos la habrían venerado y habrían conservado tradiciones sobre ella” (Gerd Lüdemann y Alf Özen, *La resurrección de Jesús*, Trotta, 2001). Y sabemos que eso no ocurrió hasta pasados trescientos años. Por cierto, el turista que visita Jerusalén se encuentra con una sorpresa. Existen ‘dos’ sepulcros. Uno, custodiado por católicos y ortodoxos, en una iglesia redonda, de 18 columnas bajo una cúpula. Otro al norte de la Puerta de Damasco, esculpido en la roca, detrás de la llamada ‘Colina de la Calavera’, que visitan los protestantes desde finales del siglo XIX. Muerto o no, el cuerpo hubo de estar ‘yacente’ en algún lugar de Jerusalén.

La idea de un Jesús ‘redivivo’, sea por ‘sustracción’, por ‘sustitución’, por ‘coma superficial’ o incluso ‘por arte de magia’, dio lugar a la rivalidad entre los citados lugares de Cachemira o el pequeño valle japonés de Shingo, donde podría haber terminado sus días el Jesús de la historia. Los restos, por otra parte, podrían haberse quedado en Jerusalén (aunque no en los sepulcros ‘oficiales’), si fueran ciertos los osarios descubiertos en el barrio de Talpiot, con inscripciones relativas a una familia judía del siglo I, en las que aparecen nombres tan usuales como Jesús, María, Josef, Mateo, Judas, etc. “Si Jesús fue sepultado junto a sus familiares...significa que su muerte no fue violenta ni dramática”, advierte con sorpresa John Parsons, su reciente descubridor, un arqueólogo del Departamento de Antigüedades de Israel. Sin embargo, las pruebas de ADN realizadas a los pequeños restos biológicos encontrados en los osarios demuestran que los presuntos miembros de esta familia no estaban emparentados entre sí. Por último, aún resiste a la investigación la teoría de que los restos mortales de Jesús fueron encontrados bajo el Templo de Jerusalén, por los caballeros Templarios, en el siglo XII (Lynn Picknett y Clive Prince, *La revelación de los templarios*, Martínez Roca, 199). En todo caso, son demasiados sepulcros para un solo cadáver.

Uno de los comentaristas favorables a la idea del rapto por parte de los discípulos insinúa que el cuerpo muerto fue trasladado, “probablemente dentro de un saco, y con la cobertura de los cincuenta kilos de mirra y de áloes repartida alrededor del cuerpo para quitarle toda forma humana. Una carreta, forraje, dos personajes, todo eso no tenía nada de sospechoso...Tomaron discretamente el camino de Samaria, donde Jesús había tenido siempre amigos...terminando en el pueblo de Sebasta pasado el mediodía” (Richard Ambelain, *Jesús o el secreto mortal de los Templarios*, Martínez Roca, 1982). En ese lugar de Samaria, citado por Isaías (10:28) y Samuel (I, 14:2) fue depositado, según este autor, el cuerpo de Jesús. Mucho más tarde, el emperador Juliano habría mandado abrir aquella tumba, quemar sus restos y dispersar sus cenizas al viento. Aunque la incineración de los restos humanos por orden del emperador (año 326) es cierta, para el investigador alemán Joachim Jeremías, que los restos fueran de Jesús “es pura leyenda”.

No son las únicas hipótesis sobre la fortuna (¿) del cuerpo muerto del Nazareno. La cuestión verdaderamente importante para el cristiano es: ¿murió o no murió en la cruz? Últimamente está imponiéndose, como se ha dicho más arriba, la teoría de que Jesús de Nazaret no murió en el patíbulo del Gólgota. Bien porque fuera ‘sustituido’ por otro personaje, bien porque seguía vivo durante el descendimiento, recuperándose posteriormente, aunque pasando por la oscuridad del sepulcro. Para Robert Ambelain, “hay que admitir que fue Simón, llamado de Cirene, quien tomó su lugar en la cruz” (*Los secretos del Gólgota*, Martínez Roca, 1986). La hipótesis del autor es, desde luego, imaginativa, pero sin respaldo documental. Su condición de experto en ocultismo y sociedades secretas le hace aventurar la hipótesis de que Jesús pudo huir durante su traslado al patíbulo, en una revuelta de *zelotes*, liderada por Simón, que fue apresado por los romanos, “quienes inmediatamente después le crucificaron en lugar de Jesús”.

Pero el Nazareno fue preso poco después, en otra redada, y culminada su crucifixión en el Monte de los Olivos. “De esos dos procesos se intentó realizar un solo relato, con el fin de ‘escamotear’ la evasión”, bastante enojosa en un ‘hijo de Dios’, comenta. Entre ambas detenciones habrían transcurrido seis semanas. Tras la muerte, los legionarios romanos echaron el cadáver de Jesús a la ‘fossa infamia’, la fosa común de los ajusticiados. (Richard Ambelain, *Jesús o el secreto mortal de los templarios*, Martínez Roca, 1982). Un autor, Jon Crossan, que tuvo la genial idea de insinuar que el cuerpo muerto de Jesús fue devorado por perros salvajes, en *¿Quién asesinó a Jesús?*, fue inmediatamente excomulgado por la Iglesia católica.

Aquí no termina la fabulación. Basándose en escritos de Hipólito de Tebas y de Josefo el Eclesiástico, Ambelain ‘resucita’ la idea de que Jesús tenía un hermano gemelo, de antiquísima tradición en los evangelios apócrifos, que identifican con el apóstol Tomás *Dídimo*, que significa ‘gemelo’. Dando por supuesto que el cuerpo de Jesús había sido arrojado a una fosa común, sin posibilidad de recuperación, “para explicar las ‘apariciones’ póstumas no nos queda ya más explicación que la de un compinche que hubiera hecho este papel, en este caso su hermano gemelo, cuya existencia, si no su papel, no puede ponerse en duda” (*Los secretos del*

Gólgota, Martínez Roca, 1986). Para justificar la base de sus suposiciones, aclara en nota a pie de página que “El papa Gregorio I, llamado el Magno (santo), que reinó del año 590 al 604, fue quien mandó quemar los archivos del antiguo Imperio romano, sin duda por prudencia, ya que a través de ellos sabríamos mucho más sobre Jesús”. Para mayor sorpresa del lector, añade que las Iglesias orientales, en los comienzos del cristianismo, veneraban a Pilato como benefactor del líder nazareno, a quien ayudó a huir, ya que, tanto la copta como la griega santificaron a Pilato y a su mujer Claudia, basados en tradiciones no confirmadas. (Un paréntesis sarcástico: Pilato era un ¡santo sevillano! Pues habría nacido en Sevilla, donde vivía su padre Marco Poncio, a las órdenes de Agripa Marcelo. ¿Quizás en Itálica? ¡Qué pequeño es el mundo!).

En estos momentos llega mis oídos el *Réquiem* de Mozart y pienso en ese lacerado judío cuyo cadáver ha sido traído y llevado sin contemplaciones, por unos y otros pretendidos investigadores, como pieza de trofeo, más por propia vanagloria que por deseo de encontrar la verdad. Acostumbrado desde la niñez a ver las imágenes doloridas del Nazareno y a rezarle ante su cuerpo magullado y crucificado, siento una lástima infinita, no por él, que ya no puede sufrir más, sino por mí y por los infinitos que, como yo, han creído ver a un Dios omnipotente en ese cuerpo doliente suspendido en un madero. ¡Qué ignominia para la razón! ¡Qué insensata credulidad! ¡Qué delirante superstición! Pero al mismo tiempo ¡cuántas emociones dominantes y avasalladoras en los que viven profundamente la fe en el crucificado! ¡Qué locuras en nombre de la cruz! ¡Qué sentimientos de bondad, altruismo y amor! ¡Qué derroche de caridad en su nombre! ¡Cuánto sacrificio con la mirada puesta en ese futuro feliz que nunca llegará! A todos nos empuja el deseo y la esperanza de la felicidad. Muchísimos la encuentran en la fe cristiana. Ya no es mi caso. Yo la encuentro ahora en la búsqueda de la verdad, sin despreciar las creencias ajenas. Cada cual es el artífice de su felicidad.

Hace unos años, acuciado por la curiosidad, viajé al sur de Francia para contemplar con mis propios ojos la misteriosa iglesia de Rennes-le-Chateau, en cuyos alrededores se encuentra el Mont Cardou, donde se sitúa, según algunos, el ‘verdadero’ sepulcro de Jesús, la “tumba secreta de Dios”. Lo han explicado con todo lujo de detalles Richard Andrews y Paul Schellenberger en su libro *La tumba de Dios* (Martínez Roca, 1996). La iglesia en cuestión es la única parroquia de este pequeño pueblo, y está dedicada a Santa María Magdalena. Ya en el tímpano de la puerta de entrada, al visitante se le encoge el corazón cuando lee un pasaje del Génesis (28:17): “Terribilis est locus iste” (‘Este es un lugar terrible’). No habla de oración, ni de recogimiento, ni siquiera del Dios sacramentado... Simplemente me dice que voy a entrar en un lugar “terrible”, es decir, que produce terror... un terror sagrado. Traspasado el umbral, llama poderosamente la atención la pila de agua bendita. No es nada usual que esté sostenida por un demonio, en este caso Asmodeo, el diablo que, según la tradición, ayudó a construir el templo de Salomón, como si fuera el guardián del templo y sus secretos. ¿Qué hace un demonio en la

casa de Dios? Sobre la pila, cuatro seres alados bajo una cruz especial...como la que simboliza la Hermandad de los Rosacruces.

Una simple mirada de reconocimiento me produce sensaciones extrañas. El altar mayor está presidido por un relieve de María Magdalena, grávida al parecer, junto a un libro y una calavera, en actitud penitente. A ambos lados dos esculturas de María y de José, una enfrente de la otra, sosteniendo ambos en sus brazos a un niño Jesús ¡idéntico el uno al otro! (¿Alusión a los ‘gemelos’?) bajo una bóveda azul tachonada de estrellas. Por las paredes, un Via Crucis para la devoción de la Pasión, como en tantas otras iglesias católicas. Pero no, ¡en el último paso, la sepultura acogía el cuerpo de un Jesús desnudo, pero vivo! Las imágenes de San Juan Bautista y San Roque, ambos reconocidos patronos esotéricos y alquimistas, junto a los triángulos, signos masónicos, el ajedrezado de las losas del suelo, y las ¡siete! imágenes de la Magdalena, me hicieron reconocer que, al menos, era una iglesia católica muy peculiar.

La casa parroquial adjunta, convertida en museo, está dedicada íntegramente al recuerdo de uno de sus párrocos, François Berenger Saunière, de finales del siglo XIX, responsable de la ‘modernización’ de la iglesia y de una lujosa vivienda (“Villa Betania”), a la que enriqueció con una pequeña torre neo-gótica (“Torre Magdala”), como recinto de biblioteca y estudio, con una impresionante vista panorámica, desde donde se pueden divisar las colinas y montes cercanos. En el museo conservan una reproducción en cera, a tamaño natural, del cura párroco y su ama de llaves, enterrados juntos en el cementerio parroquial. A la entrada, hay en el suelo una excavación rocosa, que conduce al subsuelo de la iglesia, taponada con una reja. Esperando, según me dijeron, la necesaria licencia del obispo de Carcassonne para continuar las interrumpidas ‘investigaciones arqueológicas’ (Esto ocurría en el año 2002).

Esta visita sería una más, de carácter turístico, si no fuera por el ‘secreto’ que esconde este lugar. Hasta este año de 2002, Internet proporcionaba 180 títulos de libros escritos desde 1789 sobre Rennes-le-Chateau y su ‘secreto’. Los primeros autores que esbozaban el interés de este lugar fueron René Descadeillas (*Notices sur Rennes-le-Chateau et l’abbé Saunière*, 1962) y Gérard de Sède (*Les templiers sont parmi nous*, 1963). Este último autor siguió insistiendo en sus siguientes obras: *L’or de Rennes ou la vie insolite de Berenguer Saunière* (1967), *Le trésor maudit de Rennes-le-Chateau* (1968), *La race fabuleuse* (1973), *Le vrai dossier de l’enigme de Rennes* (1975), *Signé Rose+ Croix. L’enigme de Rennes-le-Chateau* (1977) y *Rennes-le-Chateau. Le dossier, les impostures* (1988). Para este fecha ya habían surgidos otros interesados en el tema, como Jean-Pierre Monteils (*Le dossier secret de Rennes-le-Chateau*, 1981), Brétigny Deloux (*Rennes-le-Chateau, capitale secrète de l’histoire de France*, 1982) y sobre todo las obras conjuntas de Lincoln, Leigh y Baigent *L’enigme sacrée* (1983) y *Le message* (1987). Después recogieron la antorcha otros investigadores, como Markale, Simon, Bedu, Blue, Captier, Buthion, Douzet, Vinciane y sobre todo la pareja americana de Richard Andrews y Paul Schellenberger, que publicaron *The Tomb of God* (1996) que en Francia tradujeron como

La montagne sacrée (1996) y en español *La tumba de Dios*, con el expresivo subtítulo de “*El cuerpo de Jesús y la solución a un misterio de 2000 años*” (Martínez Roca, 1996). Sólo el título aseguraba el éxito, por eso las traducciones se sucedieron el mismo año.

Desentrañar el ‘secreto’, en definitiva, significaba explicar racionalmente cómo era posible que un pobre cura de aldea (de unos 200 habitantes) hubiera reunido el capital suficiente para reconstruir la iglesia y levantar los edificios adjuntos, llevando, además, una vida de lujo y poderosas relaciones sociales, con abultadas cuentas corrientes en bancos de París, Toulouse, Bordeaux, Perpignan y Budapest, como quedó demostrado suficientemente. Los escritores más fantasiosos comenzaron a especular, y entre unos y otros, poco a poco se fue estableciendo una teoría no desdeñable. No había más explicación que la de un ‘tesoro’ descubierto por el párroco al restaurar su iglesia. Nadie ha podido descubrir cuál fuese ese ‘tesoro’, material o espiritual, aunque las investigaciones han venido a concluir que posiblemente se tratase de los manuscritos que el abad encontró enrollados en unas columnas huecas del altar mayor, cuya importancia le llevó a peregrinar por las altas jerarquías católicas de Carcassonne, Toulouse y París. Si el ‘tesoro’ fuese material no habría más secreto que su procedencia. Pero si realmente se ‘escondía’ en los rollos debemos suponer que su contenido era ideológico, de importancia suma.

El hecho cierto es que, después de estas visitas y estancias fuera de su pueblo, el párroco dio señales de una fortuna inesperada, comenzando la restauración de la iglesia, que, como pude comprobar, muestra unos evidentes símbolos masónicos que aluden a una doctrina anti-católica. Fuesen donaciones episcopales, fuesen donaciones de particulares, fuesen sobornos inconfesables, la realidad es que esos manuscritos fueron una fuente inesperada de riqueza. El ‘secreto’ se transformó en ‘misterio’ porque el párroco no dejó nada escrito sobre el particular, aunque no le faltaron confidentes, como su ama de llaves y algunos sacerdotes amigos. Correr el velo de ese ‘misterio’ ha sido la obsesión de múltiples investigadores, incluso novelistas, que no lo han conseguido por completo, aunque la teoría más aceptada en el día de hoy es que esos documentos indican que cerca de allí, en el vecino Mont Cardou (Corp Dou=Cuerpo de Dios) se hallan, desde hace veinte siglos, los restos mortales de Jesús de Nazaret.

La historia de esta auténtica ‘revelación’ se remonta a la Primera Cruzada (siglo XII) cuando se funda, por dos nobles franceses, la Orden de los Caballeros Templarios, cuya vida no se alargó más allá de dos siglos, ya que en el año 1314 moría en la hoguera, como hereje, el último gran Maestre de la Orden. ¿Qué convirtió en herejes a aquellos monjes armados que habían jurado defender la fe de Cristo? Al parecer, cuando en 1187 Jerusalén fue recuperada por Saladino, los templarios saquearon el Templo, llevándose todos los tesoros que encontraron a su paso. Y en una de esas pesquisas, los templarios encontraron en los sótanos del Templo, el ‘verdadero’ sepulcro de Jesús. De regreso a sus propiedades en Languedoc, transportaron con ellos los ‘sagrados’ restos y los sepultaron en una ladera del Mont Cardou. Antes de su desaparición, dejaron una serie de claves secretas para encontrarlo, acontecimiento que tardó en

llegar más de quinientos años. El joven párroco de Rennes-le-Chateau dio con el hilo de Ariadna y supo sacar partido de su descubrimiento. Hasta aquí la tesis de Andrews y Schellenberger, que exigen la excavación del Mont Cardou, porque “nosotros creemos que los restos mortales son los de Jesús”. Empeño difícil, porque, aunque se pudiesen encontrar algunos restos ¿cómo demostrar que son los del nazareno? Tesis que, además, se sostiene con dificultad. En especial, resulta increíble que este ‘secreto’ de tanta trascendencia, se ignore durante siglos, y se desligue del otro, que sí está fuertemente arraigado en la conciencia histórica del Languedoc francés: la estancia y sepultura de María Magdalena.

Aunque se pudiera hallar alguna evidencia arqueológica sobre los restos de Jesús, queda en pie el ‘enigma’ de la Magdalena. ¿Por qué esa saturación de imágenes de la santa en la iglesia de Rennes-le-Chateau? ¿Por qué los nombres de “Betania” y “Torre Magdala”? Son varias las leyendas medievales sobre la suerte que corrió María Magdalena después de la desaparición terrena de Jesús. La más antigua la sitúa en Éfeso (Turquía) en compañía de María, la madre de Jesús, que, para la Iglesia católica desde hace bien poco, ‘subió’ en cuerpo y alma a los cielos, por privilegio de su Todopoderoso Hijo. La supuesta tumba de la Magdalena fue muy venerada en Éfeso a partir del siglo VI. El Patriarca de Jerusalén, Modesto, que murió en el año 634, afirma que allí estuvo y murió martirizada. Otra leyenda la muestra en desacuerdo con los apóstoles, quienes la abandonaron en una barca sin vela ni remos, condenada a morir ahogada, por ‘gnóstica’ y ‘feminista’. Un milagro la salva y la hace desembarcar cerca de Marsella, al sur de la Galia romana, donde no sólo fue bien acogida sino que consiguió la santificación haciendo penitencia, como la suelen pintar casi todos los artistas, porque el arrepentimiento es básico en la moral de los cristianos.

Francia es el país que más reliquias conserva de María Magdalena, y donde se conserva su (pretendida) cabeza, que todos los años sacan en procesión en el pueblo marítimo de Les Santes Maries de la Mer, por suponer que fue allí donde desembarcó la santa, acompañada por Maxime, futuro obispo de Aix-en-Provence y por su hija Sara, la *Kali* (negra) hoy patrona de los gitanos, nacida en Alejandría, según san Gregorio de Tours, obispo de Vézelay en el siglo VI, en su obra *De miraculis*. Del padre de Sara no dice ni palabra. Lo cierto es que también en la capilla románica de la catedral de Vézelay se veneran los últimos restos (según dicen) de María Magdalena. Pero no hay que asombrarse. Las reliquias de los santos se multiplicaban en la Edad Media y eran motivo de rivalidades, más que supersticiosas, ingenuas y absurdas. Casi todas en Francia, donde el culto a la discípula amada de Jesús se evidencia en los iglesias puestas bajo su advocación, durante el siglo XI, en Verdún (1004), Bayeux (1027), Bellevault (1034), Le Mans (1040), Reims (1043) y Besançon (1049). Son bellísimas las vidrieras de la románica catedral de Chartres (siglo XII), una de las cuales refleja la leyenda del desembarco de la santa en Provence, su muerte y entierro presididos por el obispo Maximin.

En el siglo XIII eran cinco las tumbas que se disputaban los restos de la Magdalena, a los que hay que añadir los innumerables trozos pequeños de ‘dudosa’ procedencia. Pero en Roma también se venera, en San Juan de Letrán, el (supuesto) cuerpo descabezado de la santa. Un dedo se exhibe en la catedral de Exeter (Gran Bretaña) y un mechón de su cabello en la catedral española de Oviedo (Juan Arias, *La Magdalena. El último tabú del cristianismo*, Aguilar, 2005). No sería posible un culto tan extendido si no hubiera tenido una ‘especial’ relación con Jesús de Nazaret. ¿Prostituta, como dijo de ella el papa Gregorio Magno en el siglo VI? ¿Virgen y mártir? ¿Esposa o amante de Jesús? ¿Quizás *La novia olvidada* (Zenit, 2007) como sugiere Margaret Starbird? Hay tantas apuestas que no sería sensato inclinarse por una, aunque persiste la tradición de ser la madre de una hija de Jesús, cabeza del linaje merovingio de Francia, descabellada tradición cuya llama se mantiene viva a través de los siglos. Su descendencia sería, según J.L. Gutiérrez, *El legado de María Magdalena* (2005).

El ‘secreto’, sin embargo, aún no ha sido desvelado, aunque los investigadores se van acercando cada vez más, dando una explicación coherente a la insólita devoción de Francia por la Magdalena, especialmente en el sureño Languedoc. Hace escasos años, el investigador británico Ben Hammot y el director de cine Bruce Burgess, dieron a conocer un revelador documental, con el título de *Bloodline* (“Línea de sangre”), en el que exponían los sensacionales hallazgos realizados en una gruta de Rennes-le-Chateau. Provistos de una cámara fotográfica adecuada hicieron fotos del contenido de esa cavidad: una gran cruz de madera, un saco con una estrella de David, pergaminos, cofres y cajas que contenían cálices y monedas, además de una tumba con restos de una mujer. Para Hammot, se trata de una cavidad usada por los templarios como escondite, antes de ser arrestados en 1307. En otro escondrijo (en el ‘Sillón del Diablo’, en Rennes-le-Bains) se encontraron cuatro botellas verdes, en cuyo interior había varios documentos del siglo XIX, escritos por el propio abad Saunière, según confirmaron los análisis grafológicos pertinentes.

En otra oquedad, cercana al Château de Blanchefort, un baúl, datado en el siglo XV por la Universidad de Oxford, con una redoma de vidrio en cuyo interior se halló la más sorprendente confesión del abad: “La resurrección de Jesús es una broma; fue María Magdalena la que sacó su cuerpo de la tumba. Sus discípulos lo encubrieron con la mentira. Más tarde, el cuerpo de Jesús fue hallado por los templarios y escondido por tres veces. La tumba está aquí. Algunas partes de su cuerpo están a salvo... Los enemigos no son los herejes, sino la Iglesia de Roma. He abandonado mi falsa iglesia, he renunciado. He hecho lo que he hecho para preservar el secreto. En el futuro tal vez llegue el momento de revelarlo”. Nada pongo ni quito de mi cosecha. Como lo leí lo transcribo. Estoy a la espera del último descubrimiento. El que cambiaría de un solo golpe la historia de la cristiandad. ¿Estará aquí la tumba de la ‘familia sagrada’, Jesús, Magdalena y Sara?

Porque la importancia es extrema si nos referimos a Jesús de Nazaret, a su relación sexual con la Magdalena y a su desconocida hija. No sólo para la religión cristiana, sino también para la historia política francesa. Prescindiendo de la fe en la resurrección, Jesús pudo haber muerto en Jerusalén, en el Extremo Oriente, en Egipto o en cualquier otro lugar, hasta hoy no localizado. Pudo haber acompañado a la Magdalena en su periplo por el Mediterráneo, con sus cenizas en una urna, o bien fallecer de muerte natural en Francia. En cualquier caso, Magdalena, según la leyenda, llegó embarazada a las costas de Marsella, llevando en sus entrañas el ‘fruto’ de Jesús de Nazaret, una niña que, según la tradición, llegó a emparentar con la dinastía francesa de los merovingios. Su vientre sería, pues, el “Santo Grial”, la “Sang- Real” que estaría destinada a ocupar el trono de Francia. Esta es la inverosímil tesis de la novela, y posterior película, de Dan Brown, *El código da Vinci*, que tanto ha dado que hablar en estos últimos años.

Aquí queda recogida porque es una salida más, sin duda, al secreto de la tumba y de la supuesta descendencia de Jesús. Que sería, por tanto, para Brown, el auténtico ‘secreto’ de los Templarios, constructores de la mayoría de las basílicas dedicadas a la Magdalena, que después conservarían como propio algunas sociedades secretas, como la masonería o el Priorato de Sión. Por ello, afirman Picknett y Prince, “la clandestinidad herética del sur de Francia era y es, primordialmente, un culto a la Magdalena, que no a Jesús” (*La revelación de los templarios*, Martínez Roca, 1998). Para esta pareja de investigadores, la extrañeza del visitante de Rennes-le-Chateau se esfuma en cuanto comprendamos que Juan el Bautista era el “santo patrono tanto de los caballeros templarios como de los francmasones” y que “lejos de ser una obsesión personal, la devoción especial de Saunière por la Magdalena se revela efectivamente como parte de la Gran Herejía Europea”.

Esta herejía enlazaría los nombres del Bautista y de la Magdalena: el primero como el principio, bautizando a Jesús, y la segunda, ungiéndolo con el aroma de nardo (“Alfa y Omega” del gnosticismo). Según este libro, Jesús vivió y aprendió en Egipto las artes de la magia, como veremos, y la Magdalena era “una sacerdotisa de Isis, que fue compañera sexual de Jesús”. Lo predicado por Jesús no sería sino una reedición de la mitología egipcia. ¿Increíble? Lo cierto es que los primeros caballeros templarios procedían todos del Languedoc francés, eran devotos de la Magdalena, y postularon por Europa el culto a Juan Bautista. El hallazgo del abad Saunière no haría sino confirmar que Rennes-le-Château era el centro de la ‘nueva espiritualidad’ europea, contraria a la doctrina cristiana. La imaginación trabaja, pero es la ciencia la que tiene la última palabra, si fuese posible llegar a ella.

VI

Jesucristo

Cuando muere Jesús, nace Jesucristo. Jesús es hijo de su espacio y de su tiempo, Jesucristo es intemporal y universal. Cuando acaba la vida del Jesús de la historia, comienza la del Jesús resucitado, divinizado y adorado por millones de creyentes como la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. “Son sus discípulos quienes, tras su desaparición física, lo convierten en un héroe y en un dios”, en palabras de Antonio Piñero. El nombre de *Jesús* le fue impuesto por sus padres, siguiendo las órdenes de un ángel (Mt 1:21; Lc 1:31). El sobrenombre de *Cristo* fue usado por los suyos, al ser tratado como el ‘Ungido’, el ‘Mesías’, el ‘Señor’ en las páginas de los Evangelios. A la pregunta de Jesús: “Y vosotros, quién decís que soy yo?” Pedro responde: “Tú eres el Cristo” (Mc 8:27-30). Pero, “Cristo no nació porque Cristo no es el nombre de una persona, sino una dignidad”, afirman los autores de *Jesús contra Jesús*.

Cristo es un concepto teológico, primero egipcio y después bíblico, que hace referencia en el segundo caso a un líder victorioso, a un Mesías enviado por Yahvéh para la liberación del pueblo judío. Pero la decepción de los discípulos es real y comprensible tras la crucifixión: “Nosotros esperábamos que sería él quien iba a liberar a Israel” (Lc 24:21). Pero la victoria no llegaría hasta pasadas cinco o seis generaciones. En el cementerio del Vaticano se conserva el mosaico cristiano más antiguo (mediados del siglo III) que es una representación del Cristo-Sol subido al carro triunfal del ‘Sol invicto’, el dios solar asirio, adorado por Caracalla y otros emperadores, ahora cristianizado. Es una victoria doctrinal, no política.

Al percatarse del doloroso mentís de la cruz, sus discípulos, el converso Pablo, y más adelante los evangelistas, se empeñaron en sustituir al Jesús vencido por el Cristo vencedor. Para ello no había más remedio que falsificar la realidad, ‘inventando’ otra que diera esperanzas a los desanimados fieles. Como dice Pablo, “Si Cristo no resucitó, vacía es nuestra predicación, vacía es también vuestra fe” (1Cor 15:14). La resurrección era, pues, de absoluta necesidad para predicar la nueva religión. En los *Hechos de los Apóstoles*, el ardiente Pablo porfía con los tesalonicenses tres sábados consecutivos para convencerles de que Jesús es, efectivamente, el Cristo: “es Jesús, a quien yo os anuncio” (Hch 17:3-4). “El lastre del muerto va aligerándose, se desvanece ante el prestigio del Resucitado, se engalana con títulos, se corona de gloria. Y puesto que Cristo ha resucitado, Jesús se retira al arcano de la historia”, dicen poéticamente Gérard Mordillat y Jérôme Prieur en *Jesús contra Jesús. Una polémica visión de la figura de Cristo a partir de las contradicciones de los evangelios* (Algar, 2002).

El nombre completo de *Jesucristo* no se encuentra hasta las cartas conocidas de Pablo de Tarso, escritas hacia la mitad del siglo I, que comienzan siempre con una salutación: “Gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo” (1Cor 1:3; 2Cor 1:2; Gál 1:3; 2Tes 1:2). A los Romanos se presenta como “Pablo, esclavo de Jesucristo” (Ro 1:1). A los Gálatas les

confiesa la “revelación” que le convirtió en predicador del Evangelio. “pues ni siquiera yo lo recibí ni aprendí de un hombre, sino por revelación de Jesucristo” (Gál 1:11-12). A los Tesalonicenses los saluda con la expresión “La gracia de Nuestro Señor Jesucristo [esté] con vosotros” (1Tes 5:28). Para los Corintios, en fin, reserva una bendición: “Bendito el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo” (2Cor 1:3), sugiriendo que el Padre y el Hijo son dos personas distintas. Veinte años después, el nombre aparece en el primer versículo del evangelio de Marcos: “Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios” (Mc 1:1). El último evangelista, Juan, finaliza el suyo diciendo: “Estas [cosas] se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Jn 20:31). Juan, aunque escribe medio siglo después de Pablo, relata los hechos y dichos de Jesús, sin mencionar nunca la palabra *Jesucristo*.

Con este proceso de transformación del Jesús de la historia en el Cristo de la fe, nace la “cristología”. Los primeros cristianos dan una vuelta a la historia: el pobre galileo crucificado va a ser, en adelante, el Cristo, el Señor (*kiryos*), el Hijo de Dios, que no puede morir. “De este pasmoso sofisma, dicen Mordillat y Prieur, nació una verdad eterna”. La confirmación comienza con una ‘visión’ o ‘alucinación’, cuando un supuesto ángel dice a las mujeres en el sepulcro: “Jesús el Nazareno, el crucificado; ha resucitado; no está aquí” (Mc 16:6). Con esta frase, el ‘espíritu que habla’ (¿en qué idioma?) dice a estas mujeres que amaban al Jesús de la historia, y en ellas se reconocen todos los cristianos posteriores, que el ‘resucitado’ ha tomado ‘posesión’ de sus mentes. Como la ‘diabólica’, tan asumida ya en aquellos tiempos, existe una ‘posesión divina’, similar a la hebraica de Yahvéh, que vivirá en la mente de los creyentes, una ‘quimera engañosa’ llamada *Jesucristo*, para la cual no existe más exorcismo que la razón.

Las ideas enfrentadas sobre la divinidad de Jesucristo en esos primeros años quedan magníficamente resumidas por Antonio Piñero, en *Los cristianismos derrotados. ¿Cuál fue el pensamiento de los primeros cristianos heréticos y heterodoxos?* (Edaf, 2007). Primera teoría: Era un hombre normal, que Dios Padre elevó a la gloria y lo sentó a su lado, después de resucitarlo. Así lo manifiesta Pedro en su primer discurso, conservado en los *Hechos*: “Jesús Nazareno, hombre a quien Dios resucitó...” (Hch 2:22-24). Segunda teoría: Jesús fue un hombre ‘adoptado’ por Dios y capacitado para su misión salvadora en el momento de su bautismo (Mc 1:9-11). Tercera teoría: La filiación divina ocurre en el momento mismo de la concepción (Lc 1:30-33). Cuarta teoría: Jesús es Dios antes de ‘encarnarse’, vive desde toda la eternidad (Jn 1:1-14), que fue la que, finalmente, venció a las demás teorías sobre su divinidad.

A este respecto, la mención evangélica más explícita sobre la vida eterna la transcribe Juan, aunque puede ser interpolación posterior (pensemos que ha pasado casi un siglo y nadie asistió a esta conversación entre Jesús y Marta) al responder el Maestro a las dudas de la hermana de Lázaro: “Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás” (Jn 11:25-26). Idea muy acorde con el ideario gnóstico

del evangelio de Juan, y que remite a un simbolismo místico de difícil encaje en el realismo de los evangelios sinópticos. El suceso mismo de la resurrección no está recogido en ningún texto del Nuevo Testamento. No hay más constatación que las ‘apariciones’ posteriores. No podemos saber, en realidad, siguiendo los evangelios, qué sucedió realmente. El cotejo de los diferentes relatos, por otra parte, no añade más luz, sino que lo oscurece aún más. Las opiniones del erudito profesor Gerd Lüdemann, Director del Instituto de Estudios Cristianos antiguos de la Facultad de Teología en la Universidad de Göttingen, quedan recogidas en su libro más reciente, *La resurrección de Jesús. Historia, experiencia, teología* (Trotta, 2001). Teorías sorprendentes, que contradicen los textos evangélicos.

Primera: “La marcha de María Magdalena con las otras dos mujeres hasta la tumba de Jesús el día siguiente al sábado difícilmente se puede calificar de histórica. Su fuente es una leyenda surgida tardíamente y encaminada a hacer frente a los ataques de los adversarios, una leyenda que sin una fe ‘cristiana’ ya presente de antemano no habría podido existir”. Segunda: “La visita de Pedro a la tumba...es una creación posterior, y por consiguiente, sin valor histórico”. Tercera: “De la historia de Emaús como tal no podemos aprender casi nada en absoluto sobre lo históricamente especial de la fe cristiana”. Cuarta: “El saldo histórico es igual a cero”. Quinta: “Sobre el momento cronológico de la resurrección no se puede dar históricamente ninguna indicación. El momento cronológico ‘al tercer día’ se eligió para cumplir una profecía veterotestamentaria”. Sexta: “El rumor sobre el robo del cadáver de Jesús es históricamente cierto, pero no el robo como tal....Los discípulos, debido a su inmensa decepción, no habrían sido capaces de una impostura así”. Séptima: “La tradición del soborno de los guardias del sepulcro no se puede tomar históricamente en serio”. Octava: “Los relatos de la resurrección...son composiciones tardías que intentan satisfacer la exigencia relativa al ‘cómo’ de la resurrección de Jesús. Carecen, por tanto, de todo valor histórico”. Novena: “El encuentro entre Jesús resucitado y Tomás no es histórico”.

Según las investigaciones teológicas más recientes, como las del mismo profesor alemán, ya citado, de la resurrección de Jesús sólo se tienen noticias por las apariciones, cuando existe la controversia sobre si el cuerpo era ‘real’ o mera ‘aparición’. Lo que sí parece cierto es que Magdalena, Pedro y los demás discípulos tuvieron ‘vivencias’ de Jesús resucitado. Pero nada tienen que ver con el acontecimiento histórico ‘real’. La posible ‘aparición’ de Jesús a Pedro es diferente a la de Pablo, ya que éste no lo conocía previamente, y el primero sí. Los sucesos de Pentecostés y la ‘aparición’ a ‘más de quinientos’ (1Cor 15:6) como fenómeno histórico se puede justificar como un éxtasis colectivo que tuvo lugar en la época primitiva de la comunidad, tal como ha sucedido después en tantas ocasiones, en especial en las ‘apariciones marianas’. Desde el punto de vista de la psicología de masas, los desencadenantes de dicho éxtasis pudieron ser diferentes personas o una sola. Lüdemann habla de una “embriaguez religiosa” que origina las visiones, pero sin intervención divina, sino como expresión exaltada de un proceso

psíquico. En consecuencia, “una perspectiva de cosmovisión moderna consecuente debe decir adiós a la resurrección de Jesús como acontecimiento histórico”.

Psicológicamente, sin embargo, “Pedro experimentó en una visión a Jesús vivo, y este acontecimiento condujo a una reacción en cadena sin igual....El círculo de los doce, fundado por Jesús durante su vida, se vio arrastrado por Pedro y ‘vio’ igualmente a Jesús...Hoy en día ya no podemos tomar literalmente las afirmaciones sobre la resurrección de Jesús...No fue un hecho histórico, sino un juicio de fe. Digámoslo, por tanto, de forma totalmente concreta: la tumba de Jesús no estaba vacía sino llena, y su cadáver no se esfumó, sino que se descompuso...Con la revolución de la cosmovisión de las ciencias de la naturaleza, las afirmaciones de la resurrección de Jesús han perdido definitivamente su sentido literal”. Afirmaciones taxativas del profesor Gerd Lüdemann que, dejando en mal lugar las del apóstol Pablo (“Si Jesús no ha resucitado, vana es vuestra fe”) promueve un nuevo sentido cristiano de entender el dogma, “una liberación que lleva en sí la semilla de lo nuevo”. Es una teoría similar a la expuesta por el obispo episcopaliano de Nueva Jersey John Shelby Spong en su obra *La Resurrección ¿mito o realidad?* (Martínez Roca, 1996). Fue el evangelista Lucas quien “transformó radicalmente el relato de la tumba”, ‘inventando’, además, el episodio que sólo él relata, de la *ascensión* de Jesús, necesario para completar la victoria de *Jesucristo*.

A la luz de tan autorizados comentarios protestantes, en las antípodas de la teología católica, no puede quedar duda del abismo doctrinal en que vive inmerso el cristianismo de hoy, que encierra la semilla de su destrucción desde sus orígenes. La ‘invención’ de *Jesucristo*, por muy bienintencionada que esté, no puede ocultar su fragilidad al tratarse de un fraude, que, a la larga, se alzaría contra su misma existencia. Estos ‘inventores’, llámense profetas, como en el Antiguo Testamento, evangelistas o apóstoles, como en el Nuevo, no idearon nada original. Hay quien, como la egiptóloga Claude-Brigitte Carcenac, encuentra sus huellas en el Egipto faraónico (*Jesús, 3.000 años antes de Cristo*, Plaza-Janés, 1987), algo normal, ya que “una idea común a todos los sistemas teológicos establece que en la época prehistórica gobernó un dios” y los paralelismos se pueden encontrar con facilidad entre las doctrinas egipcias y las judías, “hasta el punto de que los rasgos divinos que los egipcios atribuían a los faraones, fueron aplicados por los israelitas al Rey de Justicia que esperaban”. Los aspectos más sobresalientes del nacimiento de Jesús, de la circuncisión (rito judío tomado de los egipcios), las ideas egipcias sobre la resurrección y la vida eterna, la filiación divina de los faraones, el descenso a los infiernos (tema extraño al judaísmo, pero presente entre los egipcios), la resurrección simbólica, todos son lugares comunes entre ambas doctrinas. Osiris, muerto y resucitado, es el antecedente más citado de la historia mística de *Jesucristo*.

Según el gran psicoanalista Carl Jung, discípulo de Freud, “Cristo no es tanto un hecho histórico como un hecho psicológico que tiende a ocurrir por sí mismo”. La universalidad del mito se debe a que es un arquetipo de la psique profunda, impreso en el inconsciente colectivo,

ente invisible y universal del que Jung se preguntaba si no sería lo mismo que la palabra Dios para los místicos. En su obra *Los misterios de Jesús* (Grijalbo, 1998), Timothy Freke y Meter Gandy, estudian las asombrosas coincidencias de la vida de Jesucristo con el mito básico de los dioses sacrificados. Todos ellos se presentan como el ‘Salvador’ de los hombres; todos nacen de una ‘madre virgen’, casi siempre en fecha única (el 25 de diciembre, solsticio de invierno); su nacimiento fue anunciado por una estrella: recibieron la visita de unos magos que les rindieron honores con los mismos presentes simbólicos: oro, incienso y mirra; fueron bautizados en un rito iniciático; realizaron el prodigio de convertir el agua en vino; asombraron por sus ‘milagros’, curación de enfermos, calmar las aguas tempestuosas, multiplicación de los alimentos; tuvieron un grupo escogido de seguidores; fueron aclamados por la multitud como reyes; murieron asesinados o sacrificados y resucitaron al tercer día; sus discípulos celebran un ágape ritual de unión; y finalmente, esperan su vuelta ‘para juzgar a los hombres’ y fundar una Edad de Oro de la Humanidad. Recomendando la lectura de este libro de mitología comparada, que hará ‘abrir los ojos’ a más de un crédulo supersticioso.

Existe, por tanto, un modelo básico que se repite en cada caso. La primera *Sagrada Familia* es egipcia (Osiris, Isis y Horus); la *Inmaculada Concepción* es una variante del mito de Isis y Osiris (Horus es procreado sin intervención del sexo); la primera *Eucaristía* fue la comunión de Osiris con pan y cerveza; el primer *Dios Hijo, Salvador de los hombres* fue Osiris, fundido en un único ser con el Dios Padre (Ra). Naturalmente, también existen mensajes de originalidad en la doctrina de Jesucristo, que dejan en la mente de los oyentes o lectores una atractiva esperanza de felicidad, sobre todo cuando es retomada y ‘reinventada’ por Pablo. La verdad es que nada sabemos con certeza sobre lo que Jesús de Nazaret dijo realmente, porque todas las frases que se le atribuyen, tanto en las fuentes canónicas como en las apócrifas, son reinterpretaciones y modificaciones, traducciones y copias interesadas.

La “Buena Nueva” es el resultado final de una reelaboración constante de cuantos creyentes tuvieron en sus manos la posibilidad de ‘adornar’, ‘explicitar’ y ‘pulir’ el mensaje inicial de Jesucristo. Un teólogo nada sospechoso, como Julio Treballe, Director del Instituto de Ciencias de las Religiones de la Universidad Complutense, no tiene reparo en escribir que “Pablo hace una interpretación escatológica y cristológica del Antiguo Testamento...Acude a la Escritura para encontrar explicación al misterio que se ha revelado en Cristo...Más que citar o comentar textos, Pablo elabora una nueva formulación teológica de las antiguas tradiciones bíblicas...y establece el ‘modelo’ de interpretación cristiana del Antiguo Testamento” (*La Biblia judía y la Biblia cristiana*, Trotta, 1993).

Lo mismo ocurre en los textos posteriores, como el evangelio de Marcos, que “otorga autenticidad a lo que no es sino una impresionante ficción legendaria...que distorsionó radicalmente y adulteró tanto la figura como la andadura del Nazareno, al sustituir al Jesús de la historia por el Cristo de la fe” (Gonzalo Puente Ojea, *El Evangelio de Marcos*, Siglo XXI,

1992). Entre otras aclaraciones, el autor precisa que: “Lo distintivo de este género es que subordina y adapta el soporte historiográfico aducido, a un molde dogmático preciso. No se propone simplemente dar a conocer, como es lo propio de un historiador que controla sus fuentes, sino sólo dar a conocer ciertas cosas de cierta manera... las cuales altera en virtud de un trabajo de selección, adición, interpolación y redacción orientado en función de una interpretación teológica...no se trata, en rigor, de dar a conocer, sino de enseñar o inculcar una tesis teológica que se profesa como verdad revelada”. Con mucha más razón puede decirse lo mismo de los ‘escritorios’ medievales, todavía carentes de los escrúpulos científicos de los teólogos modernos. Aún así, quede constancia, por mi parte, de lo que he afirmado en otras ocasiones: La teología no puede ser una verdadera ciencia, ya que está sometida a una doctrina y carece de la necesaria libertad para exponer teorías contrarias, o simplemente diferentes.

La idea de un ‘hombre divino’ resucitado no era tan extraña en un mundo tan ideologizado y supersticioso, que creía a pies juntillas en ‘otro’ mundo invisible, con ángeles y demonios, viajes celestes y apariciones de seres sobrenaturales, donde los ‘milagros’ estaban ‘a la orden del día’, con santones curanderos y milagreros, como Apolonio de Tiana y Simón el Mago. Unos decían que Jesús resucitado podía atravesar las paredes (Lc 24:36-37), pero otros lo vieron comer (Jn 21:12). A pesar de las contradicciones, la fe era incommovible: Gracias a la ‘resurrección’, Jesús, el Hombre-mesías fracasado, iba a cumplir su misión, porque Dios-Padre lo había salvado de la muerte. Poco a poco, la actividad misionera de los discípulos ‘helenizados’, expulsados de Jerusalén (Hch 8:1-2) consiguió extender la Buena Nueva por otras regiones: Samaría, Joppe, Lida, Cesarea, Fenicia, Chipre y finalmente Damasco y Antioquia, todas habitadas por hablantes de lengua griega. “Precisamente en una de estas comunidades judeo-helenísticas se produjo el cambio de nombre de la nueva secta judía: de “nazarenos” empezaron a ser llamados “cristianos” o “mesianistas” (Antonio Piñero, *Guía para entender el Nuevo Testamento*, Trotta, 2007).

Recuerda Piñero que este ‘extraño’ proceso misionero de incorporación de gentiles a una Alianza propia del pueblo judío, estaba ya anunciada y proclamada por los profetas de Israel desde la época del exilio (Is 58:1-8; 60:3-7; 66:18-24 y Miq 4). Para los cristianos gentiles Cristo era el mismo Apolo, y como a tal le rindieron culto. El papa Silvestre I, en el Concilio de Nicea (325 d.C.), ordenó cambiar algunos textos evangélicos para que el cristianismo fuera acepado por los romanos (como la abstinencia de carne y bebidas alcohólicas) por medio de ‘correctores’ que acomodaran la doctrina al mundo pagano (Xavier Musquera, *El triunfo del paganismo*, Espejo de Tinta, 2007). “De este modo algunos, quizás muchos gentiles participarían también de la gloria futura del Israel mesiánico”. Esta idea motriz es la que explica toda la labor de Pablo de Tarso, consagrado por entero a la predicación entre los gentiles. Nombre éste, Saulo (después Pablo) de Tarso, absolutamente imprescindible para el conocimiento cabal de la ‘nueva doctrina’ que cambiaría el rumbo de la historia.

Sobre la biografía del apóstol converso Pablo, san Pablo para los cristianos, no hace falta profundizar mucho, porque es bastante conocida. Sobre todo su condición de fariseo devoto, perseguidor de los primeros cristianos y después convertido en el más firme defensor de la creencia en Jesús Nazareno como verdadero Hijo de Dios, Salvador y Redentor del género humano. Tendría unos quince años de diferencia con Jesús, a quien no conoció personalmente (2Cor 5:16) y sabía de memoria las Escrituras. Según Piñero, la ‘conversión’ (o ‘llamada’ según sus palabras), tuvo lugar unos tres años después de la muerte de Jesús. Esa ‘visión’ o ‘revelación’, propia según los psicólogos, de una grave enfermedad epiléptica, lo transformó de tal forma que sus palabras y sus obras no sólo fueron determinantes para el futuro del cristianismo (Gál 1:13-14 y Hch 9:28-29), sino que sentaron las bases de una teología nueva, la que sustituye el mensaje de Jesús sobre la inminencia del Reino (judío) en un mensaje de salvación universal. Sustituye al “Hijo del Hombre” por “Hijo de Dios”, y sobre todo por el título de “Señor”, reservado antiguamente a Dios. “La salvación debía ser abierta, comenta Piñero, para todos, porque por ese tiempo era doctrina ética muy difundida por los estoicos la sustancial unidad e igualdad del género humano”. Pablo evita los títulos de “Mesías”, “Ungido” o simplemente “Cristo”, para usar, como hemos visto, el de *Señor* y el combinado que ha prevalecido con los tiempos: *Jesucristo*.

El catedrático Antonio Piñero, tan buen conocedor de la época, expone una brillante idea para explicar la rápida y amplia difusión de las nuevas doctrinas paulinas en las tierras bañadas por el Mare Nostrum. Los paganos “temerosos de Dios”, pero que no se habían circuncidado ni tenían intención de hacerlo, constituían el campo ideológico de la actividad apostólica de Pablo, que tuvo que ingeniárselas para convencerlos. “Su esfuerzo, dice Piñero, puede compararse al de un buen vendedor que intenta colocar su producto en un mercado nada fácil...donde pululaban otros vendedores de ideas religiosas: seguidores de los Misterios, filósofos que buscaban adeptos para sus escuelas, predicadores ambulantes de religiones orientales, etc. A todos ellos opuso Pablo un mensaje denso pero simple a la vez: todo lo que aquellos prometían lo ofrecía Jesucristo mejor, más sencillo y...*gratis*”. Todos buscaban la salvación futura, la inmortalidad, que es anhelo congénito de todo humano. Pero las religiones paganas exigían la “iniciación en los Misterios” de las diversas divinidades ‘salvadoras’ (Isis, Deméter, Adonis, Mitra, Serapis...) y estos rituales eran muy costosos, a veces duraban meses (por ejemplo, en Eleusis) y había que pasar mucho tiempo fuera del hogar en casas de huéspedes, teniendo que pagar, además, los gastos del santuario. Pero llega Pablo y ofrece la salvación sin moverse de casa y gratis, con extrema facilidad. El éxito estaba asegurado.

Situándose en el polo opuesto del judaísmo, Pablo asegura que la Ley de Moisés no tiene ya ninguna eficacia salvadora. Jesucristo ha venido para sustituirla por la “ley del amor”, la circuncisión por el bautismo, que perdona los pecados, y los ritos paganos por la eucaristía. El Salvador se ha encarnado y sacrificado para expiar todos los pecados, pasados, presentes y

futuros: “Cristo murió por nuestros pecados” (1Cor 15:3). (¿Hay mayor comodidad?). La contrapartida es sencilla para las almas simples: basta creer con ‘fe ciega’ que Jesucristo es Dios, que nos ama y que nos llevará a la eterna felicidad si le somos fieles. Ya la “alianza” no es de obediencia sino de fe y de amor (Gál 2:15-21; 5:13-14; Rom 3:21-31). Este Salvador es de naturaleza sustancialmente divina (1Cor 2:8), Flp 2:6-9; Gál 4:4-6) que, aun siendo el Mesías, no completó su labor redentora hasta después de la resurrección. “La doctrina de la ‘justificación por la fe’, dice Piñero, fue una gran revolución teológica en su tiempo”.

A pesar de todo, Pablo no piensa que está fundando una nueva religión; pues sigue siendo fiel a la Escritura sagrada. Para él, el cristianismo es solamente una ‘renovación’ del judaísmo bíblico. La Ley antigua cumplió su función hasta que vino Jesucristo, el Salvador, que nunca se propuso liquidar la antigua Ley. El cristianismo es el único judaísmo posible, pero, de hecho, a partir de la predicación de Pablo, y quizás sin él ser consciente de ello, aparece una ‘nueva religión’. Entonces, ¿quién es el fundador del cristianismo, Jesús o Pablo? Según Piñero, “no hubo, ni pudo haberlo, un único fundador”, la doctrina ‘se fue haciendo’ entre todos y duró varias generaciones. Aunque Pablo, desde luego, es el primer gran teólogo del cristianismo, porque antes de la cruz no hay cristianismo: Jesús no “pudo ser el fundador del cristianismo, ya que éste nace más tarde que él” (Piñero). Saulo-Pablo fue el hombre que “creó a Jesucristo”, el “fundador” del cristianismo, con varios ‘secretos’ en su haber, como su parentesco con el rey Herodes el Grande (nieto por parte de padre) y su participación en el martirio de Esteban y presuntamente en el más luctuoso recuerdo de la historia de Roma, ya que fue “el verdadero responsable del incendio de Roma, obra de cristianos fanáticos”, que inculparon a Nerón (Robert Ambelain, *El hombre que creó a Jesucristo. La vida secreta de san Pablo* (Martínez Roca, 1985).

Además, la doctrina varía. La de Pablo supone un “corte radical” con la de Jesús. Para empezar, siguiendo en esto a Piñero, “Jesús se veía a sí mismo como un ser humano normal, aunque con una relación especialísima con Dios; Pablo, por el contrario, hace de Jesús un ser divino pre-existente... El personaje que comienza a poner los cimientos de la nueva religión es Pablo de Tarso y no Jesús de Nazaret”. El estudio del entorno social y político, religioso y escatológico en el que se desarrollan los acontecimientos evangélicos hace concluir al insobornable catedrático que “una de las grandes tareas que tiene ante sí la teología del siglo XXI es encarar el problema del hiato entre lo que fue Jesús y lo que de él se dijo”. Algo, sin duda, difícil para un teólogo ‘dependiente’ de una doctrina imùesta, de la que no se puede salir, so pena de excomunión.

“El ‘credo’ de la Iglesia tiene poco que ver con el ‘credo’ del Jesús histórico y eso debe ser explicado claramente en las clases de teología” se dice en otro apartado revolucionario. Es un torpedo dialéctico en la línea de flotación de la Iglesia católica, que deberá afrontar en el futuro todas las incongruencias. Sobre todo si, como dicen algunos estudiosos, los Evangelios,

sean canónicos o apócrifos, no cuentan toda la verdad. Existen, al parecer, otros evangelios ‘secretos’, doctrinas misteriosas guardadas celosamente y hace poco desveladas y comentadas por la Gran Logia Suprema de los Rosacruces, que se creen los depositarios, a través de sucesivas sociedades secretas, de las ‘verdaderas’ enseñanzas de Jesucristo (H. Spencer Lewis, *Las doctrinas secretas de Jesús*, 1979, y Martin W. Meyer, ed. *Las enseñanzas secretas de Jesús*, Crítica, 1986). Por lo visto, no es suficiente el enredo doctrinal de los textos ‘oficiales’ del cristianismo y se necesitan algunos más para terminar de aniquilar en los humanos el deseo, nunca satisfecho, de saber con exactitud qué sentido tiene la vida y cuántas doctrinas ‘salvadoras’ ha conocido la historia, en especial, la de Jesucristo-Pablo.

No obstante, el secretismo, que acompaña siempre al hombre intrigante, no se para en la mera salvaguardia de una doctrina de salvación. A lo largo de toda la historia del género humano han existido ‘sociedades secretas’ que, relacionadas o no con el poder político, han pretendido no sólo suplantarlo sino casi siempre exterminar todo vestigio de los dioses y de las religiones, muy en especial las establecidas en Occidente sobre la fe y la moral del cristianismo. Pienso, por ejemplo, ahora tan de moda, en los *Illuminati* del siglo XVI o en el *Priorato de Sión*, tan relacionado con la descendencia carnal de Jesucristo (Luis Miguel Martínez Otero, *El Priorato de Sión. Los que están detrás*, Obelisco, 2004). Según otros autores, se trataría de una “religión secreta” que nació en el antiguo Egipto y que ha llegado hasta nuestros días, a través del gnosticismo, el hermetismo, el catarismo, la Orden de los Templarios, *Illuminati*, Francmasones y Rosacruces, a los que se deben responsabilizar de las grandes catástrofes sociales, que han intentado cambiar el rumbo de la historia (Robert Bauval y Graham Hancock *Talismán*, Martínez Roca, 2008). Para estos autores, el ‘sello’ de estas ‘sociedades secretas’ ha dejado su huella incluso en las grandes urbes como Washington, Nueva York, Filadelfia o París. La fantasía es libre y su horizonte vital no tiene límites.

El médico y pastor presbiteriano Levi H. Dowling, en su obra *El Evangelio Acuario de Jesús el Cristo* (Eyras, 1978) con más de cincuenta ediciones durante el siglo XX, sostiene que durante los años de su ‘vida oculta’ Jesús viajó por la India, Tibet y Nepal, donde habría aprendido las bases doctrinales de las enseñanzas de Buda, teniendo conocimiento también de la religión de Zaratustra a su paso por Persia y Asiria. Lo más notable es que asegura este pastor ‘visionario’ que Jesús aprendió filosofía en Grecia y que ingresó en una ‘fraternidad secreta’ durante su estancia en Egipto. Marginando el supuesto ‘ingreso’ en dicha fraternidad, muchos comentaristas dan por buena la estancia de Jesucristo en Egipto, país vecino cuya influencia sobre la Palestina antigua nadie debe ignorar si quiere entender algo de la mentalidad hebrea. En el Museo Arqueológico de Palestina se conservan muchos amuletos egipcios y fenicios, que demuestran la realidad de esa influencia de tipo religioso.

Recordemos que Jesucristo fue admirado y aplaudido por las masas, más que por su predicación, por los prodigios que hacía para corroborar la verdad de sus palabras o para el

beneficio de los más necesitados. Pero, como sabemos, no era el único ‘hacedor de milagros’ en su época, considerados ‘magos’, como Simón Mago (Hch 8:9-24), que tendría un gran predicamento en Samaría y en Roma, donde se proclamó un ‘dios’. Como ya hemos visto, también lo fue el griego Apolonio de Tiana, a quien, incluso, el emperador Caracalla ordenó consagrar un templo. Parece ser que fue el escritor Porfirio el primero en comparar a Apolonio con Jesús. Ambos con el calificativo de “mago”, pero sin la consideración divina, ya que, como dijo el cristiano Eusebio “ningún hombre puede hacer milagros”, para respaldar la condición divina de Jesucristo. Sin embargo, uno y otro tenían en común, según sus defensores, que habían aprendido en Egipto las artes mágicas, y que por ellas habían sido perseguidos. Aunque los dos se diferenciaban de la mayoría de los magos, que utilizaban sacrificios de animales, conjuros complicados, trabajaban por dinero y eran tramposos, sus ‘milagros’ eran ilusorios, intrascendentes y de corta duración, basados en trucos al alcance de cualquiera que los hubiera aprendido.

No enseñaban la virtud, siendo ellos mismos inmorales y tramposos, sin ofrecer nada que significara un camino de salvación. Por otra parte, “los cristianos insistían en que, a diferencia de cualquier mago, Jesús y su vida habían sido predichos por los profetas del Antiguo Testamento, y sus proclamaciones habían sido confirmadas por su resurrección de entre los muertos, apariciones después de su muerte y ascensión al cielo. Los seguidores de Apolonio no tenían profecías que presentar, pero tenían el gran ‘milagro’ de su escapatoria de la muerte e invocaban su ascensión y apariciones después de su muerte” (Morton Smith, *Jesús el Mago*, Martínez Roca, 1988). Si Jesucristo era Dios ¿por qué no lo podía ser Apolonio de Tiana?

El hallazgo reciente, en un pecio del puerto de Alejandría, de una ‘vasija’ o ‘taza’ de una sola asa, de cerámica, datada a mitad del siglo I d.C., ha venido a revolucionar el mundo académico de la arqueología. Porque en su costado, con letras griegas de fácil lectura, se puede ver una inscripción que, traducida, podría decir: “Por Chrestos el mago”. Si hiciera referencia a Jesucristo, en lo que no están de acuerdo todavía los estudiosos, vendría a confirmar la valoración popular de Jesús como “mago” y vendría a ser la primera referencia conocida de Jesucristo, unos pocos años antes de que Pablo escribiera su primera carta a los Tesalonicenses. El recipiente, que he podido contemplar de cerca, puede ser una simple taza de uso común, o quizás una vasija ritual. Pero es un indicio más de que Cristo y la magia no estaban tan distanciados. El retrato popular del Jesús itinerante era principalmente el de un ‘hacedor de milagros’, por lo que Celso, enemigo de los cristianos, comenzó su ataque diciendo que hacía sus milagros mediante la magia, aprendida en Egipto. Continúa vertiendo acusaciones sin más fundamento que su odio a Jesucristo, llamándole, entre otras cosas, “bandido”, “embustero” y “jactancioso”, pero “lo que no se discute, añade Morton Smith, es que el nombre de Jesús continuaba utilizándose en la magia como el de un poder sobrenatural por cuya autoridad podían ser conjurados los demonios”.

Hay constancia de que el nombre de Jesús aparece en conjuros paganos, tanto como en los exorcismos cristianos, y su figura aparece, incluso con una ‘varita mágica’ en una placa de vidrio dorado del siglo IV de la Biblioteca Vaticana. Numerosos actos de ‘magia’ se suceden en la vida de Jesús, desde el bautismo a la eucaristía (“un rito mágico inconfundible”), pasando por la expulsión de los demonios y las curaciones más o menos sensacionalistas. Le acusaban de obrar estos prodigios “por obra de Belcebú”, el mismo ‘espíritu’ que lo condujo al desierto (Mc 1:12). Pero también otros expulsaban demonios sin que fueran acusados como él. No es fácil deslindar las líneas divisorias del retrato ‘oficial’ de Jesucristo, según las tradiciones conservadas en los evangelios. Jesús el “mago”, Jesús el “Hijo de Dios” o Jesús simplemente “Dios”, Segunda persona de la Trinidad cristiana. “Cada uno de ellos, escribe Morton Smith, es intrínsecamente increíble, ya que los tres explican los fenómenos de la vida de Jesús según los términos de un mundo mitológico de demonios y divinidades que no existe”.

Los evangelios nos dicen que algunos de sus seguidores primeros creían que era un ‘profeta’ antiguo, como Elías (Mc 6-15; 8:28), Jeremías (Mt 21:11, 46) o quizás Moisés (Jn 6:14; 7:40; Hch 7:35-40). Pero después corrigen la apelación, para dejar bien establecido que es el Mesías (Mc 8:28-30; Lc 24:19-26; Jn 4:19-25). Sabemos, sin embargo, que si los profetas hicieron ‘milagros’ no era por su propio poder, sino por invocación a Yahvéh. Tampoco tenían poder para expulsar los demonios, ni para perdonar los pecados, ni para profetizar el fin del mundo aunque algunos, como Elías y Eliseo, pudieran leer los pensamientos ajenos, cosas que sí hizo Jesucristo. Las diferencias son notables. Pero es comprensible que los evangelistas quisieran presentar la figura del Maestro como superior a cualquier personaje del Antiguo Testamento, ya que uno de sus propósitos era, precisamente renovar y superar la Ley mosaica, aunque predicando su cumplimiento (Mt 5:17).

La ciencia, que no puede admitir ningún tipo de milagro por ser contrario a las leyes inmutables de la naturaleza, no se preocupa del tema, abandonado en manos de las religiones, aunque ninguna de ellas puede presumir de tener el dominio exclusivo sobre los prodigios inexplicables. En todas las religiones existe el poder de hacer milagros, sobre todo en la Iglesia de Jesucristo, que exige a sus más fieles algún milagro para su canonización como escogidos, en posesión ya de la vida eterna. De san Juan Bosco se dice que poseía poderes paranormales; a san José de Copertino se le llama “el fraile volador” por sus continuas bilocaciones, que también tienen un ejemplo en la monja española María de Ágreda. El cristianismo cuenta entre los suyos a unos doscientos santos que ‘levitaban’ con facilidad, como santa Teresa de Jesús, san Ignacio de Loyola, san Felipe Neri, santo Tomás de Aquino, y otros menos conocidos. En todo caso, no sirven para gran cosa en la invocación a los dioses, pues “sería inútil afirmar que los milagros de Jesús y de los santos demuestran la supremacía de la cristiandad” (D. Scout Rogo, *El enigma de los milagros. Una investigación paracientífica de los fenómenos portentosos*, Martínez Roca, 1990).

Algo parecido ocurre en religiones orientales, como el hinduismo, donde existen muchos faquires y santones con poderes espirituales, lo mismo que los chamanes de Africa, Mongolia o Alaska, entre indios de religiones primitivas, todos ellos con facultades especiales para realizar prodigios inexplicables. Aunque la mayoría de las personas sensatas creen imposible el milagro, y piensan más en hábiles ‘trucos’ de magia, el mundo de los hechos milagrosos puede parecer un poco menos enigmático y exasperante si lo consideramos a la luz de la parapsicología, la ciencia de lo paranormal, o incluso a la luz de las nuevas ciencias neurológicas. “La mente humana –concluye Rogo- es la responsable de la creación de los milagros”. Por otra parte, los más recientes estudios sobre el cerebro admiten como causas de estos ‘supuestos milagros’ la hipnosis, las alucinaciones colectivas, o las extrañas conexiones neuronales, todavía en estudio. En ello están empeñados los científicos de varias universidades, como la de Copenhague o la de Johns Hopkins en EE.UU. Todo cambiará cuando la ciencia llegue al más sensacional de sus descubrimientos dentro de la física cuántica, la comprobación de la *teoría de cuerdas*, que unificará todas las teorías conocidas y dará la explicación a todos los que hoy consideramos ‘misterios’ de la naturaleza.

Jesús el Nazareno nunca pudo pensar en sí mismo como el Dios que habría de ser adorado durante más de veinte siglos por millones de fieles creyentes en su divinidad como la Segunda Persona de un Dios trinitario, idea herética para el judaísmo que profesaba. Ni en la posibilidad de perdonar los pecados de nadie, ni en fundar ninguna Iglesia (palabra, por cierto, que no aparece en los evangelios), ni en ser el Sumo Sacerdote de ningún rito nuevo (recordemos que los ‘sumos sacerdotes’ lo enviaron al patíbulo). Ni nunca oyó la palabra mágica, inventada por Pablo: *Jesucristo*. Lo que sí fue creciendo en su mente, una vez bautizado, era la convicción de ser el Mesías esperado por los hombres de Israel. Sin esta creencia no se podrá entender ni la entrada triunfal en Jerusalén ni la crucifixión, ni su posición política, que no se puede separar de su mesianismo religioso. Jesús creía firmemente que su generación sería la última (Mc 13:30), idea incompatible con la adscripción a una organización de larga andadura, porque el “Reino de Dios” estaba ya cerca.

Se vio a sí mismo como ‘mensajero’ de Yahvéh. “Sólo siete textos, asegura Piñero en su *Guía*, afirman que Jesús es Hijo de Dios, pero en ninguno habla de sí mismo”. Es más, con modestia, enseña que “sólo Dios es bueno” (Mc 10:18). Tampoco es él, en su supuesta condición de Hijo de Dios, quien reparte los lugares en el Reino, sino el Padre (Mc 10:40), a quien invoca en diez ocasiones, y a quien se entrega con una confianza absoluta, la misma que pide a quienes le escuchan. El apóstol Pedro, llamado a la jefatura de la Iglesia, expone en su primer discurso a los judíos: “Tenga por cierto toda la Casa de Israel que Dios ha hecho Señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado” (Hch 2:32-36). No son las palabras que se dirían si realmente Pedro tuviera conciencia de estar hablando del mismo Dios-Yahvéh, Creador y Omnipotente dueño de todo lo creado.

El proceso de ‘reinterpretación’ de la figura humana de Jesús para transformarla, por medio de la ‘resurrección’, en la divina de Jesucristo, es obra indudable de Pablo, como es sabido. Pero este proceso no es pacífico ni sencillo, como también sabemos. La cierta escisión de los primeros cristianos en “hebreos” y “helenistas”, según la nomenclatura de Antonio Piñero, dividió la fe entre quienes querían seguir fieles al judaísmo esencial de Jesús y quienes, adoctrinados por Pablo, eran gentiles, que veían a Jesús con ojos muy distintos. Entre estos se hallaba el diácono Esteban, que cuestionaba la validez de la Ley de Moisés como vía exclusiva de salvación y dudaban de la necesidad de un templo para rezar. En ambos casos, aquellas mentes de los primeros seguidores de Cristo quedaban ‘poseídas’ ‘por la idea de su divinidad, el *meme* que habría de ir expandiéndose, como mancha de aceite, por toda la cristiandad, durante veinte siglos. Frente a la ‘posesión diabólica’, la ‘posesión divina’.

El linchamiento de Esteban se enmarca en la primera gran persecución contra los cristianos por parte de las autoridades de Jerusalén (Hch 7:56). “Esteban, lleno de gracia y de poder, reza el texto sagrado, realizaba entre el pueblo grandes prodigios y señales” (Hch 6:8). Es decir, era un discípulo del ‘mago’ Jesús Nazareno, que obraba supuestos ‘milagros’ y hablaba a las masas con autoridad. Ante el Sumo Sacerdote “miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba en pie a la diestra de Dios” (de nuevo, un ‘visionario’). Así lo dijo, y “entonces, gritando fuertemente se taparon sus oídos y se precipitaron todos a una sobre él; le echaron fuera de la ciudad y empezaron a apedrearle... Los testigos pusieron sus vestidos a los pies de un joven llamado Saulo” (Hch 7:55-58). Para que no quedara ninguna duda, el escriba denuncia que “Saulo aprobaba su muerte” (Hch 8:1). “Entretanto Saulo hacía estragos en la Iglesia; entraba por las casas, se llevaba por la fuerza hombres y mujeres, y los metía en la cárcel” (Hch 8:3). Por tanto, el primer mártir de Cristo, sin lugar a dudas, lo fue por mano de Pablo, el despiadado criminal y después converso, ‘fundador’ y primer teólogo de la nueva religión cimentada sobre el recuerdo de Jesucristo.

Pablo, según Piñero, intenta lograr la “cuadratura del círculo”: respetar la Ley de Moisés, por un lado, como predicaba Jesús, y por otro su tesis radical de que la Ley no importa, ya que lo único que justifica la salvación es la fe (Gál 3:17-22). La segunda gran aportación de Pablo a la doctrina cristiana fue la transformación del mensaje de Jesús sobre la inminencia del Reino (sólo para los judíos observantes) en un mensaje de salvación universal. La tercera es la divinización absoluta de Cristo, como Hijo de Dios Padre, *pre-existente* como él: “Para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos todos nosotros” (1Cor 8:6). No está de más repetir estas ideas, ya que son consustanciales con la historia del cristianismo.

Como lo son, en distinta medida, las del evangelista Juan, que tanto se diferencia de Pablo y de los otros tres evangelios sinópticos. Su evangelio, escrito medio siglo después de las cartas

de Pablo, está empapado de la doctrina gnóstica, que vuela muy alto sin apegarse a lo terreno, en una filosofía de carácter místico, para la cual Jesús ya no es el hombre divinizado sino el Logos, o Palabra de Dios. Como dice Piñero, “El autor del cuarto evangelio, como más conspicuo representante de una escuela teológica diferente, se vio obligado a difundir una visión modificada de la vida y obra de Jesús, ‘corrigiendo’ así el punto de vista más superficial, más corpóreo de la tradición sinóptica” (*Orígenes del cristianismo. Antecedentes y primeros pasos*, El Almendro, 1991). En la época de este evangelio, la nueva institución estaba ya bastante organizada, aunque, al no existir ninguna instancia superior que controlase la doctrina, la variedad era la nota dominante en la dispersión, a veces incluso con enormes contradicciones (José Monserrat Torrens, *La Sinagoga cristiana*, Muchnick, 1989). El ‘consenso’ no llegará hasta la definitiva formación del “canon” sagrado del cristianismo, es decir, el ‘expurgo’ de la Escritura.

“El giro paulino, dice Puente Ojea en el libro citado anteriormente, transmutaría radicalmente todas las categorías que el propio Nazareno –hasta donde las dejan filtrar los sinópticos- empleó y difundió antes de su involuntario sacrificio pascual”. Las palabras de Pablo lo transforman todo, es decir, lo desvirtúan a causa de la manipulación. El primer relato en que se habla de la resurrección de Jesús lo hace Pablo, sin mencionar a la Magdalena y demás mujeres: “Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras...fue sepultado...resucitó al tercer día, según las Escrituras...se apareció a Cefas, luego a los doce...y después de todos, como a un aborto, se me apareció a mí”. Esta declaración paulina, cínicamente modesta, esconde lo que Puente Ojea llama “falacia conativa” (se cree lo que se desea creer, porque se supone que el deseo de algo implica la existencia real de ese algo), puesto que las ‘visiones’ no tienen nada que ver con la ‘resurrección’ del cuerpo, ni lo que digan las Escrituras puede ser ‘causa’ de lo sucedido, sino *vaticinia ex eventu*, profecías forjadas tras los hechos”.

El cambio de mentalidad ha de comenzar por el hecho inevitable de la muerte, vista antes como término de la vida y después de Cristo como continuación sin final. Pero fue también Pablo quien “estableció la singular visión de la discontinuidad de la muerte como ‘transformación’ del cuerpo” (James P. Carse, *Muerte y existencia*, FCE, 1967). Lo que Pablo defiende es una nueva religión, desvinculada del mesianismo judío, con una divinización que Jesús nunca hubiera aprobado, dado su estricto ideario monoteísta. A la idea ‘revolucionaria’ político-religiosa del Nazareno sucede una idea ‘conservadora’ del orden social. El Jesús de Pedro, de Santiago, de Juan, no tiene gran parecido con el *Jesucristo* de Pablo. Ahora bien, “cuando pasamos del Evangelio de Jesús al de Pablo, lo primero que nos llama la atención es que el Dios del Apóstol no se contenta con recordar a Israel su sentimiento de fidelidad; él mismo elige soberanamente a los suyos y los elige en todas partes” (Alfred Loisy, *Los misterios paganos y el misterio cristiano*, Paidós, 1990).

El Dios de Pablo es misericordioso con quien le parece bien, “se muestra duro con quien quiere” (Rom 9:18), ya no es el de la primera comunidad, el de los primeros discípulos. Para Pablo, el verdadero Cristo es el Cristo espiritual, aquel que, muerto en la cruz, resucitó como espíritu, el cual cumple el mismo papel de los ‘dioses sufrientes’ en los cultos paganos. Cuando Pablo habla del Cristo crucificado no habla del hombre que sufre, sino del redentor divino, que se entrega por los pecados del mundo (del pasado, del presente y del futuro). Algo que nunca dijo Jesús. La obra de Pablo, completada después por Juan, consistió en la elaboración de una doctrina mística que permitiera parangonar la ‘nueva religión’ con los ‘misterios paganos’ que dominaban entonces en el Imperio Romano. Según Loisy, “el cristianismo es una economía de salvación totalmente análoga a los cultos de misterios a los cuales disputó la conquista del mundo pagano, y venció”.

Ya hemos visto por qué. Veremos ahora las similitudes y las diferencias, las dificultades y las consecuencias de ese éxito en la consolidación del cristianismo como la religión del Imperio. Pablo siguió siendo un judío, pero buscaba una ampliación del Israel bíblico con el ingreso de los gentiles, contra la opinión de los demás apóstoles. Murió en Roma en el año 64 d.C. pero sus discutidas tesis no murieron con él. Los paganos convertidos por él, y las comunidades por él fundadas en países extranjeros, mantuvieron la fe en la salvación por Jesucristo y dieron forma y vida al cristianismo como nueva religión. El libro de la profesora universitaria Elena Muñiz Grijalvo, *La cristianización de la religión pagana* (Actas, 2008) nos introduce en el amplio campo de la investigación humanística sobre las sutiles relaciones doctrinales entre los incipientes cristianos y las diversas religiones paganas, que estudia en cuatro apartados: el sacrificio, la oración, los ritos funerarios y la conversión personal. “Podría decirse que la religiosidad pagana sobrevivió a la muerte del paganismo, integrada en el seno del cristianismo, a veces de manera irreconocible”. El enfoque es, pues, el la “cristianización” de los ritos paganos, algo que hace con autoridad y buenos argumentos. Concluye diciendo que “la elaboración de estos cuatro fenómenos en las primeras comunidades cristianas supuso, al menos en parte, el éxito de la cristianización del sentimiento pagano”.

En el Imperio Romano en el cual se disputaban la primacía dioses extranjeros, como Isis o Mitra, la intención paulina de añadir un nuevo aspirante, también extraño a Roma, al que llamaba Jesucristo, tuvo que superar, como es lógico, muchos inconvenientes. La estrategia era de propaganda (“ningún elogio era excesivo para elevarlo por encima de los dioses de los panteones clásicos”), pero así como entre los paganos las imágenes de los dioses ocuparon siempre un lugar de preferencia, entre los cristianos de los tres primeros siglos se prohibieron todas, porque levantaban sospechas de magia. Tampoco se construyeron templos hasta el siglo III d.C. siguiendo las consignas de Pablo: “que los varones recen en cualquier lugar” (1Tim 2:8) o “el que es Señor de cielo y tierra no habita en templos contruidos por hombres” (Hch 17:24).

Sabemos que los primeros cristianos tenían sus reuniones en casas particulares de algún miembro de la comunidad.

La mayor originalidad de la doctrina cristiana respecto a las paganas fue, sin duda, la creencia firmemente asentada en la resurrección de la carne, algo que, a partir del siglo II d.C. se vivió como la ‘comunidad’ de los muertos, con la creación de cementerios propios, donde aguardaran reunidos en la tumba los que fueron hermanos en la fe. La palabra ‘cementerio’ equivale a ‘dormitorio’, idea que enfrentó a la pagana ‘cremación’ con la victoriosa ‘inhumación’ cristiana. Pablo insistía, por su parte, en la resurrección como algo ‘nuevo’, inexistente en el mundo terrenal, “cuando lo corruptible se revista de incorruptibilidad y lo mortal de inmortalidad” (1Cor 15:54). La apoteosis de Jesús, cimentada en su presunta resurrección y ascensión, fue, por tanto, el resultado de una manipulación intencionada de las creencias paganas, cuyos dioses no eran humanos, pero reunían todas las cualidades humanas enriquecidas por la inmortalidad.

El cambio de la mentalidad de ‘secta’ judía propia de los primeros cristianos, pasó a ser la mentalidad de ‘iglesia’ de Cristo en ese atormentado siglo II, cuando la nueva religión se siente ya en posesión de la verdad como fórmula de convivencia comunitaria. Y en alguna forma ‘selecta’, ya que, a pesar del necesario proselitismo para crecer, “se prohíbe el acceso a la ‘comunidad’ a proxenetas y prostitutas, escultores y pintores de temas religiosos, actores, maestros de escuela, aurigas, gladiadores y sacerdotes de otras religiones. Se podía ser soldado pero no matar, magistrado sin gobernar, y estaba terminantemente prohibida la práctica de la magia” en el siglo III. (Elena Muñiz, *La cristianización de la religiosidad pagana*, Actas, 2008). Al siguiente siglo ya estaba consolidado el cristianismo ortodoxo, frente al paganismo y a los demás ‘cristianismo derrotados’, como estudió Piñero (*Los cristianismos derrotados*. Edaf, 2007).

No puede hablarse, por tanto, de una deseada y completa “derrota del paganismo”, ya que lo que ocurrió, en realidad, fue una absorción, una asimilación, una reinterpretación cristiana de los ritos paganos, que fueron desapareciendo como tales para volver a la vida en el cristianismo. Esta idea es la que ha llevado a Xavier Musquera, investigador incansable, a proclamar *El triunfo del paganismo* (Espejo de Tinta, 2007). Como han demostrado hasta la saciedad los historiadores no comprometidos, el cristianismo, como sistema doctrinal, carece de originalidad, ya que ha tomado y ‘retocado’ a su gusto cuanto ha creído conveniente para sus intereses, a lo largo de toda su convulsionada historia. Desde los ritos, ya estudiados, hasta los símbolos de las comunidades vecinas. Su historia es la historia de una doctrina bastante ‘acomodatícia’ a las ideas paganas del entorno, con el único propósito de aumentar el redil de las almas deseosas de la ‘salvación’ eterna, con tal de ampliar el cómputo de los creyentes (¡aunque no supieran muy bien en qué debían creer! como se demostró en la multiplicación de las herejías).

Así, el báculo de los obispos, que ya era usado por los sacerdotes paganos; el anillo episcopal, que procede de los consagrados del dios Mitra; la tiara papal, que ya existía en la Babilonia del ‘culto solar’; el título papal de “Pontifex Maximus” que fue adoptado en el año 378 por el obispo de Roma; el obelisco, que preside la plaza ante la basílica de san Pedro, en Roma, aunque sea un expolio egipcio, es un símbolo fálico que alude a la leyenda de la diosa Isis, en memoria del falo perdido de Osiris. El mismo nombre del Vaticano no es sino la adopción del que los romanos daban a esa colina, donde los ‘magos’, ‘adivinos’ o ‘vates’ adivinaban el futuro por unas cuantas monedas. Tanto se incardinó la nueva religión en las sociedades precedentes que consiguió hacerlas desaparecer ante la pujanza de su credo y la habilidad de sus sacerdotes. Algo parecido cabe decir de la influencia de la filosofía griega, sobre todo de Platón, con su sistema ‘espiritualista’, la defensa del alma individual y del mundo de las ideas, propagado por todo el Imperio mucho antes del nacimiento de Jesucristo. El ‘platonismo’, como después el ‘neo-platonismo’, han constituido la base de la doctrina cristiana sobre lo sobrenatural y la moralidad de las acciones, con una visión ‘idealista’ de la vida que impregnará la predicación posterior de la Iglesia.

La historia del cristianismo primitivo se ha de incardinar en la historia del pueblo judío a partir de la vida y muerte de ese personaje fascinante, divinizado por millones de seres humanos, llamado Jesús de Nazaret. Hay un antes y un después de su nacimiento, aunque las fechas estén trabucadas en unos pocos años. Lo cierto es que en Occidente contamos el tiempo ‘antes de Cristo’ y ‘después de Cristo’, sin que nadie se haya decidido a corregir los malos cálculos de Dionisio el Exiguo (Antonio Piñero, *Israel y su mundo cuando nació Jesús*, Laberinto, 2008). Pero ese mundo es singular, alterado por las luchas políticas y la incertidumbre del futuro. A partir del año 64, cuando Pablo es asesinado, el Imperio vivió momentos difíciles: el emperador Nerón se suicidó en el año 68 y en pocos meses le sucedieron tres nuevos emperadores. Mientras tanto, en Israel se exacerbó el nacionalismo: en el 66 estalló la primera Gran Revuelta contra Roma, que fue sometiendo poco a poco a las ciudades rebeldes, hasta acabar en el año 70 con la destrucción de Jerusalén y el incendio de su famoso Templo.

En consecuencia, el grupo de seguidores de Jesús hubo de huir al destierro, quizás a Transjordania, pero enfrentándose al dilema de seguir fieles a la sinagoga o escoger entre los reclamos, a veces contradictorios, de los ‘líderes’ cristianos, a saber, Santiago, el hermano del Señor, Pedro o Pablo. Así lo ve Antonio Piñero en su *Guía*: “La primera reacción al Apóstol (Pablo) son los Evangelios sinópticos, que se apartan conscientemente del punto de vista paulino, que sólo consideraba la muerte y resurrección de Jesús como hechos pertinentes del cristianismo; a su vez, el Evangelio de Juan y su ‘escuela’, las llamadas ‘epístolas johánicas’, pueden considerarse una reacción a los Evangelios, una relectura crítica del material contenido en los Sinópticos y un apoyo a la doctrina paulina de la encarnación y del predominio de la ley del amor”.

Pensando sin prejuicios, el Evangelio de Mateo propone una oposición radical y directa a Pablo y su doctrina sobre la justificación por la fe y la predicada derogación de la Ley de Moisés. En definitiva, el apartamiento progresivo de la Sinagoga judía obligaba a la recapitulación y sistematización de la doctrina netamente ‘cristiana’, basada en los escritos existentes de Pablo, pero también de los que muy pronto iban a aparecer con el nombre de “Evangelios”, obras del final de un proceso de fijación de los ‘dichos’ de Jesús, las tradiciones orales, proceso que Piñero calcula en unos cuarenta años. Cada uno de estos grupos produjo su propio ‘evangelio’, aunque hubo otros muchos grupos marginados, también con ideas propias, aunque no quedasen reflejadas por escrito. Esta misma diversidad proclama su falacia. ¿Cómo es posible que todas esas ideas y textos pudieran defenderse como ‘inspirados por el Espíritu Santo’? ¿Tan ruin y engañoso era ese Jesús resucitado, Mesías, Maestro, Señor y Dios para los suyos, que no dudaba en abandonarlos a la incertidumbre, al error y al desvarío en tantas corrientes de pensamiento? ¿No hubiera sido más fácil y digno que el Espíritu Santo, tan desocupado, ‘revelase’ la única verdad, sin permitir tantas tergiversaciones? ¿Cómo predicar una sola fe con semejantes divergencias? Asombra que sean los datos históricos, contrastados y verídicos, los que obliguen a escribir a un catedrático tan ecuánime como Antonio Piñero sobre *Los cristianismos derrotados* (Edad, 2007), es decir, que la doctrina vencedora se impuso a otras de la misma simiente, que fueron vencidas en combate intelectual y dialéctico. ¿Es así como el Dios de Amor se comporta con sus fieles y amados hijos? Lo veremos, ampliado, en el capítulo siguiente.

En las comunidades primitivas, ‘evangelio’ era simplemente el ‘mensaje’ doctrinal, las ‘buenas noticias’ que se comunicaban entre sí, recordando las palabras de Jesús. A mediados del siglo II ya se usó como equivalente a ‘libro’, ‘dichos y hechos de Jesús’, que no se llegó a formalizar hasta el siglo V. El paso de la tradición oral a los primeros escritos duró muy pocos años, pero supuso la (inevitable) deformación del mensaje, en sus múltiples desviaciones. A la cultura rural de Palestina sucedió la urbana de los nuevos núcleos de fe en las grandes ciudades, como Antioquía, Éfeso, Corinto y Roma. A la cultura semítica de las primeras recopilaciones se superpuso la griega primero y la latina después. Además, los ‘dichos’ de Jesús sufrieron los ‘retoques’ o ‘reelaboraciones’ de los escribas o ‘profetas’ encargados de trasladar esos dichos al papel. Lo reconoce Piñero cuando dice que “hay que admitir que los ‘profetas’ sí gozaban de la función de transportar o acomodar a su realidad presente las sentencias del Maestro. Es difícil aceptar que ellos ‘inventaran’ dichos o hechos de Jesús absolutamente nuevos...pero a la vez es imposible negar que esos profetas, y los maestros cristianos no sólo conservaron la tradición de las enseñanzas de Jesús...sino que también la alteraron y reelaboraron, a veces profundamente” (*Guía para entender el Nuevo Testamento*).

El propio Piñero, en esta y otras obras, explica con sencillez y convicción histórica cómo se formó el *canon* o registro oficial de los textos sagrados del cristianismo, una vez que el

‘hereje’ Marción fuese excomulgado de la Gran Iglesia en el año 144. Para entonces, la Iglesia de Roma era ya la principal de la cristiandad, constituida en su mayoría por paganos conversos incircuncisos, a los que aglutinaba el recuerdo de Pablo, el apóstol ‘mártir’, el único que había dejado una notable herencia literaria y cuya lengua oficial era el griego, no el latín. El criterio de la ‘inspiración’ divina para limitar a cuatro el número de evangelios admitidos oficialmente no es válido, por la sencilla razón de que se rechazaron otros muchos también considerados ‘inspirados’ por el Espíritu Santo, y existen conocidas divergencias entre el de Juan y los sinópticos. El resultado final fue que “nunca, ni siquiera hoy día, han estado las diversas iglesias cristianas de acuerdo en afirmar cuáles son las obras que forman el canon del Nuevo Testamento”, según Piñero, que califica de ‘bulo’ la leyenda que considera ‘milagrosa’ la selección de libros canónicos en el concilio de Nicea (325). Es más, asegura con firmeza que la Iglesia católica “no formuló una lista oficial de libros canónicos hasta el concilio de Trento, en el siglo XVI”. En consecuencia, “la historia del texto del Nuevo Testamento no da pie a un fundamentalismo de la letra, ni a una creencia en la inspiración palabra por palabra, sino que induce más bien al ‘relativismo’. Se trataba más del sentido que de la letra”.

Con tantas variantes ideológicas era normal que aquellos primeros cristianos se preguntasen cuál de ellas era la ‘verdadera’. En un principio, al ser todas y cada una de ellas ‘desviaciones sectarias’ del judaísmo, entrarían en el grupo de las ‘herejías’ (no en el sentido posterior, sino como ‘partidos internos’) que se apartaban de la estricta sumisión a la Ley y los Profetas. Al mismo Jesucristo lo llegaron a acusar públicamente de estar poseído por el demonio (Mc 3:22). Por lo que sabemos, las disputas teológicas entre los cristianos comenzaron muy pronto, al carecer de una doctrina común, divinamente ‘inspirada’, admitida por todos, sino confrontadas unas con otras, como si de unas teorías filosóficas se tratara. Lo cierto es que ninguno de los primeros Padres (teólogos) de la Iglesia, hasta san Ireneo, cita pasaje alguno de los cuatro evangelios canónicos. El Dios de Verdad había abandonado a sus primeros hijos.

Siguiendo el ejemplo de los rabinos judíos, pronto aparecieron escuelas teológicas que se disputaban esa Verdad, aun coincidiendo en aspectos fundamentales como la creencia en Jesucristo y su resurrección. Adopcionistas, docetistas, ebionitas, elcasaítas, montanistas, milenaristas, marcionitas, socinianos y gnósticos se cuentan entre las principales escuelas teológicas que fueron declaradas ‘herejías’ por la facción triunfante, que Piñero califica de “Gran Iglesia”. Ella fue la que estableció con autoridad la lista de los libros canónicos, aplazando hasta el siglo IV la admisión del *Apocalipsis*, rechazado al principio por su doctrina ‘milenarista’. El ‘padre de todas las heterodoxias’ en el seno del cristianismo fue, según los *Hechos de los Apóstoles* (8:9-24) Simón el Mago, que se presentaba como competidor de Jesucristo y como hacedor de milagros, siendo conocidos sus seguidores como simonianos, muy próximos al gnosticismo. Las diferentes versiones del *credo* de los bautizados hasta llegar al

credo definitivo, en el siglo VI, han sido recogidas por J.N.D. Kelly en *Los credos primitivos* (Secretariado Trinitario, 1980).

La ‘Gran Iglesia’, es decir, el cristianismo mayoritario, de seguimiento paulino, se conforma fuera de Jerusalén, en un mundo fundamentalmente pagano. Son conversos gentiles o judíos que habían aceptado las enseñanzas de Pablo y que llenaban las iglesias, abandonando las sinagogas. En Israel, la nueva religión fue un fracaso, ya que la inmensa mayoría de los judíos se negó a aceptar a Jesús como Mesías. La organización de la ‘Gran Iglesia’ obligaba a proclamar cargos eclesiásticos, con su jerarquía, el cuidado pastoral y el control de la fe, la disciplina y la enseñanza. “El primer testimonio claro de la idea de sucesión apostólica, dice Piñero, unida con la obligación de propagar el Evangelio, se halla en la *Primera Epístola* de Clemente, al final del siglo I”, seguida inmediatamente por Tertuliano, Hipólito y Orígenes. Antes del año 200, por tanto, la ‘Gran Iglesia’ está controlada por una jerarquía episcopal que se considera legítima heredera de los apóstoles de Jesucristo, desaparecidos del organigrama eclesiástico inexplicablemente. “A partir de este momento, los heterodoxos serán más fácilmente detectados y eliminados o proscritos”.

Queda demostrado que los cristianos no tuvieron ‘libros ‘sagrados’ propios hasta más de un siglo después de su existencia. Y que los defendieron contraatacando, es decir, destruyendo los del adversario, sobre todo desde que contó con la capa protectora del poder político. En su *Vida de Constantino*, Eusebio de Cesarea afirma que a partir de 326 –es decir, con la Iglesia ya constituida- el Emperador ordenó buscar y destruir los libros de los ‘herejes’, persecución que se continuará por sus sucesores con la quema de los libros opuestos a las enseñanzas doctrinales de la ‘Gran Iglesia’. Algunos fueron extremadamente celosos de esta orden, como Teodoreto, obispo de Siria, que confiesa haber perseguido y destruido todos los libros no canónicos de su diócesis. Los cristianos de Éfeso quemaron libros por valor de 50.000 denarios de plata. Contaban para ello, a comienzos del siglo III, con varios ‘catálogos’ de herejes, obra de Ireneo de Lyon, Hipólito de Roma o Epifanio de Salamina.

A partir de finales del siglo III van apareciendo otras interpretaciones o ‘herejías’ condenadas por el cristianismo oficial, como el maniqueísmo, el arrianismo, el pelagianismo, el monofisitismo, el nestorianismo y el priscilianismo, ampliamente estudiados por Piñero en *Los cristianismos derrotados* (Edaf, 2007). En total, son 27 las ‘herejías’ o heterodoxias consideradas hasta el siglo XII. Unas condenadas y perseguidas ‘desde dentro’, como la del español Prisciliano (obispo de Ávila), que defendía que el Dios del Antiguo Testamento no era el mismo que el del Nuevo, y que por ello fue condenado a muerte, siendo el primer cristiano ‘mártir’ de su propia Iglesia (F.J.Fernández Conde, *Prisciliano y el priscilianismo*, Trea, 2008). El cristianismo de los siglos II y III hubo de sufrir sangrientas persecuciones, sobre todo en tiempos del emperador Valerio que en el año 258 ordenó la ejecución de todos los obispos,

párrocos y diáconos cristianos, y con mayor furor se persiguió a todos los cristianos en el reinado de Diocleciano (280-305), tema que se verá después.

Las ‘herejías’ eran, en realidad, interpretaciones erróneas, pero bien intencionadas, sobre el *Jesucristo* de la fe, condenadas sucesivamente por los ‘concilios’ convocados por los representantes legales de la ‘Gran Iglesia’ vencedora, envalentonada desde que, consiguiera la protección del emperador Constantino, que promulgó en el año 313 el llamado “Edicto de Milán”, reconociendo a la Iglesia Cristiana como la oficial del Imperio. Bajo su amparo y disciplina, la Iglesia se reunió en el propio palacio imperial de Nicea, al norte de Turquía, en el año 325, para ‘unificar criterios’ doctrinales y condenar a herejes, como el obispo Arrio. Fue el primer “Concilio Ecuménico”, aunque sólo asistieron obispos orientales, y en el que se solventaron las disputas teológicas, al reconocer que Jesucristo era “Hijo único de Dios...engendrado, no creado”.

El segundo se celebró en Constantinopla (año 381) para condenar el monofisitismo de Apolinar y ampliar el dogma, reconociendo que Dios era “una sola sustancia y tres personas”, una de las cuales era Jesucristo. El tercero tuvo lugar en Éfeso (año 431) para condenar a Nestorio y a la herejía adopcionista, que predicaba que Jesús era hijo “adoptivo” de Dios. El cuarto, cerca de Estambul, en Calcedonia (año 451) condenó a Eutiques, pero también continuó la formulación de la ‘esencia divina’, al establecer que “Jesucristo era una sola persona con dos naturalezas”, divina y humana, lo que permitía considerar a María verdadera Madre de Dios.

El papa Dámaso I (366-384) se proclamó a sí mismo “sucesor de Pedro” y a Roma “sede apostólica”, con autoridad para aprobar cualquier innovación en la doctrina. Poco después, el papa León I (440-461) dejó establecido que el obispo de Roma era el “primado de todos los obispos”. Como se ve, el *credo*, que es la sustancia misma del cristianismo, se ha ido formando siglo tras siglo, sin que la ‘inspiración’ divina viniera en ayuda de unos pobres hombres (por supuesto, ni una sola mujer en las controversias ni en las decisiones) que luchaban por sus ideas, pretendiendo que todas eran acordes con la verdad religiosa de Jesucristo, el misterioso Hijo y Segunda Persona de ese Dios trinitario que rechaza de plano cualquier mente gobernada por la razón. Lo que sí parece concluyente es que la victoria de la ‘Gran Iglesia’ de *Jesucristo* era completa en el siglo V aunque su nombre no lograría jamás la unidad de las doctrinas teológicas, y la paz de sus fieles quedaría ausente para siempre.

En el centro de toda controversia teológica entre cristianos está la figura mesiánica de *Jesucristo*. Desde los comienzos de la nueva religión, con la permanente ebullición de una doctrina que se fue haciendo a golpe de concilios, sínodos y disputas de ‘Santos Padres’, el cristiano, por bien intencionado que esté, se ha hecho siempre las mismas preguntas: ¿Al rezar a Dios, rezo a Jesucristo? ¿Es lo mismo uno que otro? ¿Tienen el mismo poder, la misma misericordia, me aman por igual? ¿Entonces, por qué dos nombres? ¿No existirá entre ellos alguna rivalidad? ¿Y el pobre Espíritu Santo, tan olvidado, es el mismo Dios que Jesucristo?

Realmente, este Jesucristo que me predicán, ¿es también mi Creador, igual que el Padre, el que todo lo ha hecho? ¿Tienen los tres las mismas cualidades eternas, el mismo amor a sus criaturas? Esto me parece imposible, porque si Dios es eterno, ¿cómo pudo amar a unos seres que aún no había creado? Si la creación es un ‘acto en el tiempo’ ¿cómo pueden coexistir tiempo y eternidad en un mismo Jesucristo? En verdad, estoy confundido.

Cuando el dominico Tomás de Aquino sentencia en su *Suma Teológica* que “Cristo no tuvo ni fe ni esperanza, pero su caridad era perfecta”, está pensando en el *Jesucristo* de Pablo, no en el *Jesús* de la cruz. Estas palabras se podrían entender si se atribuyen a un ‘dios’ que ‘vive’ su divinidad, sin necesidad de esperanza, porque todo lo posee, ni fe porque para él todo es presente. Su biografía no puede ser, por tanto, ningún ejemplo para un cristiano que quiera seguir sus pasos. No se puede imitar ni su fe ni su esperanza, pero sí su caridad, “perfecta” según el teólogo medieval. Pero el aquinatense habla de “caridad”, no de “amor”, que sabemos son cosas muy diferentes (contra la idea, repetida por el papa Benedicto XVI en su encíclica *Caritas in veritate*). La primera es voluntaria y puede ser premiada; la segunda, como todo sentimiento, es involuntario y no se puede ‘ordenar’, como hace el codicioso Yahvéh en la Biblia, o Jesús en los evangelios. Nada ni nadie, ni siquiera el supuesto Dios, puede ‘obligarme’ a amar, porque no depende de mi voluntad.

Ya los escribas bíblicos dejaron escrito en el primer mandamiento del Decálogo que “no tendrás más Dios que a mí” (Dt 5:7) como la más importante obligación del creyente. Pero el cristianismo no dudó en cambiar el texto, con arrogante soberbia y con supina ignorancia filológica, por el que aprendí de niño en el catecismo: “Amarás a Dios sobre todas las cosas”. Evidentemente, no es lo mismo. “La Iglesia ha sobrepasado con mucho la intención y la intensidad que el propio Dios reclamó para sí mediante sus supuestas palabras, ganando así, de forma intencionada o casual, un instrumento psicológico fundamental para poder controlar y culpabilizar a su grey con mayor eficacia”, dice P.Rodríguez (*Mentiras fundamentales de la Iglesia católica*, Ediciones B, 1997). Pero hay que insistir en que, según la ciencia psicológica, la voluntad humana no tiene dominio sobre sus sentimientos, que son espontáneos e involuntarios, aunque a su origen inconsciente pueda seguir la aceptación consciente.

El mismo Jesús, hombre devoto y conocedor de las Sagradas Escrituras, enseña la doctrina del amor a Dios y al prójimo, por la que ha sido reconocido mundialmente como el ‘revolucionario’ por excelencia, más que político, religioso. La escena está en el Evangelio de Mateo (aunque no sé si estará manipulada): “Maestro, le preguntan, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley? Él dijo (siguiendo a Moisés: “Amarás a Yahvéh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza”, Dt 6:5): Amarás al señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el más grande y el primer mandamiento. El segundo, semejante a este, es: Amarás al prójimo como a ti mismo. De estos dos preceptos penden toda la Ley y los Profetas” (Mt 22:36-40).

Diálogo de suma importancia en la configuración de la doctrina del Amor. (Hay que hacer notar que el evangelista manipula el texto bíblico, omitiendo el nombre de Yahvéh y substituyendo 'fuerza' por 'mente', cosa impensable en el experto y devoto judío Jesús de Nazaret) Si de verdad fuera el Dios Omnisciente, Jesús no hubiera podido dar esta respuesta, puesto que sabría sin lugar a dudas, como cualquier neurocientífico de nuestros días, que el corazón no tiene nada que ver con el sentimiento amoroso: amamos con el cerebro. Ni siquiera el Creador puede obligarnos a amar, a pesar de lo que diga la Biblia. Yo no puedo amar a quien me proponga por un impulso voluntario, si no estoy "atraído" sentimentalmente por ese objeto. ¿Cómo amar lo que se odia, lo que nos repele, lo que rechazamos por fraudulento, por malvado, por infame o cruel? ¿Cómo puedo 'amar' a Dios si no existe?

La voluntad puede ejercer presión y represión sobre el sentimiento amoroso. En un caso para favorecerlo, en otro para reprimirlo. Pero como el amor es libre y no se deja avasallar, el resultado sólo puede ser la hipocresía y el sufrimiento. Hipocresía, mentira, engaño, falsedad, cuando se aparenta vivir un amor inexistente, forzado por la voluntad. ¡Cuántas tragedias, en la vida y en la literatura, por estas imposiciones familiares, sociales o religiosas! La sugestión puede ser tan fuerte que, deseando mantener a toda costa el amor ficticio, se llega al más violento de los fanatismos, que desean dominar la mente propia o la ajena. Fanático es el que castiga su cuerpo en nombre de Dios, el que se intenta convencer de un amor que en realidad no siente, el padre que obliga a un amor no deseado, el creyente que desea imponer su fe a base de tortura y de miedo. Las 'represiones' de la voluntad son infinitas, para ocultar la lucha interior entre un amor no sentido y otro que se oculta por miedo o vergüenza.

Si existe un Dios que quiere mi amor, antes deberá mostrarme su Infinita Bondad, atraerme no con palabras vanas, sino con hechos. Todo lo contrario de lo que la vida me ofrece. Las palabras vuelan, y si quedan escritas, pueden ser alteradas, manipuladas y acomodadas al pensamiento más interesado. Es lo que ha ocurrido con la "palabra de Dios", de todos los dioses, pasados y futuros. Para amar no me bastan las palabras. Con ellas se ha formado, a lo largo de los siglos, "la quimera de los dioses", siendo el Jesucristo de los cristianos, con su triste mirada desde la cruz, uno más entre los 'quiméricos' dioses que cómodamente se instalan en la conciencia de los sumisos y crédulos creyentes.

Aunque parezca mentira, la filiación divina de Jesucristo no se aprobó hasta el Concilio de Calcedonia (año 451), al que asistieron 700 obispos. Que Jesucristo fuese Dios dependió, por tanto, de una votación. Pero hay teólogos modernos que lo niegan: "Decir *Jesucristo es Dios* es una expresión equívoca, que ha dado lugar a malentendidos y desviaciones...Dios se manifiesta en algunos grandes personajes de la Historia de forma humanamente excepcional. Y nosotros, los cristianos, es así como debemos ver a Cristo. No se trata de hacer divino a un hombre, de divinizarle de tal modo que creamos que sea Dios mismo...eso es lo que debe significar para nosotros Cristo: un hombre por medio del cual se manifiestan los valores

divinos...hemos de superar todas las afirmaciones teológicas usuales en la Iglesia acerca de Jesucristo” (Enrique Miret Magdalena, *El nuevo rostro de Dios*, Temas de Hoy, 1989). Un sacerdote católico, de la misma Asociación de teólogos Juan XXIII, José María Díez Alegría, al presentar el libro de Julio Lois, ideólogo de la llamada ‘Teología de la Liberación’ en España, se pronunció de forma tajante: “Si Jesús volviera de incógnito a la Tierra, la Iglesia institucional le excomulgaría”. Es evidente que la enseñanza de Pablo de Tarso ha fracasado.

Esta fractura con la doctrina cristiana es la culminación de veinte siglos de disputas teológicas. Desde sus comienzos, como sabemos, la ‘secta’ judía fue elaborando textos y doctrinas hasta llegar al consenso suficiente para poder hablar de una “nueva religión”, lo cual no ocurrió hasta la declaración formal del ‘canon’ o lista de libros sagrados cristianos y de la ‘edición’ del primer *Catecismo* (año 385) para la enseñanza de la doctrina, obra del capadocio Gregorio de Nisa (335-385), uno de los primeros Padres de la Iglesia. Nadie piense, por tanto, que lo enseñado por Jesucristo ha sido respetado siempre y en todo lugar como única ‘palabra de Dios’. Ni que sea un Dios Omnipotente y Sabio quien se deja manipular como un títere durante más de veinte siglos. La historia de ese supuesto ‘dios’, de nombre *Jesucristo*, es la historia de la *Iglesia cristiana*, irreconocible ya desde sus comienzos ‘paulinos’ para su ‘supuesto’ fundador.

Porque el enfrentamiento no se ha limitado a batallas más o menos intelectuales. La sangre ha estado siempre presente en todas sus páginas. Unas veces perseguida, otras perseguidora. Consecuencia inevitable y trágica de un monoteísmo intransigente y de un proselitismo perseverante, basado en un argumento de caridad tan engañoso como arrogante. Quizás fueran de Jesús las palabras del Evangelio de Mateo: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes...” (Mt 28:19). Pero antes ya lo había señalado el ‘visionario’ Pablo, asegurando que Dios “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1Tm 2:4). Naturalmente, la ‘verdad’ para Pablo son sus enseñanzas, ‘recibidas’ directamente de Jesucristo. Nadie debe olvidar que los evangelios se escribieron muchos años después de las cartas de Pablo y que, más que reflejar los ‘dichos’ exactos de Jesús, reflejan las vívidas y apasionadas sentencias de Pablo, el ‘auténtico’ fundador del cristianismo, mejor, de las muy diversas Iglesias cristianas, como veremos. Pablo se valió del Jesús de la historia para ‘inventar’ un dios, distinto pero no subordinado del bíblico Yahvéh, al que conocemos como *Jesucristo*.

Pero este ‘nuevo’ dios no vino en son de paz. Como Pablo, sus amigos y seguidores sufrieron las iras y la trágica crueldad de los siempre victoriosos romanos, que los arrastraron al arenoso suelo del coliseo, sobre todo en el siglo III, para festín de fieras salvajes y jolgorio del populacho, ávido de emociones sangrientas. Hasta que un emperador, Constantino, consciente de que la unidad religiosa del Imperio era el mejor sostén para la unidad política, se inclinó por aceptar a ese dios ‘nuevo’, de nombre Jesucristo, que con tanto éxito entre las masas hacía

competencia a los antiguos dioses paganos. Cedió a sus pastores su propio palacio de Nicea y llegó a un acuerdo ‘positivo’ para ambos. Pero las persecuciones no acabaron de un día para otro, ni las víctimas ni los verdugos fueron los mismos. Sin embargo, ese día un hubo, en el ámbito religioso, un giro sustancial que cambió la Historia.

De la noche a la mañana, los perseguidos se convirtieron en perseguidores, quizás con mayor saña, que se vio ejemplificada en la afrentosa muerte de la bella Hipatia de Alejandría, el ‘primer mártir pagano’, asesinada por orden del obispo Cirilo, más tarde santo. Era una joven filósofa neoplatónica que tuvo la mala fortuna de caer en manos del más intransigente y feroz de los obispos, enemigo a muerte de los paganos. Acusada de bruja, su carruaje fue asaltado por los esbirros de Cirilo, que la condujeron a una iglesia y allí, “despojándola de sus vestidos, con fragmentos de cerámica la torturaron hasta matarla. Luego, desmembrada, la quemaron”. Así lo narra su biógrafo y en forma novelada la han dado a conocer últimamente Olalla García (*El jardín de Hipatia*, Espasa, 2009), y Clelia Martínez Maza (*Hipatia: la estremecedora historia de la última gran filósofa de la Antigüedad*, La Esfera de los libros, 2009), años después del estudio de María Dzielska (*Hipatia de Alejandría*, Siruela, 2004), inmortalizada hoy en la película de Amenábar *Ágora* (2009). Ocurrió en el año 415 de nuestra Era.

Todavía faltaban doscientos años para que apareciera en el horizonte el árabe Mahoma que, en nombre de Alá (el propio Yahvéh, ya que reconocía la Biblia judía) se presentó a sí mismo como el ‘verdadero profeta’ del dios único, enardeciendo a las resacas mentes del desierto con doctrinas impregnadas de fanatismo, que se oponían a la ‘verdadera religión’ de Jesucristo. El choque fue inevitable. La sangre corrió a raudales por uno y otro bando, con las tremendas consecuencias que se narran en cualquiera de las historias de Occidente. Si los cristianos se escudaban en el poder político para progresar en su expansión geográfica, el proselitismo islámico fue espoleado por la agresiva intransigencia de quien se cree fiel creyente al mismo tiempo que guerrero de la causa más justa.

Contra la cruz, la media luna. Símbolos de una fe conquistada por la fuerza de las armas. El campo de batalla parece apaciguado, pero en tierras del Islam nunca se ha consentido ningún templo que no sea la mezquita, y en las iglesias cristianas todavía campea en retablos y pórticos la figura sanguinaria del apóstol Santiago enarbolando la espada para cortar las cabezas de los infieles mahometanos (la misma escena se repite en otros ‘santos’ como Millán de la Cogolla). Es la triste historia de esa endiablada carrera de las religiones monoteístas que nunca han de conseguir la paz de la humanidad porque así lo deciden las ‘fuerzas sobrenaturales’. Es la eterna “Quimera de los dioses”, fantasía que busca la trascendencia donde no hay más que misterio inabarcable. Pero ya se sabe: la frivolidad es hija de la comodidad y “no hay mejor ciego que el que no quiere ver”. O, como dijo Cervantes, dibujando la cobardía humana: “Ojos que no ven, corazón que no quiebra”. Para los *ciegos* cristianos su dios eterno se llama *Jesucristo*.

VII

La cristiandad

La existencia de los dioses es tan quimérica como el unicornio. Un dios, sea el que fuere, ha de estar constituido por una serie de atributos que, además de la eternidad, le confieran la dignidad necesaria para ser aceptado por los seres razonantes como “Sumo Hacedor”, adornado en grado superlativo por las cualidades que los humanos sean capaces de reconocer en sí mismos. No hay otra forma de imaginar al ‘Padre Creador’ de todo cuanto existe. Ni otro modo de enfocar la vida *sub specie aeternitatis* (‘desde la perspectiva de la eternidad’). Desde los comienzos de la hominización, el *homo sapiens* ha sido víctima de sus ‘inventados espíritus’. Sorprendido y confuso ante la existencia del Bien y del Mal, tanto en la naturaleza como en sus congéneres, imaginó que podía estar ‘poseído’ por esos espíritus. En el caso del Mal, imaginó la ‘posesión diabólica’, pero también imaginó la ‘posesión divina’, es decir, de los dioses del Bien. Así como la primera fue objeto de abominación y repulsa (originando el exorcismo cristiano) la segunda fue admitida como natural y deseable, de dioses ‘buenos’ cuya colaboración se pedía en la oración. Es el supuesto idealista que ha dominado las ideas culturales y religiosas que han conformado la vida espiritual de la Humanidad.

En su magna obra *La esencia del cristianismo*, el pensador Ludwig Feuerbach se enfrenta al idealismo para sustituirlo por una antropología materialista, proponiendo que el hombre es el que crea a Dios a su imagen y semejanza, como ya se admite por los pensadores no fanáticos. Es decir, el hombre analiza y selecciona sus propios valores más estimados para proyectarlos fuera de sí mismo, haciéndolos ‘trascendentes’ para ‘fabricar’ un ser extraordinario, capaz de hacer todo lo que él desea pero no puede. Estos atributos, objetivados en ese ser superior, forman la base de la creencia en la divinidad, que no es más que el hombre sublimado, elevado a la categoría ‘sobrenatural’ con dominio absoluto sobre la naturaleza creada. Esta base filosófica del idealismo platónico (y después de Hegel) es, por tanto, una ‘elaboración’ humana, de carácter cultural y social, pensada para ‘dignificar’ al hombre, aunque de forma inconsciente, que Feuerbach consiguió demoler con sus argumentos materialistas. Como dicen los autores de *La construcción social de la realidad* (1967) “este análisis teórico pone al descubierto un movimiento inconsciente en la construcción social de la realidad”.

En este sentido, todos los dioses son ‘inventados’, creados por la imaginación humana, tan idealista siempre, pero incapaz de analizar sus propias ‘invenciones’ a fin de advertir cuánto de insostenible, a la luz de la propia razón, hay en esos seres extraordinarios, nunca presentes a los sentidos, sino solamente ‘imaginados’ por mentes visionarias, en sueños no contrastados ni contrastables, pero sí ‘vividos’ intensamente por la autosugestión inconsciente. De esto tienen

mucho que decir los psicólogos, aunque la resistencia de los ‘creyentes’ sugestionados es más poderosa que cualquier reflexión en contrario. ¿Cómo convencer a los judíos de que su Yahvéh bíblico es tan despótico y cruel que no merece ni el amor ni la obediencia de su pueblo? ¿Cómo a los mahometanos de que las *suras* coránicas están reñidas con la razón y los derechos humanos? ¿Cómo a los cristianos de que Jesucristo crucificado es un piadoso fariseo judío, sin posibilidad de ser la ‘encarnación’ de la divinidad?

Considerar dioses creadores, seres poderosos y eternos a los miles de dioses que pueblan el panteón politeísta es una falsedad tan evidente que no merece mayor consideración. Quedan las tres religiones monoteístas, las únicas que podrían resistir una argumentación contraria, dado que, si existiera un ser divino, habría de ser, necesariamente, único en su poder creador y providente. Pero ninguna de ellas, aunque subsisten en el día de hoy, resisten las más suaves arremetidas de la razón humana, neutral y ponderada. Baste saber que las tres tienen sus fundamentos en la *Biblia*, esa sentina de horrores, explícitamente denunciados en libros como el reciente de Milton Ash, *La Biblia ante la Biblia*, que deja al descubierto las innumerables contradicciones, incongruencias y falsedades, sucias traiciones, maldades políticas y crueldades incompatibles con cualquier poder ‘divino’. Llámese Yahvéh, llámese Alá (que son nombres de la misma divinidad), el dios perverso que aparece en todos los libros que componen la *Biblia sagrada*, no puede tener una existencia real, y si la tiene, no es merecedor de la obediencia, la veneración, y mucho menos el amor, de sus frágiles criaturas.

Ya en el siglo XIII a.C. los hebreos asolaron las tierras de Canaán, exterminando, por orden de Yahvéh, cuanto encontraban a su paso, para dar cobijo al ‘pueblo elegido’. Siglos más tarde ocurría lo mismo con el paganismo, con el judaísmo y con el cristianismo, y después con los seguidores de Mahoma, siempre ampliando terrenos a golpe de espada. Como no es mi propósito valorar la historia del Islam, o del pueblo judío, me centraré en ese crucificado cuya imagen me acompaña desde la más temprana niñez, y en desmontar lo que siempre me han hecho creer como verdad indiscutible: que Jesucristo es el único Dios, al que debo amar y complacer. Aunque fuera por un motivo tan legítimo como egoísta: satisfacer, en otra vida, el intenso deseo de felicidad que mi cerebro marca como la meta de mi existencia.

Mientras las tres religiones bíblicas se hacían culpables de odios insuperables y guerras sin fin, otras religiones no bíblicas, como el budismo, anterior al cristianismo, predicaba la tolerancia y permitía a los suyos practicar otras creencias, sin obligar a nadie a venerar al Buda, maestro de sabiduría. El Tíbet, habitado por temidos guerreros, se convirtió, bajo su influencia, en un pueblo pacífico. Por el contrario, la “guerra santa” ha dominado la doctrina monoteísta, tanto de judíos como de cristianos o de musulmanes, haciendo de las riberas del Mediterráneo un campo de batalla secular, cuya historia está irremisiblemente teñida de sangre. Sobre todo desde que, en el siglo XX, se recrudeciera el fanatismo islámico, empeñado en la ‘reconquista’

de Occidente, a base de bombas y ‘kamikazes’ suicidas, jóvenes deseosos de disfrutar el paraíso sensual prometido en sus escrituras sagradas y predicado sin el menor pudor por sus líderes.

Las religiones monoteístas, al creer que su dios es único, forzosamente han de rivalizar entre sí, derribando primero de sus altares a cualquier otro dios que le pudiera hacer la competencia, como ocurrió con el Yahvéh mosaico entre los hebreos y con el Dios cristiano en el mundo pagano del Imperio. El paganismo no conoce nada similar al pacto entre Yahvéh y el ‘pueblo elegido’. En el politeísmo ninguna divinidad puede pretender la exclusiva. Pero la intolerancia es una característica esencial del monoteísmo, porque el dios ‘único’ siempre es celoso. El cristianismo naciente, al ser una ‘secta’ del judaísmo, convivió en sus primeros años con la sinagoga judía. Pero, al ir separándose de las enseñanzas rabínicas, concitó la ira y el rechazo de la religión ‘madre’, que vio no sólo cómo les robaban a sus fieles, sino incluso se apropiaban de sus Sagradas Escrituras, de sus costumbres y tradiciones.

Para resumir la historia eclesiástica de estos primeros siglos voy a seguir a un historiador alemán, Karlheinz Deschner, cuya magna obra ha sido traducida al español, en nueve volúmenes, con el título de *Historia criminal del cristianismo* (Martínez Roca, 1990-95). Título que puede sorprender a muchos por asociar al cristianismo la idea de ‘criminalidad’, opuesta radicalmente a la propaganda que las Iglesias cristianas han repartido entre sus fieles, presentándose como el dechado de toda pureza y perfección, tanto doctrinal como moral. Veremos que es todo lo contrario.

Sería ingenuo acudir a los miles de libros apologéticos del cristianismo, donde se repiten los criterios favorables a la fe, disimulando, ocultando o falsificando los datos que puedan existir en contrario. Es lógico que ningún escritor cristiano quiera poner de manifiesto la ‘cara oscura’ de su fe, y que solamente se interese por el brillo de sus bellezas, que han de servir para atraer más prosélitos a su causa. Pero, en mi caso, he de buscar precisamente ese ‘lado oscuro’, siempre oculto, para completar la verdadera historia de la cristiandad. Historia que comienza con el expolio y la persecución de la religión ‘madre’ por sus ‘sectarios hijos’. La mayor parte de la moral cristiana es judía, de la que también reciben los seguidores de Cristo costumbres y ceremonias, oraciones y ritos, la creencia en los espíritus del bien y del mal, la idea mesiánica y la creencia en el dios único, aunque Yahvéh queda prácticamente anulado por Jesucristo, su Hijo, “de la misma naturaleza que el Padre”. Hasta las catacumbas cristianas seguían el modelo de los cementerios subterráneos de los judíos.

Ya no necesitaré la ayuda de libros científicos, ni de investigaciones psicológicas o neurológicas para establecer mis puntos de vista y fundamentar mis opiniones y creencias. Ahora tendré que ocuparme de la Historia. Sólo sus datos fidedignos, sus documentos contrastados, su acopio de materiales que respondan a la más severa metodología histórica, serán mi guía en esta última parte, consagrada enteramente a la *Historia de la Iglesia cristiana*, o mejor, a la *cristiandad*, el conjunto de las familias religiosas cuyo objeto de culto es Cristo, el

Dios de todos los cristianos. No podré ser neutral, desde luego, como cualquier investigador que sea sincero consigo mismo. Pero procuraré esconder lo mejor posible mis sentimientos y opiniones ante la descarnada realidad de los hechos. Algo imposible para los ‘historiadores apologetas’ del cristianismo, que, casi siempre en lucha interior agotadora, han de compaginar las exigencias de su fe con la terca realidad de los hechos contrastados, que acusan de ‘criminal’ a esa ideología religiosa que han de respaldar, contrariando a toda recta conciencia.

Fue Pablo de Tarso, el fariseo converso, quien primero abrió el fuego contra los judíos, considerándolos culpables de la muerte de Jesucristo y negándoles su condición de ‘pueblo elegido’; según él, los verdaderos hijos de Israel eran ya los cristianos, sobre todo los de origen pagano (Gál 6:16). En los *Hechos de los apóstoles* quedan señalados una y otra vez como “traidores y asesinos”. El *Evangelio* de Juan, que es el texto más antijudío de la Biblia, los presenta más de cincuenta veces como enemigos de Jesús. Ignacio, obispo de Antioquía de Siria, escribió, a comienzos del siglo II, varias epístolas contra los judíos. Se hicieron indignos de la divina Alianza, dice, “por sus prevaricaciones”, por lo que Jerusalén e Israel estaban “condenados a desaparecer”. Esto se escribía a mediados del siglo II. Son estremecedores los epítetos que les dedica san Justino, de la misma época, muy complacido por la destrucción de Jerusalén a manos de los romanos, lo que considera “castigo del cielo”, refiriéndose a los judíos como “degenerados, idólatras, hijos de ramera y sacos de maldad”.

La acusación de deicidio se fija a fines del siglo II, pero ya a comienzos del siglo III se van multiplicando los escritos *Contra los judíos*. San Cipriano, obispo de Cartago en 248, después de divorciarse de su mujer, predicaba que los judíos “tienen por padre al diablo”. Tertuliano, Orígenes, Hipólito de Roma, Gregorio Niseno, san Atanasio, Eusebio de Cesarea, y otros teólogos del siglo III no perdonan las más sucias y denigrantes expresiones contra los hijos de Abraham, a pesar de que el cristianismo se había apropiado del Antiguo Testamento, olvidando para siempre el sagrado nombre de Yahvéh, algo insólito en la historia de las religiones. La ‘hija’ había repudiado a sus progenitores. Este es el comienzo de la religión cristiana, en rebelión contra su propia madre.

San Efrén, en el siglo IV, fue uno de los más encarnizados enemigos de los judíos, y le siguieron otros Santos Padres, como san Juan Crisóstomo, quien, según Deschner, “difama a los judíos más gravemente que ninguno de sus predecesores”; san Jerónimo los aborrece de tal forma que se burla de ellos y les niega la posibilidad del arrepentimiento al final de los tiempos, cosa que incluso san Pablo les había concedido; san Hilario de Poitiers se negaba a comer en la misma mesa que los judíos. ¡Y todos ellos fueron santificados, pese a sus insultos y vejaciones, por la Iglesia posterior! Léanse los libros de Antonio Piñero para quedar convencidos de la verdad histórica, que no entiende de ‘componendas’ espirituales.

Pero el antijudaísmo no se limitaba a las opiniones particulares. Sin salir del siglo IV, el Sínodo de Elvira, (año 306), amenaza con la excomunión a quien se atreviera a saludarlos; el

Sínodo de Antioquía (año 341) prohibió a los sacerdotes entrar en una sinagoga. Por edicto imperial del año 315 tanto el judío proselitista como el cristiano converso eran reos de muerte. En 388 se prohibieron los matrimonios mixtos, fueron expulsados del ejército romano y de los cargos públicos. Para entonces ya el cristianismo era la religión oficial del Imperio y todas estas normas han de ser achacadas a su malévolo influjo excluyente.

Con idéntica saña, la cristiandad primitiva abomina del politeísmo pagano, adjetivo que aparece en el siglo IV para designar a todos los no cristianos. Los mitos antiguos, basados en las vidas inmorales de los dioses greco-latinos, escandalizaban a los cristianos, quienes no creían en esas leyendas contadas por Homero, Hesíodo y Ovidio, pero sí en que el ‘invisible’ Espíritu Santo pudiese dejar embarazada a una doncella judía sin comprometer su virginidad. ¡La misma hipocresía que se viene repitiendo desde entonces! La propaganda anti-pagana, como la anti-judía, destinada a personas de pocas luces, no se limitaba a la sensata manifestación de Tertuliano de que el mayor y más incomprensible de los pecados era la “adoración de múltiples dioses”, sino a la difamación, apta sólo para mentes infantiles, de que “los paganos comían carne de cristianos para que éstos no pudiesen resucitar el Día del Juicio”, como dejó escrito un pagano converso de Roma, un tal Tatiano, en su libro *Discurso a los creyentes de Grecia* (año 172).

Como era de esperar, institucionalmente, la “Gran Iglesia” reacciona también contra los paganos, rivales en la lucha religiosa. A comienzos del siglo IV, el citado Sínodo de Elvira promulgó una serie de disposiciones contra el culto a los ídolos, contra la magia, contra las costumbres paganas, contra el matrimonio mixto, contra los sacerdotes idólatras, todo lo cual implicaba la excomunión. Sin embargo, no eran éstos los más temibles y temidos enemigos. Los peores estaban ‘dentro de casa’. La palabra más usada, que acaban blandiendo unos cristianos contra otros es “hereje”. Cada grupo o comunidad de seguidores de Jesucristo tenía su particular visión de la doctrina predicada por los teólogos y la defendía contra los demás, a los que acusaba de herejía. El mismo san Jerónimo, tan respetado entre los Doctores de la Iglesia, dejó escrito: “Ningún hereje es cristiano. Pero si no es cristiano, todo hereje es demonio”.

Hemos de volver al estudio más completo, el de Antonio Piñero en su luminoso estudio sobre *Los cristianismos derrotados* (Edaf, 2007) que subtitula con una inquietante pregunta: ¿“Cuál fue el pensamiento de los primeros cristianos heterodoxos”? Porque, poco después de escritos los evangelios canónicos, las primeras comunidades cristianas estaban ya divididas doctrinalmente, como se puede comprobar en la edición de Daniel Ruiz Bueno *Padres Apostólicos y Padres Apologistas griegos del siglo II* (BAC, 1954) en textos que van desde el año 110 hasta el 180 d.C. aproximadamente. El escenario resultante es el de enfrentamientos y revueltas, agrias disputas y falta de unidad en la doctrina cristiana. ¿Cómo es posible que esto ocurriera al siglo escaso de la muerte de Jesús? ¿No había quedado claro su mensaje? me

vuelvo a preguntar. Parece que no, a tenor de las múltiples corrientes de interpretación, que hacían inviable la unidad, aunque todos se enorgullecieran de ser discípulos de Cristo.

Eran tiempos en los que “se estaba creando la primera construcción dogmática del cristianismo, aún en fase formativa”, según sentencia Piñero. Jesús no había dejado aclarado si el Padre y el Hijo eran un solo dios, por lo cual unos pensaban (docetistas) que el cuerpo de Jesús era una mera apariencia; otros (monarquianos) pensaban que el Padre se encarnó con el Hijo; había quienes defendían que Jesús era un hombre judío, “adoptado” por el Padre en forma metafórica (adopcionistas); que el Dios cristiano era único, una sola ‘persona’, pero se manifestaba en tres formas diferentes; que la humanidad de Jesús fue asumida por la divinidad (modalistas). Si para unos (ebionitas) la salvación exigía guardar íntegramente la ley de Moisés, incluida la circuncisión, los que pensaban en contrario eran malvados herejes, como Pablo, a quien consideraban el falso profeta por excelencia. El *Apocalipsis* de Juan dio origen también a divergencias notables entre los primeros cristianos, al enfrentarse al problema de la resurrección de los muertos y la gloria final, que unos veían inmediata (Justino, Ireneo, Hipólito), después del reinado de Jesús durante mil años (milenaristas) y otros no (Orígenes, Gregorio Nacianceno, Cirilo de Jerusalén). Esto explica las dificultades que tuvo el *Apocalipsis* para ser reconocido como libro sagrado.

El converso Marción fundó en Roma, en el año 140, una Iglesia cristiana (marcionitas) de raíces gnósticas, que presentaba a Yahvéh como un ser perverso, que pudo crear el mundo, pero no ser el Dios Supremo. Jesucristo sería la encarnación en este mundo del Dios Bueno, en oposición al Dios bíblico. Marción dio a su iglesia unas ‘Sagradas Escrituras’, anterior a los libros canónicos, y se proclamó discípulo incondicional de Pablo de Tarso. Su influencia en Siria y Armenia perduró hasta el siglo V. Según los textos hallados en Nag Hammadi, hasta mediados del siglo XX no se ha podido conocer su doctrina, cristiana por supuesto, como las demás, que admitía una divinidad ‘compleja’ (gnósticos), siendo Jesucristo la emanación de su Sabiduría y el ‘antiguo’ Yhavéh un ‘demiurgo’ secundario (*Textos gnósticos. Biblioteca de Nag Hammadi*, Trotta, 2007).

Hoy también se admite la filiación cristiana de la religión de Mani, un profeta iraní del siglo III, el cual se presentaba como “verdadero apóstol de Jesucristo” y que expandió sus doctrinas ‘reveladas’ desde Mesopotamia hasta la India y China (maniqueísmo). Afín a las ideas gnósticas son las predicadas por Simón el Mago, que logró convencer a muchos discípulos (simonianos) con sus ‘milagros’, las de un tal Bardesanes (bardesianistas) y otros que daban rienda suelta a sus pasiones carnales, en orgías ‘espirituales’ en las que tomaban el semen con sus manos y lo bebían afirmando que era ‘el cuerpo de Cristo’ y lo mismo hacían con la sangre menstrual, ‘sangre de Cristo’ (fibionitas). Por el contrario, otros grupos exigían a los suyos un extremo ascetismo, renunciando a toda experiencia carnal (encratistas). La oposición radical entre espíritu y materia es la que aparece en algunos evangelios apócrifos, como el de Tomás o

el de los Egipcios, que alimentan una vida ascética cuya finalidad es la eliminación de los sexos (M.W.Meyer, *Las enseñanzas secretas de Jesús*, Grijalbo, 1986). Para un sirio del siglo II, “el matrimonio y la procreación proceden de Satanás”. No parece que tales palabras sean más que un consejo de perfección, pero lo cierto es que la ‘Gran Iglesia’ consideró herética la continencia extrema.

Estas y otras ideas explican la exclusión de los *evangelios apócrifos* de la doctrina oficial de la Iglesia, pero confirman el caos ideológico que vivieron los primeros cristianos, sin más asidero doctrinal que la tradición oral de los ‘dichos’ de Jesús y las cartas de Pablo, que fueron los textos iniciales de la doctrina ‘oficial’, aunque dirigidas a comunidades cristianas alejadas del mundo judío, que se negó, en su inmensa mayoría a reconocer a Jesús como el Mesías. Era evidente que la unidad de los cristianos sólo se podía conseguir mediante el control jerárquico de la tradición, las escrituras, los cargos y la sucesión apostólica. Se tuvo que abrir, necesariamente, una brecha insalvable y profunda entre hermanos: ortodoxos y heterodoxos. Quien definiera la ‘ortodoxia’ y la defendiera con éxito se haría con el poder eclesiástico

Según dice Piñero, “el gobierno de las primeras comunidades paulinas no estaba estrictamente organizado según cargos eclesiásticos con funciones bien determinadas. Eran los maestros y profetas (al estilo judío) los que, en comunicación directa con el Espíritu, regían la comunidad”. Pero, a finales del siglo I, ya estaban organizadas jerárquicamente, al modo imperial. Timoteo y Tito, dos discípulos de Pablo, reciben el encargo y el carisma de predicar la fe de Cristo mediante la imposición de las manos (1Tim 4:14 y 2Tim 1:6). A pesar de lo cual, la abundancia de doctrinas dispares y hasta contradictorias en el seno de la naciente religión no propiciaban precisamente la unidad teológica, como ha estudiado J. Monserrat (*La Sinagoga Cristiana*, Muchnik, 1989).

Sin embargo, antes del año 200, según Piñero, la “Gran Iglesia” aparece ya consolidada y controlada por una jerarquía que se justifica como sucesora legítima de los seguidores inmediatos de Jesús. Esta jerarquía controla no sólo la elección de los cargos eclesiásticos, sino también el uso y la interpretación de las únicas Escrituras que tiene entonces el grupo cristiano, el Antiguo Testamento, y el conocido como “depósito de la fe”, formado ya por tradición y consenso entre las iglesias más importantes de la cristiandad. Hay que apreciar en este párrafo la reveladora palabra del ‘consenso’ para dictaminar, ‘democráticamente’, cuál iba a ser en adelante el verdadero ‘depósito de la fe’, que no se pudo determinar en su totalidad hasta siglos después de la existencia formal del cristianismo (pensemos que la *infalibilidad* pontificia es casi de nuestros días). Los obispos (“episcopo=vigilante”), elegidos inicialmente entre los fieles y clérigos para dirigir cada grupo eclesiástico, son, también a partir del siglo II, los introductores en las comunidades cristianas (como era regla común en la vida civil) de la *simonía*, esto es, la compra-venta de cargos, y del *nepotismo*, o la reserva de los mismos por ‘herencia familiar’,

vicios sociales que, no por acostumbrados y consentidos, harían menos daño a la cristiandad en siglos posteriores.

Con la destrucción de Jerusalén en el año 70 por las legiones romanas, y la predicación apostólica, propiciada por la consiguiente diáspora, en viajes conocidos sólo por los *Hechos de los Apóstoles*, el cristianismo se fue expandiendo por todo el Imperio, en cuya capital se constituyó en el siglo II una comunidad de creyentes en Cristo. En ella figura, según el cómputo legendario de la Iglesia católica, como primer obispo de Roma el apóstol Pedro, siendo Pablo el predicador de mayor influencia, con su *Carta a los Romanos*, del año 56, verdadero tratado teológico para afianzar en su fe a los cristianos de una iglesia (la romana) que él no había fundado, “porque vuestra fe se pregona en el mundo entero” (Ro 1:8). Pero el fundamento de la Sede Apostólica en Roma es muy frágil. En un libro de inexcusable lectura podemos leer que: “El apóstol Pedro es una buena muestra de hasta dónde puede llegar la imaginación de los teólogos para deducir lo que no consta en parte alguna, que él proyectara, ni mucho menos que llevara a cabo a lo largo de su vida: la puesta en marcha del Papado”. (Antonio Castro Zafra, *Los círculos del Poder. Apparatus Vaticano*, Editorial Popular, 1987).

Ni la palabra *Iglesia* ni la primacía de Pedro aparecen en los veintisiete libros del Nuevo Testamento, excepto en el evangelista Mateo, que es el único que reproduce las ‘supuestas’ palabras de Jesús: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia” (Mt 16:18). Es extraño que nadie más dijera ni una sola palabra en asunto tan importante, ausencia que han aprovechado todos los opositores a la Silla de Pedro. Según el mismo autor “hasta mediados del siglo III no aparece un obispo de Roma (Esteban I, 254-257) que cite este texto de Mateo para imponer su doctrina sobre otros obispos”. Entre los teólogos son muchos los que defienden que estas palabras son una interpolación tardía, para legitimar las aspiraciones del obispo de Roma, porque el Papado perpetuo no encaja en el contexto de la predicación de Jesús, que está determinada por la expectación del fin próximo (Hans Küng). En los primeros siglos las distintas sedes eran independientes entre sí y carecían de jurisdicción una sobre otra. Los historiadores más serios no encuentran razones científicas para asegurar que Pedro hubiese estado en Roma, y mucho menos que desde allí gobernase a la Iglesia de Cristo, tan desparramada por las orillas del Mediterráneo.

Cuando Pedro escapa de la cárcel de Jerusalén, los *Hechos de los Apóstoles* dicen simplemente que “se fue a otro lugar”. Nadie habla de Roma, ni siquiera Pablo, que en el año 57 anuncia su visita a los romanos. “Pedro ha desaparecido tras el Concilio de Jerusalén de los libros del Nuevo Testamento”, afirma Antonio Castro. Las dos “cartas” atribuidas a Pedro son espurias, lo mismo que la leyenda sobre el martirio y muerte de Pedro, cuyos restos reposarían, según la tradición, en el subsuelo vaticano, ‘descubiertos’ milagrosamente en 1950, para confirmar la teoría del Primado. La misma incertidumbre afecta al martirio de san Pablo, cuyos restos, según fuentes del Vaticano, han sido hallados en el año 2006 en la basílica de San Pablo

Extramuros de Roma. Pero no pasan de piadosas consideraciones, porque resulta imposible a estas alturas determinar con certeza la identidad de estos restos.

Pablo, el apóstol que no había convivido con Jesús, es el único que dejó algún escrito sobre la nueva religión, las conocidas *epístolas*, base doctrinal de los futuros evangelios. No obstante, existen otras “cartas”, (cuya autoría apostólica ha sido discutida) una de Santiago, dos de Pedro y tres de Juan, amén de otras de personajes conocidos pero no apostólicos, como Bernabé, Ignacio de Antioquía, Justino Mártir y otros obispos, que ejercieron influencia a la hora de la constitución de la doctrina ‘oficial’ del cristianismo con sus *Epístolas Pastorales*, transmisoras del ‘depósito’ de la fe, en las que “se ve claramente que la Iglesia se va preparando para una estancia de larga duración en el mundo”, algo contrario al mensaje de Jesús. El concepto de *Iglesia* institucional es incompatible con la ‘inminencia’ del Reino proclamada por Jesús en su año largo de predicación ‘apocalíptica’.

Por otra parte, hasta el año 180 no quedó establecido el ‘canon’ de libros sagrados que sustituyeran al Antiguo Testamento, después de medio siglo de discusiones teológicas. “La formación del canon, tal como se solidificó en su enorme variedad, significa más un espaldarazo a la pluralidad de confesiones cristianas que una llamada a la unidad y a la homogeneidad”, según Antonio Piñero (*Orígenes del cristianismo* El Almendro, 1991) quien en otro lugar sostiene su tesis: “El *Nuevo Testamento* fue una suerte de ‘cajón de sastre’ de concepciones teológicas, fruto de un pacto entre diversas tendencias dentro de la Gran Iglesia en Roma y otras comunidades importantes. Por tanto, la teología del *Nuevo Testamento* es tan amplia y variada que deja un ancho campo para defender ideas teológicas opuestas y a veces contradictorias”.

Aparto el libro de mi vista, porque no salgo de mi asombro. ¿Cómo ha permitido Jesucristo que su doctrina sea el fruto de un ‘pacto’, elaborado por ‘consenso’ entre unos cuantos teólogos visionarios, ‘iluminados por el Espíritu’? ¿Por qué eran ellos los verdaderos padres de la ortodoxia, y no los ‘herejes’, combatidos con tanta vesania por Ireneo de Lyon, Hipólito de Roma, Eusebio de Cesarea, Epifanio de Salamina y tantos otros? Una vez más, como a lo largo de toda la Historia, se confirma que quien tiene la fuerza consigue la victoria. También ocurre en la Historia de las Religiones, pero se invalida así su pretendida ‘inspiración’ divina.

Hitos importantes en la historia del cristianismo primitivo son las *persecuciones* que sufrieron desde el poder civil pagano, como ya se ha dicho, con trágicos episodios que motivaron el martirio de muchos creyentes (la mayoría envueltos en leyendas piadosas) que sirvieron, por contraste, para avivar el fortalecimiento de la fe en Jesucristo, el dios por el que morían en el tormento o en el coliseo ante fieras hambrientas. “Las investigaciones más serias y no refutadas por nadie calculan la cifra de víctimas cristianas, unas veces en 3.000, otras en 1.500 para el total de tres siglos de persecuciones” (Deschner) contra las enormes cantidades que cita la propaganda católica, ya que “la mayoría de las actas de los mártires son

falsificaciones” basadas en las páginas de la primera *Historia de la Iglesia*, a comienzos del siglo IV, en las que el obispo de Cesarea, Eusebio, ofrece datos ‘inventados’ y numerosas falsedades, con tal de glorificar al primer emperador que protegió a los cristianos, Constantino I, fundador de Constantinopla protector y mecenas de la Iglesia naciente. Así lo afirma el historiador J. Moreau en su obra *Eusebio de Cesarea* (1966).

Las mentiras del famoso obispo, fanático donde los haya, son de tal calibre que, más que impresionar a sus lectores mueven a risa, si no fuera tan dramático su intento de criminalizar a los paganos. Según este falso historiador, a las víctimas cristianas los paganos les arrancaban las carnes a cuchilladas, les rompían las piernas, les cortaban las narices, orejas y manos, les clavaban agujas en las uñas, abrían profundas heridas con sus latigazos y las abrasaban con plomo derretido, las freían en parrillas a fuego lento, como a san Lorenzo. Decapitaban a mujeres y niños hasta un centenar cada día, aunque en otras ciudades fueron quemados vivos. Nadie puede creer semejantes bulos infantiles, amaños de la realidad para impresionar a los fieles.

La realidad histórica es que ningún emperador tuvo un empeño especial en perseguir a los cristianos, con tal de que le reconocieran como ‘dios’. Así ocurrió con Nerón en el año 64, y con sus sucesores Trajano y Marco Aurelio, aunque la virulencia en las persecuciones se avivó en las celebraciones del primer milenario de Roma, en el año 248. Por supuesto, no todos los perseguidos fueron ‘mártires’, también hubo ‘traidores’ que se acobardaban ante el suplicio y renegaban de la fe en Cristo. Otro historiador, Lactancio, abomina de los emperadores Decio (249-251), Valeriano (253-260), Diocleciano (284-305) y su yerno Galerio (305-311), en cuyo reinado “la hoguera, las crucifixiones y las fieras eran el pan de cada día”. Este último emperador, que murió de un pestilente cáncer genital, firmó poco antes de morir, el 30 de abril de 311, el llamado *Edicto de tolerancia*, por el que ponía fin a las persecuciones contra los cristianos y proclamaba que el cristianismo era una religión *lícita*, al parecer por influencia de su esposa Valeria. Había terminado, por obra del más abominable de los emperadores, la ‘noche oscura’ de las catacumbas, y se iniciaba el esplendor de la victoria de Jesucristo sobre los demás ‘dioses’, aunque podemos comprender que todo un imperio no se muda de creencias de la noche a la mañana por un edicto imperial. Aunque soterrada, la lucha continuaba.

Antes del *edicto* había aparecido en escena un guardaespaldas imperial, de nombre Constancio, nacido cerca de Sofía, que tras una rápida carrera ‘política’, había sido promovido a César en 293 y nombrado emperador de Occidente en 305. Casado con la emperatriz Teodora, había vivido en concubinato con Elena, supuesta princesa británica, que en realidad era una tabernera de los Balcanes, que le dio un hijo, Constantino, del que se mofaban como “el hijo de la concubina”. Esta futura santa, que era “autoritaria, intrigante y totalmente desprovista de escrúpulos”, al decir de los historiadores, consiguió el destierro de Teodora, para asegurar el

trono a su propio hijo, Constantino, quien logró que las tropas a su mando lo nombraran emperador a la muerte de su padre, el 25 de julio del año 306.

Como buen militar, se impuso a sus detractores mediante las sucesivas guerras, que le convirtieron en el “espanto del Rin”. Un cronista oficial de Tréveris, donde estableció su sede, dejó escrito que diezmó a los brúcteros, robó sus ganados, incendió sus aldeas y lanzó a los prisioneros al circo para que fuesen pasto de las fieras. En 311 aplastó a los alamanos y a los francos, cuyos reyes, Ascarico y Merogasio, fueron despedazados por osos hambrientos. Fue tal el aplauso general que instituyó en Tréveris (en cuyo anfiteatro, el décimo en importancia de los 71 conocidos, cabían 20.000 personas) la fiesta anual de fieras contra hombres, conocida como los “juegos francos”.

Además de Constantino, había en el Imperio romano otros tres emperadores: Majencio en Occidente (Italia y África), Maximino Daia en Oriente (Mesopotamia y Egipto) y Licinio (Retia y Panonia). Esta tetrarquía, instituida por Diocleciano para consolidar el gigantesco imperio, no duró mucho. Con la ‘ayuda’ del dios de los cristianos, Constantino pudo derrotar a los otros tres. El primero, Majencio, cayó en la célebre batalla del Puente Milvio, cerca de Roma, en la primavera del año 312, celebrada por los historiadores de la Iglesia como el “nacimiento del imperio cristiano”. Decapitado Majencio, toda su familia fue exterminada por orden de Constantino. Lo mismo le ocurrió a la del abatido Maximino Daia, que murió “devorado por un fuego invisible que le envió Dios”, como dice Lactancio. En el verano de 324 Constantino se enfrentó con su cuñado Licinio, que fue derrotado a orillas del Bósforo. Según el cronista, “cuarenta mil cadáveres quedaron sobre el campo de batalla”. Licinio fue estrangulado y sus seguidores perseguidos y exterminados. Después de diez años de guerras civiles, Constantino quedó como “caudillo del orbe entero”, dueño absoluto del Imperio romano.

Estos apuntes sobre la Historia de Roma son necesarios para entender el futuro de toda la cristiandad, ya que con el emperador Constantino la religión cristiana pasa de ser perseguida, a religión oficial y dueña de su propio destino, muy diferente del que había vivido durante los tres siglos precedentes. Por fin, Jesucristo podía ser adorado como Dios, sin prohibiciones ni violencias. Todo lo contrario. La protección del poder civil sería un dulce almibarado para la Iglesia, que ya nunca querría perder. Como dice el autor que estudia este reinado, Alistair Kee: “Ahora la Iglesia dejó de participar en los padecimientos de Cristo y puso sus ojos en la gloria de Constantino” (*Constantino contra Cristo*, Martínez Roca, 1990). Pero a costa de olvidar la fidelidad al primero, cambiando radicalmente su postura gracias a las ‘golosinas’ que recibía del segundo. Así continúa, progresivamente, hasta que en el siglo XI, el papa Gregorio VII manifiesta claramente la ‘vocación de poder’ de la Iglesia cristiana, para mejor conseguir los “bienes espirituales”. El apogeo se alcanza con Inocencio III (1198-1216) cuando la sociedad admite sin reparos jurídicos, que “la fuente de todo Poder” proviene de Dios, y por tanto, “de su

Iglesia” (Antonio Castro Zafra, *Los círculos del Poder. Apparatus Vaticano*, Editorial Popular, 1987)

Pasadas varias generaciones de fieles cristianos, dispuestos incluso al martirio más horrible por defender su salvación eterna, la interpretación del mensaje evangélico varió considerablemente, ‘adaptándose’ a las circunstancias, traicionando, en cierto modo, la memoria de sus mártires. El Jesús mesiánico, que rechazó el conformismo político del pueblo de Israel, sometido al poder de Roma, ya era presentado en los escritos de Pablo de forma muy diferente, recomendando a los corintios que no hicieran esfuerzos por salir de su condición de siervos (1Cor 7:22). Con mayor claridad lo dice en su epístola a los Romanos: “Sométanse todos a las autoridades constituidas, pues no hay autoridad que no provenga de Dios...Quien se opone a la autoridad, se rebela contra el orden divino” (Ro, 13:1-2). Insiste en ello uno de sus discípulos, el autor de la primera carta de Pedro: “Por amor del Señor estad sujetos a toda institución humana, ya al emperador como soberano, ya a los gobernadores como delegados suyos...Tal es la voluntad de Dios” (1Pe 2: 13-15). Ante la decadencia del Imperio, la máxima ‘autoridad’, encarnada en el emperador, pasa en siglo XI a ser ostentada por el Papa de Roma. La historia es conmovedora y lamentable, pero cierta y de funestas consecuencias. El antagonismo ideológico es absoluto, pero la teología posterior ha minimizado su importancia, para cubrir las falacias teológicas de la Iglesia, que, desde Pablo y contra las enseñanzas de Jesús, siempre ha estado muy a gusto en la alianza ‘acomodaticia’ entre el Trono y el Altar.

Volviendo al siglo IV, en que se produjo, por obra del emperador Constantino, el giro más impensado en la historia de la cristiandad, se han de enfocar y estudiar con mayor precisión los datos históricos que nos permitan entender semejante evolución, tan radical como inesperada. Lo cuenta, a su empalagosa manera, el mendaz historiador Eusebio, obispo de Cesarea y biógrafo de Constantino (*Vita Constantini*), al que proclama “primer emperador cristiano”, sin hacer mención de su cruel y malvado comportamiento, anterior y posterior a su elección como dueño del Imperio. Deseoso de una victoria definitiva sobre Majencio, Constantino le confesó que había tenido durante el sueño una visión (¡otro visionario!); “una cruz luminosa en los cielos, por encima del sol poniente, llevando una inscripción: *Conquista por esto*” (es conocido que la versión ‘manipulada’ dice *Con este signo vencerás*, en latín *In hoc signo vinces*). Frente al estandarte pagano de Majencio, Constantino decidió portar otro de signo contrario: un lábaro que hizo grabar en los escudos de sus soldados con dos letras griegas cruzadas, una *ro* y una *kappa*, anagrama de la palabra *Cristo*, que fue asumido como símbolo en el siglo XX por la Acción Católica. Aunque, según el erudito Norman Baynes, en su obra *Constantine the Great*, la parte alta y redondeada del lábaro representa al sol (el ‘Sol Invictus’ pagano, al que Constantino nunca dejó de venerar) en su alianza con el Dios de los cristianos.

Entusiasmado por su victoria, que creyó ser debida a la protección de ese Dios desconocido, con ese lábaro se enfrentó y venció a todos sus enemigos. (No la cruz, como se

dice interesadamente, sino el lábaro, que Constantino adoptó como símbolo de su victorioso reinado). Y se mostró agradecido con esa religión que le había procurado la victoria, que era, en realidad, lo único que le interesaba, ya que, sin ser cristiano, se sirvió del cristianismo para intentar conseguir, tras la victoria, la unidad del Imperio. Cosa harto difícil, ya que las creencias, como es lógico, no se pueden modificar de la noche a la mañana, por ningún edicto ni amenaza legal de la autoridad. La verdad histórica es que Constantino, a raíz de sus victorias, comenzó a favorecer a las comunidades cristianas, otorgando a sus prelados, obispos y sacerdotes, unos privilegios que les valían reconocimiento oficial, poder eclesiástico y riquezas antes desconocidas, al ser considerados como ‘dignatarios imperiales’, con derecho al reparto gratuito de trigo y a usar el correo imperial.

En el año 321 las iglesias fueron autorizadas a recibir herencias, derecho negado a los templos paganos. “Esta costumbre, señala Deschner, se convirtió en una especie de epidemia durante la Edad Media, apoderándose la Iglesia de una tercera parte de la extensión de toda Europa”. Constantino también concedió a los obispos atribuciones judiciales para sentenciar en los procesos eclesiásticos y para liberar a los esclavos. Se construyeron muchas iglesias cristianas sobre las ruinas de los templos paganos, entre ellas las siete basílicas romanas, se devolvieron las propiedades confiscadas y se donaron al clero grandes propiedades en Italia, África, Siria, Egipto, Creta y las Galias. La Iglesia de Roma resultó privilegiada, al recibir de Constantino más de una tonelada de oro y casi diez toneladas de plata, para decorar la llamada Basílica Constantiniana. Pasar de las catacumbas y las persecuciones a la protección imperial debió suponer para aquellos fieles un verdadero ‘milagro’. Hay que reconocer, con Alistair Klee, catedrático en Glasgow de Historia de las Religiones, que “proteger a la Iglesia en vez de perseguirla fue una sabia decisión política”.

Con ser tantos los beneficios conseguidos, el de mayor trascendencia para la cristiandad fue el que la ‘leyenda’ atribuye a la madre del emperador, la futura santa Elena, que fue premiada en su fervoroso intento arqueológico con el ‘descubrimiento’ de la cruz en la que Jesús había sido crucificado, en una oscura cueva bajo el monte Calvario, la cual ordenó registrar, gracias a una visión nocturna (¡otra!). Sobre ella Constantino ordenó edificar la actual basílica del Santo Sepulcro, después de proclamar a los cuatro vientos el hallazgo de la cruz, que pronto fue transformada en miles de trocitos, inapreciables reliquias que lograron aumentar en forma considerable tanto las arcas de la Iglesia como la fidelidad de los ingenuos, al menos tanto como Elena. Porque fueron tres las cruces halladas y para verificar cuál era la que estuvo en contacto con la sangre de Jesús, “el obispo Macario la pudo identificar haciendo que una mujer enferma tocara las tres cruces; la que sanó a la mujer era la auténtica cruz de Cristo”. Los historiadores se estremecen ante tanta credulidad, sobre todo después de saber la escasa sensibilidad del emperador, que no suspendió las crucifixiones de los criminales al conocer

dicha noticia. (Desde luego, Constantino no era cristiano, ya que sólo admitió el bautismo unos días antes de morir, ¡por un obispo arriano!).

El emperador Constantino, en definitiva, ha pasado a la historia como un cristiano ideal, pese a sus crímenes, gran benefactor y ‘gloria’ de la Iglesia, vencedor del paganismo y fundador de la Europa cristiana, prolongada en siglos posteriores por devotos emperadores como Teodosio y Carlomagno, y por el Sacro Imperio Romano-Germánico. A él se deben los primeros grandes templos de la cristiandad, tanto en Roma como en Jerusalén y en ‘su’ ciudad, Constantinopla. Su ejemplo sirvió para que algunos creyentes adinerados contribuyeran a la magnificencia de las iglesias construidas desde entonces, como la recién descubierta al norte de Israel, de comienzos del siglo IV, con ricos mosaicos en el suelo, que la arqueología presenta como la primera iglesia cristiana. Precisamente en el centro del templo hay un círculo en el que figuran dos peces, símbolo del zodiaco, pero también de los primitivos cristianos, según el *Diccionario de símbolos y mitos*, de J.A. Pérez-Rioja (Tecnos, 1971).

Constantino logró tener a su servicio una Iglesia obediente, lisonjera y agradecida, que atendía a sus peticiones, le reverenciaba como a su señor natural y le permitía convocar concilios y decidir en cuestiones de fe como el *pontifex maximus*. Aunque la historia de la Iglesia no puede limitarse a la de su jerarquía y sus lazos con el poder civil, la limitación del espacio obliga a concentrarla en la Sede Apostólica y en la vida de sus *papas*, espejo de toda la cristiandad, con el que se identifican todos los católicos. Aunque las esperadas virtudes no se correspondan con la realidad y enmascaren muchas veces una vida licenciosa, de apariencia santa, empañada por la hipocresía, la verdad histórica es que la cristiandad era informada solamente de aquello que era ‘conveniente’ para la curia de Roma, ocultando a los ojos de los fieles la intra-historia del papado y del resto de la jerarquía eclesiástica..

Esta Iglesia sumisa, que había perdido independencia en pago a su servilismo, admitió el título de *Vicario de Cristo* para el emperador antes de que lo usaran los mismos papas. Un ‘vicario’ cruel, guerrero implacable, que no tenía escrúpulos en asesinar a cuantos se oponían a sus designios, contra la mansedumbre y el amor predicados por Jesucristo. Pero las acusaciones de la historia van mucho más allá. Su crueldad no era sólo contra sus enemigos políticos. En el año 310 hizo ahorcar a su suegro, el emperador Maximiano y a sus cuñados Licinio y Basiano; en 326 hizo asesinar a Crispo, uno de sus hijos habido en concubinato con Minerva, poco antes de casarse con Fausta, emperatriz a la que hizo ahogar en su propio baño, donando todas sus propiedades en el barrio de Letrán al papa de los cristianos, donde se erigió la Basílica Constantiniana, en cuyo pórtico su estatua colosal recuerda cuánto le debe el mundo cristiano. Porque la Iglesia ‘triunfante’ ha preferido también olvidar los crímenes de sus benefactores. En especial los de Constantino, gracias al cual, la Iglesia de Cristo llegó a ser un poder más en la Tierra, con aspiración a ser el mayor en todas las sociedades y culturas.

La ‘protección’ imperial se continúa con los sucesivos emperadores y se aumenta con Carlomagno, que, a cambio, exigió en el año 824, que los Papas debieran aguardar la confirmación imperial antes de ser consagrados. “No deja de ser curioso, escribe Antonio Castro Zafra, que hayan sido los propios pontífices quienes, con su peligrosa invención de un *Imperium Romanum Christianum*, entregaran a los monarcas una serie de derechos que luego habrían de rescatar no sólo por la fuerza de los anatemas y las excomuniones, sino también por la violencia y la guerra. Es, sin embargo, el precio que hubieron de satisfacer para recibir a cambio un reino de este mundo” (*Los círculos del Poder*). Al nivel de los emperadores, los Papas podían ya disputarles cara a cara el ansiado poder temporal, al que nunca han renunciado.

Bastan las indicaciones anteriores para entender que, durante el siglo IV, una ‘tendencia’ del cristianismo, la que supo congraciarse con el emperador, consiguió, prácticamente, apoderarse de las riendas ‘espirituales’ del Imperio romano, desbancando al paganismo olímpico y eliminando, con la ayuda del poder civil, a cuantos adversarios aparecían en su camino, aunque fuesen creyentes en el mismo Cristo. A éstos, sin mayores contemplaciones, los condenaba como “herejes” o “cismáticos”, es decir, reos de alguna ‘disidencia’ dogmática y enemigos, por tanto, del Imperio. Durante el reinado de Constantino la ‘Gran Iglesia’ tuvo que hacer frente al cisma de Donato, aspirante al obispado de Cartago contra la voluntad de emperador. No obstante, en el norte de África el movimiento siguió vivo hasta el siglo VII, contabilizándose hasta 500 obispos donatistas.

Mayor importancia tuvo la doctrina predicada por Arrio, convencido de que el Hijo de Dios fue creado de la nada en un momento anterior a la creación del mundo, lo que equivale a decir que Jesucristo no era Dios, sino un ser sobrenatural extraordinario y digno de culto. Acusado de blasfemia por otros obispos, fue excomulgado en el año 324 por el sínodo de Alejandría, con adversarios tan eminentes como Gelasio y Atanasio, aunque el obispo Gregorio Nacianceno admitía que el concilio, más que por asuntos doctrinales, se movía por el ‘ansia de dominio’. Alejandría, el lugar donde se tradujo al griego el Antiguo Testamento, era también la sede de la principal iglesia cristiana de Oriente, enfrentada a Roma, como después lo fueron Bizancio o Constantinopla.

A pesar de los intentos de conciliación, Constantino no pudo zanjar las disputas y convocó, como se ha dicho, un concilio en Nicea, en el norte de Turquía (año 325), por consejo de Osio, obispo de Córdoba y enemigo de Arrio. El concilio se celebró en su propio palacio de verano, con asistencia de 250 obispos, cuyos gastos pagó ‘religiosamente’ el emperador. La conclusión dogmática de este concilio, cuyos ecos perduran en la actualidad, se centra en la llamada “confesión de fe de Nicea”, en la que se declara que “el Hijo es engendrado, no creado por el Padre”, solución impuesta por Constantino, que prohibió toda discusión posterior, exigiendo el acatamiento de todos. “Desde entonces, afirma Deschner, “los emperadores y no los papas, fueron los que tomaron las decisiones acerca de la Iglesia”.

Antes de Nicea nadie había dicho nada sobre la encarnación; la idea de un Hijo consustancial al Padre era desconocida en la Sagrada Escritura. Toda esta doctrina fue ‘consensuada’ por los teólogos de Nicea. Arrio perdió y fue desterrado, pero sus seguidores consiguieron mantener vivo el fuego de la heterodoxia entre romanos, vándalos y godos durante los tres siglos siguientes. La doctrina aprobada en Nicea fue ‘retocada’ en el concilio de Constantinopla (381), dando paso a la “Gran Apostasía” que avergüenza a los puristas, ya que con este *credo* el cristianismo desfigura sus orígenes con ideas y conceptos (sobre todo los ‘trinitarios’) que el mismo Jesús encontraría incomprensibles. Como se ve, los dogmas cristianos se han ido estableciendo a base de ‘concilios’, es decir, de pactos y consensos entre obispos y teólogos, cada uno con sus propias posturas ideológicas ¿todas ellas inspiradas por el Espíritu Santo? ¿Esta ‘Persona’ de la Santísima Trinidad es tan ignorante que no sabe cuál es la doctrina ‘verdadera’, o tan cínica que pretende mantener a la cristiandad en continuas rencillas por una fe incierta, para forzar la unidad?

Nada menos que dieciocho años necesitaron los padres conciliares del Concilio de Trento (1545-63) para ponerse de acuerdo en la recta doctrina (Contrarreforma) que había de hacer frente a la Reforma protestante. La bula de Paulo III que lo convocó (1542) reavivó el fuego de la Inquisición con estas palabras: “La misión de la Suprema Sagrada Congregación de la Inquisición Romana y Universal es conservar pura la fe católica manteniendo alejada cualquier herejía”. Los ‘consensos’ se convirtieron en estandartes de la única verdad, del pensamiento único y de la intransigencia, enemiga de la libertad. La historia recuerda cuánto sufrimiento costó ese ‘mantenimiento’ inquisitorial, que cambió su nombre por el de Santo Oficio en 1908, y por el de Doctrina de la Fe en 1965.

Como hemos visto, el emperador Constantino, a pesar de sus deseos, no consiguió la unidad doctrinal, pero su figura se consolidó como el “nuevo Salvador, que había logrado desplazar al Jesús histórico” (Kee). El arte bizantino de siglos posteriores presenta a Cristo sentado en un trono, como si fuera el emperador en su corte de Bizancio. Los valores evangélicos, por mucho que duela a los teólogos cristianos, fueron transformados en una doctrina ‘victoriosa’ de opuesta axiología, que ha dominado a la cristiandad hasta nuestros días, haciéndola indigna de sus orígenes. Las disputas teológicas siguieron enconadas, tanto en Alejandría, como en Antioquía, capital de Siria y uno de los bastiones de la expansión del cristianismo por Oriente. Si Constantino buscaba la unidad religiosa se encontró la dispersión, aunque mantuvo con mano férrea la sumisión de la jerarquía católica.

Ambrosio, obispo de Milán (374-397) coincide con la vida del emperador Teodosio I (379-395), de estricta moralidad, que ordenaba quemar en público a los pederastas, y al que Ambrosio consiguió convencer para que declarase al catolicismo como única “religión legal” en el Imperio (380). A partir de entonces se recrudece la persecución implacable contra toda clase de herejes, no sólo los arrianos, sino también contra los seguidores de Prisciliano y en especial,

contra los judíos, cuyas sinagogas fueron destruidas. Ambrosio bendijo la Basílica Ambrosiana de Milán y gracias a sus ‘visiones nocturnas’ logró encontrar los restos de algunos ‘supuestos’ mártires que pudieran ‘santificar’ el templo, como los de Gervasio y Protasio, Agrícola y Vital, Nazario y Celso, personajes no conocidos hasta entonces.

Por la misma época, otro Padre de la Iglesia, Agustín de Hipona (354-430), después de una vida de crápula, convertido al cristianismo, y consagrado como obispo, arrecia contra los enemigos de la Iglesia, entre los que incluye no sólo a los herejes, sino también a los bárbaros godos, que estaban ya haciendo peligrar al mismo Imperio romano. Después de acusarle de “hipócrita”, Deschner dice que “fue el iniciador del agustinismo político, arquetipo de todos los inquisidores ensangrentados de tantos siglos, de su crueldad, perfidia, mojigatería, y como precursor del horror, de las relaciones medievales entre Iglesia y Estado...Todos los esbirros y rufianes, príncipes y monjes, obispos y papas que en adelante cazarían, martirizarían y quemarían herejes, podían apoyarse en Agustín...que veía al ser humano devorado por una monstruosa deuda hereditaria, el pecado original”. (Hipócritamente, Agustín defiende el mantenimiento de la prostitución para calmar la “violencia de las pasiones”). Al comienzo de su vida como obispo, ordenó la destrucción de los templos paganos y la aniquilación de todos sus cultos, bendijo la “guerra” santa contra los infieles y la sangre vertida por Dios. Como dice el jesuita Karl Rahner, para Agustín “Dios es todo, pero el hombre nada”.

Naturalmente, no todos los cristianos estaban de acuerdo con la nueva situación de ‘colaboración política’ con el poder del Estado y nacen los anacoretas del desierto, retirados del mundo naciente de ‘funcionarios eclesiásticos’ sumisos con el poder y ajenos al mensaje de Jesucristo. Al sur de Egipto, el monje Pacomio funda el primer cenobio cristiano, en el siglo IV, para vivir una vida de recogimiento y oración que tendrá gran acogida en la historia de la Iglesia, primero en los monacatos y retiros de ascetas, y después en las múltiples comunidades de frailes ‘predicadores’ (dominicos), ‘mendicantes’ (franciscanos, conventuales y capuchinos) o ‘de clausura’ (benedictinos, cistercienses, cluniacenses, etc.) con sus respectivas comunidades femeninas, de gran influencia en la cristiandad medieval. Posteriormente, otras órdenes o congregaciones religiosas han entendido el seguimiento de Cristo como la entrega incondicional a las necesidades de la Santa Sede. Así el español Ignacio de Loyola, fundador de la *Compañía de Jesús* (1546) o el también español José María Escrivá, fundador del *Opus Dei* (1928), ambas ‘obras de Dios’ detestadas por los hombres, por su hipocresía y arrogancia, que nada tienen que ver con el monacato medieval.

A pesar de tanto esfuerzo ‘militante’, la Historia de la Cristiandad enseña que tampoco la Iglesia de Jesucristo logró la unidad doctrinal, tan deseosamente buscada, por la sencilla razón de que la ‘verdad’ no puede imponerse ni por la coacción ni por la espada. En sus dos mil años de existencia ha conocido cismas y divisiones en las creencias, pero también en la jerarquía, ambiciosa de poder, en permanente rivalidad con la soberanía civil, y entre sus propios

miembros eclesiásticos. La Historia de la Iglesia no se puede entender sin esta tensión, muchas veces sangrienta, entre ‘ortodoxia’ y ‘heterodoxia’, entre bondad y ambición. Todos cristianos, pero el más fuerte denigrando al disidente, acusado de ‘hereje’, indigno de la gloria de Cristo. La Historia de la Iglesia es, por tanto, en gran parte, la historia de las herejías, porque las ha habido a centenares, como se puede comprobar en la *Enciclopedia de los herejes y las herejías* (Robin Book, 1998).

La verdad religiosa, en frase que se atribuye a Oscar Wilde, “es sencillamente la opinión que ha sobrevivido”. Frase que da a pie a Michael Arnhem para afirmar, como conclusión de sus estudios, que “sólo en este sentido puede decirse que el cristianismo es verdadero. El único problema es que esta definición de la verdad lo acerca peligrosamente a lo que sólo puede llamarse de una manera: la gran mentira” (*¿Es verdadero el cristianismo?* Crítica, 1985). Sin ser tan explícito, Antonio Piñero concluye su estudio sobre *Los cristianismos derrotados* diciendo con autoridad que “Hoy se cuentan, como mínimo, unas quinientas confesiones cristianas de cierta envergadura. Parece empresa titánica e imposible luchar contra esa variedad, pues la diversidad polimórfica pertenece a la esencia misma del cristianismo desde su nacimiento”. ¿No reconoce con estas palabras que el Dios cristiano es una ‘quimera’ irreal, ‘dañina’ para la especie humana, al ser producto de muy distintas imaginaciones ‘visionarias’, al apartarle de la ‘verdad’ racional, sin más respaldo real que la estadística de fieles creyentes?

Como todas las instituciones integradas por seres humanos, la Iglesia Católica habrá tenido miembros de sana moral y otros de moral desviada o incluso criminal, pero a los fieles no se les debe ocultar la ‘verdadera’ historia de la institución, por más que la intención sea la de ofrecerles una visión modélica, de la que puedan sentirse orgullosos, aunque la realidad sea muy distinta. Ejemplaridad histórica que se ha de hacer visible en sus máximos dirigentes, llamados a dirigir la grey por caminos de salvación. Y aquí es donde encontramos, a veces, la miseria espiritual más absoluta, que muchos cristianos ignoran, pero que todos tenemos derecho a conocer, lo mismo que la historia civil del mundo en que vivimos, aunque sea un caos de pueblos fanáticos y soberbios, de doble moral, entregados siempre al saqueo, a la destrucción y al asesinato por un trozo de tierra, pero sobre todo por un ápice más de poder, la ambición que ha sido la ‘marca’ indeleble del paso del hombre por la Tierra.

Historia humana también la de cuantas religiones, aun en los rincones más inhóspitos, se han ‘inventado’ algunos ‘visionarios’ humanos, movidos por sus alucinaciones, que han intentado dominar las conciencias de los demás por el temor, la astucia, la intimidación, las falsas promesas o el señuelo de la eterna felicidad. Historia innoble la del cristianismo, que cambia de rumbo en el siglo IV, cuando la religión de Jesucristo ‘toca’ el poder y se lanza a una loca carrera de dominación propia y exterminio del adversario, con anatemas, condenas y amenazas, incluso con derramamiento de sangre, baldón que se procura ocultar a los fieles, con

piadosas consideraciones sobre el cambio de tiempos y costumbres. Nada más indigno que la inicua obsesión de ocultar el pasado para magnificar el presente.

Todo fiel cristiano tiene derecho a conocer la historia ‘verdadera’ de la institución a la que pertenece. Ha de saber, por ejemplo, que entre 1450 y 1750, al menos cien mil mujeres y hombres fueron ejecutados en Europa y América, acusados de brujería y pacto diabólico, acusación falta de pruebas, porque se sustenta en difamaciones y confesiones arrancadas mediante la tortura. Ha de saber que los últimos caballeros de la Orden del Temple, devotos seguidores de Cristo, fueron torturados y quemados vivos en el siglo XIV por orden papal. Ha de saber que durante más de siete siglos la conocida como ‘Santa Inquisición’ no tuvo más empeño que ‘defender la fe’ persiguiendo, condenando y ajusticiando a miles de seres humanos que habían usado su derecho primario a ejercitar su razón y su libertad y a exponer sus ideas, fuesen judaizantes, protestantes, conversos, brujas, sodomitas o simplemente científicos alejados de la doctrina ‘oficial’ de la Iglesia.

Ejemplos dignos de recuerdo son: Arnaldo de Brescia, monje agustino que fue ahorcado, quemado y sus cenizas arrojadas al río Tíber en el año 1155. Los albigenses y cátaros, que avergonzaban a la Sede Romana por su espiritualidad y pureza de costumbres, fueron condenados a muerte en el año 1199 por el papa Inocencio III, acusados de ‘herejes’. Murieron asesinados o se suicidaron en sus posesiones del sur de Francia, desde Bézier hasta Carcassonne y Montségur. En el año 1318 fueron quemados varios “fraticelli” (franciscanos) en Marsella por predicar la pobreza y contra la corrupción de la Iglesia. La hipocresía de la Curia Romana, al entregar a los reos al brazo secular para ejecutar la sentencia, llegaba al extremo de ordenar el fuego y no la decapitación habitual para que no hubiera derramamiento de sangre (“sine sanguinis effusione”).

La hoguera fue también el destino de célebres ‘disidentes’ católicos, como el fraile dominico Savonarola en 1498 o Ghiordano Bruno, quemado públicamente en Roma de orden del cardenal Belarmino (en los altares desde 1930) por defender que la Tierra gira alrededor del Sol, tesis que le valió también la condena a Galileo Galilei durante el papado de Urbano VIII (1623-1644). Tanto la doncella Juana de Arco como el inglés Hugo Latimer, murieron también en la hoguera y en 1553 lo fue el español Miguel Servet, aunque en esta ocasión la orden era del protestante Calvino, rehabilitado hace unos meses por el Vaticano, en el colmo del cinismo oportunista. El protestante Juan Hus, Rector de la Universidad de Praga, fue quemado también en la hoguera en 1415.

Son hechos contrastados, de los que nadie puede dudar. Pero estos datos, con ser escandalosos en la Iglesia de Jesucristo, no pueden hacer olvidar otros realmente increíbles, capaces de quitar la fe a cualquiera que no la siga con fanatismo y ceguera espiritual. Pocos pero distinguidos ejemplos de una costumbre inhumana que ha manchado de sangre las manos y el corazón de los más fanáticos inquisidores de la Iglesia católica, para los que no hay posibilidad

de perdón. La doctrina monoteísta nunca puede permitir la libertad de pensamiento, pero al menos pudiera respetar la vida de los que piensen algo distinto. Son datos históricos que la Iglesia ha intentado borrar por todos los medios, porque “Ojos que no ven, corazón que no quiebra”.

Algunas “mentiras” de la Iglesia, tanto doctrinales como morales, han sido recogidas en el libro de P. Rodríguez, *Mentiras fundamentales de la Iglesia Católica* (Ediciones B, 1997), que recomiendo por su claridad expositiva y su exhaustiva y documentada bibliografía. Una de las ‘mentiras’ que se estudian en el libro es, precisamente, la que otorga al apóstol Pedro la “primacía” de la Iglesia, base teórica de la *infalibilidad* pontificia declarada casi veinte siglos después de nacer la religión cristiana, y cuyo lema publicitario, tomado del evangelio, figura en la grandiosa cúpula del primer templo de la cristiandad, la basílica romana de San Pedro: *Tu es Petrus et super hanc petram aedificabo ecclessiam meam et tibi dabo claves regni caelorum* (“Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y te daré las llaves del reino de los cielos”). Al decir de los historiadores teólogos, son ideas carentes de respaldo evangélico.

Ambas metáforas están tomadas del evangelio de Mateo (Mt 16: 18-19) pero según los obispos orientales fue un texto intercalado en el siglo IV por los partidarios del obispo de Roma, rivales del obispo de Constantinopla. Texto clave para la doctrina del pontificado que sólo aparece en Mateo, mientras que lo ignoran los demás evangelistas, como se debe recordar, ausencia que no se pueda explicar más que por una falsificación intencionada. Son palabras que Jesús nunca pronunció, según Deschner, o hay que interpretarlas, según la mayoría de los teólogos imparciales. Ni Jesús instituyó el papado, ni Pedro fue obispo de Roma. Hay más argumentos en su contra: En la iglesia de Jerusalén, los primeros cristianos obedecían a Santiago, el hermano de Jesús, no a Pedro. Por su parte, Pablo, el ‘apóstol de los gentiles’, acusa públicamente a Pedro de hipócrita, impensable si lo considerase la máxima autoridad de la Iglesia. Además, el mismo Pedro en sus *Epístolas* nunca se pronuncia como máxima autoridad, cosa absurda si de verdad lo fuese. Aunque rehabilitado, Pedro tenía que sentirse avergonzado de haber negado cobardemente a Jesús, algo que sí relatan los cuatro evangelios sin excepción. Para mayor evidencia, el concilio de Jerusalén, del año 58, en el que Pedro tomó la palabra, no fue presidido por él, sino por Santiago, el hermano de Jesús, según las *Actas* (15: 13-22).

Los historiadores ponen en duda, incluso, que Pedro hubiese estado en Roma, ni que allí fuese martirizado, siendo su obispo, como dice la tradición. Ni de esto ni de nombramiento de sucesor se dice nada en ningún texto paleocristiano. En consecuencia, la comunidad cristiana de Roma fue fundada por desconocidos judeocristianos, aunque según ‘piadosas tradiciones’ de la Iglesia primitiva (no antes del año 200) Pedro fue martirizado en la Via Apia y Pablo en la Via Ostiense, creencias aprovechadas por el emperador Constantino para engrandecer la capital del Imperio con la construcción en ambos lugares de sendas basílicas: San Pedro, en la colina Vaticana, y San Pablo “extramuros”, en la Via Ostiense. La primera, iniciada en el año 324, fue

bendecida por el papa Silvestre dos años más tarde. La segunda, muy reformada, fue consagrada por el papa Siricio en el año 390. Otras dos grandes basílicas, como se sabe, debe la cristiandad romana a Constantino: San Juan de Letrán, llamada también Constantiniana, y San Lorenzo Extramuros, dedicada por el emperador a la memoria del subdiácono español Lorenzo, de enorme popularidad, que gobernó a la Iglesia durante tres años de sede vacante (303-306) y fue cruelmente martirizado. Fallecido Constantino, aún se levantó una quinta basílica, Santa María la Mayor, en el Esquilino, gracias a una ‘visión’ nocturna del papa Liberio (352-66).

La iglesia primitiva estuvo dirigida en Jerusalén por un ‘consejo’ o ‘sanedrín’, al estilo judío, presidido por Santiago, a quien tras su ejecución en el año 62 sucedió Simeón, hijo de Cleofás y primo de Jesús. En esos años la iglesia de Roma no era más que una pequeña sinagoga, sin mayor trascendencia, pero pronto se fueron perfilando los diversos grados en la jerarquía eclesiástica, a imitación de la burocracia imperial: *diáconos*, *presbíteros*, y *obispos*, que en Oriente se denominaban *patriarcas*, título que, a partir del siglo V se reservó para las cinco sedes principales: Alejandría, Antioquía, Constantinopla, Jerusalén y Roma. La lista más antigua de los obispos romanos la facilitó Ireneo, obispo de Lyon, en su obra *Adversus haereses*, entre los años 180 y 185, sin mencionar la primacía de Pedro.

Por su parte, el *Liber Pontificalis*, que es el libro oficial de los papas, mencionaba a un tal Lino como el primer obispo de Roma, pero una ‘modificación’ en el siglo VI lo traslada a un segundo lugar, para dejar sitio a Pedro. El primado apostólico de Roma no fue sino una ‘acomodación’ de la Iglesia para que su sede principal coincidiera con la capital del Imperio. En la Biblioteca Vaticana, como afirma Castro Zafra, se conservan 19 códices en los que aparecen las series o catálogos de los Papas. Ninguno de ellos ha sido escrito antes del siglo X. En el año 381 el Concilio de Constantinopla, convocado por el emperador Teodosio, decide y proclama que “el Obispo de Constantinopla tiene la dignidad de Primado, después del Obispo de Roma”. El embrollo aumenta cinco siglos después, cuando en el IV Concilio de Constantinopla se proclama que los cinco Patriarcas orientales son también Papas. Así hasta el siglo XI, en el que se produce la ruptura definitiva entre la Iglesia de Roma y la de Constantinopla.

La denominación de *papa* (padre) no es tampoco original, ya que la usaban hacía tiempo los patriarcas de Oriente. Esta designación aparece por primera vez referida al obispo de Roma en una lápida del siglo IV, aunque su uso no se generaliza hasta el siglo VIII, y no se convierte en privilegio exclusivo de los obispos de Roma, dice Deschner, “hasta el segundo milenio”. Por su parte, el título de *Sumo Pontífice*, que tiene reminiscencias del código civil, se aplicó a todos los obispos hasta la Alta Edad Media. Además, es rigurosamente histórico que ninguno de los “Santos Padres” de la Iglesia (Cipriano, Ambrosio, Atanasio, Basilio el Grande, Jerónimo, Agustín) reconoce en sus escritos la primacía de Roma. Lo mismo hay que decir de los primeros sínodos o concilios, que no eran convocados por ningún papa (¿como que no existían!) sino por el emperador, que se comporta como la máxima autoridad eclesiástica. La oposición a Roma fue

especialmente intensa en África, donde la cristiandad era más numerosa, ya que, a comienzos del siglo V se contaban allí 470 sedes episcopales. Al llegar el siglo XV las disputas sobre la primacía se sustanciaron en un nuevo dogma, al decretar el concilio de Basilea (1439) que por encima del Papa está siempre el Concilio general.

Las luchas y rivalidades de la jerarquía eclesiástica dieron lugar a rupturas cismáticas y a enfrentamientos físicos, a veces con derramamiento de sangre. La ambición podía más que el amor a Jesucristo. Se pueden contabilizar hasta 37 *antipapas*, porque las elecciones dependían del pueblo en los primeros tiempos y ninguno de los elegidos quería dar su brazo a torcer. La historia nos conserva los nombres de estos ambiciosos ‘luchadores’ por Cristo, deseosos de poder más que de hacer el bien a los humanos: Cornelio contra Novaciano, san Hipólito contra san Calixto en el siglo III (¡los dos santos!); Marcelo I, Milciades y Silvestre I, Liberio y Félix II en el siglo IV. En el año 378 un sínodo romano habla ya de obispos que amenazan de muerte a otros obispos, que les persiguen y les ‘roban’ su obispado. El papa español Dámaso I (366-384) mediante el terror y el soborno venció a su oponente, el diácono Ursicino, con altercados sangrientos en la basílica de Santa María la Mayor, donde “con la tiara en la cabeza y la maza de armas en la mano” al frente de sus partidarios causó una terrible matanza. El emperador Graciano fue testigo del golpe de efecto que produjo el encumbramiento de Dámaso, el primer papa que hizo de Roma la única “Sede Apostólica”.

Pero las barbaridades sangrientas fueron en aumento. El patriarca de Alejandría Proterio fue asesinado durante la misa del Jueves Santo, “por una furiosa turba de cristianos, cuyo cadáver despedazaron y quemaron”, naturalmente, por motivos ideológicos. El papa Gelasio dejó en paz a los invasores godos, pero arremetió duramente contra las iglesias cismáticas de Oriente. Siempre por motivos políticos, bajo el pontificado de Anastasio II (496-98) tuvo lugar la conversión al catolicismo de Clodoveo, rey de los francos, y bajo el de Pelagio II (578-590) la de Recaredo, rey de los visigodos. La gran conmoción en el mundo cristiano, en este siglo VI, fue el asesinato del papa Silverio (536-537) por el que fue su sucesor, el criminal papa Vigilio (537-555), que fue encarcelado durante ocho años por el emperador Justiniano, y según cuenta su biógrafo, era tan colérico que “mató a bastonazos a un niño que no quiso acceder a sus infames caricias”, siendo apedreado por el pueblo de Roma. También dice que los obispos africanos lo excomulgaron por “apóstata”. Un brevaje “emponzoñado” la causó la muerte.

No obstante estos hechos delictivos, el emperador Justiniano (527-565) supuso el triunfo definitivo de la Sede de Roma, siempre que se doblegara a los deseos imperiales. A partir del papa Pelagio (556-561) se debía contar con la confirmación del emperador para la consagración papal. Se consolidaba así la sumisión de la Iglesia al poder civil, la fusión de política y religión, fundidos el Altar y el Trono, para eliminar de la faz de la Tierra a cuantos enemigos se alzarán contra la Iglesia Católica, tanto doctrinal como administrativamente. Durante los siglos VII y VIII, a pesar de la invasión árabe en Europa, no cambiaron, antes bien empeoraron las bárbaras

costumbres de la jerarquía católica, algunos de cuyos prelados no sabían ni leer ni escribir. Así, el papa Constantino (708-711) mandó arrancar la lengua al antipapa Félix, lo mismo que hizo Esteban III (768) con el arzobispo Teodoro y con el antipapa Constantino, al que ordenó sacar los ojos con un hierro candente, como hacía con todos sus opositores. ¡Así se comportaban los jerarcas eclesiásticos en esta verdadera Edad del Hierro del pontificado!

En su historia *La santidad del Pontificado* (El Museo Universal, 1986) el español Enrique Rodríguez-Solís suma hasta veinte pontífices que murieron envenenados, siendo uno de los primeros Sixto III (432-440) que consagró la primera basílica dedicada a la “Virgen María”, cuya advocación de “Madre de Dios” fue sancionada en el Concilio de Éfeso del año 431, convocado por el emperador Teodosio II. El papa León I, el “Magno” (440-461) es figura destacada en el papado por ser el primero que se ensalzó a sí mismo con el *Nos* mayestático, que revela una arrogancia insuperable porque “Dios le había encumbrado a lo más alto”. Ya no había diferencia entre el emperador y el obispo de Roma, que era ya, en el siglo V, “el mayor latifundista de todo el Imperio romano”. Consecuente con sus ideas de dominio absoluto, tan contrarias al mensaje de Jesús, León cimentó y amplió las pretensiones del poder papal. Dejó escritos casi cien sermones y el doble de cartas, donde queda reflejado como un “déspota espiritual” y “señor feudal”, que pretende elevar la condición sacerdotal por encima de la social, prohibiendo la ordenación, no sólo de esclavos sino de los que carezcan de un “linaje adecuado”, al mismo tiempo que se humilla ante el emperador, halagándole su inerrancia en materia doctrinal, porque está iluminado por el Espíritu Santo, “que mora en Vos, y no hay error que pueda confundir a Vuestra fe”.

La gloria más esplendorosa la alcanzó León en el año 452, cuando los hunos, con Atila a su cabeza, irrumpieron en Italia y se presentaron a las puertas de Roma. Presidiendo una comisión de legados imperiales, el papa León consiguió la retirada del invasor, lo cual le valió en la posteridad el honroso título de “salvador de Europa”. La Iglesia católica le recompensó incluyendo a este tenaz ‘inquisidor’ entre sus papas más insignes, elevándolo a los altares y reconociéndolo como “Doctor de la Iglesia” en el año 1754. A este título hay que sumar el de “Magno”, que sólo comparte con Gregorio I (590-604), el primer papa benedictino, arrogante como el que más, ‘endiosado’ en su condición de ‘pontífice máximo’, que inició la costumbre de hacerse besar los pies por todos, incluso los monarcas. A su muerte fue objeto de un culto insólito que le condujo no sólo a la santificación sino, naturalmente sin pretenderlo, a la ridícula creencia en las reliquias, ‘milagrosamente multiplicadas’, ya que, su cabeza, según piadosas tradiciones, se conserva en cuatro lugares: Constanza, Praga, Sens y Lisboa.

El rey Carlomagno, que volvió a Roma en el año 774, se quejó al papa, según dicen los cronistas, “de la horrible conducta del clero italiano, que compraba esclavas, vendía doncellas a los sarracenos y sostenía casas de juego y lupanares”. Caso insólito en el papado fue lo ocurrido con Pascual I (817-824) que ordenó sacar los ojos y decapitar (algo muy común en la política de

aquellos ‘tiempos oscuros’, pero incompatible con la ‘santidad’ predicada por el Papado) en el mismo palacio de Letrán a dos funcionarios de la curia romana. Este suceso, que se repitió tantas veces en la historia, no tendría más relevancia si no fuera porque este papa fue declarado santo por obra del historiador César Baronio (finales del siglo XVI) pero borrado del santoral en 1963, cuando se hizo evidente a la Santa Sede la maldad intrínseca del papa Pascual.

En esta época comenzó la agria polémica sobre el culto cristiano a las imágenes, que terminaría por dividir al clero, enemistado entonces con el emperador, que se oponía a ese culto, pero que había sido admitido como dogma por la Iglesia en el año 795, siendo papa Adriano I. En represalia, el emperador de Oriente, León Isáurico, hizo destruir todas las imágenes de las iglesias, lo que agravó el cisma de Oriente, aumentado cuando el papa Martín I (882-884) excomulgó al patriarca Focio. Su sucesor, Adriano III (884-85) de quien se dice que “compró” el pontificado, fue el primero que cambió de nombre, pues antes se llamaba Agapito. El papa Esteban IV (896-97), que era hijo de una prostituta, fue destronado y encerrado en un calabozo. De él dice el cardenal Baronio que “nunca los papas cometieron tantos crímenes” en tan poco tiempo.

El papa Benedicto III (855-858) fue el primero que usó el título de *Vicario de San Pedro*, continuado por sus sucesores hasta el siglo XIII, en que se sustituyó por *Vicario de Jesucristo*. Del papa Juan VIII (872-882) dicen las crónicas de la abadía de Fulda que “murió a martillazos por los parientes de una dama romana, cuyo marido era el amante del papa” y deseaba sucederle. Los diez años de su ‘reinado’ fueron particularmente belicosos (“furor bélico” dicen las crónicas) para defender y agrandar las posesiones pontificias, en especial contra los sarracenos, que vieron cómo el papa de Roma se ponía al frente de la primera flota papal y les arrebató 18 naves en el Cabo de Circe. No inventó nada. Estos escandalosos sucesos están narrados por los historiadores no comprometidos con la Iglesia, y que todos pueden consultar. Pero aún no había llegado el siglo X, cuando la podredumbre de Roma alcanzó su mayor hedor, mientras en Córdoba brillaba en todo su esplendor la cultura musulmana.

Existe un *Diccionario de los papas* (Destino, 1963) poco fiable, si nos atenemos a las biografías ‘edulcoradas’ que publica, pero que no oculta algunos de los pasajes más escabrosos del Papado. Por ejemplo, la vida de Benedicto V (964) quien al poco de ser proclamado violó a una joven romana y tuvo que salir huyendo hacia Constantinopla, llevándose parte del tesoro pontificio. “Finalmente, dice el profesor Rodríguez, halló la muerte a manos de un marido poco dado a compartir su esposa con nadie, por muy Santo Padre de la Santa Madre Iglesia Católica que fuese, y su cadáver, acribillado por un centenar de puñaladas, fue arrastrado por las calles y arrojado a una alcantarilla”. Juan XV (986-996) fue, al decir de Mabillon, el primer papa que canonizó a los santos, a imitación de las apoteosis paganas, en la persona del obispo san Udalrico, en el año 993. El papa alemán Gregorio V (996-97) excomulgó al antipapa italiano Juan XVI, al que hizo pasear por la ciudad montado al revés sobre un asno, después de haberle

cortado la nariz y la lengua y con las vestiduras rasgadas. El último pontífice del siglo X fue el estudioso químico Silvestre II (999-1003), llamado antes Gerberto, obispo de Rávena. Entre sus útiles inventos se recuerda el reloj con balancín, que estuvo en uso hasta 1650, en que fue sustituido por el péndulo.

Pero, en general, durante el primer milenio, la Sede Apostólica estuvo ocupada por algunos papas indignos, ambiciosos de poder, al que llegan sin escrúpulos, aunque la elección estuvo reservada desde 1274 al *cónclave* ('cum clavis', bajo llave). Pero la indignidad llega a su cima cuando nos enteramos de que hubo papas que fueron hijos de sacerdotes, de obispos o de papas, el caso más evidente de lujuria y *nepotismo*. Entre otros, se citan los nombres de Bonifacio I (418-423), Félix III (483-492) y Agapito I (535-536), hijos de sacerdotes; Adriano II (867-872), hijo de obispo; Silverio (536-540), hijo del papa Hormisdas, y Juan XI (931-935), hijo del papa Sergio III y de su amante Marozia, hermanastro de Alberico II (932-954), que los encarceló y asesinó.

Continuando la historia de estos "siglos oscuros", los historiadores de la Iglesia más ortodoxos llaman a los pontífices del siglo X "simoníacos, tiranos, sodomitas, ladrones y asesinos". Una serie de epítetos capaces de escandalizar al más timorato, si no hubieran sido dichos por personas tan adictas a la Iglesia como el cardenal Baronio. Del pontífice Sergio III (906-911) dice el mismo historiador eclesiástico que "es un bandido digno de la cuerda y el fuego, un monstruo execrable, que es imposible creer que haya sido papa legítimo". Uno de esos hijos del pecado fue consagrado papa con el nombre de Juan XI, ya citado, que "se entregó a incestuosos amores con su madre" ¿Cuántas de estas noticias, que manchan la historia de la Iglesia, han sido comunicadas a sus fieles creyentes? Es inevitable dirigir la mirada al pasado para entender el presente.

El erudito Muratori, en un escalofriante relato, nos cuenta cómo el papa Esteban VI (896-897) hace desenterrar el cadáver del papa Formoso I, nueve meses después de ser sepultado, para que lo juzgase un tribunal en la Basílica Lateranense, y lo declarase culpable de usurpación de la tiara. En consecuencia, Esteban ordena cortarle los tres dedos de la mano derecha con que bendecía al pueblo, se le corta la cabeza y el resto de su cuerpo es arrastrado por las calles de Roma para ser arrojado finalmente a las aguas del Tíber. En represalia, los secuaces de Formoso asesinan a Esteban por estrangulamiento. El papa Bonifacio VI (898), de vida escandalosa, sólo gobernó durante dos semanas, y murió envenenado. Antes de llegar al milenio, en este 'maldito' siglo X, gobiernan la Iglesia 26 Papas, de los cuales nueve murieron asesinados (Esteban VI, León V, Cristóforo, Juan X, Juan XII, Bonifacio VII, Juan XIII, Gregorio V y Juan XVI).

Con Juan XII (955-963), retoño extramatrimonial de Alberico, la sede romana llegó a la bajeza más extrema, ya que no sólo "convirtió el palacio papal en un burdel", sino que, ajeno por completo a la responsabilidad de su cargo, gustaba de invocar a los dioses paganos, celebraba la misa sin comulgar y cometió incesto con sus hermanas, violando a cuantas devotas

“peregrinas” llegadas a Roma se ponían a tiro. Este papa sacrílego fue el que coronó emperador a Otón I el 2 de febrero de 962, en San Pedro de Roma, dando comienzo el “Sacro Imperio Romano”, que se mantuvo hasta su desaparición en 1806. Juan XIII (965-972) era también hijo de obispo según el ‘oficial’ *Liber Pontificalis*, y hubo de entrar en Roma al frente de un ejército propio. El papa Juan XIV (983-984) estuvo preso durante cuatro meses en el castillo de Sant’Angelo por intrigas de Bonifacio VII (984) que le suplantó. De nada le sirvió, porque a los pocos meses el pueblo romano lo despojó de sus vestiduras pontificales, fue asesinado sin piedad y su cadáver arrastrado por las calles de Roma. El papa Juan XV (985) también fue hijo de sacerdote y hubo de huir de Roma. Le sucedió Gregorio V (996-999) biznieto del emperador alemán, de 24 años, que a los pocos días coronó en Roma como emperador a su primo Otón III.

Esto sólo en el primer milenio. En el segundo, baste recordar que el poeta italiano Dante Alighieri, en su *Divina Comedia* vio los tormentos que sufrían en el octavo círculo del *Infierno* tres papas de los siglos XIII y XIV: Nicolás III (1277-1280), Bonifacio VIII (1294-1303) y Clemente V (1305- 1314). Dante, como es conocido, era un ferviente católico. Durante todo el siglo XVI los papas siguieron con sus amantes y teniendo hijos sin ningún escrúpulo: Paulo III Farnese (1534-1549) era hermano de la amante de Alejandro VI y fue padre de varios hijos; también los tuvieron Julio II (1503-1513), Pío IV (1559-1565), Gregorio XIII (1572-1585) y el gran libertino Alejandro VI. Así es la historia, muy esquemática, de los obispos que han ocupado en los primeros siglos la Sede Apostólica. Pero hemos de tener presente también (sin que sirva de excusa) que eran malos tiempos, tanto para la historia política de Europa, como para la Iglesia, que ha de enfrentarse a las herejías del patriarca Nestorio, del obispo Pelagio y del archimandrita Eutiques, y finalmente a la arrolladora invasión de los bárbaros del norte, que comenzó en el año 410 con el saqueo de Roma por el rey Alarico, y de los sarracenos, con la invasión de la península ibérica en el año 711.

Es imposible resumir en unas pocas páginas la Historia de la Cristiandad, tan rica en anécdotas y sucesos de toda índole, pero basta con unas pinceladas para comprender, con el refrán español, que “no es oro todo lo que reluce”. Consolidada la primacía del obispo de Roma y su doctrina cristiana como la ‘oficial’ de la Iglesia, no disminuyeron, sino al contrario, aumentaron las interminables querellas con las demás iglesias, que se oponían a ese primado y a su adoctrinamiento religioso, e incluso político. Cada grupo, empeñado en su soberanía, creía ser el depositario de la ‘verdadera fe’ de Jesucristo, aunque ninguno de ellos la respetara, ni en la teoría ni en la práctica. En los siglos V y VI se van separando del papa de Roma pueblos enteros (Siria, Persia, Armenia, Etiopía) cuya independencia nacionalista se vio favorecida, paradójicamente, por la expansión del Islam, que las respetó al principio, sobre todo en Egipto.

Pero no se puede, al tratar del siglo X, orillar la ‘leyenda’ de la posible *Papisa Juana*, de cuya existencia dudan casi todos los historiadores, pero que su sola posibilidad da idea del negro abismo en que había caído la cristiandad en esos tiempos cubiertos de indignidad. Su

‘historia’, relatada por Mariano Scoto, es recogida por Rodríguez-Solís en su citada obra *La santidad del Pontificado*. Prescindiendo de sus antecedentes, cuenta la leyenda que Juana (Isabel o Margarita en otros autores) se enamoró perdidamente de un monje de la abadía alemana de Fulda, donde ingresó disfrazada de hombre, con el nombre de Juan “el inglés”, donde adquirió en pocos años una gran sabiduría. A sus veinte años, el hábito de monje ocultaba su identidad, y al fallecer su amante marchó a Roma, donde nobles, cardenales y frailes admiraban su talento, hasta el punto de proponer su candidatura para ocupar la silla de Pedro, cosa que consiguió al ser consagrada en la basílica de San Pedro, sin que nadie dudase de su condición masculina.

Ejerció el pontificado con sensatez y virtud, confiriendo órdenes sagradas, dando besar sus pies a los obispos y dirigiendo hábilmente la política de la Iglesia, hasta que se enamoró de un cardenal, que la dejó encinta. Continúa la relación con estas palabras: “En una procesión de rogativas, yendo a caballo, revestida de los ornamentos pontificales, al llegar a la basílica de san Clemente, los dolores de parto fueron tan grandes que soltó las riendas y cayó del caballo, lanzando horribles gritos hasta que, destrozadas las sagradas vestiduras, dio a luz un niño mientras expiraba. Allí mismo la enterraron con su hijo, que fue ahogado por los sacerdotes. Se levantó sobre su tumba una estatua de mármol como *papisa*, que fue destruida por Benedicto III pero cuyas ruinas aún se veían en el siglo XV”. No termina aquí la historia porque, a partir de entonces se estableció la costumbre de la *silla horadada*, que estuvo vigente hasta el pontificado de León X, en el siglo XVI. En ella hacían sentar al papable, con las piernas abiertas para “mostrar su virilidad”. Dos diáconos lo palpaban y confirmaban su masculinidad al grito de “¡Ya tenemos papa!” La historia de Juana puede ser pura leyenda, pero esta ceremonia no se puede entender sin ella.

Los primeros años del siglo XI fueron testigos de una escandalosa ‘subasta’ que tres papas reconocidos como tales y consagrados, Benedicto IX, Silvestre III y Juan XX, pactaron vender en pública subasta, después de gastar grandes sumas eclesiásticas en orgías nocturnas, la mismísima cátedra de san Pedro. El que ofreció la mayor suma fue entronizado bajo el nombre de Gregorio VI en el año 1044, pero dos años después fue depuesto por el emperador Enrique III por haber comprado la tiara. En 1053 el papa León IX, benedictino alemán, luchó contra los normandos, al frente de las huestes cristianas, cubierto, al estilo caballeresco, con coraza, lanza y espada. Veinte años más tarde, el cluniacense Gregorio VII entró en el cónclave a los sesenta años, protegido por gente armada. Era tal su fe en el poder papal que dejó escrito: “El poder espiritual se encuentra por encima del temporal. El papa es el representante de Dios en la tierra y el que debe gobernar el mundo. A él solo pertenecen la infalibilidad y la universalidad, y sólo puede ser juzgado por Dios. Los cristianos se encuentran sometidos a sus órdenes y deben degollar a sus príncipes, padres o hijos si él lo manda. No existe ni el bien ni el mal, sino en las

cosas que el papa ha condenado o aprobado”. ¿Algún otro déspota o tirano ha dicho algo semejante a lo largo de la historia?

Otro monje cluniacense, proclamado papa con el nombre de Urbano II (1088-1099), fue quien preparó la primera *cruzada* contra los árabes, a petición del emperador bizantino Alejo Comneno, que le prometió el reconocimiento de ‘obispo universal’ y el sometimiento a Roma de todas las iglesias si conseguía que los príncipes de Occidente acudieran a Oriente para librarle del enemigo musulmán. Dicen los historiadores que consiguió reunir un ejército de seiscientos mil hombres y cien mil caballos, algo insólito hasta entonces, pero que no iban a defender la fe sino a saquear y atropellar cuanto encontraban a su paso, hasta el punto de que algún historiador comenta que las doncellas se suicidaban por no caer en sus manos.

Del siglo XII el cardenal Baronio confiesa que “no parecía sino que el Anticristo gobernaba la Iglesia”. Como cada ‘papable’ tenía detrás un ejército dispuesto a sostener su causa, no es extraño que el papa Inocencio II y el antipapa Anacleto II fueran consagrados, por convenio pactado, el mismo día 23 de febrero del año 1130, siendo el primero cardenal y el segundo monje cluniacense. Estos y otros sumos pontífices que les sucedieron no conocieron día de descanso, luchando entre sí, con altercados, reyertas y excomuniones lanzadas de un papa contra otro. La primera acción en defensa de la doctrina fue por obra del papa Lucio III (1181-85) quien en un concilio del año anterior había autorizado la creación de la ‘Santa Inquisición’, para perseguir y condenar al tormento y al fuego de la hoguera a los cristianos *valdenses*, herejes del sur de Francia, antecesores de los *bogomilos*, los *albigenses* y los *cátaros*, que sufrieron la misma suerte un siglo después.

Después de Urbano II, otros papas siguieron bendiciendo y animando a ir a las *cruzadas* contra el infiel: Gregorio VIII, Clemente III, Celestino III, Inocencio III, Honorio III, Gregorio IX, Inocente IV, Gregorio X, Martín IV y Nicolás IV, fallecido en 1293, después de haber hecho recaer sobre los frailes dominicos la responsabilidad de la horrible Inquisición. Fray Mateo París, autor de la historia del siglo XIII, escribe que “Roma es una infame prostituta que sobrepaja a Sodoma y Gomorra: los desarrapados frailes caen sobre los pueblos armados de bulas, se adjudican las rentas y al que rehúsa lo excomulgan, mientras papas tiránicos desprecian el Evangelio y saquean a los pueblos”. Después de dos años de “Silla vacante” fue elegido el último papa del siglo XIII, Bonifacio VIII (1294-1303), a quien se le atribuye la máxima de “es necesario vender en la Iglesia todo lo que los tontos quieran comprarla”. Los testimonios son tantos y tan variados que es imposible reducirlos todos a la condición de dardos envenenados contra la Iglesia.

El siglo XIV comienza con Benedicto XI, que murió envenenado (1304). Clemente V fijó su corte en Aviñón en el año 1309 y fue famoso por vender toda clase de dignidades. Avaro de riquezas, pactó con el rey francés la persecución y extinción de los Caballeros Templarios, para apoderarse de sus cuantiosos bienes (aunque detrás se suelen ver también motivos doctrinales).

En un solo día de octubre de 1307 fueron entregados a la hoguera el Gran Maestre y sus colaboradores. El papa Benedicto XII, que falleció “cubierto de llagas producidas por sus escandalosos vicios” en 1342, según el historiador La Chatre, era “hijo incestuoso de Juan XXII y de su hermana”. Con el papa Urbano VI, arzobispo de Nápoles, papa de Roma, y Clemente VII, papa de Aviñón, consagrados el mismo año de 1378, comienza el gran cisma que dividió a la Iglesia durante medio siglo.

Cada uno tenía sus fieles, incluso entre los santos, porque santa Catalina de Siena era partidaria de Urbano y Vicente Ferrer de Clemente. Cisma que prosiguió con Bonifacio IX y Benedicto XIII, el famoso y terco español *Papa Luna*, que terminó sus días sin abdicar de la tiara en su retiro de Peñíscola a los 90 años, después de haber sido condenado en el concilio de Pisa (1417) por contumaz, hereje y cismático. Pero el cisma continuó durante el siglo XV. Frente a la contumacia ‘perdurable’ de Benedicto XIII, se fueron sucediendo en Roma cinco papas que no lograron doblegarle: Inocente VII, Alejandro V, Gregorio XII, Juan XXIII y Martín V, hasta que, finalmente, falleció el aragonés en 1424, al parecer, envenenado, dando fin al cisma en julio de 1429.

Uno de los más indignos papas del siglo XV fue Juan XXIII, el ‘hermoso’ cardenal Baltasar Cossa, coronado en 1410. “Hombre sin fe, se burlaba de las leyes divinas y humanas... Desfloró religiosas, tuvo incesto con su cuñada y violó a sus tres hermanas”, dice el historiador La Chatre. “Degradado del sacerdocio, fue conducido a la hoguera con una túnica en la que se leía la palabra ‘hereje’ y una coraza inquisitorial con diablos y llamas pintadas”. (Tomando su nombre, el papa Juan XXIII del siglo XX quiso eliminar de la historia papal a su abominable antecesor haciendo creer que no existió. Pero el pasado, aunque se pretenda borrar, existe para siempre. En este caso, para ignominia del mundo cristiano).

Como se temía, en mayo de 1453 la ciudad de Constantinopla, rival de Roma, cayó en poder de los turcos, durante el pontificado de Nicolás V, al que siguió el anciano de Valencia, cardenal Alfonso de Borgia, que subió al papado con el nombre de Calixto III (1455-58), el primero de una saga sacrílega que se continúa con el cardenal Enas Silvio Piccolomini (1458-1464) que tomó el nombre de Pío II, cuyos ‘amores’ con algunos mancebos fueron condenados por el pueblo, y sus escritos lo “deshonran para todos los siglos”. Paulo II, su sucesor, era tan afeminado que “se pintaba como las mujeres”. Al franciscano Sixto IV (1471-1484) le acusa el escritor Maquiavelo de haber desflorado a sus dos hermanas siendo cardenal, y según otro historiador, “estableció lupanares públicos que le valían veinte mil ducados anuales”. Por fin, el valenciano Rodrigo Borgia, sobrino de Calixto III, fue elegido papa el 11 de agosto de 1492, al mismo tiempo que Cristóbal Colón ponía pie en tierras americanas. Con su amante Catalina Marozia tuvo nueve hijos, el último de los cuales fue la hermosa Lucrecia, a la que convirtió en su concubina (¡!). Gobernó la Iglesia con el nombre de Alejandro VI, de indigna memoria.

A partir del siglo XV el papa actuó como un soberano temporal, abandonando la espiritualidad de la institución que presidía ‘de carácter divino’, pero convirtiendo a Roma en un foco cultural de admirables consecuencias. Sin embargo, si pienso que el siglo XV sobrepasó en corrupción a los anteriores y fue el precursor del todavía más corrompido siglo XVI en la historia de la cristiandad, saco la conclusión de que mis padres no me hubieran bautizado si hubieran conocido que la hipocresía eclesiástica ha ocultado sistemáticamente tales horrores de inmoralidad en sus dirigentes, cada vez más alejados de las enseñanzas morales y doctrinales del *Evangelio* cristiano.

Llegado a este punto, debo retroceder un milenio para profundizar un poco más en las razones de ese cambio tan drástico de comportamientos en los seguidores de Jesús de Nazaret, cuya divinidad predicaban sin poner el menor empeño en seguir sus huellas de honestidad, piedad, mansedumbre, austeridad y desapego a las riquezas mundanas. ¿Qué tiene que ver la Iglesia primitiva con las aberraciones que la han manchado en su historia posterior? En frase que tomo de Antonio Gala, “a los más despreciables papas los engulle el tiempo y los digiere”. Como a todos nosotros. Pero ninguna institución debe olvidar su pasado, aunque esté manchado por los pecados de algunos de sus miembros. Todos forman parte de la masa, y si la levadura es de mala calidad, se resentirá el resultado final, que no será del gusto de todos. Pero la historia no se puede ‘recomponer’ ni ocultar. Si la Cristiandad del siglo XXI quisiera cumplir ‘de verdad’ con el mensaje de su fundador, lo que debería hacer es avergonzarse de su pasado, pedir perdón por sus pecados (como ha empezado a hacer tímidamente y sin verdadera contrición) y retomar el camino evangélico. El primero, y quizás el más difícil de cumplir, es renunciar a las riquezas materiales, que obstruyen la puerta del Reino de los Cielos.

Las enseñanzas de Jesús sobre las riquezas son tan explícitas que resulta sorprendente el descaro con que la Iglesia (es decir, sus pastores y teólogos) las quieren enmascarar con sofismas impresentables. Leemos en Marcos y en Mateo la sentencia más estremecedora: “Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de Dios” (Mc 10:25)[aunque la “aguja” se refiera aquí, como parece demostrado, a una puerta pequeña] y “Os digo en verdad que difícilmente entrará un rico en el Reino de los Cielos” (Mt 19:23). Lo único que parece cierto en estas sentencias es que no fueron desmentidas por la propia vida de Jesús, tan alejado de la más mínima ostentación, al contrario de lo que ha venido después. A una pregunta comprometedora, responde Jesús: “Las zorras tienen madrigueras y los pájaros del cielo nidos; en cambio, el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza” (Mt 8:20 y Lc 9:58).

Una de las bienaventuranzas condena el amor a las riquezas: “¡Ay de vosotros, ricos, porque ya tenéis vuestra consolación!” (Lc 6:24) que se completa con la controvertida leyenda de la *Biblia BAC*: “Felices los que tienen espíritu de pobres/ porque suyo es el Reino de los Cielos” (Mt 5:3). El dinero es incompatible con la entrega a la divinidad, como se lee en Lucas:

“Ningún criado puede ser esclavo de dos amos. No podéis ser esclavos de Dios y del dinero” (Lc 16:13). Finalmente, es el desprendimiento de las riquezas la mejor garantía de alcanzar la felicidad eterna: “Vended vuestros bienes y dad limosna; haceos bolsas que no envejeczan, un tesoro inagotable en los cielos, donde no llega el ladrón ni hace estragos la polilla; pues donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Lc 12:33-34).

La Iglesia primitiva siguió puntualmente estos consejos evangélicos (en algunos casos fueron condenados por ‘herejes’) los cuales respondían a las enseñanzas judías del Antiguo Testamento, para cuyos autores el dinero, madre de todas las maldades, conduce al infierno. Doctrina que respetaban escrupulosamente los esenios y los primeros cristianos, que practicaban la caridad poniendo parte de sus bienes en una ‘caja común’. “A cada uno se repartía según su necesidad”, se lee en los *Hechos* (4:32). Como dice Deschner, “la semilla cristiana fructificó en un sustrato de pobreza”. Parece que esta caridad fue el factor que más contribuyó al éxito apostólico. El mismo Tertuliano, algo después, escribió que “todo lo tenemos en común, salvo las mujeres”. Pero pronto la tensión doctrinal sobre la pobreza comenzó a relajarse. No mucho, al principio, pero lo suficiente para que, en el siglo II, ya las comunidades cristianas no fueran solamente de pobres. El hereje Marción, que aceptaba el mensaje de Jesús, era un acaudalado naviero del Mar Negro, que se movía en el mundo romano del comercio, presidido por *Pecunia*, diosa del dinero.

El papa Calixto I era banquero (‘prestamista’) al ser elegido a principios del siglo III, y fue el que ordenó que los vasos necesarios para la liturgia fuesen de plata. Posteriormente, los Santos Padres comenzaron a ‘interpretar’ la riqueza en sentido opuesto a la doctrina evangélica. San Gregorio Nacianceno ve en las riquezas un don de Dios, y san Basilio aconseja la caridad por ‘egoísmo’: “Quien da a un pobre, presta al Señor y obtiene su lucro” (¿capitalismo inicial del cristianismo?). El sofisma llega a las obras de san Juan Crisóstomo, el gran orador (Crisóstomo=“Pico de oro”) cuando escribe que “En aquellas cosas más importantes, el pobre y el rico están equiparados: ambos participan del placer del aire y del agua, de toda la naturaleza. Y ambos tienen la posibilidad de alcanzar la eterna bienaventuranza”. Para san Agustín son “necesarias y provechosas” las diferencias sociales: “lo censurable no es el dinero, sino la codicia”, con lo que bendice las riquezas eclesiásticas, que pone al mismo nivel del Estado: “Es forzoso que haya propiedad privada del Estado y de la Iglesia”. En todo caso, los bienes de la Iglesia quedaban ‘justificados’ como “propiedad de los pobres” (!).

El abandono de la primitiva ‘caja común’ tuvo lugar en cuanto aparecieron las diversas jerarquías para el ‘servicio’ de la Iglesia, ya que, siguiendo la doctrina de san Pablo, quien se entrega al servicio del altar, debe vivir del altar. El inicio de esta vida comunitaria fue la concentración en una sola ‘bolsa’, la del obispo, de cuanto se recogía, para después distribuirlo entre los más pobres. Así se fue acumulando, además del poder económico, inevitablemente, el poder temporal y la fortuna personal del episcopado. Pero las donaciones no se limitaban a la

limosna, sino que, a medida que el cristianismo se iba extendiendo a otras capas sociales, llegaban a manos del obispo herencias cuantiosas y fincas rústicas y urbanas en todas las comunidades del Imperio.

Al parecer, la primera fue en Roma, a comienzos del siglo II, una finca en la via Ardenatina, propiedad de la princesa Donatila, pariente del emperador Diocleciano, de la cual se conservan las catacumbas de su nombre. Según Deschner, “en el siglo III la iglesia de Roma poseía dinero suficiente para ayudar a 46 presbíteros, 7 diáconos, 7 subdiáconos, 42 acólitos y 52 exorcistas, además de socorrer a más de mil quinientos pobres”. En los albores del siglo IV, la iglesia de Alejandría poseía una flota mercantil propia, con sus correspondientes astilleros. La de Constantinopla, numerosas fincas y más de mil locales comerciales, anejos a los más concurridos baños públicos, también de su propiedad. Todo fue posible gracias al *Edicto de tolerancia* (313) por el que las diócesis cristianas se convirtieron en corporaciones titulares de derechos jurídicos, entre ellos el de patrimonio.

Otras fuentes de ingresos fueron, desde la protección de Constantino, los continuos ‘regalos’ del emperador, como las basílicas romanas, y el palacio lateranense, futura residencia papal, los bienes confiscados a los templos paganos y a los herejes convictos, la usura y la venta de cargos al mejor postor, costumbre documentada sin posible duda en todas las historias eclesiásticas (*simonía*). El nombre viene del ‘hereje’ Simón el Mago quien, en el siglo III, quiso comprar los ‘poderes del Espíritu Santo’. Ya en el siglo IV, gracias a tanta abundancia de bienes, y al reparto ‘familiar’ de esos mismos cargos y prebendas (*nepotismo*) se ahondó el abismo que separaba a ricos y pobres. En la iglesia oriental, los emperadores cristianos también rivalizaron en mimar a las comunidades de su imperio. El más destacado fue Justiniano (527-575), que construyó la catedral de Santa Sofía en cinco años, dando ocupación a diez mil obreros y reconoció por primera vez la primacía de la sede romana. Pero estas ‘subvenciones’ y la protección del poder civil no son suficientes para explicar el vuelco doctrinal que sufrió el cristianismo en unas pocas generaciones.

Las riquezas de la Iglesia católica aumentaron considerablemente desde que se decidió el ‘canje’ de lo intangible espiritual por lo tangible material, una decisión que llevó a la ruptura de una parte sustancial de la Iglesia, acaudillada por Martín Lutero, Zwinglio, Calvino y otros ‘protestantes’ del centro y norte de Europa. Me refiero a las famosas *indulgencias*, de ingrata memoria, error garrafal del papado del siglo XVI. En el *Diccionario de los papas* (Destino, 1963), se incluyen unas sorprendentes *Taxa Camarae* del papa León X, de la familia florentina de los Medici, cruel y despótico, pero también incrédulo, ya que su coetáneo Pico della Mirandola afirma que confesó ante algunos criados que “ni antes ni después de ser papa creyó en la existencia de Dios”. Fue el inventor de las *indulgencias*, es decir, el perdón de los pecados en compensación por una ‘limosna’ para la Iglesia.

Las *Tasas de la Cámara* son las tarifas de la Iglesia, aprobadas en 1517, para condonar las culpas. Constan de 35 artículos, publicados por P. Rodríguez como anexo a su libro *Mentiras fundamentales de la Iglesia católica* (Ediciones B, 1997). Citaré algunos, como ejemplo: “El eclesiástico que incurriere en pecado carnal, ya sea con monjas, ya con primas, sobrinas o ahijadas suyas, ya, en fin, con otra mujer cualquiera, será absuelto mediante el pago de 67 libras y doce sueldos”. Si el pecado fuere “contra natura o de bestialidad” la suma asciende a 219 libras. Si se tratase de una virgen, el desfloramiento le costaría 2 libras y 8 sueldos (¡en qué poco se valoraba la virginidad!). Por su parte, “la religiosa que quisiera alcanzar la dignidad de abadesa después de haberse entregado a uno o más hombres simultánea o sucesivamente, ya dentro, ya fuera de su convento, pagará 131 libras, 15 sueldos”. Si de sangre se tratara, “la absolución del simple asesinato cometido en la persona de un laico, se fija en 15 libras, 4 sueldos, 3 dineros”. Pero “si el asesino hubiese dado muerte a dos o más hombres en un mismo día, pagará como si hubiese asesinado a uno solo”.

Entremos en la vida familiar: “El marido que diese malos tratos a su mujer, pagará en las cajas de cancillería 3 libras, 4 sueldos; si la matase, pagará 17 libras, 15 sueldos, y si la hubiese muerto para casarse con otra, pagará además 32 libras, 9 sueldos”. También era frecuente el infanticidio, porque se declara que “el que ahogase a un hijo suyo pagará 17 libras, 15 sueldos...y si lo mataren el padre y la madre con mutuo consentimiento, pagarán 27 libras y un sueldo por la absolución”. Las culpas de los padres recaen en los hijos, a tenor de la tarifa que dice: “El hijo de hereje quemado o ahorcado o ajusticiado en otra forma cualquiera, no podrá rehabilitarse sino mediante el pago de 218 libras, 16 sueldos, 9 dineros” (¡200 libras más que por matar a un hijo!). La licencia para poner un puesto de venta en el pórtico de las iglesias costaría 45 libras, pero el contrabando se perdonaría por 87 libras.

También los frailes, a pesar del voto de pobreza, estaban obligados al pago de una tarifa especial de 45 libras “si quisiere pasar la vida en una ermita con una mujer”, la misma cantidad que por “vestir trajes de laico”. La demencia no termina aquí sino que se extiende a “los bastardos” y los laicos “contrahechos o deformes”, los “eunucos” o los “hijos de padres desconocidos” que quisieren recibir órdenes sagradas y gozar de beneficios”, ya que todos ellos estaban excluidos por norma eclesiástica de la “sagrada unción del sacerdocio”. Para conseguir esta licencia bastaba con abonar algunas libras, desde las 15 que se pedían a los bastardos, hasta las 310 de los eunucos. (¡Era un sacrilegio ser ‘ungido’ sin tener ‘a punto’ los órganos viriles!).

Me resulta inexplicable, no obstante, que la tarifa por la consagración para los tuertos del ojo derecho fuera cinco veces mayor que para el tuerto del ojo izquierdo (!). *Tarifas, tasas, indulgencias, venta de reliquias, beatificaciones*, todo es lo mismo: acumulación de beneficios pecuniarios por la ‘venta’ de beneficios espirituales. La denuncia ‘protestante’ por estos abusos de poder supuso para la Iglesia católica la pérdida de más de doscientos millones de cristianos europeos en el siglo XVI. Lo que no impide que esos ‘protestantes’ hayan cometido tantos

abusos como los católicos. No hay más que recordar la vida de Enrique VIII, que se autoproclamó “cabeza de la Iglesia” de Inglaterra, sin escrúpulos para decapitar a cuantos se oponían a sus abominables deseos, carnales o políticos.

Durante el siglo IV se había consumado, gracias al poder del dinero, la obra infernal de aniquilación del ‘espíritu’ de Jesucristo, a quien renunciaron sus dirigentes por amor al lujo, la codicia y la ambición, aunque manteniendo la ‘ficticia’ máscara de servidores de un Dios inexistente, pero amable y misericordioso, al que traicionaron sin que se percataran sus fieles creyentes. Fue una obra maestra de la hipocresía. Pero esta deshonrosa ‘transformación’ continuó en los siglos posteriores, hasta que, con la llegada del siglo XIX, se fueron ocultando más y más las groseras costumbres eclesiásticas y el rostro ‘visible’ de la Iglesia se fue moralizando y acercando a la demanda espiritual de los creyentes, aunque sin renunciar a lo conseguido mediante el engaño y el cinismo. Esta postura acomodaticia tiene su contrapartida en la constitución *Pastor aeternus*, del concilio Vaticano I (1870), convocado por el papa Pío IX, fanático y mujeriego, según la biografía redactada por Rodríguez-Solís (*La santidad del Pontificado*, El Museo universal, 1986), gracias a la cual se convirtió en dogma católico la *infallibilidad* pontificia, con la cual no estaban de acuerdo más de doscientos prelados, que se ausentaron de la sala para no votar semejante despropósito (August B.Hasler, *Cómo llegó el Papa a ser infalible. Fuerza y debilidad de un dogma*, Planeta, 1980).

Para la Iglesia, ‘el fin siempre justifica los medios’. (¿No soy el Vicario de Cristo? se pregunta el papa, y se responde a sí mismo, convirtiéndose en ‘Dios en la Tierra’. ¡Pobre Dios, que tiene semejantes ‘vicarios’!). “La Iglesia católica necesita ser fundamentalista para así continuar sobreviviendo”, afirma el teólogo alemán (disidente) Horst Herrmann, autor de una obra demoledora: *Dos mil años de tortura en nombre de Dios* (Flor del Viento, 1996), donde se especifica que la Iglesia está segura porque la gente busca seguridad ante todo, aunque sea un fraude eclesiástico, porque “siempre es más fácil buscar la seguridad que la libertad”. Baste para completar esta información, la lectura detallada del libro de Gonzalo Puente Ojea, *Fe cristiana, Iglesia, poder* (Siglo XXI, 1991), en cuyo último capítulo “Siempre igual a sí misma”, se dice que “una dilatada experiencia histórica nos muestra que la ignorancia ha sido y sigue siendo la aliada natural de la Iglesia y el mejor preservativo de la fe”.

No obstante las anteriores acusaciones, la gran estafa eclesiástica se produjo en el siglo VIII, con la creación de los Estados Pontificios, ‘donación’ a la “Sede de Pedro” hecha por el rey de los francos Pipino el Joven (741-768), el primer rey *cristianísimo* de Francia y padre de Carlomagno. El entonces papa Esteban III (752-757) reclamó su ayuda para expulsar a los lombardos de Roma y de todo el norte de Italia, cosa que hizo en sangrienta guerra, mereciendo el agradecimiento del papa, que lo ungió en París como “rey por la gracia de Dios”, prohibiendo a los francos, bajo amenaza de excomunión, que jamás eligieran reyes de otro linaje (!). Gratitud por gratitud, Pipino (que había usurpado el trono) le obsequió no sólo con la ciudad de Roma

liberada, sino con el exarcado de Rávena y otros territorios del norte italiano que, a partir de entonces, formaron parte del “patrimonio de San Pedro”. El sucesor, su hermano Paulo I, exaltaba a los francos como “pueblo santo”, hijos predilectos de la Iglesia.

Pero este título jurídico, tan legal en apariencia, se basaba en una monumental falsificación, la más productiva para la Iglesia, convertida por este fraude en un poder temporal, al que habían de someterse, con el tiempo, todos los soberanos de la Tierra. (¡Todo lo opuesto a la doctrina evangélica!). Los documentos falsificados, tanto civiles como eclesiásticos, son tan abundantes en la historia, sobre todo medieval, que Karl Deschner les dedica el tomo cuarto de su *Historia criminal del cristianismo. La Iglesia antigua: falsificaciones y engaños* (Martínez Roca, 1993). El de mayor trascendencia para la Iglesia fue el que exhibió el papa Esteban ante Pipino para ‘obligarle’, por imperativo antiguo, a destruir a los invasores lombardos y a devolver a la Santa Sede todas sus posesiones, la llamada *Donación de Constantino*. Se trata de un documento fechado el 30 de marzo de 315 por el que, supuestamente, el emperador Constantino declaraba que “la sagrada sede del bienaventurado Pedro será gloriosamente exaltada, aun por encima de nuestro Imperio...Dicha sede regirá las cuatro principales de Antioquía, Alejandría, Constantinopla y Jerusalén, del mismo modo que a todas las iglesias de Dios de todo el mundo...Finalmente, hacemos saber que transferimos a Silvestre, papa universal, nuestro palacio, así como todas las provincias, palacios y distritos de la ciudad de Roma e Italia, como asimismo de las regiones de Occidente”.

Naturalmente, todo era un engaño hábilmente elaborado por orden del papa, ya que nunca existió esa flamante *Donación de Constantino*. La impostura fue descubierta en 1440 por el humanista y canónigo de Letrán, Lorenzo Valla, pero la Iglesia Católica no lo ha reconocido así hasta el siglo XIX. Esta y otras falsificaciones incluidas en el *Liber Pontificalis* han servido a la Iglesia durante siglos para fundamentar sus reclamaciones, tanto temporales como espirituales. Los Estados Pontificios, aunque han sufrido alguna modificación al compás de las variaciones políticas, han ocupado durante siglos el centro de Italia, hasta Bolonia, el Lacio y Rávena, desde el Mediterráneo al Adriático, hasta que fueron reducidos por el Pacto de Letrán (1929) a las actuales 44 hectáreas de la Ciudad del Vaticano, donde tiene su residencia el Pontífice desde el siglo XIV y donde se asienta la maravillosa Plaza de San Pedro, única en el mundo, tanto como la colosal basílica y los impresionantes Museos Vaticanos, conjunto el mayor y más visitado por los amantes del arte sublime, que anonada al visitante.

Las bellezas del Renacimiento y del Barroco están como encapsuladas en este poco espacio cuyo soberano es el Sumo Pontífice de la Iglesia Católica, dueño y señor de este minúsculo Estado, desde donde ‘apacienta’ el ‘rebaño’ católico. El esplendoroso, al mismo tiempo que tenebroso, siglo XVI está dominado, en la Sede Apostólica, por apellidos italianos, los Piccolomini, Médici, Borgia, Carrafa, Ghisleri, dell Monte, Farnesio, Buoncompagno, Peretti, Aldobrandini, etc. Casi todos unidos por sus vicios particulares y por las crueldades

encomendadas a la Inquisición, pero aún más por convertir a Roma en la gloria más envidiable de la humanidad. A todos ellos, enamorados de la belleza y el arte tanto como de su gloria inmarcesible, narcisistas ecumbrados por la corrupción, debe la humanidad el mayor servicio de ‘civilización’, no precisamente religiosa sino artística.

Siguiendo con la historia, el ateo León X (Médici) tuvo que excomulgar a Lutero por su rebelión. Su primo Clemente VII (otro Médici) hubo de sufrir el *saqueo de Roma* por las tropas imperiales. Paulo III (Farnesio) después de excomulgar a Enrique VIII de Inglaterra, murió de una terrible enfermedad vírica, con dolorosas llagas, que “obligaron a cortarle el órgano de la virilidad”, como dice el cronista. Durante el pontificado de Julio III (1550-55) fue quemado en la hoguera, por orden de Calvino, el célebre Miguel Servet. En los cuatro años de Paulo IV (1555-59) los tercios flamencos y españoles ganaron la batalla de San Quintín, lo que obligó al papa a levantar la excomunión al emperador Carlos V, además de sufrir el cisma de Inglaterra, obra de la reina Isabel, que proscribió en sus dominios la religión católica y se autoproclamó titular de la jefatura suprema de la Iglesia anglicana.

A Pío IV (otro Médici) que asistió al concilio de Trento (1561) le sucedió Pío V (después santo) que era inquisidor dominico, y por tanto, llevaba en las venas el deseo incontenible de la sangre de los herejes, perseguidos por la Inquisición, sobre todo protestantes seguidores de Calvino. Sabiendo que había en Roma 45.000 prostitutas de fe calvinista, ordenó su destierro, pero la Curia romana le advirtió de que “eran necesarias al clero, so pena de caer en la sodomía, y que, además, con su marcha se perdería la renta más productiva de la Iglesia”. Sin conseguir su propósito, animó a los príncipes católicos a exterminar a los herejes protestantes: A Felipe II de España contra los flamencos; a María Estuardo de Inglaterra contra su esposo y su hermano, ambos protestantes; al rey de Francia le ordenó que mandara decapitar a todos los prisioneros protestantes, “sin distinción de rango, sexo ni edad”, tras la horrible noche de San Bartolomé. Fue canonizado por Clemente XI, el mismo que mandó decapitar a Gaetano Volpini por haber escrito un poema satírico contra el papa en 1720.

El último papa del siglo XVI, Clemente VIII (1592-1605) era un Aldobrandini, que se apoderó del ducado de Ferrara, al fallecer Alfonso del Este en 1597. Además de la avaricia, la lujuria, el pecado más repetido entre el papado antiguo, todavía renace en el siglo XVII con el papa Inocencio X (1644-1655), magistralmente retratado por Velázquez, cuya vida “fue un continuo escándalo”, entregado a la pasión de Olimpia, su cuñada y amante. También en los siglos XVII y XVIII continuaron los ‘castigos’ inquisitoriales, aunque en menor medida. El caso más imperdonable fue el del filósofo Pietro Giardinone, que fue torturado hasta la muerte en 1736 por haber apoyado la supremacía del rey sobre la del papado. La última víctima que se cita como ejecutada por hereje es Carlo Sala, el 25 de septiembre de 1765, aunque también se recuerda que Paolo Salvati fue ahorcado y cuarteado por haber robado una carta del papa en 1805 y Giuseppe Balzani decapitado en 1833 por ofensas al Sumo Pontífice. *Et sic de*

*caeteris...*No le falta razón a René Chandellet al llamar a los papas *Traidores a Cristo* (Robinbook, 2006). Aunque parcial, esta es la historia 'secreta' de la cristiandad.

Pero no todo es miseria moral. Casi todos los pontífices supieron, aunque fuese en provecho propio, proteger y favorecer a los artistas que, bajo su mecenazgo, fueron autores de grandiosas obras de arte, como se ha dicho. Aunque sufrieron daños irreparables a lo largo de muchos siglos, la conservación, restauración y embellecimiento de las basílicas romanas fue preocupación de todos los papas, porque fortalecían ante el pueblo la grandeza del pontificado. San Juan de Letrán, en la que hubo cinco concilios en el siglo XII, fue destruida por un incendio en 1308 y por un terremoto en 1349. La reconstrucción se prolongó durante cuatro siglos, terminándose en 1732. San Pablo Extramuros, que fue saqueada por lombardos y sarracenos (siglos VIII y IX) fue destruida completamente por un incendio en 1823. El papa Pío IX la consagró de nuevo en 1850. Santa María la Mayor, adornada con el campanario más alto de Roma por Gregorio XI en 1378, fue devastada durante el saqueo de Roma (1527) y consagrada de nuevo por Benedicto XIV (1740-58). El Museo del Capitolio, el más antiguo del mundo, fue abierto al público en 1471 por el papa Sixto IV, en la plaza del Campidoglio, con la famosa colección escultórica de filósofos y emperadores antiguos.

Pero la 'joya de la corona' es la basílica de san Pedro, construida de nuevo por el papa Julio II, que bendijo la primera piedra el 18 de abril de 1506 y fue consagrada en 1626 por el papa Urbano VIII. En ella trabajaron, como es sabido por todos los turistas, los mayores genios artísticos del Renacimiento, con los arquitectos Bramante, Miguel Ángel y Bernini, y decorada por Rafael y el propio Miguel Ángel, egregio autor de la inigualable Capilla Sixtina (restaurada en 1990-94). En las grutas vaticanas se encuentran las tumbas de la mayoría de los papas, excepto algunos, como el ya citado Pío IX, que prefirió estar solo en la cripta funeraria de San Lorenzo Extramuros. Pese a todo, para alguien sensible a la belleza del arte, sigue siendo verdad el reclamo publicitario: *Roma, Ciudad Eterna*. ¡Cuántas veces, al contemplar tanto alarde de riqueza y grandiosidad, me he preguntado si Jesús de Nazaret se sentiría cómodo en estas deslumbrantes estancias, rodeado de tanto personaje deshonesto! La respuesta, por supuesto, es negativa. Pero después sigue otra pregunta, cuya respuesta aún no encuentro: ¿Cómo es posible que tanta inmoralidad haya conseguido pasar la barrera de los veinte siglos? ¿Tan ciega es la humanidad? ¿Es realmente la religión una "quimera dañina", como afirma el barón de Holbach?

La cristiandad ha soportado la ruptura, una y otra vez, de sus miembros más reflexivos, ya sea de forma individual o colectiva. Hubo y hay, como sabemos, varios cristianismos, con graves distorsiones de la fe (Corrado Augias, *Investigación sobre Jesús*, Mondadori, 2006). A pesar de las reconciliaciones de 1274 y 1439, las Iglesias de Occidente (católicos romanos y protestantes) y de Oriente (ortodoxos griegos y rusos) continúan su camino separadamente en el día de hoy. Sus respectivos *credos* proclaman que son la verdadera Iglesia, pero se refugian en su fanatismo, sin dar su brazo a torcer, aunque ya en 1965 el papa Pablo VI y el patriarca

ortodoxo Atenágoras I retiraron sus respectivas excomuniones”. Sin embargo, no hay persona algo instruida que no reconozca la falsedad del lema de Roma: “Una, santa, católica y apostólica”. Ni hay ninguna iglesia cristiana que sea “santa”, dada la inmoralidad de sus dirigentes; ni es “una” en vista de tanta dispersión; ni es “católica”, ya que solamente cubre una parte de la geografía religiosa del planeta; ni es “apostólica”, por cuanto Pedro, muy probablemente, no fue obispo de Roma. Todo se reduce a palabrería publicitaria.

De los miles de modernas sectas que se han segregado, por alguna razón teológica, o por inconfesables motivos amenazadores (Antonio Luis Moyano, *Sectas. La amenaza en la sombra*, Nowtilus, 2002) sólo destacaré una, la fundada por un ‘visionario’ americano, Joseph Smith, que murió asesinado en 1844. Afirmaba tener revelaciones directas del mismo Jesucristo, que se quejaba de la cristiandad, corrompida en todas sus tendencias, y se decidió a reanudar la doctrina inicial del Evangelio, fundando una nueva iglesia, la de los *Mormones*, depositarios de la ‘verdadera fe’. Dio a su fundación el nombre de *Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos días*.

Es una de las más de 2.500 sectas cristianas que hacen de Estados Unidos un ‘supermercado de las religiones’. Tal diversidad hace, de hecho, inoperante el Consejo Mundial de las Iglesias, con sede en Ginebra desde 1948. Son unos dos mil millones los cristianos, pero el Dios al que adoran, Jesucristo, no guarda ningún parecido con el humilde judío de Nazaret, que vivió y murió crucificado en el siglo I de nuestra Era.. En cualquier caso, la razón y la fe jamás irán unidas en ningún movimiento religioso. La fantasía y la imaginación que provocan las ‘visiones’ espirituales siempre nacerán en un ‘lugar’ del cerebro humano distinto de la coordinación racional. En otras palabras, como decía Holbach, “la fe desaparece en el momento en que se razona...La verdadera tolerancia y la libertad de pensamiento son los auténticos antidotos contra el fanatismo religioso” (*El cristianismo al descubierto*, Laetoli, 2008).

Faltan en este libro muchos temas que deben ser considerados al tratar de la cristiandad, como el sacerdocio, la liturgia, los sacramentos, la eucaristía, los milagros, la santidad, las misiones, la oración, la mujer, la obediencia, la gracia santificante, el pecado, las devociones, las apariciones marianas, la persecución del pensamiento libre y tantos otros que no pueden entrar en este breve resumen sobre la historia de la cristiandad, que no continuó hasta la actualidad porque es materialmente imposible. La censura y quema de libros ha sido una constante en esta historia eclesiástica que por sí sola merecería un tratado aparte, ya que “para quienes aspiran a controlar y dominar las conciencias, el libro y la hoja escrita son siempre un enemigo en potencia” (Juan G. Atienza, *Los pecados de la Iglesia*, Martínez Roca, 2000). Algún día me informaré lo suficiente para poder difundir esta gran equivocación de la Iglesia Católica, que nunca ha respetado la libertad, carcoma de su doctrina.

Algunos ‘pecadillos’ (“errores”, en versión edulcorada) ya han sido reconocidos por el papa Juan Pablo II (1994), como la maldad intrínseca de la Inquisición, con sus millares de

víctimas, algunas tan inocentes como Giordano Bruno, quemado en la hoguera en febrero de 1600. Pero la intención papal fue ‘rebajada’ por presiones de la curia eclesiástica, intransigente siempre con la publicidad y el debate de sus ‘pecados’, antiguos y modernos, que se deben ocultar para no empañar la memoria del cristianismo (tal ocurre hoy con la pederastia de los sacerdotes, problema de tal magnitud que ha dejado en la bancarrota a varias diócesis de los Estados Unidos de América). En estos últimos tiempos la Santa Sede ha tomado contacto con disidentes cristianos, como los ortodoxos y anglicanos, con vistas a una unión que no hará cambiar la historia ni volverá a la sencillez evangélica. La falsedad es intrínseca a todas las confesiones.

Como el cambio no da tregua a la civilización, la doctrina cristiana no ha tenido más remedio que ‘acomodar’ sus exigencias a los nuevos tiempos, aceptando algunas teorías científicas y la variante axiología que demoniza los horrores de épocas pasadas. Así ha ocurrido con la libertad de pensamiento y de expresión, con el reconocimiento de los derechos humanos y la abolición de la esclavitud, con la emancipación de la mujer y las interferencias en la política. No hay más remedio que reconocer, a pesar de su insistencia en antiguos ‘errores’, que la Iglesia de hoy dista mucho de la historia ‘criminal’ de siglos pasados. Lo que hoy escribo -y lo mismo se puede decir de miles de autores contemporáneos- me sentenciaría de inmediato a los horrores de la hoguera medieval y renacentista. No quiero hurgar más en la herida.

En cambio, siento la necesidad de desmitificar la idea común de que la moral va unida a la fe. Las religiones monoteístas suelen prestar más atención a las costumbres de sus fieles, a la moral de sus actos, a la escrupulosidad de su liturgia, que al entramado, tantas veces opuesto a la razón y al sentido común, de su doctrina espiritual. Como si la fe fuese, por sí sola, garantía de una buena conducta. ¿Son buenos musulmanes los terroristas que se inmolan por Alá, arrastrando a miles de víctimas inocentes? ¿No son buenos judíos quienes prefieren no hacer el ridículo entregando sus oraciones a las rendijas del Muro de las Lamentaciones? ¿Distinguen los cristianos entre moral y fe cuando cometen adulterio, estafan a sus conciudadanos o falsean sus declaraciones de Hacienda? ¿Qué tiene que ver la ‘doctrina’ de la Santísima Trinidad con la lujuria o el dogma de la eucaristía con el asesinato político?

¿Cómo es posible que la moral dependa en la India de respetar a la vaca y en el mundo islámico de no comer carne de cerdo? ¿Qué es más moral, la monogamia cristiana o la poligamia musulmana? ¿Por qué unos aceptan como bueno el aborto y la homosexualidad, mientras que para otros son dignos del mayor castigo? ¿Por qué un santo, como Tomás de Aquino, defendió el regicidio? ¿Cómo es posible aceptar como camino de vida ese libro infame que es la *Biblia*, tan respetada por las tres religiones? ¿No sabemos que ese ‘libro sagrado’ permite la matanza de niños (Núm 31:17-18) y otras crueldades ‘divinas’ que no es preciso recordar (Deut 2:33-34; Sal 137:8-9)? ¿Son dechados de moralidad los Testigos de Jehová, que

no permiten la transfusión de sangre, ni aun en peligro de muerte? ¿La justicia de un pagano no es justicia? ¿Soy inmoral por decir la verdad que he conseguido encontrar gracias a mi razón?

Si la fe religiosa ha de ser siempre ‘una’, intocable en sus dogmas y creencias, la moral es siempre ‘relativa’, variable con los tiempos y las sociedades, como que es un producto de la ‘cultura’ humana. Algunos teólogos justifican tales barbaridades porque eran “otros tiempos” (p.e. Paul R. van Gorder, *Respuestas a preguntas difíciles de la Biblia*, Clío, 1977). Pero nuestra conciencia nos dice que hay maldades intrínsecas que no pueden variar, porque dependen de una ‘moral’ natural, de una ética laica y universal, que no necesitan ninguna ‘orden sobrenatural’. ¿Era inmoral el canibalismo de los primeros *homo sapiens*? No. Porque no era contrario a su naturaleza animal, donde todos son depredadores para sobrevivir. En cuanto el ser humano se va apartando de la animalidad, gracias al progresivo ‘regalo’ de su razón, va entendiendo que su conducta ha de regirse por otras normas, derivadas de su propia y nueva condición racional, sin necesidad a atender a mandamientos de ‘otro’. Una regla absoluta, ‘revelada por alguien’ es una falsa ilusión, derivada de imposibles ‘revelaciones’. Además, la honradez no depende de de ninguna fe, porque, como dice Holbach, “el hombre honrado no tiene necesidad de ser vigilado para hacer el bien”.

Pero la moral religiosa se funda en una doctrina de premios y castigos, que los fieles creen sin dudar. ¿Existiría esa moral si no existiese esa doctrina que habla de un ‘paraíso’ y de un ‘infierno’ eternos? Estos han sido los ‘motores’ de la moralidad desde que existen las religiones. Pero hay que diferenciar la moral de la fe. Hay moral y virtud en todas partes, no así una doctrina de fe admitida por todos. ¡Cuántos cristianos habrá que, siendo inmorales, se ofenderían si alguien dudase de su fe! Todas las leyes morales, de todos los tiempos y lugares, que obligan a escoger entre el bien y el mal, han sido elaboradas por el hombre, precisamente porque esos conceptos no dependen de ninguna doctrina religiosa que amenace con un castigo eterno. Simplemente, porque, como dice también Holbach, “una sociedad sin moral no puede existir” (*El cristianismo al descubierto*, Laetoli, 2008).

Si cambiamos la palabra *moral* por *ética* el cambio no sería significativo. Se puede vivir sin religión, pero no sin ética, pública y privada. “La ética debe estar por encima de la fe”, dijo el profesor José Antonio Marina al presentar su libro *Dictamen sobre Dios*, y también, de forma tajante: “Las religiones son un asunto privado que debe someterse a los criterios de una ética pública. En esto hay que ser implacable”. Un ateo puede ser espejo de moralidad (o de ética) sin necesidad de creer en ningún ser divino, ni someterse a ninguna religión. Ninguna religión puede ofrecer la garantía de un paraíso de eterna felicidad, porque todo es un ‘invento humano’, como poetizó Lucrecio hace más de mil años: “La morada y palacio de los dioses/ pusieron en los cielos” (*De rerum natura*, 1704-5, Cátedra, 1990). El cristianismo, por su parte, “es la religión más agresiva, la más sanguinaria de todas. Es la única religión de la que se puede

construir una historia criminal” como afirma Horst Herrmann, el que fuera teólogo del Concilio Vaticano II (*2000 años de tortura en nombre de Dios*, Flor del Viento Ediciones, 1996).

He llegado al final de mis consideraciones sobre la fe religiosa como una ‘ceguera’ voluntaria, que incapacita al ser humano para atender las ‘razonables razones de su razón’, al fin y al cabo, tan creada por ‘su’ Dios como la poderosa imaginación que la ha desvirtuado. No hago más que seguir la pauta de tantos cristianos desengañados, aunque algunos teólogos ‘malditos’ como Eugen Drewermann, persisten en su ‘engaño fundamental’, al postular que “debemos esforzarnos por conciliar la fe y la razón, la inteligencia y la devoción, la libertad y la relación con Dios. Sin eso, continúa, la Iglesia desaparecerá”. En su mente todavía habita el Dios cristiano, ‘inventado’ pero actuante como ‘opción vital’. A pesar de su disidencia, la fe le ciega la visión racional, ya que se deja llevar más por sus deseos que por su razón, cuyos caminos no pueden coincidir jamás.

La quimera de los dioses se asienta sobre la ceguera humana, cuando es voluntaria. *Ojos que no ven*, es decir, que se cierran a la luz de la razón, *corazón que no quiebra*, es decir, que no sufre sus incongruencias. Bien lo sabía don Alonso Quijano, el loco fingido, que cerraba voluntariamente sus ojos a la realidad para no sufrir con la miseria que veía a su alrededor. Es el miedo a la verdad, la escapatoria al mundo ‘ideal’, imaginado, donde todo es bello, nadie intenta engañarme y los encumbrados a la autoridad sólo pueden desear mi bien. Es la credulidad inocente, a fuer de ignorante, la que hace que el corazón (es decir, la mente) no sufra al descubrir la ‘auténtica’ verdad de la vida y de la muerte. De ahí que haya escogido el refrán cervantino, tan poco mercantil, para subtitular estas reflexiones, cercana ya la meta final. Si hubiera sido más consecuente con mi pesimismo, hubiera escrito: *Ojos que ven, corazón que sufre*.

Epílogo

*La mayoría de los hombres
sólo aman su religión por costumbre...
Siguen los caminos
que sus padres les han trazado...
No nos sorprendamos, pues, si vemos al error
casi identificado con la raza humana:
todo parece concurrir a eternizar su ceguera
y todas las fuerzas se unen para ocultarle la verdad...
La fe desaparece en el momento en que se razona.*

(Holbach, *El cristianismo al descubierto*)

Suscrito el punto final, he de hacer examen de conciencia. ¿Por qué y para qué he escrito este libro, tan alejado de mis preocupaciones profesionales anteriores? Para sincerarme conmigo mismo, en primer lugar. Desde mi jubilación, hace ya nueve años, he leído mucho sobre la religión aprendida, he reflexionado sobre lo leído, y he querido dejar por escrito mis pensamientos y conclusiones para esclarecer mis ideas. Ya se sabe que, cuando se escribe, la luz se abre paso y la claridad viene a iluminar lo asimilado en la lectura de libros de filosofía y religión, de moral y de historia, pero sobre todo, de ciencias, desde la astronomía hasta la antropología. Es, en principio, una intención sana, de carácter privado, que no pretende ‘ajustar cuentas’ con nadie, ni ofender ni escandalizar. Sólo quiero tranquilizar mi conciencia y morir con la dignidad de quien no se ha dejado seducir, finalmente, ni por las tentaciones del mundo ni por las engañosas doctrinas espirituales.

Pero, además, he querido lanzarlo al aire para que las ondas, tan invisibles como ciertas, lo lleven a los más recónditos parajes del planeta, donde seres tan humanos como yo, pero quizás menos afortunados por no haber tenido a su disposición la biblioteca especializada que me ha permitido escribirlo, puedan recibir el mensaje de confraternidad y de ‘desvelamiento’ que les haga, a su vez, reflexionar sobre los engaños que, incluso con buena intención, les obligan a creer en notorias falsedades ‘inventadas’ en esta vida para ‘merecer’ otra, que no existe. Incluso pueden beneficiarse de mis palabras aquellos que, sin esperar nada de otro mundo, viven sometidos a las costumbres ancestrales de la santería, el curanderismo, el espiritismo, los maleficios del vudú y cuanto empaña los ojos y oscurece la razón, que a todos se nos ha dado por igual, y cuya vivencia debemos conservar para ser auténticamente seres humanos.

“Las religiones son creaciones humanas”, sentenció N. Smart en su *Historia de las religiones*, tan ‘inventadas’ como los miles de dioses que se han venerado a lo largo de los

siglos. La referencia objetiva más antigua que tenemos de la divinidad ‘imaginada’ es un sello cilíndrico de Irak, con la ‘imagen’ del Dios Sol, fechado en 2.300 años a.C. Por esa época los babilonios hicieron la lista de sus dioses, que nos dejaron por escrito en tablillas de barro: se pueden contar hasta dos mil. También de Irak es la más antigua descripción de un templo, esta vez el consagrado en Larsa a la diosa Ninisina, del siglo XIX a.C. El sintoísmo adora a unos 800.000 dioses, y los hindúes -mucho antes de que apareciera el cristianismo- los cuentan por millones. Bastan estas cifras para descalificar a cualquiera de las religiones que se presenten en un ‘hipotético juicio’ de racionalidad. No hay politeísmo que se salve de la condena racional. En cuanto a los monoteísmos, la historia reciente nos ha demostrado que la rivalidad entre ellos no ha conducido a la felicidad, sino a la tragedia de la humanidad, que por su culpa ha vertido ríos de sangre. Me he detenido a considerar cuánto de ‘quimérico’, de ‘falso’ y de ‘teología interesada’, a la luz de las ciencias, hay en la religión cristiana, que es la que me concierne personalmente, pero he de añadir algo sobre los otros dos monoteísmos, el hebreo y el islamista, padre y hermano respectivamente del monoteísmo cristianismo.

El monoteísmo hebreo, padre de los otros dos posteriores, el cristianismo y el islamismo, está sustentado en la *Biblia*, conjunto de textos muy diferentes, pero que proclaman y adoran a Yahvéh como dios único. Estas Sagradas Escrituras, escritas en diferentes siglos, pese a páginas de gran belleza poética o inofensivas normas litúrgicas, condensan la historia ‘novelada’ y ‘sanguinaria’ del pueblo hebreo desde su salida de Egipto, teñida con la sangre de los pueblos vecinos, arrasados y condenados a la muerte violenta por orden del cruel, codicioso y tiránico Yahvéh. Este dios ‘inventado’ fue ejemplo de conducta malvada para los primeros reyes judíos, como David, el “gran rey pecador”, sanguinario y mujeriego, pero venerado por los suyos porque consiguió engrandecer el Estado de Israel (Jonathan Kirsch, *David*, Ediciones B, 2008). Castigados con la diáspora a lo largo de los siglos, siguieron teniendo a ese dios inmisericorde como el único y omnipotente, que no les ha podido librar en el siglo XX de la masacre nazi ni de las continuas guerras en la Palestina de sus mayores. Decididamente, la ignorancia y la superstición mantienen viva la llama del monoteísmo judío, siendo esta religión, como todo monoteísmo fanático, inseparable de la política de conquista territorial y aniquilamiento del contrario.

La expansión territorial de los primeros hebreos por Oriente Medio, una vez expulsados de Egipto, no se hizo con la bandera del amor sino con el estandarte de la guerra, pasando a cuchillo a cuantos se oponían a su avance, por ‘orden’ de su único dios, que había ‘pactado’ con ellos una ‘alianza’ egoísta y criminal, ya que, aun sin derramamiento de sangre, prescindía de los demás seres humanos (al parecer, también creados por ese misterioso ‘Yahvéh’) de los beneficios prometidos en esa ‘alianza’ bíblica. Era, pues, una ‘sentencia divina’ indigna de un padre-creador amoroso para con ‘todas’ sus criaturas, que nadie en su sano juicio podía (ni puede) admitir como orden emanada de un dios de Amor, de Bondad y de Justicia. Como que

no era tal, sino la obra de dos ‘visionarios’ (Abraham, primero, Moisés después) para mantener unido a un pueblo emigrante, con la esperanza de encontrar un trozo de tierra para vivir.

Desde el año 70 de nuestra Era, en que fueron expulsados de Jerusalén y siete años más tarde, del enclave de Massada, por los ejércitos de Roma, los hebreos, dispersos ya por el mundo, no han tenido desde entonces más lazo de unión que la vivencia religiosa, hasta el año 1948, en que, por decisión de la ONU, recobraron parte de sus territorios perdidos, resolución que reavivó, como era de esperar, la rivalidad, la guerra y la muerte. Pese a tanta desgracia sufrida durante siglos, el judaísmo permanece vivo en el corazón de los descendientes de David, que, siendo inteligentes en grado sumo para el comercio y la ciencia, siguen fieles a esa falsa religión ancestral cuyas limitaciones y errores no saben calibrar ni admitir. No hay más ciego que el que no quiere ver.

El segundo hijo de esta religión bíblica es el islamismo, sometido al dios predicado por Mahoma (*Islam* quiere decir ‘sumisión’), pero religión guerrera y fanática donde las haya, que anida en la mente de la quinta parte de la humanidad, unos mil quinientos millones de seres humanos, que se califican a sí mismos como la única “comunidad de los creyentes”. Son ciegos voluntarios que menosprecian, cuando no odian, a las otras dos religiones monoteístas, hijas del Libro por excelencia, la *Biblia* que alimenta a judíos, cristianos y musulmanes. Sin embargo, los tres rinden veneración a textos más recientes, con algunas enseñanzas comunes: la *Torá* judía, los *Evangelios* cristianos y el *Corán* de los musulmanes o islamitas. Según estos últimos, Dios es el autor único de los textos sagrados, pero ha querido fijarlos definitivamente en el *Corán*, el libro ‘revelado’ que culmina las revelaciones anteriores, para volver a la auténtica fe de Abraham, considerado como el ‘padre de los fieles’, el primero que ‘habló’ con Dios.

El fundador de esta religión tan extendida no es considerado Dios, sino solamente su Profeta, ya que recibió varias ‘revelaciones’ del dios único, *Alá* (nombre árabe de Yahvéh), por mediación del arcángel Gabriel en el siglo VII de nuestra Era. Su nombre era Muhammed ibn Abd Allah (Mahoma) y su profesión camellero de La Meca. Casado primero con una rica heredera, que le proporcionó la base económica para ‘cumplir los designios de Alá’, Mahoma predicó las nuevas ideas con vehemencia, consiguiendo en poco tiempo reunir a su alrededor, no devotos apóstoles sino guerreros que obedecen ciegamente sus órdenes de conquista política y proselitismo religioso en la península de Arabia, al grito de “No hay más dios que Alá y Mahoma es su Enviado”.

Las sucesivas victorias sobre las tribus nómadas y desarmadas le convirtieron en el líder de masas que los árabes necesitaban, extendiendo sus dominios por los países limítrofes, hasta el norte de África y España (Al-Andalus), hasta India y China. Actualmente las regiones más islamizadas son Indonesia, con 206 millones de musulmanes, seguidas por Pakistán (167) y la India (156). Turquía, Egipto y Nigeria cuentan cada una con más de setenta millones de fieles que no tienen más elemento unificador que el ‘inventado’ Alá, el libro sagrado y los templos de

reunión (mezquitas) donde se convoca a la oración cinco veces al día, siguiendo las prescripciones del fundador. En esta religión no hay sacerdotes sino predicadores voluntarios que pueden alcanzar el título de *imán*.

La biografía de Mahoma no es particularmente ejemplar, como se debía esperar de un enviado de Dios y de un hombre tan extraordinario, líder político y temido guerrero. Antes de Mahoma no existía la civilización islámica. Después de su muerte, la religión de Alá se convirtió en una poderosa cultura que dominó medio mundo conocido. Una experiencia mística en el Ramadán del año 610, explicada después por él mismo, fue el origen de la nueva religión, que venía a sustituir a todas las anteriores, comenzando por Arabia. Su esposa Jadiya, bastante mayor que él, con la que tuvo siete hijos, le consoló en esos momentos de duda y angustia. Pero, a su muerte, Mahoma fue desposando, sucesivamente, hasta veinte jóvenes, incluso una niña de seis años, según sus biógrafos, que fue quien recogió sus últimas palabras el día de su muerte, acaecida el 8 de junio del año 632 de la era cristiana. Sus correligionarios no tenían más fe que la transmitida personalmente por el profeta, ya que el *Corán* no se redactó hasta doscientos años después, pero esperan su reencarnación (El Mahdi) como los cristianos al Mesías. Pero, como hombre, Mahoma no resiste la comparación con Jesús el Nazareno, al que el islamismo relega al ámbito de los profetas.

La doctrina islámica presenta tantas ‘verdades’ absurdas y conductas aberrantes como los otros dos monoteísmos. Aparte de que se basan en ‘revelaciones’ de dioses ‘inventados’, los musulmanes adoran a una piedra negra, un trozo de obsidiana, un meteorito que está incrustado en una esquina del santuario cúbico de La Meca (Kaaba). Creen que Dios creó al hombre ‘de un coágulo de sangre’ (Corán, 96:1-2), creen en un cielo y un infierno (Corán, 81:1-14), creen que hay que combatir a los infieles, en una guerra ideológica y expansiva, ya que el libro sagrado enseña que los guerreros que mueren por causa del Islam, como mártires (la *Yihad* o Guerra Santa), tienen asegurado un paraíso de delicias carnales.

El Islam es una religión de hombres, donde la mujer no sólo es aislada y denigrada, sino castigada con mucha más severidad. Las mujeres no tienen libertad ni para expresarse ni para mostrarse en público sin esa cárcel de tela que es el *burka* o el *niqab* (Irán, Pakistán, Afganistán), porque carecen de derechos. Han de ir siempre cubiertas fuera de casa para no suscitar ningún deseo en los hombres, que son los únicos que cuentan en la vida, tanto social y guerrera como familiar. El adulterio, la homosexualidad, y otros delitos sexuales son penados con la muerte y en algunos países islámicos el extremismo ha degenerado en fanatismo suicida, a costa siempre de la convivencia social, de los demás creyentes y del respeto que piden para su religión.

La historia de los seguidores de Mahoma, como la de las otras religiones, está trufada de crímenes, asesinatos y venganzas de todo orden, producto necesario de la ambición, tan connatural al hombre como el color de su sangre. Alá sigue siendo tan invisible y tan

‘inventado’ como Jahvéh, aunque estén separados por más de un millar de años. ¿Por qué tardó tanto Alá en ‘revelarse’ a los árabes? ¿Por qué los ‘ángeles’ de Mahoma son los mismos que ‘se aparecieron’ a judíos y cristianos? ¿Por qué Mahoma, según sus seguidores, ascendió a los cielos, como Elías en el Antiguo Testamento y Jesús en el Nuevo? ¿Tanta es la diferencia entre los tres monoteísmos? Si hay un mismo Dios, aunque los nombres sean diferentes ¿por qué el Omnipotente quiso dividir a los pobres creyentes en tres grupos irreconciliables? No encuentro más solución al enigma que la motivación política (tan humana) del asentamiento en territorios conquistados, estando el origen de todos los monoteísmos en tierras próximas a Egipto, en Palestina y Arabia, donde se hacía necesaria la ‘dictadura’ de un dios único para fortalecer la cohesión social de las tribus nómadas.

Es, por tanto, un asunto puramente humano, aunque Mahoma acudiera para convencer a los suyos a imposibles ‘revelaciones’. El Islam rebasa los preceptos religiosos para infectar la vida social y política de los pueblos que conquista, hasta el punto de ser la negación absoluta de la libertad, tanto individual como colectiva. Hasta hoy todos los Estados musulmanes son dictaduras, aunque en algunos casos se disfracen de enmascaradas democracias. La religión de Mahoma no permite la elección libre de la conciencia. Mucho menos permite una convivencia *laica*, donde la norma sea la neutralidad y las ideas religiosas sean relegadas a la intimidad de la persona, de donde nunca debieron salir.

Disculpo la ignorancia de mis mayores, que no tuvieron mi suerte, al haber sido testigo durante mi vida de los portentosos avances de la Ciencia -de todas las ciencias- que me han ayudado a salir de mi anterior ‘ceguera’ involuntaria (por inculcada). Hubiera podido ser feliz con los principios religiosos recibidos, que a tantos basta para conseguir la felicidad. Pero mis ojos se han abierto, con la guía de los libros científicos a mi alcance, a la ‘verdad’ demostrada, que me ha parecido mucho más aceptable que la revelada a otros ‘visionarios’ en noches de insomnio. ¿He de confesarme pecador, según sentencia Tomás de Aquino, por mi afán de conocimiento “fuera de Dios”? Si es así, prefiero la compañía ‘pecadora’ de mi buen maestro Antonio Machado, que me animó a “buscar a Dios entre la niebla” para encontrarme ante la propia conciencia. Ya lo dijo Paul Diel: “El simbolismo mítico ‘amar a dios’ significa ‘amarse a si mismo, no sólo como yo aparente, sino también como manifestación del misterio” (*Dios y la divinidad*).

También ha dicho Jacques Monod que la Ciencia es “la nueva y única fuente de verdad”, que exige una “revisión total de los fundamentos de la ética, de una radical ruptura con la tradición animista, el abandono definitivo de la antigua alianza” (*El azar y la necesidad*). La aparición de la Termodinámica, nacida para explicar el intercambio de energía en forma de calor entre los cuerpos, ha derribado el antiguo determinismo físico, al dar vida a las tesis que hablan del caos y el azar. Con la teoría de la relatividad y con la llegada de la Física cuántica a principios del siglo XX, destinada a estudiar los fenómenos subatómicos, se vio que el *azar* era

un componente esencial de la naturaleza, porque existe una indeterminación fundamental: una inmensa mayoría de los fenómenos naturales son imposibles de prever, contra la tesis antigua del ‘orden’ maravilloso de la Naturaleza. El Creador es incompatible con el *azar*.

Admito, pues, con la Ciencia, que la hipótesis de Dios es innecesaria, como dijo Hawkins después de Laplace; que el Universo -o los múltiples universos posibles- puede existir sin un acto creador; que la vida -mi vida- surgió por *azar*, en una de las infinitas combinaciones atómicas de la Naturaleza, siempre cambiante; que no hay ningún dios creador, ni providente, ni salvador ni juez de un tribunal que reparta ‘premios’ o ‘castigos’. Pero sigo tan ignorante de todo lo que de verdad me importa como los más eminentes científicos (sean o no ateos), según la contestación que dio a Eduardo Punset un químico de la NASA cuando le preguntó a bocajarro: “¿Cómo empezó todo? ¿Quién le dio a la primera cianobacteria las primeras instrucciones para sobrevivir?”. A lo que respondió James Lovelock: “No tengo ni idea. Y no creo que nadie más lo sepa tampoco” (*Cara a cara con la vida, la mente y el universo*, Destino, 2004). Pero esto no es un consuelo sino una tragedia para quien sueña con la verdad y encuentra la nada.

Mi destino es la *nada*, entendida como el *no ser*, como me enseñó Kierkegaard. Pero así como el *ser* es finito y ha de morir, la *nada* es infinita y eterna, por definición. Por decirlo con las palabras de Pedro G. Cuatango, “la pequeñez del *ser* se encoge ante la inmensidad de la *nada*”. Un pensamiento que no produce más que angustia si falla la asunción racional del misterio. Los físicos teóricos dicen que no existen ni el vacío absoluto ni la *nada*. ¿Por qué, entonces, preocuparme por mi destino? *Pulvis et umbra sumus* (“Somos polvo y sombra”) nos dice Horacio en su *Odisea*, idea que repetía la Iglesia al imponer la ceniza en Cuaresma: *Pulvis es et in pulveris reverteris* (“Eres polvo y en polvo te has de convertir”) olvidando la existencia de un alma inmortal (Por eso ha desaparecido de la liturgia). Esto es lo más cierto. Me convertiré en un puñado de polvo, que servirá de alimento para algún gusanillo o quizás para algún pez de brillantes colores. Conmigo se terminará mi angustia, mi deseo de conocer, mi posible felicidad, mi conciencia, mi pensamiento y el impulso neuronal para escribir. Y mi ‘alma’ dejará de existir con mi cerebro. El futuro no existe, para bien de todos. ¿Quién podría soportar un infierno eterno? ¿Y quién resistiría una ‘felicidad’ estática y eterna en el cielo?

Creo, con la ciencia neurológica, que mi identidad es mi cerebro; que no existe ningún espíritu dentro de mí que gobierne mis actos, ni alma invisible que me constituya en sujeto de ‘vida eterna’; que si he nacido, he de morir, porque sería metafísicamente imposible no tener fin habiendo tenido un principio. Creo que soy un ser insignificante, formado aleatoriamente por billones de partículas ‘eternas’ (esta vez, sí) que antes han pertenecido a otros seres, de este o de otro mundo, sin otra finalidad que formar un eslabón en la cadena de la vida. Nuevas ideas que han significado un revolcón en mi vida intelectual y social, como secuelas de un exceso de

lectura ‘no cristiana’, que me aproximan a la esquizofrenia, según piensan quienes ‘tienen ojos, pero no quieren ver’.

Esta actitud de defensa y difusión de la verdad científica, ajena a la fe, debe entenderse como un acto de solidaridad, pero alguien puede entenderlo como un acto de soberbia. No lo considero así, ya que nada de lo que escribo es original. No hago más que transmitir lo aprendido en los libros. Todas las citas están tomadas de publicaciones científicas, obras que están en el mercado, con las autorizaciones correspondientes. Mi obsesión ha sido ‘ponerme al día’. Y poco a poco han ido cayendo las supuestas ‘verdades’ aprendidas, ante los continuos y espectaculares avances de las ciencias, que han ido poniendo delante de mis ojos la falacia de esas enseñanzas religiosas y el único camino certero de la verdad, que no es la ‘revelada’ sino la dificultosamente conseguida en los laboratorios científicos y en el recóndito santuario individual de la razón humana, que se esconde en el cerebro. La Ciencia de los últimos años lo ha cambiado todo. Los milenarios edificios de las religiones se tambalean dejando en evidencia su fragilidad doctrinal, después de haber arrastrado consigo a millones de fieles que han creído en la inamovilidad de su fe.

Los científicos, aunque no se inmiscuyan en las discusiones sobre la viabilidad de un Dios, como ocurre entre los profesores universitarios de Oxford, andan empeñados en encontrar la ley universal que unifique todas las fuerzas de la naturaleza, para comprender el mundo racionalmente. Desde que Einstein enunciara la teoría de la relatividad, el progreso científico ha sido imparable y acelerado. Sabían hace un siglo que el núcleo de los átomos no era indivisible (como pronosticaron los griegos) sino que era un conglomerado de protones y neutrones, unidos por una interacción muy intensa, la ‘fuerza nuclear’. Años después se demostró que ni los protones ni los neutrones eran los últimos elementos de la materia, sino que estaban compuestos por partículas aún más pequeñas, a las que llamaron *quarks*, también unidos por una fuerza intensísima que les impide ‘salir’ y ‘vivir’ fuera del protón. ¿Serán las últimas?

Medir la intensidad de esta fuerza es un aspecto de lo que pretende el mayor ‘laboratorio físico’ del mundo, diseñado para provocar una ‘colisión de protones’ como las que se produjeron en el inicio del tiempo, instalado en el subsuelo de Suiza. A estas ‘fuerzas’ hay que añadir las ya conocidas de la gravedad y el electromagnetismo, para explicar el ‘equilibrio’ energético del universo, pero los científicos trabajan sin cesar para encontrar esa ‘ley universal’ que englobe a todas las ‘fuerzas’ en una sola, y que permita explicar la existencia de todo cuanto existe. Y que permitiría, además, científicamente prescindir, ante las mentes más obcecadas, del Ser Supremo adorado en los monoteísmos y en otras agrupaciones de ‘creyentes’ ingenuos como los pertenecientes a la Masonería.

Hay que recordar que lo único importante en la vida es la consecución de la felicidad, un sentimiento íntimo y privado, que cada uno ha de buscar donde mejor le parezca, sin ofender a nadie (yo la encontré simplemente abriendo los ojos), pero en este mundo, ya que el paso de la

laguna Estigia en la barca de Caronte es una ficción mitológica. No hay una frontera al ‘más allá’, donde volvamos a convivir con los seres queridos, en un abrazo eterno. Sólo se puede ser feliz (mejor, disfrutar de momentos felices) en este minúsculo planeta, olvidado en un extremo del universo conocido, que no se mueve más que por un motor emocional: la búsqueda de la felicidad. A ella todos tenemos derecho, aunque el medio para conseguirla sea para la sumisa mayoría la mentira doctrinal y el desprecio o la incomprensión de los avances científicos, inaceptables para los ‘ciegos’ voluntarios.

Entre ellos hay muchas personas a las que aprecio, y aun amo con intensidad, que se sentirán defraudadas y quizás escandalizadas cuando lean estas páginas. Yo también sufro pensando en su sufrimiento, pero no puedo engañarme a mí mismo. He conseguido encontrar la verdad y me siento libre. ¿No dice el evangelio “la verdad os hará libres”? Pues, afortunadamente, yo lo he conseguido. Pero no, precisamente, con esa supuesta verdad tan obstinadamente falseada, mediante ‘revelaciones’, que no son sino poderosas alucinaciones y autoengaños del creyente que ‘no quiere’ ser descreído, sino mediante la reflexión racional que demanda mi juicio crítico, después de haber conocido los espectaculares y recientes descubrimientos de la Ciencia

Si tuviera que definirme ideológicamente, diría que soy *racionalista*, es decir, un *homo sapiens sapiens* dependiente de mi razón, que me constituye alejándome de ‘inventos’ espirituales y de imaginarias ‘ilusiones’, más cercanas a la demencia que al sentido común. La palabra *racionalismo* fue condenada en 1864 por el *Syllabus* de Pío IX, como uno de “los principales errores de nuestra época”. Condena que fue ratificada por el Concilio Vaticano I y por Juan Pablo II en su encíclica *Fides et Ratio*, con un deseo imposible de conciliar la razón y la fe. ¡Qué pesada carga es la razón para quien quiere creer! La razón es el don ‘divino’ por excelencia: no admite el engaño ni la falsedad; intenta superar los desvaríos de las tradiciones, las costumbres, los dichos y las enseñanzas que conducen al abismo de la ceguera y la credulidad, dos dolencias psicológicas que nos apartan de la ‘selecta’ humanidad, y que nos hace diferentes de nuestros más próximos parientes animales.

Desde un punto de vista religioso, no me gusta la palabra *ateo*, porque la negación de Dios supone un conocimiento absoluto que no se tiene y una definición lingüística que no es exacta, precisamente por falta de capacidad cognitiva. ¿Quién es Dios? es una pregunta que presupone un dios personalizado, contrario a la necesaria infinitud. ¿Qué es Dios? es otra que lo ‘cosifica’, privándole de sus atributos eternos. Si, como pensaba Spinoza, Dios es la Naturaleza, habría de llamarme *materialista*, al entender que sólo existe lo material (o la energía, según la ecuación de Einstein) con poder eterno. ¿Es posible tal incongruencia, rechazada de plano por los creyentes? Quizá lo sepamos algún día, cuando se encuentre la teoría ‘final’ que unifique todas las fuerzas de la Naturaleza (pero yo no estaré ya aquí para saberlo). Tendremos que admitir, por tanto, la significación del término *materia*, siguiendo los descubrimientos de los

físicos profesionales, término tan contaminado hoy por las pobres percepciones de nuestros sentidos, que no llegan a comprender que sea lo mismo la *materia* que vemos que la *energía* que no vemos. Lo mismo cabe decir de la palabra *agnóstico*, que es una postura de paralización mental, atormentada por la duda, que no es capaz de aceptar la *apostasía*, la única respuesta coherente al cambio ideológico.

En cualquier caso, me definiría, no como *irreligioso*, sino como *religioso no creyente*. Algo no tan extraño si pensamos que existe el *religioso creyente y practicante*, el *religioso creyente no practicante*, y el *religioso indiferente*. Falta en esta secuencia el *religioso no creyente*. Aunque parezca contradictorio, no lo es, porque creo que se puede ser, al mismo tiempo, ‘religioso’, es decir, enormemente interesado en el fenómeno religioso, y no aceptar ninguna de las soluciones que ofrecen las distintas religiones. El ‘creyente y practicante’ suele estar dominado por la obsesión autosugestionada que está en el camino recto, del que nada ni nadie le puede apartar. El extremo de esta autosugestión es el fanatismo, con la inmolación de la propia vida, si se cree necesario. El ‘creyente no practicante’ es el esclavo de la pereza y la comodidad, que espera al ‘último día’ para confesar su fe y su arrepentimiento. Hijo pródigo, que ni respeta ni se hace respetar. No es digno de imitación. El ‘indiferente’ es el prototipo de la cobardía, incapaz de enfrentarse al problema espiritual, es más, que ni siquiera lo ve como problema propio, sino como ocupación de algunos desquiciados, que se interesan por un mundo que no existe. Vive sólo para satisfacer sus deseos materiales, sin importarle lo más mínimo la existencia de cualquier mundo sobrenatural.

Por el contrario, el religioso ‘no creyente’ llega a esta conclusión después de una meticulosa investigación sobre su condición humana, razonando sobre cuanta información le transmiten los sentidos y haciendo frente a cuantas ‘verdades’ se presentan a su conciencia como las únicas ‘verdaderas’. Precisamente, esta continua preocupación por las ideas que predicán las religiones, con el estudio pausado de sus fundamentos documentales y doctrinales, hace que una persona ‘no creyente’ merezca el calificativo de ‘religiosa’. Todo lo contrario a ‘indiferente’. Este es mi caso. Una gran biblioteca de temas religiosos, su lectura y reflexiones subsiguientes, me hacen acreedor a la pertenencia a esa gran masa de ‘religiosos no creyentes’ que han escrito, incluso con peligro de su vida, contra las falsas creencias que se nos han transmitido durante los últimos diez mil años, aproximadamente.

A pesar de lo conseguido a día de hoy, tres grandes misterios se resisten todavía a los embates de la Ciencia: el origen del universo, el origen de la vida y el origen de la conciencia. ¡Casi nada! Dirán los *religiosos creyentes* que esto basta para defender la existencia de un Ser Supremo, un Dios Absoluto y único, con capacidad suficiente para crear la materia (o energía) y mantenerla mediante leyes inmutables y perdurables. Es decir, para solucionar el problema del ‘origen’ de todas las cosas. Aunque así fuera, no sería posible que esas condiciones las reuniera ninguno de los dioses que compiten en el mercado religioso. ¿No sería más sensato pensar que

no hay un ‘origen’, que todo lo que existe es eterno y existe desde siempre, aunque eternamente cambiante? ¿Por qué? No lo sé, ni ya me preocupa demasiado. “El *ateísmo*, decía Onfray, es salud mental recuperada”. Sustituyo la palabra *ateo* por *religioso no creyente* y me identifico con la sentencia del ateo francés, aunque me asalte la angustia de la realidad, tal como también sentenció el mismo autor en su *Tratado de ateología* (2006): “Si rechazamos la ilusión de la fe, el consuelo de Dios y las fábulas de la religión; si preferimos querer saber y optamos por el conocimiento y la inteligencia, entonces lo real se nos aparecerá tal como es: trágico”.

El *misterio de la vida* ya no será resuelto por ningún dios ‘inventado’, sino por la ciencia y el trabajo del hombre, si es que algún día llega a conocerse por completo. Los *espíritus* ya no serán la respuesta a tanto enigma sin resolver, ni intervendrán, para bien o para mal, en la vida del hombre: seguirán siendo tan invisibles como inexistentes. Los *dioses* ya no serán una fabulación *quimérica* destinada a calmar la angustia existencial. El *mito*, aunque tenga una base histórica o psicológica, siempre será una leyenda que escapa a la realidad (las mismas letras componen la palabra *timo*, que remite al engaño del crédulo y que inspira el último libro de Puente Ojea *La religión ¡vaya timo!*, Laetoli, 2009). Son las conclusiones a las que he llegado al final de mi vida. Nada debo creer que no haya pasado por el tamiz de mi juicio crítico, el cual me dice que todas las religiones son falsas. Ni siquiera se salva el cristianismo, en el que he sido educado con el más entrañable de los cariños y la más amorosa de las intenciones. Como dice un filósofo italiano: “la razón y la ética son incompatibles con la teoría y la práctica del cristianismo” (Piergiorgio Odifreddi, *Si queremos ser racionales y honestos no podemos ser cristianos y menos aún católicos*, RBA, 2008).

No obstante esta sentencia condenatoria del conjunto, soy consciente de que existirán miles de creyentes, tanto en la jerarquía como en la base, que no se sientan identificados con los hechos criminales ni con las falseadas doctrinas del cristianismo como institución. Conozco a muchos cristianos que viven con alegría y firmes convicciones su fe aprendida y nunca puesta en duda. No es mi intención invitarlos a la apostasía. Ni mucho menos. Los problemas de conciencia son individuales y solamente el individuo puede hacerles frente, sin ‘ayuda’ exterior que lo coaccione. La educación, como ya he dicho, es indispensable para la maduración de la conciencia, pero puede ser un peligro si no se educa en la libertad y para la libertad.

Por lo que a mí respecta, estoy en disposición de admitir, siempre en el supuesto de que la materia y la energía son una misma cosa, que lo eterno, y por tanto, lo ‘divino’ es la *energía*, que ni nace ni muere, “únicamente se transforma”, como dice el postulado científico de la Termodinámica. Aunque existan otras ‘dimensiones’ en el universo, una *energía* eterna excluiría, por innecesaria, la noción de un Dios creador. Es más, esta *energía* ‘endiosada’ rechazaría no sólo la veneración y el culto a su ‘divinidad’ sino la diferenciación con las ‘criaturas’, según la fórmula ‘mágica’ de Spinoza, que repito: *Deus sive Natura* (Dios o Naturaleza). Todo cuanto existe forma parte de esa *energía* eterna (Naturaleza), que se va

transformando sin cesar. El problema para los físicos se plantea con una pregunta sin respuesta por el momento, según creo: ¿Se contradice esta eternidad con el inicio de este universo, prisionero del tiempo y del espacio?

Pero si alguien rechaza esta teoría de la eternidad de la *energía*, por inverosímil, ¿qué otra cosa es Dios? le preguntaría. ¿Por qué negarle ese carácter de eternidad a la *energía*, si estamos dispuestos a aceptar que hay un Dios eterno? Ese Ser invisible, poderoso y eterno, que existe desde siempre ‘fuera’ del universo, ¿por qué existe? ¿No es más absurdo creer que es ‘necesario’ un Dios –al menos- para que el universo exista? ¿O es que realmente nuestra vida es un sueño, una ilusión? Los grandes interrogantes siguen sin respuesta, por supuesto, porque la fe no atiende a razones. Según los ‘entendidos’ es un ‘don de Dios’ que no a todos se concede. Es la manipulación de la ‘magia’ sacerdotal: ‘sólo los ciegos podrán ver’.

Pero los avances de la Ciencia son abrumadores para curar esa ‘ceguera’: se ha descubierto un nuevo estado de la materia en 1994, el “estado fermiónico”, que transmite electricidad sin pérdida de energía.; se está profundizando en la nanotecnología, en las propiedades de las ‘células madre’, que permiten la regeneración de los tejidos y la clonación de seres vivos. Se ha entendido ya el complejo sistema bioquímico del genoma y está muy avanzado el estudio neurológico del sistema nervioso, abriendo campos insospechados sobre las potencias desconocidas de nuestro cerebro, que sustituyen al *alma* preconizada por los antiguos, que carecían de tales conocimientos orgánicos. En el cerebro se oculta el gran ‘misterio de la vida’.

En astronomía los avances son aún más llamativos si cabe: se ha descubierto agua en la Luna y en Marte, lo que permite augurar un futuro de viajes espaciales y la posibilidad de vida en otros planetas; se ha captado la radiación de focos de luz a tres minutos del Big.Bang, calculando el comienzo del universo hace unos 4.500 millones de años; los telescopios espaciales van abriendo misteriosos caminos hacia las estrellas más lejanas, y los microscopios electrónicos nos han introducido en el proceso vital más pequeño, que parece estar en las bacterias, que son la forma dominante de vida en la Tierra, con una longevidad de más de 300 millones de años. En resumen, la Ciencia moderna es un “surtidor fascinante de novedades”, como diría José Antonio Marina. Por desgracia, muy pocos humanos se acercan a él para disfrutar y alimentarse de su verdad y de su belleza.

Desde luego, la Ciencia tiene ante sí un cúmulo de misterios aún por desvelar. Muchos investigadores (entre ellos el español Juan Oro) han ‘fabricado’ en el laboratorio todo tipo de biomoléculas vivas, demostrando así que la materia inorgánica puede generar ‘espontáneamente’ la materia orgánica. Pero todavía no se sabe cómo pudieron las moléculas orgánicas dar lugar al primer ser vivo. El bioquímico belga Christian de Duve, premio Nobel de 1974, opina que los procesos que existían en la Tierra en la fase pre-biótica, anterior a la vida, deben producirse en cualquier otro lugar del universo donde se den condiciones similares,

puesto que todo es un mero proceso físico-químico. Por tanto, no hay que descartar la existencia de seres vivos en millones de mundos parecidos.

Hay, por otra parte, un límite que no quiero traspasar. Para muchas personas, distanciarse de la religión, apostatar de cualquiera de ellas, y poner en evidencia sus defectos y fraudes, sean doctrinales o morales, tendría que ir acompañado de una postura sentimental de odio, con el consiguiente deseo de aniquilación total, como predica el *ateísmo marxista*, ya que “la religión es el opio del pueblo” (A. Kryvelev, *Historia atea de las religiones*, Júcar, 1985). Nada más alejado de mis sentimientos. Aunque se haya caído la venda de mis ojos y mi corazón sufra, no siento ni odio visceral ni anticlericalismo destructivo. Respeto es la palabra adecuada para expresar lo que siento. Respetar todas las creencias, respetar a todos los creyentes, aunque estén confundidos o engañados, según mi opinión, es la única forma de respetarme a mí mismo. Lo que me interesa es el individuo, no la colectividad, porque sólo existe la conciencia individual.

La libertad que quiero para mí es la misma que deseo para los demás. Traducido al sentimiento religioso, esto quiere decir que la única forma de evitar las guerras de religión y los odios fanáticos, es la práctica del *laicismo* como forma de vida. Cada uno buscando a su manera la felicidad soñada, sin entorpecer la decisión ajena, por muy errática que sea. Como escribe Henri Peña-Ruiz, “La autonomía del juicio y la lucidez de la inteligencia constituyen los valores decisivos de la laicidad...que permite a todos, creyentes, ateos y agnósticos, vivir juntos sin que unos y otros sean estigmatizados en razón de sus convicciones particulares” (*Antología laica*, Universidad de Salamanca, 2009). Solamente debo pedir el desprecio y el castigo para quienes sean conscientes de su falsedad y del daño que procuran.

Con todos sus defectos humanos y sus viciosas intenciones proselitistas, las diferentes iglesias o creencias procuran, por otra parte, un beneficio impagable a la sociedad con sus actos de caridad y de alivio de la miserable condición humana. La función social de los más abnegados religiosos no es reconocida como debiera. Hay individuos maravillosos que dan su vida, incluso, por los demás, sin saber que equivocan la motivación. Los salvan sus buenas intenciones. Espero que también me salve mi buena intención al hacer públicas mis reflexiones sobre el fenómeno religioso, inseparable de la condición humana desde los comienzos de la evolución de los homínidos. Reflexiones que dedico a Charles Darwin, quien me enseñó la importancia de la selección natural y de la lucha por la vida, para comprender por qué he nacido y por qué debo morir. Acabo estas páginas con la “explicación de la belleza y maravilla del mundo natural” que me ofrece el último libro de Juan Luis Arsuaga (*El reloj de Mr. Darwin*, Temas de Hoy, 2009), homenaje al gran naturalista inglés, al que me sumo antes de finalizar el año de su centenario.

Conclusión

“Una religión verdadera, que interese a todos los hombres en todas las épocas y en todos los lugares, debió ser eterna, universal y evidente; ninguna posee estos tres caracteres. Todas, por consiguiente, han sido demostradas como falsas por partida triple”

(Diderot, *Pensamientos filosóficos*)

Índice

PRIMERA PARTE

Prólogo

Introducción

El misterio de la vida

- I. *La angustia existencial*
- II. *Origen de la vida*
- III. *La tiranía vital de los GENES*
- IV. *La tiranía cultural de los MEMES*
- V. *El ordenador emocional*
- VI. *Mente y conciencia*
- VII. *Las fronteras de la libertad*

SEGUNDA PARTE

La invención de los espíritus

- I. *El poder de la imaginación*
- II. *El mito del alma*

- III. *El mito de la inmortalidad*
- IV. *El mito de los ángeles*
- V. *El mito de los demonios*
- VI. *El mito de la divinidad*
- VII. *El mito de las revelaciones*

TERCERA PARTE

La ‘quimera dañina’

- I. *Del politeísmo al monoteísmo*
- II. *Diversidad de las religiones*
- III. *El dios bíblico*
- IV. *El dios cristiano*
- V. *Jesús Nazareno*
- VI. *Jesucristo*
- VII. *La cristiandad*

Epílogo

